

Ingrid Yrivarren

Paraísos del Saber

50 bibliotecas emblemáticas del Perú

Telefonica

Ingrid Yrivarren

Paraísos del Saber

50 bibliotecas emblemáticas del Perú

Prólogo de Mario Vargas Llosa
Fotografías de Morgana Vargas Llosa y Hans Stoll
Solar Central

Telefonica

*Cl. loca hanc impertire uniusq[ue] voluminis, que nescio quomodo
sunt in hunc modum disposita*

IN PRIMUM LIBRUM

SS. THEOLOGICA COMMENTARIA.

S^m mentem subtilissimam ac Profundissimam

D. Joannis Duns Scoti. Seraphici

et admodum familiae spiciendissimae

in usum. Anno 2.

PER R. A. BERNARDUM

Abarca Minoritam. Sacrae The-

ologiae. in Societate Divi Anto-

ni Paduani Recolecto-

rum Conventus Civitatis

quaequensis. Hoc

denotorem Pro-

batissimum.

Anno Domini 1636. die 2. Januarii.



75

1636

Handwritten notes on the book's spine, including the word 'Theologia' and other illegible characters.

A Valeria, que siempre está presente.

Tú, mi clara
Realidad, tú, tú dame
La mano. Tú me salvas.

Jorge Guillén
Poeta español

Mi gratitud a las personas que han inspirado mi deseo de plasmar este libro; sin ellas no hubiera sido creado. Gracias a Alfredo Barnechea, Héctor Bellido, Fernando Berckemeyer, Fernando Carvalho, Alonso Cueto, Ramón Mujica y Mario Vargas Llosa, por su apoyo, colaboración, comentarios, reflexiones, tiempo, pero, sobre todo, por su valiosa amistad.

A mis maestros y amigos Tatiana Espinasa y Paulin Galván, por enseñarme el verdadero sentido de la educación: no perder nunca la capacidad de asombro. A Ricardo Navarro por su visión contemporánea.

Mi libro es de todos aquellos que no nombro pero que me han acompañado siempre. A ellos, muchas gracias.





Ingrid Yrivarren

Es una destacada empresaria y promotora cultural peruana, además de una popular figura televisiva en Perú y Norteamérica. Estudió ciencias de la comunicación en la Universidad de Lima, especializándose en Producción de Televisión y Relaciones Públicas, y cuenta con una maestría en Periodismo. Radica en México desde la década pasada y ostenta doble nacionalidad; en dicho país obtuvo una licenciatura en Historia del Arte.

A los 17 años, incursionó en la televisión como presentadora de noticias y, más adelante, se desarrolló como conductora de diversos programas en canales peruanos como América Televisión, RTP (actual TV Perú) y Andina de Televisión. En 1996, dio el gran salto a la pantalla estadounidense, al conducir Cinemanía, un programa dedicado al séptimo arte, que fue transmitido, durante cuatro años, por la cadena USA Networks desde Los Ángeles. En el año 2000, recibió una oferta de la gigante Televisa y decide mudarse a México, país que transformó su vida.

Desde 2007 y hasta la actualidad, es directora general de "VIVA en el mundo", organización de alcance internacional que le ha permitido canalizar su amor por el arte y la cultura peruana. VIVA es diplomacia privada y su objetivo fundamental es crear puentes y nexos, además de culturales y artísticos, económicos y políticos entre el Perú, México y el resto del mundo. Para ello, año tras año se realizan distintas actividades y grandes eventos en los que se dan a conocer nuestras riquezas materiales e inmateriales. A ello debemos sumar la activa participación de la organización a favor de distintas instituciones benéficas y, por supuesto, culturales.



Morgana Vargas Llosa

Morgana es una fotógrafa peruana nacida en Barcelona, en 1974. Estudió en el London School of Economics and Political Science, de donde se graduó, en 1996, con el grado de bachiller en Historia y Ciencias Políticas. Actualmente vive en Lima, desde donde promueve Desvela, ONG que fundó junto a la periodista Paola Ugaz, con la que buscan promover el diálogo social a través de proyectos artísticos.

Su interés por el periodismo fotográfico nació entre 1987 y 1990, años durante los cuales acompañó a su padre, entonces candidato presidencial, por casi todo el Perú, desde las ciudades más populosas hasta los pueblos más olvidados. Este acercamiento con los sectores menos beneficiados la impulsó a combinar su labor fotográfica con el trabajo humanitario. A lo largo de su carrera ha formado parte del equipo de comunicación de la Unicef y buena parte de su obra ha aparecido en diarios como Paris Match o El País, y en distintas publicaciones de Chile, Colombia, Argentina y Perú.

Ha publicado Las fotos del paraíso, Diario de Irak e Israel-Palestina, Paz o Guerra Santa, así como un libro en que recopila la obra del artista español Manolo Valdés. En el 2013, en colaboración con el también fotógrafo Jaime Travezán y el director artístico David Tortora, presentó el proyecto "Mírame, Lima", que busca reflejar la gran diversidad cultural de la capital peruana por medio de cincuenta retratos de familias limeñas. El resultado final también fue publicado a manera de libro.



Hans Stoll

Hans es un reconocido fotógrafo limeño, nacido en 1964. Durante la convulsa década del ochenta, realizó estudios de Ciencias de la Comunicación en la Universidad de Lima y, posteriormente, se especializó en Fotografía en el Instituto Kodak, también de la ciudad capital.

Tras un breve paso por la fotografía artística, optó por dedicarse de lleno al retrato, género que, junto con la fotografía de moda y la publicitaria, desarrolló por más de una década. Ya en el 2005, con una mayor experiencia en el manejo de la cámara, su atención volvió a enfocarse en el campo artístico. Desde entonces, ha expuesto en prestigiosas galerías y centros culturales de su ciudad natal, y ha participado en proyectos colectivos en ciudades como Nueva York, Frankfurt, Dubai, Seúl o Sidney, por mencionar solo algunas. Asimismo, ha sido finalista de los premios Petrobras Buenos Aires Photo 2009 y, por tres años consecutivos (2011, 2012 y 2013), del Repsol-Lima Photo. Sus trabajos, además, forman parte de reconocidas colecciones privadas, como la del Deutsche Bank de Nueva York.

Características como una inmediata reacción ante los estímulos visuales, un impecable manejo de la luz y una capacidad de composición casi geométrica hacen de Hans Stoll un arquitecto visual, capaz de proyectar espacios muy distintos entre sí con la misma limpieza y austeridad formal. Tanto en sus retratos como en sus paisajes, géneros que revisa constantemente, sus imágenes fluyen con funcionalidad y naturalidad, generando momentos de reflexión sobre el acontecer contemporáneo.

Créditos

Dirección y edición general

Ingrid Yrivarren

Textos

Ingrid Yrivarren

Fotografías

Morgana Vargas Llosa

Hans Stoll

Colaboración editorial

Solar Central

Investigación

Ingrid Yrivarren

Diana de Piérola

Coordinadora fotográfica

Diana de Piérola

Diseño

Yvette Lolas-SOS Comunicadores

Preprensa e impresión

Gráfica Biblos S.A.

Jr. Morococha 152, Surquillo

T 4455566

Primera edición: abril de 2015

©Ingrid Yrivarren

©De esta edición:

Solar Central SAC

Calle Elías Aguirre 126, oficina 502, Miraflores

Lima, Perú

T 7194232

www.solar.com.pe

ISBN N° 978-612-46473-3-8

Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú

N° 2015-04701

Impreso en el Perú

ISBN: XXXX (Versión e-book)

Digitalizado y Distribuido por YoPublico S.A.C.



www.yopublico.net

Telf: 51-1-221 9998

Dirección: Av. 2 de Mayo 534 Of. 304, Miraflores

Lima-Perú

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual.

Este libro se terminó de imprimir en abril de 2015 en los talleres de Gráfica Biblos S.A.

Foto de carátula

Biblioteca Javier Pérez de Cuéllar

Foto de contracarátula

Biblioteca Manuel Pablo Olaechea

Índice

- 13 Carta del Presidente de Telefónica del Perú
- 17 Prólogo
- 21 Introducción

Institucionales. “El saber de una época”

- 24 Biblioteca Amazónica, Loreto
- 32 Biblioteca y Archivo Histórico Municipal de Lima
- 38 Convento de los Descalzos, Lima
- 46 Convento de San Francisco, Lima
- 54 Convento de Santa Rosa de Ocopa, Huancayo
- 60 Convento de Santo Domingo, Lima
- 66 Fundación Temple Radicati
- 72 Instituto Riva Agüero
- 78 Monasterio de La Recoleta, Arequipa
- 86 Museo de Arte Religioso de la Catedral de Lima
- 92 Universidad Nacional de San Antonio Abad del Cusco

Artistas y escritores. “La reserva del lenguaje”

- 100 Fernando Ampuero
- 106 Alfredo Bryce Echenique
- 112 Alonso Cueto
- 118 José Ruiz Rosas
- 124 Fernando de Szyszlo
- 130 José Tola
- 136 Mario Vargas Llosa

Ensayistas y periodistas. “Las palabras difundidas”

- 146 Alfredo Barnechea
- 152 Luis Jaime Cisneros
- 158 Martha Hildebrandt
- 164 Francisco Miró Quesada
- 170 Estuardo Núñez
- 176 Tomas Únger

Historia y Ciencias Sociales. “Pensando el Perú”

- 184 Max Hernández
- 190 Guillermo Lumbreras
- 196 José Matos Mar
- 202 José Agustín de la Puente
- 208 Eusebio Quiroz Paz Soldán

Líderes sociales. “Definiciones y certezas”

- 216 Javier Pérez de Cuéllar
- 222 Gustavo Gutiérrez
- 228 Víctor Raúl Haya de la Torre
- 234 Pedro Pablo Kuczynski
- 240 Hernando de Soto
- 246 Fernando de Trazegnies
- 254 Javier Valle Riestra

Testigos y protagonistas. “Lecturas de nuestro tiempo”

- 262 Pedro Benvenuto Murrieta
- 268 Federico Camino Macedo
- 274 Frederick Cooper
- 280 Augusto Ferrero Costa
- 286 Gian Flavio Gerbolini Isola
- 292 Teresa Gruenberg
- 298 Marisa Guiulfo
- 306 Juan Miranda
- 312 Juan Monroy Gálvez
- 318 Manuel Moreyra Loredó
- 324 Ramón Mujica
- 330 Manuel Pablo Olaechea
- 338 Carlos Roe Gómez

Apéndice

- 344 Penal Castro Castro



Handwritten text on a book spine, possibly in red ink, including the word "Liber".

Handwritten text on a book spine, including "Liber", "Tom.", and "C.".

Vertical text on a book spine, including the word "BIBLIOTHECA" and "MUSEI".

Handwritten text on a book spine, including "Liber" and "Tom.".

Handwritten text on a book spine, including "Liber" and "Tom.".

n
n

3

Contra
Varia
4

17
18

Quies
Reg
I

¡Qué mejor manera de conocer a la gente que a través de los libros que lee! Mejor aún si podemos conocer de cerca 50 de las más emblemáticas bibliotecas peruanas.

El presente libro busca generar un vínculo con el lector, invitándolo a formar parte de un paseo íntimo, donde el camino es trazado por la fuerza de las palabras con sorpresas que aparecen a través de las variadas temáticas que encontraremos en los miles de libros que comprenden estas bibliotecas. Por otro lado, la obra también nos sumerge en la cultura peruana e iberoamericana de los últimos tiempos, lo que nos permite conocer a autores importantes —desde su lado creativo hasta el aspecto más personal—, lo que genera una oportunidad única para un aprendizaje profundo y auténtico.

Para Telefónica, el compromiso con la cultura peruana ha estado presente desde 1994, cuando iniciamos nuestras operaciones en el país, apostando por su revalorización y masificación, junto con el aprendizaje a través de diferentes manifestaciones y expresiones artísticas, conectando a más peruanos de diferentes zonas o regiones.

En la actualidad, el potencial del mundo digital nos revela un nuevo escenario para continuar desarrollando este compromiso con la cultura. En este sentido, nos permitirá multiplicar el acceso a este libro a través de nuestros canales online, logrando capturar la atención de la mayor cantidad posible de cibernautas apasionados por la lectura y la cultura peruana.

Telefónica valora la esencia tras la creación de una biblioteca y demuestra su interés al invitar a todos los peruanos a formar parte de este maravilloso viaje que propone *Paraísos del Saber. 50 bibliotecas emblemáticas del Perú*, que nos llena de orgullo y nos conecta con nuestras raíces, a la par que con los mundos de la imaginación y el conocimiento.

Javier Manzanares Gutiérrez
Presidente de Telefónica del Perú





Un sitio para soñar

He pasado muchos días de mi vida en bibliotecas. Me he acercado a ellas para escribir, para leer o para documentarme sobre historias lejanas. Aun así, no creo que una biblioteca sirva únicamente para facilitar el trabajo de investigadores, escritores y lectores sino también para propiciar la ensoñación y la fantasía. Aquí, el tiempo no transcurre como transcurre fuera de sus paredes: el tiempo es una corriente circular, donde coexisten el pasado, el presente y el futuro. Gracias a los libros y documentos que una biblioteca alberga podemos viajar a civilizaciones remotas y a lugares imposibles que solo podrían existir en la imaginación. Pero, sobre todo, podemos descubrir la gran diversidad humana y romper nuestros propios prejuicios frente a todo lo que no se parece a lo que somos o predicamos.

Las bibliotecas forman parte de mi existencia y guardo el recuerdo de muchas de ellas de una manera muy vívida. Recuerdo con especial cariño la primera biblioteca en la que trabajé, la Biblioteca de la Universidad Mayor de San Marcos, en cuyos bancos viejos y crujientes descubrí la novela de caballerías *Tirant lo Blanc*, una hermosa y aventurera historia caballeresca que me ha acompañado desde entonces. Recuerdo también la bulliciosa Biblioteca Nacional, que no era la moderna y espaciosa biblioteca que hoy tenemos la suerte de disfrutar. En aquellos tiempos abría sus puertas a niños de primaria dispuestos, incluso, a jugar al fútbol en las salas de lectura. Entre las bibliotecas peruanas, la del Club Nacional ocupa también un lugar muy importante en mi memoria. Fue allí que, gracias a Raúl Porras Barrenechea, conseguí un trabajo de dos horas al día, de lunes a viernes, fichando los libros recién adquiridos por el club. Pero, para mi suerte, como el presupuesto era exiguo y no podían comprar mucho libros, aprovechaba el tiempo restante para escribir y leer la colección de literatura erótica que el club escondía discretamente.

Luego fui a España y pasé muchas horas muerto de frío, aunque feliz, sumergido en el extraordinario fondo de la Biblioteca Nacional del Paseo de Recoletos. En este hermoso edificio, el frío era tan crudo que leíamos con abrigo, con bufanda y hasta con guantes. Durante los siete años que viví en París nunca dejé de frecuentar la pequeña e incómoda Biblioteca Nacional, vecina de la Place de la Bourse. Recuerdo que iba muy temprano y hacía cola para ser de los primeros en entrar. Aunque, sin duda, mi biblioteca preferida siempre será la British Library, que lamentablemente ya no existe como tal. Nunca conocí una biblioteca más hermosa, un lugar que, bajo la cúpula del Reading Room, permitiera sentir la fuerza y la compañía de todas las historias que acogía.

De todas estas bibliotecas, y de las muchas más que he tenido el privilegio de frecuentar, conservo en la memoria el olor a cuero, a papel, incluso el ruidito de los carritos que los bibliotecarios arrastraban, llevando y devolviendo los libros de los lectores. A todas ellas les debo las gracias por haberme ofrecido un estímulo para la fantasía y la imaginación, por enriquecer mi vida y haberme permitido escribir los libros que he escrito.

Por todos estos motivos, celebro la publicación del libro que ahora mismo usted sostiene entre sus manos. A través de un recorrido por las bibliotecas peruanas más nutridas, este libro rinde un merecido homenaje a esos lugares públicos o privados, pero siempre íntimos que, como el Aleph de Jorge Luis Borges, representan al universo.

Mario Vargas Llosa

Madrid, 27 de enero de 2015

MARIO BENEDETTI nació en la localidad de Paso de los Toros en 1920. Vivió, desde la infancia, en Montevideo. Estudió en el Colegio Alemán, viajó por Estados Unidos y Europa y consiguió, con una extensa obra publicada, que incluya novela, ensayo, teatro y poesía. El escritor fama dentro y fuera de su país. Como poeta, Mario Benedetti ha publicado mientras tanto, Poemas de la Oficina, el próximo, que fueron reunidos y editados por el Hoyo por hoy. Noción de la Oficina, 1965 en un solo volumen, inventario de la edición). El presente libro, escrito por el autor, recoge la más reciente creación

para
leer
que a
de este
con la
decuplo
para a la
Mario

Londres
juicio 1967

Andrés Anicó

609-272066

FIORILLA: (34) 610253178 ^{celular}

91-4680767

VERO (u. del) 1677293098

ESTE CUADERNO CONTIENE:

- 1) Apéndice manuscrito de "Acivik".
- 2) Notas del "Informe" de "Acivik" (2010)
- 3) Notas sobre proyectos de novela para "Acivik" (Felicía Yanaguchi)
- 4) Manuscrito de un cuento infantil "El parto de la misión"
- 5) Notas de un viaje a San Petersburgo, Moscú, Kazán, Pskov
- 6) El Premio del Nobel
- 7) Borrador del discurso del Nobel (pronunciado el 7 de diciembre de 2010 en Estocolmo)
- 8) Apunte de clases en Princeton U. - "Acivik"

CUADERNO
DE
NOTAS
AREQUIPA, MARZO 2010

MV

"LA CIVILIZACIÓN DEL
ESPECTÁCULO"

LIMA / MADRID

MARZO / MAYO

2010

OS DE SOLEDAD

to Mario,
e pu descuartiza-
do, desmemuzado
y desenmascarado
hermano,
GABRIEL
1972

JOAQUIN MORTIZ • MEXICO

MARIO VARGAS LLOSA
BIBLIOTECA
28 MAY 1971
N. DE INGRESO: 5303



Carlos Fuentes

El tuerto es rey

A Mario y
Patricia, con mi
gratitud por el
apoyo moral
de Arignon -
y cargo de admi-
nistración por la "Cathedra"
de gran altura

(Carlos)

HUGO

E-DAME
PARIS



MARIO VARGAS LLOSA
116 51 82
N. DE INGRESO: 9930

OPIN, ÉDITEUR
MONTAIGNE-MOLIERE, 41
1844
GARNIER FRÈRES
PALAIS-ROYAL, PARIS 1^{er} MONTPESSIER, 214



Introducción

Rincones, atmósferas, salas llenas de luz o en penumbra que acarician nuestras emociones; emociones que colman nuestros sentidos de una pasión por indagar qué hay más allá de esos puentes hacia todas partes que son los estantes cargados de libros y, dentro de ellos, universos procelosos o calmos, el conocimiento y las revelaciones que abrirán sus horizontes a nuestras preguntas y anhelos. Fachadas señoriales o arquitecturas monumentales, modernas, austeras, cobijan bibliotecas institucionales y privadas en este nuestro Perú siempre redescubierto por quienes, solemnes o gozosos, llenos de interrogantes vamos en busca de aquello que, en las bibliotecas, nos muestra el mundo.

El hombre inventa la escritura en Sumeria y, con ella, en tablillas de barro esgrafiadas que contenían desde transacciones comerciales hasta el poema más famoso de la antigüedad —el del rey héroe Gilgamesh y su amigo Enkidu—, aparece la necesidad de atesorar lo que, con el paso de los milenios, se convertirá en la memoria de la humanidad, y esto no pudo ser en otro lugar más que en una biblioteca.

Todos hemos escuchado acerca de la de Alejandría, eje del conocimiento de Medio Oriente, pero, a su lado, y más pretérita todavía, la de Asurbanipal; luego las egipcias, las griegas; las de la India, las de Persia; de lo cuneiforme al glifo, a la tablilla de cera, a las palabras en pergaminos: historia, alianzas, política, sencillos relatos de la vida cotidiana, textos sagrados y oraciones, viajes y conquistas. Todo guardado en espacios particulares; algunos concebidos como templos, otros tan humildes como el cuarto o la celda de un sabio o de un monje. La biblioteca como el ámbito al que se acude para saber cómo es que el hombre ha sido capaz de conocer y entender el mundo donde vive, el que transforma día a día, al que le da sentido con su propia existencia. Y luego la imprenta, para hacer más duradero y difundir más allá de toda frontera el pensamiento; pero el libro siempre como vehículo del tiempo y como la presencia intemporal de la sabiduría.

Ninguna biblioteca es una simple acumulación de libros; esta no es una máxima sino una verdad que se hace vívida cuando entramos en esa especie de templo que es el acervo personal de un amigo, un maestro o un escritor. La formación de una biblioteca es un ejercicio amoroso de paciencia, búsqueda y hasta de encuentros azarosos. Y si no es acumulación de libros, hoy, en la era de la digitalización, tampoco es una terquedad, porfía por aferrarse al pasado, nostalgia a ultranza. Es, y cada vez más —y así nos lo hacen ver los personajes cuyas bibliotecas aparecen en este libro—, la persistencia en el cultivo de algo que parece perderse apresuradamente y sin remedio: el diálogo; en este caso, el del autor con el lector a través del vehículo corpóreo del libro, de su textura, de su tipografía, de su calidez, procedencia y edad.

Laberintos, axis mundi, multiplicación de palabras en el entrecruzamiento de ideas, épocas y temas, matriz y fuente del pensamiento, de la identidad y del presente de un país. A través de las imágenes que muestran los recintos y nos permiten evocar los espacios en los que aguardan los libros a sus lectores, fotografías tomadas con sensibilidad y esa sutileza capaz de captar el espíritu que define a cada biblioteca, podemos gozar de esos espacios sagrados, íntimos, compartidos, que nos permiten adentrarnos a las 50 bibliotecas públicas y privadas más emblemáticas del Perú.

Paraísos del Saber nos muestra esos ámbitos navegantes en océanos de palabras; refugios privilegiados, testigos y al mismo tiempo cómplices de la obra, de la vida de los personajes que han dejado impreso su saber y reunido una colección que da y dará fe de sus intereses, vocaciones y preferencias, y también su generosidad para con esos lectores anónimos que entran a la Biblioteca Amazónica o a la del Instituto Riva Agüero, entre otras consignadas aquí, o a consultar libros en las bibliotecas conventuales —como diría Henry Miller, “eso era como ocupar un palco en el paraíso”—, como la del centenario convento de Santo Domingo, en Lima, o la del convento de Santa Rosa de Ocopa, en Huancaayo. Bibliotecas que nos permiten acercarnos a aquellos seres que han puesto el conocimiento como prioridad sobre su propia ambición profesional, que saben y nos hacen saber que los libros, y lo que cada uno de ellos encierra, es perfección insuperable de nuestra imaginación. En sus bibliotecas mantienen encuentros con escritores, con estudiosos que buscan en la penumbra de la noche el cobijo de la auténtica luz de la verdad. A través de *Paraísos del Saber* descubriremos, más allá de sus dimensiones, el significado de los libros, aquellos que encierran las fantasías y los conocimientos, y también aquellos que vuelven a llenarnos de interrogantes para proseguir en la búsqueda. Admirar los estantes, los libros alineados o no de una biblioteca nos despierta la conciencia a la sonoridad y al peso, a la sensación de encontrarnos inmersos en un ámbito de ensoñación y de realidades concretas en donde podremos viajar a mundos imaginarios. Aquí recuerdo una frase de Vicente Molina Foix: “Leer es una operación que significa también gozar, paladear aquella belleza que, al igual que los sonidos de una hermosa sinfonía, los colores de un cuadro insólito o las ideas de una aguda argumentación, despiden las palabras unidas a su soporte material”.

La visita a las bibliotecas de algunos de los autores, estudiosos, maestros y personajes que han marcado en buena medida el rumbo de la cultura peruana e iberoamericana en los últimos tiempos, dará oportunidad al lector de conocerlos en su intimidad, en su ámbito creador; y lo mismo con los acervos de las bibliotecas institucionales que también presentamos. Pero hay además otra intención: la de acceder, a través de las seis secciones que componen este libro —una forma no de clasificar, sino de señalar una posible ruta de acercamiento a obsesiones, preferencias, vocaciones, encuentros y expediciones—, al conocimiento del alma peruana y, con ella, del espíritu de la humanidad.

Con *Paraísos del Saber* queremos dejar un legado testigo de nuestro tiempo e historia, con la ilusión de que la biblioteca perdurará a pesar de todo, como diría Borges, iluminada, solitaria, infinita, perfectamente inmóvil, armada de volúmenes preciosos, inútil, incorruptible, secreta.

Ingrid Yrivarren

Institucionales

“El saber de una época”



Biblioteca Amazónica

Hace 43 años, el padre Joaquín García Sánchez llegó a la Amazonía peruana y, desde ese momento, se dedicó a promover la vida intelectual en la región. Precisamente, este sacerdote agustino fundó la Biblioteca Amazónica en Iquitos, que ha tenido como objetivo primordial la conservación de la memoria de los pueblos amazónicos.

El origen de la biblioteca está ligado con el Centro de Estudios Teológicos de la Amazonía, creado en 1972 con el fin de adecuar las disposiciones del Concilio Vaticano II de 1965 a la realidad de la selva amazónica. En ese entonces, surgió el interés de contar con un soporte bibliográfico que pudiera contribuir a la reflexión y discusión teológica. Así nació el proyecto, en un principio gracias a las pequeñas colecciones del padre García Sánchez y de los hermanos agustinos y laicos, preocupados por la formación de nuevas mentalidades eclesiales. Con el tiempo, la biblioteca fue cambiando de rostro y personalidad: pasó por distintos locales a medida que necesitó ambientes más amplios, y la orientación de los libros, consagrados en un inicio a la Teología, se abrió a otros ámbitos del saber.

Un buen día, los altos de la Prefectura —primer edificio precauchero (Patrimonio de la Nación que data de 1873)—, quedaron vacíos, pues el Correo, institución que los ocupaba, se había mudado a un inmueble propio. Después de algunos años de gestiones, se con-



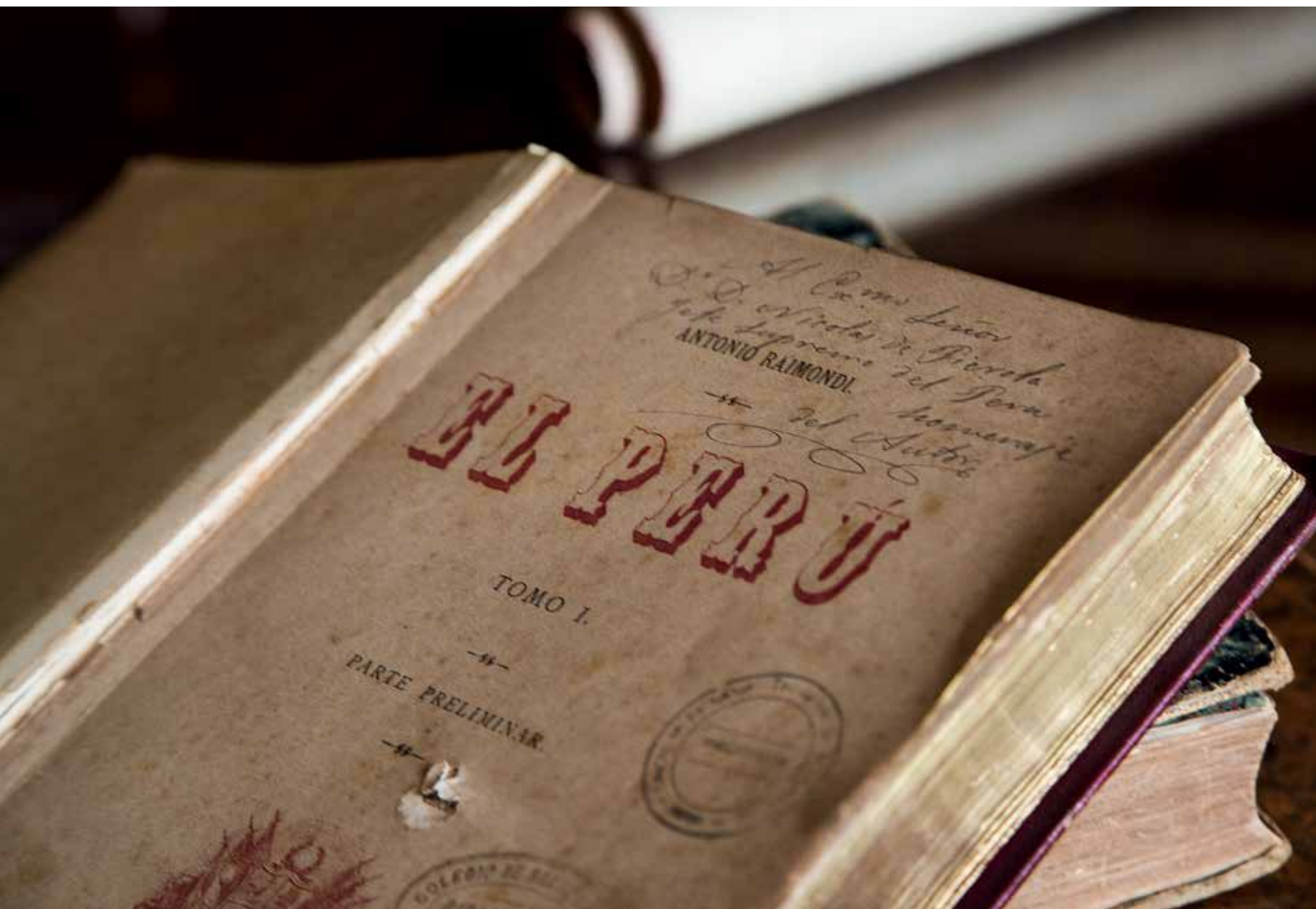
siguió el local durante el primer Gobierno del presidente Alan García. Otra aventura fue conseguir el financiamiento para la restauración del edificio neoclásico, que llegó de manos del Consejo Regional.

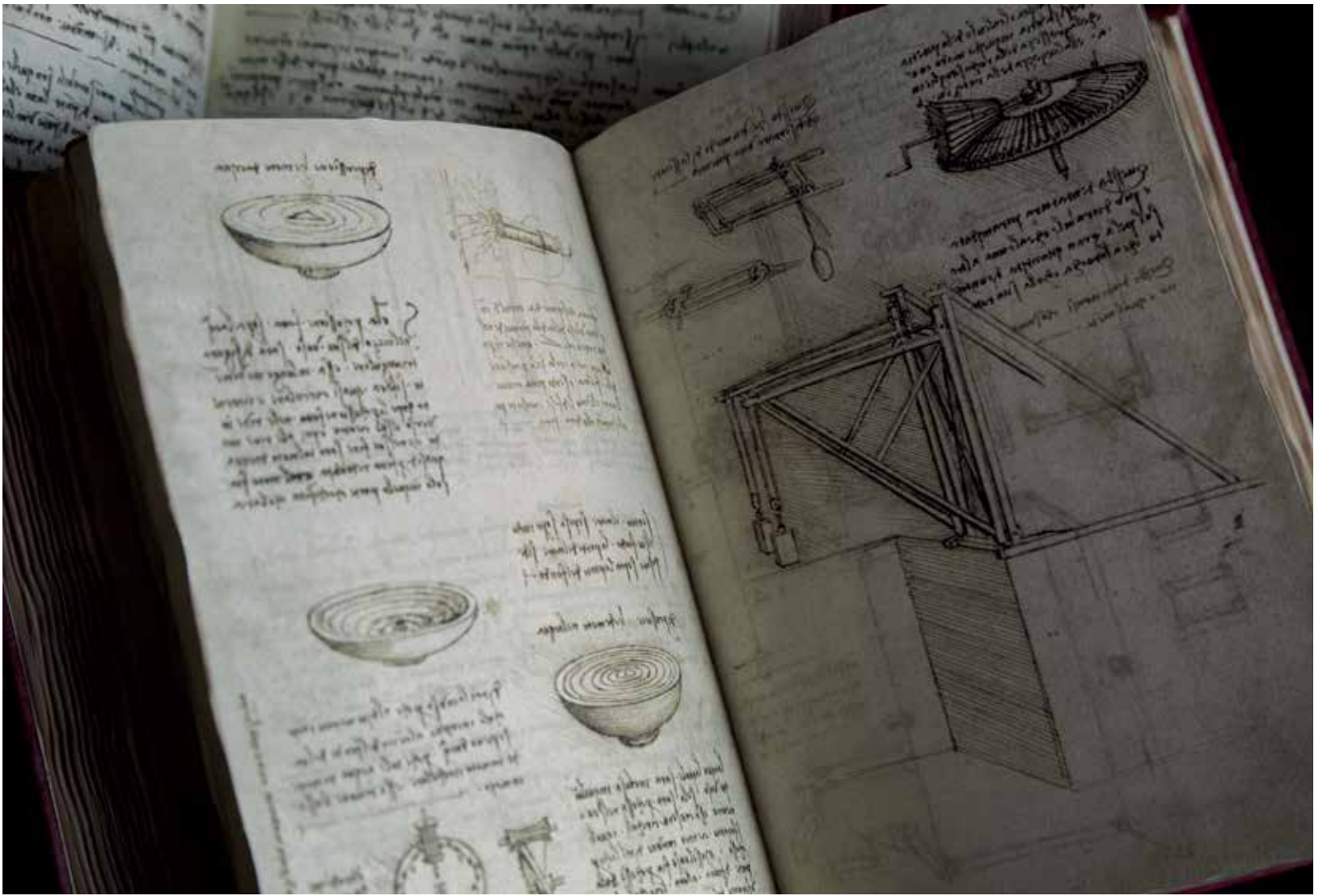
26 de mayo de 1992: día en que se inauguró la Biblioteca Amazónica. La obra de pintura, artesanía y decoración tuvo como autor al artista y misionero claretiano Maximino Cerezo; en tanto, la profesora Alejandra Schindler, mujer empeñosa y bibliógrafa notable, ocupó la Dirección de la biblioteca. Ambos, junto con el padre García Sánchez, conformaron el triunvirato que, a partir de esa fecha, dirigiría una de las bibliotecas más sobresalientes de la Amazonía.

Hoy en día, el recinto preserva esa cuota de distinción y cercanía de sus primeros años. Incluso, sus exteriores ostentan el tono rosado de sus inicios. Para acceder a sus ambientes de salones amplios y techos altos, el visitante debe subir por una escalera señorial que desemboca en un vitral con una representación del ex libris de la biblioteca. El ambiente es fresco, pese al intenso calor de la ciudad, gracias a la balconada que permite el ingreso del viento y de luz, y que nos ofrece la vista del río y de la vegetación que lo rodea. Dentro, la sala de lectura proyecta una imagen hospitalaria, afirmada por un mural de 21 metros cuadrados que simboliza el arraigo de la cosmovisión de los pueblos indígenas. Cuatro mesas ocupan el centro y, sobre ellas, un nivel y un teodolito donados por Sedaloretto, y

un espejo de la época del caucho. En la parte superior se encuentra la sala de descanso, dedicada al cineasta Wong Rengifo. En un área más escondida, se organizan las oficinas de Dirección y de Procesamiento de Libros, y un espacio que guarda en silencio las cenizas del sacerdote español Avencio Villarejo, quien vivió catorce años en la selva amazónica, estudiando su problemática y educando a sus pobladores. Al costado, mirando el malecón, se ubica el espacioso depósito de libros.

Al hablar de la Biblioteca Amazónica, es inevitable referirse a los cerca de 30.000 volúmenes que la conforman, además del ingreso de nuevos títulos que desbordan sus posibilidades espaciales. Del gran número de obras, destacan *Informes de Jesuitas en el Amazonas* de Francisco de Figueroa, Cristóbal de Acuña y otros (1683); la primera edición de *El Perú* de Antonio Raimondi (1874), con una dedicatoria al presidente Piérola; la primera edición, en tres tomos, del diario de La Condamine (1750); el último decreto de la *Santa Inquisición* (1814), que recomienda a los insurgentes del Perú volver al camino del sometimiento a la Corona; y la *Historia General y Natural de las Indias* de Fernández de Oviedo (1851). Además de estos tesoros, existen 50 reproducciones en alta bibliofilia, como un ejemplar del *Tratado de Tordesillas* (1494); el *Diario de a bordo* de Colón (XVI), manuscrito transcrito por Fray Bartolomé de las Casas; el diario de Fray Gaspar de Carvajal (1542); y el *Códice Borgia* de los aztecas.





Por su admirable compilación, la Biblioteca Amazónica ha recibido la visita de célebres escritores como Vargas Llosa y García Márquez, ambos Nobel de Literatura, que han encontrado en su interior la información —y quizás la serenidad— para nutrir sus novelas. Asimismo, la biblioteca también ha mostrado una faceta editorial activa al publicar libros de diverso formato relacionados con la realidad amazónica.

Por supuesto, las reliquias del conocimiento que conserva la biblioteca requieren, más que un guardián, un tutor, alguien con la sensibilidad suficiente para valorar ese legado en su real dimensión. Ese elegido es el padre García Sánchez, un apasionado de la Literatura y la Historia. Este agustino, admirador de *El Quijote*, García Márquez, Vargas Llosa y de toda la Generación del 27, es un convencido de que el libro despierta un conjunto de sensaciones que llegan al corazón, y que la energía del autor se traslada siempre a los lectores. Y sabe de lo que habla, porque títulos como *Así es la Selva* de Avencio Villarejo han calado hondo en él debido al vínculo tan maravillosamente expuesto entre el alma y la tierra.

“Una biblioteca es el centro de la memoria y del pasado, además el corazón de la sabiduría de los pueblos al abrir la mente hacia el futuro”. Estas palabras del padre García Sánchez no solo reflejan su sensatez y humanidad, sino que enmarcan el sentido de posteridad que debe primar en todo gran bastión del conocimiento, como es la Biblioteca Amazónica.



La Biblioteca Amazónica conserva una vasta recopilación de ejemplares especializados en materias como Geografía, Historia, Antropología, Teología y Literatura. Junto a la Biblioteca de Manaos, en Brasil, posee una de las colecciones más notables de libros dedicados a la Amazonía. Además, cuenta con fototeca, hemeroteca, mapoteca, cinemateca y pinacoteca. Está localizada en Malecón Tarapacá 345, Iquitos.

Flores de papel

Vale subrayar el apartado de libros dedicados a la flora. Resaltan *Trujillo del Perú*, de Baltasar Martínez de Compañón, compuesto por nueve tomos facsimilares de la edición tal y como se halla en la Biblioteca del Palacio Real de Madrid; los 30 tomos de *Flora de la real expedición botánica del Nuevo Reino de Granada* de José Celestino Mutis; y *Flores para el Rey* de Ruiz y Pavón, que data de 1788.



Biblioteca y Archivo Municipal de Lima







Corría 1935 y Lima era una fiesta. La querida Ciudad de los Reyes celebraba su cuarto centenario y, para coronar la celebración, surgió la idea de conformar e inaugurar una biblioteca municipal. La idea no resultaba descabellada, ya existía un archivo documentario y bibliográfico importante desde el año 1903 que se había preservado dentro de las instalaciones de la Municipalidad hasta el incendio ocurrido en 1923, que afectó parte del inmueble y que obligó a mudar la colección a un recinto del entonces Palacio de la Exposición (hoy, Museo de Arte de Lima). La iniciativa de la biblioteca tomó impulso y, al cabo de ocho años, en 1945, se logró la apertura de su nueva sala en lo que hoy es el Palacio Municipal, en la Plaza de Armas.

En la actualidad, al recorrer los interiores de la Biblioteca Municipal el visitante da buena cuenta de que el tiempo, como esencia y misterio de la vida, se conserva intacto en ese gran espacio señorial, en esa fortaleza cuyo acceso está flanqueado por dos esculturas de bronce: un busto del Libertador Simón Bolívar —regalo del Gobierno venezolano por el cuarto centenario de Lima— y una escultura de Ricardo Palma hecha por el español Manuel Piqueras Cotolí. Entre estas imponentes representaciones —así como un óleo de Francisco González Gamarra y una pintura cusqueña de la Virgen de Belén, de 1650—, se percibe que los años han atesorado aquí una identidad, una cultura que es absolutamente limeña: rica, vivaz, ensoñadora.

Al igual que el Palacio Municipal, la biblioteca ostenta un estilo neocolonial peruano, tan de moda en los años veinte del siglo pasado, concebido por los arquitectos Emilio Harth Terre, José Álvarez Calderón Flores y Ricardo de Jaxa Malachowski. El ebanista de la biblioteca y responsable de sus hermosas escaleras y los majestuosos balcones de madera tallada, característicos de nuestra Lima antigua, fue José Caycho, que trabajaba en Ferrini & Schuller, empresa encargada de amoblar los ambientes del recinto. Uno de los documentos del archivo señala que el costo del amoblado de la sala de lectura “ascenderá a 11.840 soles de oro”, y que la puerta de entrada, de dos hojas talladas en ambas caras, tuvo un valor de 1.700 soles de oro.

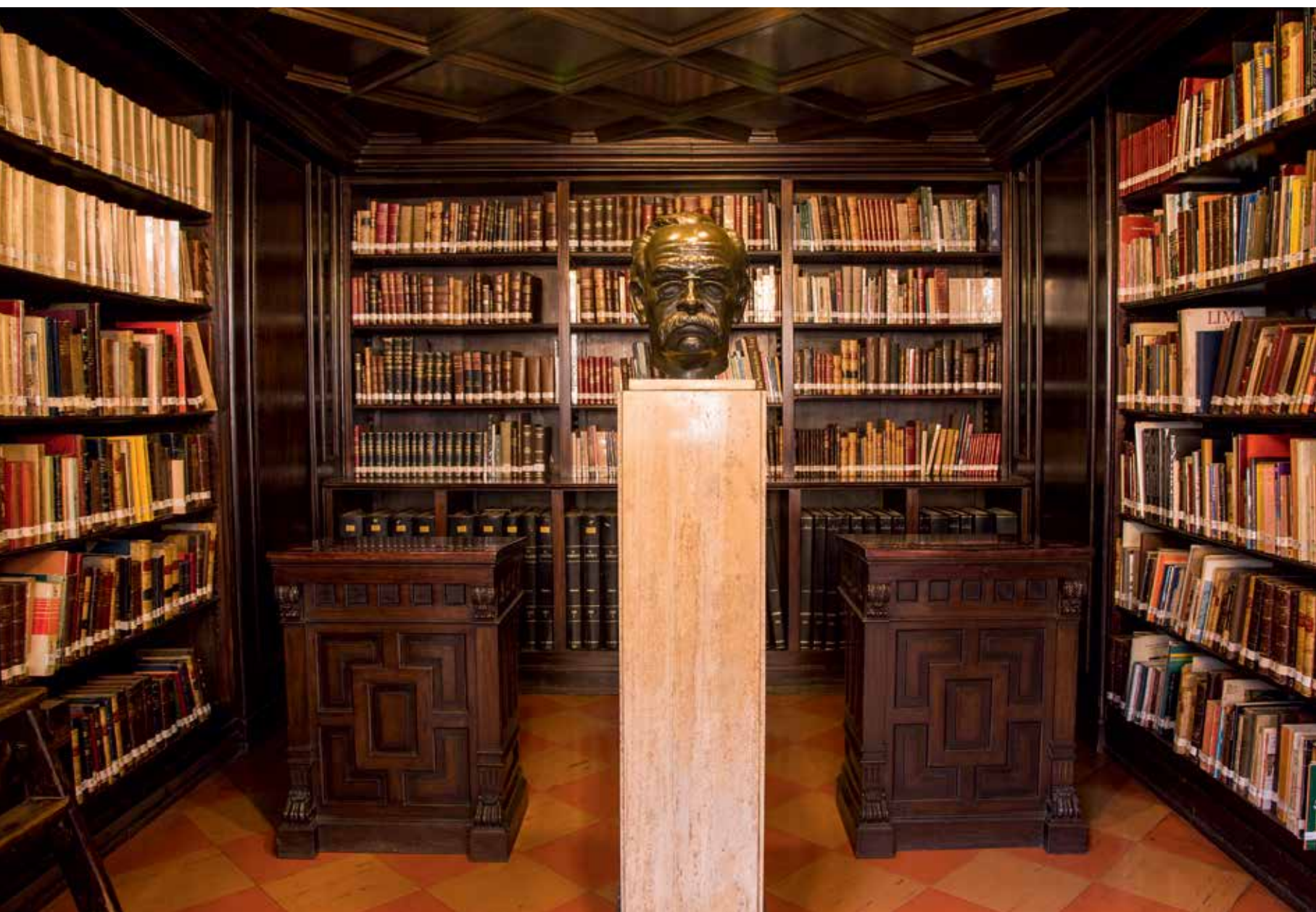
La biblioteca se inauguró el 29 de junio de 1945 y se suscribió al Concejo Municipal. Más adelante, cuando el número de títulos empezó a crecer, se convirtió en una biblioteca pública. En 1951, el entonces alcalde Eduardo Dibós Dammert decidió que la colección se especializara en temas de Lima y municipales. Hoy no es casualidad encontrar en su interior documentos míticos y fundamentales para la historia de la ciudad y del Perú. Así, es posible apreciar el *Acta de Fundación de Lima*, del 18 de enero de 1535, redactada por el escribano Domingo de la Presa y firmada por el conquistador Francisco Pizarro y los primeros pobladores de la capital. Pero eso no es todo: también se puede hallar el *Acta de la Declaración de Independencia Nacional*, suscrita el 15 de julio de 1821, que representa la decisión autónoma de la ciudad de Lima en favor de la Independencia y que fue redactada por el regidor Manuel Pérez de Tudela en respuesta al oficio de José de San Martín del día anterior. Firman el documento el alcalde don Isidro de Cortázar y Abarca, el arzobispo Bartolomé María de las Heras, y unas 3.500 personas, que conformaban casi toda la población masculina alfabetada de la época.

Dichas actas, que marcan el principio y el fin del virreinato más importante de América del Sur, se encuentran protegidas en una urna colocada bajo la escultura de del escritor Ricardo Palma. Yacen junto con los tinteros que emplearon los firmantes de 1821 y con una llave de plata de la ciudad de Lima entregada al virrey Fernando de Abascal a su llegada, en 1806. La llave fue donada por la familia Lavalle al Municipio con ocasión del cuarto centenario de la ciudad. Su decoración es exquisita: cuenta con un águila bicéfala, las columnas de Hércules y el *Plus Ultra* del escudo castellano.

La Biblioteca Municipal es altamente especializada y su clasificación es decimal, del 0 al 9. Su mayor contenido se da en el código 900, correspondiente a las materias de Historia y Geografía. Actualmente alberga unos 35.000 volúmenes, joyas históricas entre las cuales destacan los "libros de Cabildo", actas de sesiones del concejo colonial que abarcan desde el año 1535 hasta 1821, es decir, todo el periodo de la colonia, desde la fundación de la ciudad capital hasta la Independencia del Perú. Además, están consignados los acuerdos entre los alcaldes y los regidores de distintas épocas en torno a temas de tributación, evolución de precios, aduanas, cárceles, seguridad y otras materias concernientes a la administración de la ciudad.

La biblioteca es también un magnífico repositorio donde coexisten millares de documentos sobre la construcción de edificios y el crecimiento urbanístico de la ciudad, manuscritos de alto valor patrimonial. Sobresale uno que deja constancia de que los 44 libros de Cabildo fueron retirados días antes de las batallas de San Juan y Miraflores, llevados y enterrados en la casa de César Canevaro, jefe de seguridad del entonces alcalde de Lima, Rufino Torrico, y encargado de organizar la defensa de la ciudad contra los chilenos. Por otro lado, si se habla de títulos imprescindibles, habría que nombrar la primera edición de *Historia general del Perú* de Garcilaso de la Vega (1612), *Epítome* de León Pinelo (1629), y la memoria manuscrita del Virrey Duque de la Plata, todas ellas adquisiciones logradas en 1957, cuando la colección de la Librería del Plata, en Buenos Aires, fue comprada por el alcalde Héctor García Ribeyro. A la vez, resaltan las primeras ediciones de obras de Hipólito Unanue y Pedro de Peralta, *Lima por dentro y por fuera*, de Esteban Terralla y Landa, y las primeras ediciones de las *Tradiciones peruanas*, de Ricardo Palma.

La Biblioteca Municipal empezó con una fiesta y, muchas décadas después, sigue celebrando la gloriosa historia de una ciudad única. Hoy, se trata de la colección más especializada sobre Lima a la que un peruano puede tener acceso. Eso y su valor como monumento hacen de esta biblioteca una invitación impostergerable.



La Biblioteca Municipal cuenta con un archivo especializado en la historia de la ciudad de Lima, en particular documentos y libros referidos a la investigación, el Derecho, la tributación y la gestión pública tanto en las épocas coloniales como en la etapa republicana. También posee una hemeroteca, con ejemplares históricos de los diarios *El Comercio* y *El Peruano*. Además, conserva colecciones importantes, como la de Literatura latinoamericana. La biblioteca se ubica en el Palacio Municipal, en la Plaza Mayor de Lima.

El libro que no estaba

De los 44 libros de Cabildo que se recopilaron, existe una ausencia curiosa: el libro número dos (relativo a los años 1541 a 1543), que fue eliminado, según se cuenta, por contener testimonios sobre la rebelión que llevaron a cabo los vecinos de Lima y Almagro el Mozo contra Pizarro. Lo que se dijo en esas sesiones del Concejo Colonial provocó su insólita desaparición.





Convento de los Descalzos





A los pies del cerro San Cristóbal, en el distrito del Rímac, se ubica el Convento de los Descalzos, una de las primeras “casas de recolección” construidas por los franciscanos en tierras peruanas. Estas casas eran espacios de retiro donde los religiosos llevaban una vida de austeridad dedicada a la oración y al estudio. Para facilitar ambas tareas, era necesario contar con una biblioteca, y la de Los Descalzos fue una de las más completas de su tiempo. Hoy forma parte del museo del convento y despierta el interés de bibliófilos de todas partes del globo.

La Casa de Recolección Nuestra Señora de los Ángeles, nombre oficial del convento, se fundó el 10 de mayo de 1595, y su primer padre guardián fue nada menos que San Francisco Solano, una de las figuras religiosas más importantes del Virreinato. En ese entonces, el área del Rímac apenas estaba poblada, lo que hacía de Los Descalzos el lugar perfecto para llevar una vida retirada, lejos del ajetreo de la capital.

El claustro de la biblioteca —o Claustro del Provincialato— está delimitado por cuatro esbeltas palmeras, que producen una apacible sombra durante los días de verano. La sala mantiene la misma arquitectura de los otros recintos del convento: una geometría sencilla, carente de ornamentaciones llamativas, que abarca cerca de 150 metros cuadrados y suma 98 estanterías entre sus dos niveles.

El primer nivel es recorrido, a ambos lados, por un estrecho banco adosado al mobiliario, que hace de asiento y pedestal para alcanzar los libros de los niveles superiores; en el centro yacen dos mesas de pino y un robusto mueble, compuesto por un atril y cajoneras. Al segundo nivel se llega por dos discretas escaleras, ubicadas a ambos extremos de la sala. A un lado de la puerta se puede leer la Cédula de Excomunión, con la cual se buscaba evitar la pérdida de libros. A cierta hora del día, esta advertencia es iluminada gracias a las dos teatinas del recinto que facilitan el ingreso de luz y aire.

Pero en Los Descalzos, los religiosos no solo dedicaban su tiempo al recogimiento. En sus claustros también se dictaban cátedras de Teología, Filosofía y Gramática española y nativa, entre otras materias. Por ello, la biblioteca está segmentada en los siguientes temas: Sagradas Escrituras, Patrología, Biblia, Apologética, Teología Moral y Escolástica, Derecho Canónico y Civil, Historia Eclesiástica, Universal, del Perú y América, Enciclopedias y Diccionarios, Filosofía, Ascética y Mística, Sermones, Vidas de Santos, Ciencias Naturales, Liturgia, Música, Expositores, y Literatura Universal y Peruana. En total suman 15.000 obras y su última catalogación data del año 2004.

“En una colección como la de la biblioteca franciscana del Convento de Los Descalzos es difícil seleccionar las piezas más importantes. Cada una representa un aporte en cuanto a su temática y su fecha de impresión”, explica Alberta Álvarez, directora de la Fundación Descalzos del Rímac. Sin embargo, cabría destacar los incunables, como la edición de 1497, impresa en Venecia, de *Cuestiones sobre los universales de Porfirio*, obra del teólogo escocés Juan Duns Scoto, que perteneció al misionero y mártir de la orden Jerónimo Jiménez, muerto en el valle de Chanchamayo.

Otros volúmenes que llaman la atención por su antigüedad son una Biblia de 1534, impresa en París; otras dos ediciones del Libro Sagrado, de 1570 y 1581; la obra completa de Juan Crisóstomo, también producida en París en 1534, y la de San Eulogio de Córdoba, de 1574 e impresa en Alcalá de Henares; así como *Enarratio in Evangelium* del místico flamenco Dionisio el Cartujano, de 1542.

A nivel literario, la biblioteca cuenta con muy antiguas ediciones de Santa Teresa de Jesús, Diego de Hojeda y Lope de Vega, y de renombrados cronistas como Francisco Gonzaga, el Inca Garcilaso de la Vega y los hermanos franciscanos Buenaventura de Salinas y Córdova y Diego de Córdova y Salinas, que cultivaron la crónica criolla.

Los catecismos, sermones, devocionarios, gramáticas y diccionarios en lenguas nativas —muchos de ellos conservados en manuscritos— son testigos del profundo interés de los franciscanos por aprender las lenguas de los locales y de su gran capacidad para dominarlas. Destaca una versión de *Rituale Seu Manuale Peruanum* de 1607, editada en latín, castellano, quechua, aimara, puquina y mochica. En esta obra, fray Jerónimo de Oré, uno de los gramáticos más importantes del Virreinato, aboga por la necesidad de contar con traducciones de los sacramentos en lenguas indígenas.

El cuidado de la biblioteca está en manos de la Fundación Descalzos del Rímac, entidad responsable de la salvaguarda del patrimonio religioso e histórico del museo del convento que desde hace un tiempo viene implementando distintos programas de mantenimiento y restauración, que se realizan periódicamente para prevenir la acumulación de polvo y la proliferación de insectos.

En la actualidad, esta biblioteca es visitada por ciertos religiosos interesados en indagar en el pasado de la orden así como por investigadores, todos ávidos por perderse en un legado de cuatrocientos años de antigüedad.



Pese a sus características, la biblioteca del Convento de los Descalzos no solo está provista de libros de temática religiosa, sino también de obras de Ciencias Naturales, Historia y Gramática, muchas de ellas editadas por los mismos hermanos. Con una arquitectura austera pero que invita al descanso y la reflexión, también posee un museo, donde se exhiben pinturas coloniales y publicaciones corales.

Labor evangelizadora

Por su privilegiada ubicación, el Convento de los Descalzos también fue el centro desde donde los hermanos franciscanos partían hacia las misiones de la sierra central. Para facilitar este trabajo, la biblioteca contaba y cuenta hasta el día de hoy con libros de Astronomía y Geografía que sirvieron para trazar las primeras cartografías de los territorios que se iban descubriendo, así como libros de Gramática española y nativa (en especial quechua y aimara), necesarios para difundir las Santas Escrituras entre los naturales.

Un personaje histórico

Entre los autores franciscanos, se conservan intactas las primeras ediciones de la obra del brillante teólogo catalán Pedro Gual y Pujadas, publicadas entre 1850 y 1893. Cabe mencionar que este religioso mantuvo una gran amistad con Miguel Grau Seminario, y que fue su confesor antes de que partiera al Combate de Angamos.





Convento de San Francisco

NOVVM
TESTAMENTVM
GRAECE

Cum vulgata interpretatione Latina Graeci contextus lineis inserta: Quae quidem interpretatio, cum à Graecarum dictionum proprietate discedit, sensum, videlicet, magis quam verba exprimens, in margine libri est collocata: atque alia BEN. ARIÆ MONTANI HISPALENSIS operâ e verbo reddita, ac diuerso characterum genere distincta: LOVANIENSIVM verò Censorum iudicio & totius Academiae calculis comprobata: in eius est substituta locum.

TYPOGRAPHVS LECTORI
Huius operis, atque ad id eorum omnium quae in sacro hoc APPARATV continentur, quae ordinem, rationemque, omnium capitum cognoscere, istum esse esse proxiimè sequitur, cuius cetero eas omnes dicitur MONTANI Praefationes, quae quidem singulis sunt annexae. Libri autem perlegat, huius enim manus iam laboris remanentis nunquam pariteris.



ANTVERPIÆ
Excudebat Christophorus Plantinus
Regius Prototypographus.
M. D. LXXII.





In septiformis unguis
Digito petrae dexterae,
In rivo promissum patris,
Seruato ditans gutturi,
Accendo lumen sensibus,
Lulluam uniuersam cordibus,
Lulluam nostri corporis,
Virtute firmans percepti,
Hostem repellens longius,
Pecuniam dotes pretiosas,
Ductores te te perueni
Videris uniuersa uoluntate
Per te scilicet de ratione
Inuenimus ad ipse filium.

Tempo ubi quisque spiritum
Crescens unum tempore,
Deo inter sit gloria,
Et illo, qui a mortuis
Surrexit ac parolito,
In seculorum seculum Am.

¶ Huiusmodi sunt omnes spiritus
in sancto, alleluia. Et ex
pernit loqui, alleluia.

¶ In illo tempore. Laqueatum
eis, lingua apostoli, alleluia.

¶ Magistra dei, alleluia.



in occultis im
maculatum.
Subito sagi
ttabunt eum,
& non timebunt:
firmaverunt
sibi sermones
nequam. **L**a
traverunt ut
absconderent

inter mortuos
liber. **ps**
Domine oc
salute me
e: in die clam
avi. & nocte co
ram te. **L**n
tret in conspe
ctu tuo oratio
mea: inclina

Para hacerse una idea del esplendor que tuvo el Convento de San Francisco, baste decir que llegó a tener once claustros y una huerta que abarcó parte de la avenida Abancay, en el Centro de Lima. Por ello, no debe sorprender que, a pesar de la política de austeridad de la orden, su biblioteca haya sido una de las más imponentes del Virreinato. Y no era para menos: se trataba de su centro de operaciones y donde sus religiosos se preparaban para salir rumbo a otros conventos del interior y, desde allí, a las misiones.

La Orden Franciscana fue la segunda en llegar al territorio peruano, entonces denominado Gobernación de Nueva Castilla. Al poco tiempo de arribar, estos religiosos se asentaron en Lima y, en 1546, comenzaron la construcción del convento, un majestuoso edificio de estilo barroco ubicado entre el actual Palacio de Gobierno y la margen izquierda del río Rímac. Siguiendo las ordenanzas de su congregación, los franciscanos no tardaron en reunir libros y organizar la biblioteca.

Para ello, los religiosos hacían colectas dentro de la ciudad, que resultaban bastante sustanciosas debido a la riqueza de buena parte de la población limeña. Luego, se designaba a un hermano, que viajaba a los capítulos generales (asambleas celebradas en Roma o Toledo) con el objetivo de reunir bibliografía; recordemos que en esa temprana época no había imprentas locales. De estos viajes, el fraile volvía dotado de verdaderas joyas, entre libros y obras de arte de todo tipo, que podían remontarse a los siglos XIV y XV.

En la actualidad, la biblioteca forma parte del museo y está localizada sobre la portería, muy cerca del claustro principal, en un segundo piso. Este claustro data de 1620, pero es difícil determinar si la biblioteca estuvo desde un inicio ahí, a causa de las distintas reestructuraciones por las que ha pasado el convento. No obstante, a diferencia de la biblioteca del Convento de Santo Domingo, este recinto sí parece diseñado para la lectura, pues cuenta con cuatro ventanales, tres teatinas y dos pisos de estantería tapizados de libros de todos los tamaños. Al segundo se llega tras subir cualquiera de las dos esbeltas escaleras de caracol, ubicadas una a cada lado.

El techo merece una mención aparte: los 22 metros por ocho de ancho del área están cubiertos por láminas de bronce, ornamentadas con formas provenientes del barroco mestizo. De él penden cuatro arañas que fueron instaladas el siglo pasado, en la década del cuarenta, y en la esquina izquierda se puede apreciar el escudo de la congregación.

La última gran remodelación de la biblioteca se realizó en la primera década del siglo pasado, y estuvo a cargo de monseñor Antonio Rafael Villanueva, posteriormente nombrado obispo de Cajamarca. Durante su gestión se reemplazó toda la estantería y el piso, que ahora exhibe losetas de color blanco. Asimismo, la mueblería que aún se conserva (atrilas, mesas, escritorios y ficheros) fue traída a pedido suyo. Destaca un aparador donde se guardan libros de gran tamaño en posición horizontal para evitar que se descuadren.







Cayetano Villavicencio, consejero cultural del museo, nos comenta que las reglas de la congregación eran claras con respecto a la función del bibliotecario: debía ser un sacerdote con experiencia libresco al que se le exoneraba de otras funciones para dedicarse de lleno a mantener la biblioteca en orden y servir a los usuarios, para lo cual contaba con la ayuda de dos religiosos.

En total, la biblioteca alberga 25.107 libros, que están clasificados por temáticas religiosas y de saber universal. El primer grupo abarca breviarios y misales en latín, cuyos empastados aún se mantienen en buen estado; Biblias con hermosísimas ilustraciones; libros incunables, salidos de los primeros sistemas de imprenta; obras de Historia Eclesiástica, Teología Moral, Dogmática, Derecho Canónico, concilios antiguos, Apologética, sermones de homilías e Historia Franciscana, todos escritos con un lenguaje muy cuidado, como recalca Villavicencio. Además, en sus estantes se exhiben libros de música antigua y popular; estos últimos escritos en aimara, quechua y puquina, una lengua nativa ya extinta. El segundo grupo comprende libros de diversas ciencias, desde Gramática hasta Geografía.

Algunas de las joyas de esta biblioteca son los seis volúmenes de la *Biblia Regia*, de 1572, también llamada *Biblia Políglota de Amberes*, por estar escrita en hebreo, griego, arameo y latín, y haber sido impresa en dicha ciudad. Asimismo, el *Catálogo de órdenes religiosas de la Iglesia*, del italiano Filippo Bonanni, que cuenta con 107 láminas sobre las órdenes religiosas de mujeres, pintadas al detalle; y *Misiones del profeta Ezequiel*, de 1604, escrito por los jesuitas Jerónimo del Prado y Juan Bautista Villalpando, en el que se hace un pormenorizado comentario del texto bíblico.

Entre las obras escritas por hermanos de la orden sobresalen las de fray Jerónimo de Oré, religioso natural de Huamanga, autor de *Relación de la vida y milagros de San Francisco Solano*, primera hagiografía que se le hizo a este santo que por buen tiempo vivió en el convento. Fray Jerónimo fue también un políglota con amplio dominio de las lenguas indígenas y, sobre el tema, escribió *Orden de enseñar la doctrina cristiana en las lenguas quechua y aymara*, una guía para los misioneros que buscaban convertir a los nativos.

Otro libro de gran valor para la congregación es *Crónica de la Religiosísima Provincia Franciscana de los Doce Apóstoles del Perú*, escrita por fray Diego de Córdova y Salinas en 1651. Esta crónica compila diversos escritos sobre la fundación de los conventos, las misiones y la vida de personajes emblemáticos de la congregación franciscana, como San Francisco Solano y fray Jerónimo de Oré. No hay que dejar de lado los *Registros*, documentos redactados en estos claustros que compilan diversos pasajes de la vida conventual y describen las costumbres limeñas: alcanzan 49 volúmenes y están forrados con piel de carnero.

En lo referente a Historia Natural destaca el *Atlas o Teatro del Mundo*, de 1659, que en tres volúmenes reúne detallados mapas del mundo conocido hasta la época; los trabajos de Bernardino Izaguirre, compilados en *Historia de las misiones franciscanas en el Oriente del Perú*, que comprende documentos de 1619 hasta 1767, un testimonio del tesón y coraje con que estos religiosos obraron ni bien llegaron a estas tierras.

El conjunto de la Basílica y el Convento de San Francisco de Lima es una de las construcciones más imponentes del Perú. Su biblioteca es una muestra de ese encanto señorial que permanece hasta el día de hoy. En su archivo se encuentran manuscritos históricos de la Orden Franciscana, sobre todo los referidos a las gestiones realizadas desde su arribo a América. También se puede apreciar abundante material gráfico como mapas, láminas y planos.

FORMACIÓN SUPERIOR

Una de las razones por las que la biblioteca del convento se pobló rápidamente fue la diligencia de los franciscanos superiores, quienes eran conscientes de la importancia de los libros para emprender su labor catequizadora. Tengamos en cuenta que, hasta el día de hoy, un religioso no solo debe conocer la Biblia, los trabajos de los Padres de la Iglesia y los concilios; también es necesario que domine aspectos discursivos, como Retórica y Oratoria, para llegar de forma clara a sus oyentes, y que posea conocimientos básicos de distintas ciencias.



Convento de Santa Rosa de Ocopa

En pleno valle del Mantaro, bajo un límpido cielo azul claro y rodeada por un cerco de eucaliptos, se encuentra una de las bibliotecas más bellas del Perú, la del Convento de Santa Rosa de Ocopa. ¿Qué hace un recinto de estas características en la entrada a la Selva Central? Según la normativa franciscana, cada convento debía tener una pequeña biblioteca para cubrir las necesidades de estudio de los religiosos. He ahí la explicación básica. Pero si uno persiste en preguntarse por su belleza, quizá encuentre la respuesta en la naturaleza y clima que envuelven el edificio, fuentes inagotables de inspiración.

El Convento de Santa Rosa de Ocopa fue fundado el 19 de abril de 1725 y tuvo como objetivo preparar a los religiosos que iban a internarse en las misiones, así como dar reposo a los que retornaban de la inhóspita selva. Su primer superior fue fray Francisco de San José, español perteneciente a la Orden de los Franciscanos y responsable, entre otras obras, de la construcción de la primera biblioteca del lugar, en buena parte, con libros de su pertenencia.

El nombre Ocopa proviene del quechua “ucupi” que, entre sus muchas acepciones, significa “rinconada”. Un nombre bastante acertado, dado que el convento se ubica en un recodo formado por los andes jaujinos, bañado por el río Achamayo, a nada menos que 3.360 metros sobre el nivel del mar, en la actual provincia de Concepción, región Junín. Este es un territorio privilegiado por su clima templado, que brinda la sensación de estar en primavera los 365 días del año.

El salón principal de este recinto, de 24 metros de largo, ocho de ancho y diez de alto, está dividido en dos niveles: el primero alberga 60 estanterías, y el segundo, 62, y fueron construidos con madera traída de los bosques circundantes (eucalipto, aliso y cedro) y parte de la usada en el antiguo local. Además, cuenta con una apacible sala de lectura.

Los libros que empezaron a poblar las repisas del Convento fueron traídos por sus primeros moradores. Algunos que pertenecieron a fray Francisco de San José son *La vida de Cristo*, del cartujo Ludolfo de Sajonia, en una muy bella edición sevillana en cuatro tomos, de 1718, un regalo del escritor y místico español Cristóbal de Fonseca; y el infolio titulado *Geometría Militar*, de 1671, que explica matemáticamente las dimensiones que debían tener las fortificaciones militares (antes de ser religioso, fray Francisco habría realizado el servicio militar en Flandes, Bélgica).

Luego de 13 años, el 12 de marzo de 1738, el Definitorio Provincial de los franciscanos en el Virreinato —consejo conformado por los

principales de la congregación— decidió donar a los misioneros de Ocopa los libros supernumerarios de la orden. Estos eran volúmenes que se encontraban en calidad de excedentes en otros conventos, es decir que se repetían en sus colecciones. Dicho acontecimiento, del cual aún se conserva el documento, marcó la fundación oficial de esta biblioteca.

Los libros más antiguos de la colección son los incunables, que fueron impresos en las primeras máquinas de imprenta de Europa. Entre estos vale resaltar la obra de San Agustín *Cuestiones acerca de la Biblia*, impreso en Lyon en 1497; y *Bibliotheca Historiae Libri*, de Diodoro de Sicilia, impreso en Venecia en 1481.

Merecen una mención especial la segunda edición de la primera parte de *Crónica de Perú*, de Pedro Cieza de León, de 1554, coincidentemente el año de la muerte del conquistador y cronista español; una Biblia católica traducida al alemán, de 1568, de las primeras que se imprimieron en dicha lengua después de la Reforma protestante; *Hypomnema Apologeticum Pro Academia Limensi*, Diego de León Pinelo, un raro ejemplar de 1648 producido en la Imprenta Real, una de las más importantes de Lima; y el tomo uno de *Biblioteca Española*, del hebraísta José Rodríguez de Castro, una obra muy difícil de encontrar, que contiene información detallada sobre los escritores rabinos.

En total, la Biblioteca del Convento de Ocopa consta de 25.000 volúmenes. Su actual clasificación abarca diez temas generales: Religión (Teología, Derecho Canónico, Historia Eclesiástica, etcétera), Filosofía, Ciencias Sociales, Lingüística y Filología, Ciencias Puras, Ciencias Aplicadas, Arte y Recreación, Literatura, Historia y Geografía, y Ciencias Generales (enciclopedias y diccionarios).

Lamentablemente, la historia de la biblioteca se ha visto empañada por distintos sucesos, muchos de los cuales mermaron su colección. En 1824, con la llegada de la República, el Convento de Santa Rosa de Ocopa fue clausurado, y recién volvió a abrir sus puertas en 1836. Según el explorador suizo Johann Jakob von Tschudi, durante los primeros años de la reapertura el cónsul francés en el Perú, Chaumette des Fossées, con ayuda del administrador de turno, extrajo “tesoros literarios sumamente valiosos”.

Aun con estos episodios negativos, la calidad de la Biblioteca del Convento se mantiene intacta. En la actualidad, es uno de los patrimonios culturales que todo lector y ciudadano apasionado debe, en principio, conocer. Saber de sus maravillas es vital para empezar a concienciarse sobre su debida protección.



La Biblioteca del Convento de Santa Rosa de Ocopa, al igual que el resto de espacios del recinto, ha sufrido cambios de lugar y modificaciones de su arquitectura original. La más reciente data de 1945 y estuvo a cargo de fray José María Agüero. Su última catalogación estuvo a cargo del historiador y religioso Julián Heras, y se llevó a cabo entre los años 1968 y 1971.

Joyas religiosas

Este recinto también guarda antiguas ediciones de la primera mitad del siglo XVI, como son *La fe ortodoxa*, de San Juan Damasceno, edición de 1507; la *Biblia Áurea*, de Antonio Ampíolo, 1510; *Ars inventiva veritatis*, del místico mallorquín Raimundo Lulio, 1515; la Biblia traducida y editada por Erasmo de Rotterdam, que despertó cierta incomodidad en el seno de Iglesia Católica, de 1526; y *Comentarios al Evangelio de San Mateo*, de Dionisio el Cartujano, de 1545.

Muestras paralelas

Además de la biblioteca y una hermosísima pinacoteca, el convento cuenta con una completa mapoteca de la región y de la Selva Central, que se fue armando con los trabajos cartográficos de los propios franciscanos destacados en la misiones; y, asimismo, con un museo de Historia Natural de la selva, que posee una interesante colección de animales disecados.





Convento de Santo Domingo



“Contemplar y dar a los demás lo contemplado” es una de las frases emblemáticas de la Orden Dominicana, y la explicación de por qué esta congregación se ha interesado, desde sus inicios, por el conocimiento en todos sus aspectos, no solo el religioso. La educación superior en el Perú y en el resto de América se inició en sus claustros y, al poco tiempo, dio origen a la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (UNMSM). Esto no se hubiera logrado sin una biblioteca.

El Convento Máximo de Nuestra Señora del Rosario, mejor conocido como Convento de Santo Domingo, se ubica a solo dos cuadras de la Plaza Mayor, y es el monasterio más antiguo de Lima. Eso significa que su biblioteca también es una de las más antiguas de nuestro país y, probablemente, la primera de la llamada Ciudad de los Reyes. En la Lima de la Conquista y los primeros años de la Colonia, los libros, artefactos escasos producto de una nueva tecnología, solo se encontraban en los conventos y eran revisados por los religiosos para profundizar su conocimiento eclesiástico y reforzar otras áreas del saber.

En ese entonces, la fundación de un convento presuponía la apertura de una nueva biblioteca. Para ello, los sacerdotes debían encontrar la forma de traer libros de Europa, ya que aún no llegaba la imprenta. La ocasión perfecta eran los capítulos generales, congresos de la orden que se llevaban a cabo en alguna ciudad del Viejo Continente y a la que acudían representantes de todas partes del mundo. En estos conciliábulos, los hermanos aprovechaban para realizar sus pedidos bibliográficos e ir enriqueciendo sus estanterías.

En la actualidad, la Biblioteca de Santo Domingo forma parte del museo del Convento y ocupa una amplia sala en el ala norte del

primer claustro, a la cual se llega tras recorrer un hermoso pasadizo decorado con azulejos hechos a mano e importados de Sevilla, y lienzos que grafican la vida de Santo Domingo de Guzmán, fundador de la orden, pintados por los andaluces Miguel Güelles y Domingo Carro a inicios del siglo XVII. Este recinto, en algún momento, albergó el comedor del convento, de allí que no cuente con la clásica teatina (abertura cuadrangular sobre el techo con ventanillas a los cuatro lados que facilitaba la entrada de luz y aire), ni que se ubique en un segundo piso, tal como se acostumbraba para proteger las obras de la humedad.

Según nos comenta el padre Luis Enrique Ramírez, responsable de la biblioteca, este traslado debió producirse poco antes de la fundación del colegio Santo Tomás de Aquino, en 1879, que pasó a ocupar los claustros tercero y cuarto (en dirección de la actual alameda Chabuca Granda), entre los que se hallaba, en un segundo piso, la antigua biblioteca. Vale añadir que, por esos años, el Convento ya no albergaba el mismo número de religiosos, pues muchos de ellos, en especial los de procedencia española, tuvieron que salir del país con la llegada de la República.

La historia de la Orden de los Predicadores —nombre oficial de la congregación— en el Perú está íntimamente ligada a los libros. *La cristiada*, una de las primeras obras literarias de nuestra tradición, fue escrita en estos claustros entre fines del siglo XVI e inicios del XVII. Su autor fue fray Diego de Hojeda, un religioso sevillano que llegó en 1591 al Virreinato y que destacó por su exquisita pluma y por sus amplios conocimientos teológicos. *La cristiada* es un poema épico de corte barroco que, en doce cantos, narra los últimos días de Jesús. En los estantes de la biblioteca señorea una copia de la primera edición de 1607, con su dedicatoria al Marqués de Montesclaros, entonces Virrey del Perú.





Otro significativo aporte de las letras dominicas, que también enlana la biblioteca, es *Tesoros verdaderos de las Indias*, escrita por fray Juan Meléndez y publicado en 1682. En esta extensa crónica conventual (tres tomos divididos en 14 libros), el religioso narra la historia de la orden en el Nuevo Mundo. Destacan las biografías de dominicos ilustres como Santa Rosa de Lima, San Martín de Porres, San Juan Macías y fray Domingo de Santo Tomás, fundador de la UNMSM y pionero de los estudios de Gramática quechua, cuyas obras también se conservan.

Hacer justicia a las principales obras custodiadas en este recinto es imposible, pero entre las que merecen especial mención figuran la obra completa de Marco Tulio Cicerón en una edición de 1555; una hermosa versión ilustrada de *La Divina Comedia*, también de mediados del siglo XVI; y la *Quinta parte de la historia pontifical y católica*, de Marcos de Guadalajara y Javier, uno de los más ilustres historiadores de la Iglesia, de 1583.

La biblioteca abarca un total de 25.000 ejemplares, repartidos en 53 estantes de estilo republicano que contrastan llamativamente con el artesonado barroco del techo. Muchas de estas obras son

manuscritos en pergamino y libros incunables. Entre los primeros destacan los libros corales, llamados así porque se usaban para realizar oraciones en el coro del templo. Estas obras sobresalen por su antigüedad (siglos XV y XVI) y gran tamaño (un metro de alto por 80 centímetros de ancho), lo que permitía a los presentes seguir las oraciones y cánticos. Entre los incunables, encontramos hermosos ejemplares de la Biblia, obras de los Padres de la Iglesia y libros de apologética o defensa de la religión.

El resto de libros está agrupado por temas de estudio: Patrología o análisis de los textos de los Padres de la Iglesia, Historia, Literatura, Ciencias, Oratoria, Derecho Canónico, Concilios, Apologética, Ascética y Enciclopedia, que es la sección más amplia y reúne obras de ciencias como Biología o Matemática.

A esta biblioteca no han ingresado nuevos libros desde hace cerca de cien años. Para estudiar, los hermanos cuentan con una biblioteca en otra parte del convento, con libros actuales y ediciones más modernas de las obras clásicas. Sin embargo, muchos de ellos acuden a esta sala para hojear los libros dejados por sus predecesores y comprender mejor el legado de 480 años de historia.



La orden dominica fue la primera en llegar a territorio sudamericano y, por ende, la que inició la fundación de conventos. El Convento de Santo Domingo fue el primero de la ciudad de Lima y su biblioteca, uno de los principales focos culturales del Virreinato. Por sus claustros han pasado eminentes teólogos, cronistas y conocedores de las gramáticas nativas, cuyas obras aún se conservan en buen estado y sin la cuales la labor misionera hubiera sido imposible.

Una rosa histórica

En la hemeroteca del convento se pueden apreciar diversas publicaciones de corte religioso, entre las que destacan los primeros números de *La rosa de Lima*, un magacín que tocaba temas teológicos, filosóficos y antropológicos, el cual empezó a imprimirse a inicios del siglo XIX y cuya publicación continúa hasta hoy en forma de boletín.





Fundación Temple Radicati

Siguen pasando los siglos, pero la estela de la mexicana Sor Juana Inés de la Cruz aún parece cruzar el talento y el carácter de las mujeres de Latinoamérica. Ella Dunbar Temple es un ejemplo cabal de ese legado. Conocida por su gran intelecto, fue la primera mujer catedrática en una universidad peruana, la primera en integrar la Junta Directiva del Colegio de Abogados de Lima y la primera vocal del Tribunal Supremo. En suma, una figura adelantada a su tiempo.

Quienes conocieron a Temple, la recuerdan como una mujer imponente, de gran presencia y carisma. Su curioso segundo nombre proviene de una pequeña villa homónima ubicada a unos 30 kilómetros de Edimburgo, en Escocia, de donde proviene su familia. Incluso uno de sus antepasados, sir Williamson Temple, donó un barrio entero a Dublín, el Temple Bar. Pese a todo ese linaje, la doctora Temple siempre se sintió piurana, pues en Piura fue que se asentó su abuelo paterno al llegar de Europa.

Ella estudió en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (UNMSM), y desde muy joven comenzó a demostrar su potencial. Con tan solo 22 años obtuvo una beca para estudiar en el Archivo de Indias de Sevilla y, tras esa enriquecedora experiencia, volvió a

cruzar el charco para desarrollar toda su vida laboral y profesional en el Perú. De regreso en su alma máter, fue la primera mujer en integrar el Consejo de Letras de la facultad y llegó a ser jefa del departamento de Ciencias Histórico-Sociales.

Temple fue una humanista extraordinaria, una lectora que, al estilo de Emma Bovary, el mítico personaje imaginado por Flaubert, encontraba en los libros la contraposición al conformismo de la realidad. Por eso destacó en los campos de la Historia, la Geografía, la Literatura y las Leyes. Dirigió el Instituto Geográfico y la *Revista de Geografía*, y fue artífice de la cartografía peruana actual. En cuanto a tareas bibliográficas, asesoró en la primera catalogación de la Biblioteca Nacional. Todo ese trabajo lo recuerdan muchas de las personas que la rodearon. Por ejemplo, en su momento el historiador Miguel Marticorena resaltó su contribución a la Colección Documental de la Independencia del Perú. De un total de 86 tomos, Temple publicó 14: "Sus aportes bibliográficos son fundamentales para una comprensión cabal de la participación del pueblo peruano en el proceso de la Emancipación", señaló. Por su parte, el jurista Rafael Jaeger, quien fuera uno de sus alumnos, rememora algunas de sus clases y señala que era un privilegio escucharla. Resalta la



forma en que ella diseñó un fichero con sus documentos, dividido en éditos e inéditos, y acopiados en una serie de repositorios.

La intensa vida de Temple se vio aun más expandida con la aparición del que sería su esposo y eterno acompañante, Carlo Radicati di Primeglio, hijo de inmigrantes italianos llegados al Perú durante la Segunda Guerra Mundial. Ambos se conocieron en el mundo intelectual: mientras Radicati era profesor de la Pontificia Universidad Católica del Perú ella dictaba clases en la UNMSM.

La bella casa donde vivió el matrimonio está situada en el cruce de la avenida Pezet con la calle Valle Riestra, en una tranquila zona de San Isidro. En 1955, pocos años antes de casarse, la doctora Temple mandó edificar la característica casa celeste que hoy alberga la Fundación Temple Radicati, una construcción señorial que conserva en su fachada, sobre la puerta de madera, el escudo nobiliario de los Radicati. Y lo que alberga es una verdadera biblioteca-museo que no solo contiene un total de 12.000 libros, sino también una notable pinacoteca con cuadros cusqueños y personajes virreinales, un unku, una yupana, colecciones de estampillas y de monedas, y mobiliario antiguo de gran valor. Re-

salta también una colección de quipus —quizá la más completa a nivel mundial— perteneciente al doctor Carlo Radicati, que poseía gran conocimiento sobre estos instrumentos de contabilidad y acuñó el peruanismo “quipología”.

En materia bibliográfica se encuentran, desde luego, auténticos tesoros, como el *Gazophilacio Regium Perubicum*, obra de Gaspar de Escalona y Agüero, de 1675, elaborada en latín y castellano, sobre Derecho Tributario en el entonces Reino del Perú; la *Historia del Perú*, tesis para el doctorado de José de la Riva Agüero, con una dedicatoria de su autor para Ella Dunbar Temple; y ejemplares originales del *Mercurio Peruano* y *La Gaceta de Lima*.

Pero quizá el espacio más íntimo y acogedor sea la austera sala donde Temple y Radicati compartían horas de tertulia, leían, escribían e investigaban. Esa parte de la casa se mantiene tal como cuando los esposos la habitaban; eso sí, cada uno acondicionó una zona propia en la que trabajaban individualmente y atendían a sus respectivas visitas. Es conocido, por ejemplo, que su nutrida biblioteca estaba siempre abierta a sus alumnos, quienes acudían a consultarla y a tomar libros prestados.





En sus últimos días, ya muy enfermo, Radicati conversó con su esposa sobre qué hacer con la gran colección que poseían, y decidieron dejarlo todo a la comunidad intelectual. A su fallecimiento, Temple cumplió su palabra y donó la casona de la avenida Pezet con todos sus bienes a la UNMSM. La pareja nunca tuvo hijos, pero quizá su mejor descendencia es aquella que legaron, entre libros, obras de arte y conocimientos, a las generaciones de hoy y a todas las que vendrán.



Ella Dunbar Temple nació en Piura en 1918. Se recibió como abogada por la UNMSM en 1941 y, en 1946, obtuvo el grado de Doctora en Historia y Literatura. De allí en adelante se dedicó exclusivamente a la docencia en su alma máter. Su esposo, el historiador Carlo Radicati di Primeglio fue estudiante y profesor de la Pontificia Universidad Católica del Perú, donde obtuvo los grados de Doctor en Ciencias Políticas y Económicas y de Doctor en Letras. Fue considerado una autoridad mundial en el estudio de los quipus.

Heredera de un caballero

Por parte de su padre, don Ricardo Temple Seminario, Ella Dunbar Temple tenía parentesco con el héroe Miguel Grau. Por ello, publicó una monografía titulada *El victorial de Miguel Grau*, editada por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos con motivo del centenario de la Guerra del Pacífico.

Genio y figura

Además de una destacada intelectual, Temple fue una mujer de gran belleza. Su sobrina Zoila Helbenso la recuerda: "Mi tía fue muy inteligente, pero también guapísima. Varias veces a la semana le arreglaban las uñas y le cuidaban el pelo. Hasta el último momento, nunca perdió su hermosura y feminidad".

Instituto Riva Agüero



DIARIO DE LIMA

DEL JUEVES 5 DE MAYO DE 1791 (V)
SAN PIO V, PAPA.

AFECCIONES ASTRONOMICAS DE HOY.

Es el 4 de la Luna, que sale a las 03 y 16 min. de la mañana
para por el Meridiano a las 17 58 min. de la mañana. Se pone a
las 07 y 1 min. de la tarde. El Sol sale a las 07 14 min. y se
oculta de estos Orizontes a las 5 y 46.

PROVINCIA DE HUAROCHIRI.

Esta comienza por el Oeste a 5 leguas de Lima, que es donde
está la jurisdicción del Corregimiento del Cerrado. Continua por el
Norte con la Provincia de Canta, por el Nordeste con la de Tarma,
y por el Este con la de Xauxa. Tiene de largo Noroeste Sur
de 10 leguas y de ancho 14. Su temperamento es por lo general
templado y se culta toda en la Cordillera y en sus vertientes hasta el
pico de él y en las quebradas se goza de un temperamento bo-
nito. Con todo, en las quebradas se goza de un temperamento bo-
nito y se recoge en ellas algunas semillas, legumbres y frutas en
abundancia, que se llevan a Lima quando crecen en ellas por razon
de la variedad de las estaciones del año. Y así en todo tiempo se
cultiva.

INSTITUTO RIVA AGÜERO
MILITARY
MAY 10 1880
No. 2188

CRONICA DEL GRAN REGNO DEL PERU

CON LA DESCRITTIONE DI tutte le Provincie, costumi, e riti.
CON LE NVOVE CITTA EDIFICATE, & altre strane & marauigliose notizie.
PARTE PRIMA.

SCRITTA DA PIETRO DI CIECA di Lione in Lingua Spagnuola.
Tradotta nella Italiana per Agostino di Craualiz.



IN VENETIA,
Appresso Camillo Franceschini. M D LXXVI.

PROSPECTO
PAPEL PERI

INTITULADO
MERCURIO PERUANO
DE

HISTORIA, LITERATURA
ticias públicas, que á nombre
Sociedad de Amantes de
como uno de ellos
DON

Handwritten notes on a piece of paper, including the name 'P. J. de...' and other illegible text.

Cuentan que en los exteriores de la oficina de José de la Riva Agüero, en la cuadra cuatro del jirón Camaná, solía formarse todos los días una cola de gente que se acercaba a pedirle una entrevista buscando dinero. Y es que este historiador y político era conocido por su generosidad, un atributo que cultivó hasta el final de sus días: antes de morir, declaró a la Pontificia Universidad Católica del Perú como heredera universal de toda su fortuna, tal vez la donación testamentaria más importante en la historia del país. Y entre todos los bienes que legó se encuentra la magnífica biblioteca del instituto que hoy lleva su nombre.

El Instituto Riva Agüero (IRA) se fundó en mayo de 1947, y la casa que le sirve de sede fue declarada monumento histórico en 1958. En la actualidad, posee más de 80.000 títulos, pero la historia de su formación es la historia de un esfuerzo conjunto. Entre los donantes de libros más importantes del instituto están el expresidente José Luis Bustamante y Rivero, el crítico literario Estuardo Núñez y otros personajes de nuestras letras que se vieron vinculados con el Instituto de alguna manera, como Mildred Merino de Zela, Odile Keifer-Marchand y Luis Alberto Ratto.

Riva Agüero, su principal benefactor, no fue solo un historiador, sino un humanista, y la biblioteca que dejó lo refleja. Fue un hombre que se sentía igual de cómodo en el campo de la Historia, como en el de la Filosofía, la Política y otros. Una de las joyas literarias que aún se guarda de su colección es la *Carta pastoral de exortacion e instrvccion contra los idolatrias de los indios del arçobispado de Lima* (sic) de Pedro de Villagómez (1649), texto bilingüe en español



y quechua. Pero nuestro intelectual no fue solo un ratón de biblioteca. También miró y recorrió el país y el mundo. Es célebre el viaje que emprendió a lomo de mula por la sierra sur del país, germen de su libro *Paisajes peruanos*.

Esa afición por conocer nuevos horizontes también se refleja en el singular conjunto de libretas de viajes que escribió alrededor de los cinco continentes. Otro objeto que se conserva en el Instituto y que llama la atención es un kimono de seda bordado con el escudo familiar que le obsequiaron en el que fue su último viaje, a Japón. No sorprende, pues, su carácter eminentemente cosmopolita, de hombre de mundo.

La lectura es un hábito hermoso que se forma en la infancia, y el caso de Riva Agüero no fue la excepción. El historiador José Agustín de la Puente Candamo —que fue cercano a él siendo muy joven— cuenta que Riva Agüero, aunque era un alumno brillante del Colegio de los Sagrados Corazones, tenía tal voracidad por los libros, que inventaba infecciones en el estómago y otras enfermedades para no ir a estudiar y quedarse en cama leyendo. “Incluso tenía un palito para golpearse las piernas cada vez que se quedaba dormido mientras leía”, asegura De la Puente.

Y aunque era un intelectual muy querido, también fue muy envidiado: dicen que fue la primera persona en usar guardaespaldas en el Perú. Y es que, excepto la Presidencia de la República, ocupó todos los cargos que podían desempeñarse: Presidente del Consejo de Ministros, Alcalde de Lima, Decano del Colegio de Abogados de

Lima, Director de Historia de la Academia de la Lengua, y hasta fundador de dos partidos políticos. Por ello, que un hombre con semejante trayectoria decida entregar su biblioteca en herencia a la sociedad resulta un ejemplo de auténtico amor por la cultura.

Si bien Riva Agüero realizó el más importante aporte, no fue el único. La biblioteca del IRA se incrementó notablemente cuando en 1999 adquirió la colección especializada en Historia Republicana del abogado e historiador Félix Denegri Luna. Este hombre llegó a tener 50.000 volúmenes en su biblioteca privada y la más importante recopilación de textos ecuatorianos, bolivianos, chilenos y de otros países de Sudamérica que se pueda encontrar en el Perú.

Como coleccionista bibliófilo, Denegri adquiría todo lo que había sido publicado sobre el Perú o de temas peruanistas; pero estaba lejos de ser un personaje receloso: les abrió las puertas a todos los investigadores que se interesaban por los temas de la biblioteca. Entre lo más significativo de la colección de Denegri se cuenta la incorporación de 1.139 valiosos títulos de periódicos de los siglos XIX y XX de Lima, provincias y otros países de la región, así como libros de los siglos XVI al XIX. Encontramos, por ejemplo, una edición de 1519 de Girolamo Savonarola y el *Viaje histórico a la América Meridional por orden del rey de España*, escrito por Jorge Juan y Antonio de Ulloa en 1752.

Otro peruano al que el IRA debe gran parte de su riqueza es Víctor Andrés Belaúnde, jurista, diplomático y educador que llegó a ser Presidente de la Asamblea General de las Naciones Unidas en



1959. Un hombre frontal y directo que, en su época, fue promotor del sufragio femenino y reclamó la libertad de los presos políticos en el régimen de Augusto B. Leguía, lo que lo llevó a ser desterrado a Panamá.

Pese a ello, quienes conocieron a Belaúnde aseguran que era un hombre muy comunicativo, de carácter más bien “criollo” y poco dado al rencor. Esa calidad humana estaba acompañada de una labor humanista que nunca cesó y por la que cultivó la nutrida biblioteca que, eventualmente, pasaría a manos del Instituto. Entre los títulos más destacados de esa colección se encuentran los tres volúmenes de *Alegato del Perú*, escritos por el expresidente José Pardo y Barreda cuando fue el encargado de la defensa de nuestro país durante el conflicto de límites con Ecuador. Se trata de un estudio jurídico fundamental que sirvió para sustentar la posición peruana en aquel espinoso diferendo de límites.

El ilustre historiador, abogado y diplomático Guillermo Lohmann Villena también fue uno de los principales donantes del IRA. Considerado como el más importante especialista en la época virreinal —rasgo que se refleja en su envidiable colección—, Lohmann fatigó por el mundo llenándose de conocimientos. Trabajó como delegado permanente ante la Unesco y como secretario general de la Organización de los Estados Americanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura, entre otros cargos. Su amor por los libros y su excelente trabajo fueron tan notables que en 1966 fue designado director de la Biblioteca Nacional. Algunos de los volúmenes que le pertenecieron y que hoy atesora el IRA son las *Obras completas* de Marcelino Menéndez Pelayo y varias obras del Inca Garcilaso de la Vega.

Como en la historia de las grandes civilizaciones y las más importantes gestas de la humanidad, la historia de la biblioteca del Instituto Riva Agüero refleja un cúmulo de esfuerzos y, sobre todo, el afán divulgador y formativo de personas que han puesto el bien común por encima de intereses personales.

Esta biblioteca es considerada como uno de los principales repositorios para la investigación peruanista y americanista en nuestro país, solo comparable con la Biblioteca Nacional del Perú. Su acervo mantiene actualidad mediante el canje periódico con instituciones académicas de América Latina, Estados Unidos y Europa. Buena parte de los fondos documentales proviene de los donativos recibidos de los miembros del IRA y de personas cercanas que colaboran de forma permanente.

Riqueza epistolar

Además de mapas y documentos de los siglos XVI al XX, uno de los contenidos que de mayor relevancia son las más de 40.000 cartas publicadas por tomos. Y es que Riva Agüero fue un hombre que practicaba la correspondencia casi todos los días. En la colección se pueden encontrar intercambios con personajes como Miguel de Unamuno, Menéndez Pidal, Menéndez Pelayo, el Marqués de Saltillo, Miguel Lasso de la Vega, Claudio Sánchez-Albornoz y el Duque de Alba.

Páginas libres

La biblioteca del IRA contiene una enorme variedad de documentos, desde escritos de 1592 hasta las colecciones completas del *Mercurio peruano* y el *Diario de Lima* del siglo XVIII. También guarda un texto firmado por Túpac Amaru II: un documento administrativo en el que el caudillo pedía un arreglo para su molino.



Los avisos que deben salir en...
...deben salir en...
...deben salir en...

CIO.

TERJARIO.

(Número)

El libro...
...deben salir en...
...deben salir en...
...deben salir en...

AVISOS.

Los avisos...
...deben salir en...
...deben salir en...

78.
do de bene-
280.
ingreso que
factor dos
arun se ha-
ministro.

merito sa-
en Castilla
y al bene-
don Antonio
para el de
850.

ar que con-
de esta
pública. N.
el despacho
291.
el ejecutivo
a instalacion
S. N. 73 p.

libertos con-
sajo de los
esta los cin-
pag. 296.
dilecan los
ministracion
pag. 300.
ero sistema
a las rentas
pag. 301.

INDA.
del norte
punto de Ch-
e el cargo
ereria se co-
N. 8 p. 2.
o fiances a la
pag. 2.
impañó fo-
830 para l-
N. 9 p. 2.
el derecho a
territorio
es. N. 2 p. 1.
ara substra-
to levantado
cto de Chile.

odorados
luz de 10
p. 20.
luancavella
adora de an-
p. 20.

ho impone
la a la que e-
N. 11 p. 2.
do cuenta q-
tesa egeve
y maye. 3

las nece-
dacion y
a denda. 3

a medita-
al de H-
g. 118.
mas reu-
lado ruan-
caus. N. 2

los filio-
fueron fun-
ciones se v-

EL PERUANO.

Este Periódico está destinado a registrar todos los decretos, ordenes y comunicaciones oficiales del Gobierno. Se publicará Miércoles y Sábado de cada semana. Se admiten suscripciones en la imprenta del Gobierno y en el despacho de papeles públicos de D. José Dorado, calle de Judios, por un peso mensual. Los Señores suscriptores lo recibirán en su domicilio. Se insertarán los avisos de particulares que sean relativos a ventas, remates judiciales, flotes, salidas de buques y demas de esta especie.

NUM. 1.º (TOMO II.) LIMA, MIERCOLES 17 DE ABRIL DE 1839. (UN REAL.)

ESTERIOR.

PORTUGAL.

Lisboa 30 de Octubre.

Habiendo llegado el día 23 del corriente a este puerto en el vapor de guerra *Le Tonnant*, el Excmo. Sr. Teniente general Conde D'Armel, embajador extraordinario de S. M. el Rey de los franceses, desembarcó ayer al mediodía. Pero antes de esta hora el Sr. Conde Melló ejerciendo las funciones de conductor, fué abordo del vapor a cumplimentar a S. E., que acompañado en la filia de S. M. con otros muchos buques, salido por los buques portugueses con una salva de artillería, a que correspondieron los buques de guerra franceses, efectuó su desembarco en el Arsenal de la Marina, donde le esperaban tres coches de la Casa Real.—Entró S. E. en un momento con el Sr. Conde conductor, y en los otros entraron las personas de que se compone la legación francesa y la comitiva de S. E.—Una guardia de honor estaba apostada en el lugar del desembarco, y otra de escoltería; después de hechos los debidos honores, escoltó los coches hasta el Palacio de las Necesidades, donde S. E. fué recibido con las formalidades de costumbre.

S. M. dió audiencia a S. E., el que en el acto presentó sus credenciales, y cartas de SS. MM. del Rey y de la Reina, de los franceses, y de las princesas significando el grande interés que toman por la prosperidad de estos Reinos, y de S. M. Fidelísima y en su nombre el Sr. Conde Duquesnel dirijió a S. M. la Reina la siguiente allocucion, que traducimos literalmente del frances:

«SEÑORA.—El Rey de los franceses me ha ordenado expresamente que asegure a V. M. de sus afectuosos sentimientos.

«Cuando vall de Francia, el Rey, la Reina, y toda la familia Real hacen votos por el feliz alumbramiento de V. M.

«Honrado por haberle escogido el Rey mi amo para representante en la augusta y santa coronación del bautismo del Real Infante, que V. M. Fidelísima diere a luz, yo me tengo por feliz si consigo ser del agrado de V. M. en el desempeño de mis deberes.

S. M. se dignó contestarle en frances del modo siguiente:

«Recibo con la mayor satisfacción la expresion de los sentimientos que me presentada de parte de SS. MM. el Rey y la Reina de los franceses.

«Quedo vivamente agradecido a este nuevo testimonio que me dan SS. MM. del interés que toman en todo lo que respecta a mí, y mi feliz alumbramiento.

«S. M. llama completamente mis deseos a que me dedique a la fuente fontinal del

«Sol hallarte de mis sentimientos para con vuestro augusta amo, y estad, Sr. Conde, cierto de que S. M. me podía escoger para representarlo en su Corte, en semejante ocasion, pero como que fué mas agradable»

S. M. hizo presentar a S. E. el Príncipe Real D. Pedro, en quien brillan todas las gracias de la infancia. Hallándose despedido S. E., fué conducido con las mismas formalidades al Palacio de Belem, que de antemano se habia preparado para su residencia.

Idem 30 de Octubre.

Hoy al mediodía acaba S. M. de tener el mas feliz alumbramiento. Asistió a luz un Principe, que siendo una prenda mas de seguridad para la sucesion del trono, y promoviendo la producción de las virtudes de sus augustos progenitores, no puede dejar de ser objeto de amor y de congratulacion para todos los portugueses.—S. M. y el reino nacido se hallan en el mejor estado.—Mallina a las cuatro de la tarde se cantó un Te Deum en acción de gracias por un señalado beneficio.

ARTICULOS DE OFICIO.

EL CIUDADANO AGUSTIN GAMARRA, Gran Mariscal de los Ejércitos nacionales, Presidente provisorio de la República &c. &c.

CONSIDERANDO.

I. Que D. Andrés Santa-Cruz fué nombrado Gran Mariscal de la República, y que como tal estubo inscripto en la lista militar disfrutando, legalmente las honras y preeminencias debidas a esta jerarquia.

II. Que las perlas y se hizo indigno de ellas desde que abusando del poder que ejercia en Bolivia, invadió el suelo peruano y combatió hasta destruir la independencia nacional.

III. Que dió batallas y empezó la República con la sangre de sus hijos, que fielmente la defendieron de la agresion extranjera.

IV. Que inmoló en los cadalzos multitud de personas y condenó un número inmenso de ellos a los presidios y destierros, donde soportaron males los mas acorros.

V. Que convertido en un conquistador cruel, destruyó las leyes nacionales, dividió el territorio, y subyugó la República reduciendola a una servidumbre la mas ignominiosa.

VI. Que por estos hechos atroces y otros atentados ofensivos a la dignidad del

DECRETO.

Art. 1.º D. Andrés Santa-Cruz ha perdido el caracter de Gran Mariscal que invistió en el ejército, y su nombre queda borrado de la lista en que se inscriben los generales de la República.

2.º El gobierno lo declara enemigo capital de la patria, como usurpador que fue de su soberanía y libertad.

Publíquese y circúlese.—Dado en la casa del gobierno en Lima a 8 de Abril de 1839.—Agustin Gamarras.—P. O. de S. E.—R. Castilla.

EL CIUDADANO ANTONIO GUTIERREZ, DE LA FUENTE, JENRAL DE DIVISION Y JEFE DEL EJERCITO NACIONAL, Y JEFE SUPERIOR DE LOS DEPARTAMENTOS DEL NORTE &c. &c.

CONSIDERANDO.

I. Que para evitar sobre el buen régimen y despacho de la Aduana situada en el Callao, para el adelantamiento de aquella poblacion y para que puedan absolverse de consiguiente los casos de pronta resolución que ocurren en ese puerto con frecuencia, con motivo de mantenerse en el contingente los buques de las estaciones neutrales, es necesario que exista allí una autoridad de igual importancia a las que rigen los departamentos de la República.

II. Que la demarcacion de aquel territorio cuando se erigió en Provincia Litoral era muy irregular e impedía que los pueblos que se le agregaron fuesen bien atendidos, por lo que han sido nuevamente agregados a la Provincia de Lima en decreto de 5 del corriente.

III. Que estoy especialmente autorizado por S. E. el Presidente para expedir la presente resolución.

DECRETO.

Art. 1.º Queda subsistente la Provincia Litoral del Callao, y ella será regida inmediatamente por un Gobernador político y militar.

2.º Los límites de su territorio serán los del pueblo de Bellavista por el Sur, y por el Norte los de la chacra de Villogas.

3.º Las facultades del Gobernador serán las mismas que las de los Prefectos de departamento, siendo responsable como éstos por el valor de los gastos extraordinarios que hiciere sin previa aprobacion, excepto en los casos singulares de inundacion, terremoto, incendio e invasion súbita de enemigos, sin que por eso se releve de presentar cuenta documentada.

4.º Para el buen régimen de la pobla-



Mariologia

36

Convento de La Recoleta



Secretos Copirhuales

Abogada



Sermonario

Pensar en una biblioteca es pensar en la paz y el silencio: un palco en el Paraíso, como la llamó Henry Miller. Pero pensar en la biblioteca de un convento del siglo XVII es sinónimo de estudio riguroso, de reflexión total, de entrega hacia algo superior y divino. Ese espíritu aún puede sentirse en el Convento La Recoleta de Arequipa, fundado en 1648 por el padre Pedro de Mendoza y, sobre todo, en la biblioteca que alberga, inaugurada 13 años después.

La historia de este repositorio está vinculada con Fulgencio Maldonado, el cantor de la Catedral de Arequipa, quien donó toda su colección personal al convento. Ese gesto de caridad y desprendimiento se complementó con otras circunstancias especiales, como la concesión de privilegios arancelarios a la importación de libros que llevó a cabo el rey Carlos V de España, en su afán de educar y evangelizar a las colonias. Así, comenzaron a llegar grandes lotes de volúmenes desde Europa a través de un camino trajinado: cruzaban el Atlántico, pasaban por el estrecho de Panamá, navegaban hasta Lima y, finalmente, recorrían buena parte de la costa peruana sobre lomos de mulas hasta llegar a Arequipa.

Desde 1978, el Convento funciona como museo, pero lo que realmente destaca es su fantástica biblioteca, que reúne aproximadamente 25.000 volúmenes. Ocupa una gran sala rectangular a la que se accede por una escalera situada a un lado del claustro. Está conformada por colosales anaqueles de madera de piso a techo que tapizan la sala y concitan la admiración de todo visitante. Los niveles superiores se hacen accesibles gracias a unas escaleras finamente talladas. La distribución de la biblioteca es temática y los

títulos de cada grupo se encuentran en latín. Es importante notar que, dentro de la colección, hay marcas de hierro en muchos ejemplares, práctica que se empleó desde el siglo XVI al XVIII, originaria de las bibliotecas peninsulares y, luego, extendida a las colonias. La marca era una "R", bella pero modesta, que evitaba el extravío de los ejemplares.

La biblioteca del Convento de La Recoleta es distinta a otras colecciones de origen religioso, pues no solo posee textos teológicos o de doctrina, sino también títulos sobre Ciencias, Historia, Literatura y Artes. También sobresalen diversos manuscritos, diarios, periódicos y ediciones bastante raras en latín. El ejemplar más antiguo data de 1494, poco tiempo después de que se descubriera América. También se puede observar un libro de Filosofía de Platón, de 1596, y una edición de *Don Quijote* de 1674.

Otro de los grandes atractivos es la sala conocida como "El Infiernillo", que contiene aproximadamente 5.000 títulos que en su momento fueron prohibidos por la Santa Inquisición. Allí se encuentran todos los libros de Erasmo y ediciones de Grossio del siglo XVI. Otra joya es un libro de Justo Lipsio, filósofo del siglo XV, libro al que le quitaron frases y páginas. Cuentan que cualquier monje que quisiera acceder a ese ambiente tenía que confesarse al ingresar y al salir.

Los libros no tienen razón de ser sin sus lectores. Y desde luego, la biblioteca de La Recoleta cuenta con personas que prácticamente dedican su vida a protegerla. Una de ellas es el arequipeño Álvaro Meneses, profesor de la Universidad Católica de San Pablo y biblio-



tecnólogo de profesión. Él es el encargado de curar el gran acervo del Convento. Refiere que los libros más importantes son ediciones únicas, valiosas por su belleza y no por su valor monetario. Y también los manuscritos, libros únicos y curiosos sin punto de comparación: "Hay ejemplares que no son tan antiguos, pero que son muy interesantes: hay uno que detalla las reglas e instrucciones para los frailes que venían a América. Tratan sobre cómo confesar a los indígenas", señala.

Quienes también ofrecen su aporte a la biblioteca son los bibliotecólogos estadounidenses Christopher y Helen Ryan, una pareja de esposos que llegó a Arequipa por primera vez en los años sesenta. Se enamoraron de tal forma de la ciudad, que hace doce años decidieron mudarse allí de manera definitiva. Él es economista de profesión y ella bibliotecaria, pero en la actualidad participan en la catalogación de los libros antiguos de la biblioteca como parte de un proyecto conjunto del Convento y el Centro de Estudios Peruanos de la Universidad Católica San Pablo (en el que también trabaja Meneses). Ninguno de los dos recibe pago alguno por su enorme trabajo: lo hacen todo por amor a los libros y a la Ciudad Blanca.

Arequipa parece ser el lugar ideal para albergar joyas de tanto valor, pues su clima seco ofrece excelentes condiciones para su conservación. No obstante, sin el aporte humano y la dedicación de Álvaro Meneses o los esposos Ryan, La Recoleta no sería el lugar imprescindible que hoy es, donde han confabulado iniciativas pasadas y esfuerzos actuales y que, seguramente, seguirá siendo un patrimonio bibliográfico fabuloso para las generaciones venideras.





El Convento de La Recoleta de Arequipa se encuentra en el barrio de Yanahuara, en la margen derecha del río Chili. Durante la época colonial fue centro de apostolado y misión. También fue el lugar de formación de futuros frailes y sacerdotes franciscanos. En 1869 fue convertido en Colegio de Misioneros Apostólicos, y pasó a ser administrado por los Franciscanos Descalzos. En 1941 fue incorporado a la Provincia Misionera de San Francisco Solano. Sus instalaciones actuales fueron construidas en 1926 gracias a la generosidad del Conde de Guaqui, don Mariano Goyeneche.

Refugio de conocimiento

La Recoleta cuenta con muchas ediciones únicas debido, en gran medida, al traslado de diversas colecciones hacia América, como consecuencia de la destrucción y saqueo de bibliotecas durante las guerras en Europa. "Hoy, las bibliotecas más grandes y más ricas se encuentran en Estados Unidos, por ejemplo. A nosotros nos han quedado libros únicos, de ediciones que han recorrido el mundo y que aquí hemos conservado", explica el curador Álvaro Meneses.

Colección invaluable

Entre las joyas que posee La Recoleta, se encuentra una Biblia del siglo XVII, ilustrada con grabados originales de Rubens. También cuenta con una de las siete ediciones existentes en el mundo de los planos del Templo de Salomón, de principios del siglo XVII.



Catedral de Lima



MARQUEZ-ALEJO-CABER 6

CODI

ARBIQ
LA RELIGIO
INSTRUI

44

46



La biblioteca de la Catedral de Lima es relativamente nueva si se considera la antigüedad del edificio, erigido entre los siglos XVI y XVII. Ello no quiere decir que las obras que guarda carezcan de valor: en su interior encontramos libros de más de cuatrocientos años, añejas partituras musicales —muchas de ellas casi extintas— y el riquísimo Archivo del Cabildo Metropolitano de Lima, con la historia eclesiástica de la ciudad capital y sus alrededores.

El actual recinto de la biblioteca se comenzó a levantar a fines del siglo XIX durante una de las principales remodelaciones de la Catedral, que le dio el aspecto que tiene hoy, y fue terminado en 1901. Surgió ante la necesidad de los religiosos que laboraban en la arquidiócesis de contar con un espacio de consulta y lectura similar al que existe en los conventos.

Para acelerar la disposición de libros, el entonces Arzobispo de Lima, Manuel Tovar y Chamorro, legó los diez mil volúmenes que conformaban su biblioteca personal, como se constata en su testamento: "Confirmando la donación que hice de todos mis libros para constituir la biblioteca arzobispal, y declaro que dicha biblioteca la adquirí íntegramente, en el transcurso de los años, antes de tomar posesión del Arzobispado de Lima. Dígolo para que conste". Esta donación se fusionó con publicaciones que, desde hacía siglos, formaban parte de la colección catedralicia.

A la biblioteca se llega muy fácilmente, pues se ubica a un extremo del Patio de los Naranjos, espacio usado por los turistas para descansar del largo recorrido que los lleva por las numerosas atracciones del principal templo del Lima, entre las que destacan el Museo de Arte Religioso de la Basílica, con hermosas reliquias coloniales; la Sala Capitular, donde se llevaban a cabo las principales asambleas del Cabildo; y las criptas, que guardan los restos de Francisco Pizarro y de diversas personalidades de la vida eclesiástica del Virreinato y la República.

La clasificación de las obras que componen este recinto es muy similar al estricto orden mantenido en las bibliotecas conventuales, con secciones para Patrística, Dogmática, Teología Moral, Historia de la Iglesia, Derecho Canónico, Concilios y obras de saber universal. Además, cuenta con una completa hemeroteca que reúne diversas revistas locales e internacionales de temática religiosa.

En la biblioteca de la Catedral hay joyas de valor inestimable para los amantes de los libros. Los más antiguos, sin duda, son los incunables, que datan desde fines del XV hasta mediados del XVI. También se encuentran distintas ediciones de la Biblia en latín, que destacan por los hermosos grabados que les dan vida, verdaderas proezas de la imprenta de los siglos XVII y XVIII.

El grueso de libros de la biblioteca fue publicado entre los siglos XVII y XVIII. Uno de los de mayor valía es *Vita Mirabilis*, la primera biografía de Santa Rosa de Lima, que inicia con su nacimiento y termina con su canonización, a cargo del Papa Clemente X. Esta obra fue escrita por Leonardo Hansen, fraile dominico nacido en Francia que radicó en Lima y otras ciudades del Perú. Apareció por primera vez en 1664, y fue reeditada numerosas veces. Asimismo, se encuentran antiguas ediciones de la obra de San Agustín y Santo Tomás, misales y breviarios del siglo XVII y una impresionante compilación de cartografías de los siglos XVIII y XIX.

Una mención especial merecen las partituras que se guardan en el archivo musical de la biblioteca. No se debe olvidar que en las iglesias se realizaban las primeras ejecuciones de música culta de la colonia. En un completo estudio titulado *La vida musical en la Catedral de Lima durante la Colonia*, el folclorista y compositor francés Andrés Sas identifica diferentes documentos musicales que habrían sido interpretados en la Catedral, valiosos por su rareza. El más antiguo de estos es el *Beatus Vir* ("Feliz aquel") del compositor español Pedro de Montes de Oca y Grimaldo que, lamentablemente,



está incompleto. Tampoco hay que dejar de lado los libros corales, volúmenes de gran tamaño con cantos y rezos, escritos a mano sobre pergamino (usaban el tetragrama en vez del pentagrama), que datan de los siglos XV y XVI.

“La Catedral de Lima debió poseer, hasta principios del siglo XIX, las obras religiosas más diversas y máspreciadas en España, amén de las composiciones originales con que, por obligación específica, habían los maestros de capilla de la Metropolitana de proveer a su coro de música”, escribe Sas. Es muy probable que muchos de estos documentos se hayan perdido durante el saqueo perpetrado por el ejército chileno durante la Guerra del Pacífico o estén traspapelados entre otras obras.

Sin embargo, los documentos de mayor valor histórico que guarda la biblioteca son los pertenecientes al archivo del Cabildo Metropolitano de Lima, nombre usado hasta hoy por la Iglesia Católica para referirse a su principal organismo administrativo dentro de una jurisdicción determinada; en este caso, la capital y las ciudades que la circundan. Este conjunto de escritos describe diversas actividades institucionales del Cabildo, que inició sus funciones el 17 de setiembre de 1543 con el Acta de Erección de la Catedral de Lima.

Entre las primeras disposiciones del Cabildo es patente la necesidad de mantener el archivo en orden y debidamente catalogado, para que sus documentos estén disponibles ante cualquier consulta. A lo largo de los siglos, esta labor ha recaído en los secretarios generales —también llamados capitulares— que se han visto en la obligación de encontrar soluciones para reorganizar los inventarios y mantener el archivo en buen estado.

La riqueza de esta documentación no solo es de importancia para la historia de la Iglesia peruana: los distintos registros sobre la actividad económica, administrativa, arquitectónica y artística de la Ciudad de los Reyes hacen de ella una riquísima veta para todos aquellos investigadores interesados en explorar los distintos acontecimientos que formaron parte de la historia del Perú.

Con poco menos de 120 años de vida, la biblioteca de la Catedral de Lima atesora uno de los registros históricos más valiosos sobre la capital. La construcción de su estructura final fue planeada y dirigida por monseñor Manuel Tovar y Chamorro, entonces Arzobispo de Lima. Su diseño es de alta calidad, lo que permite que en la sala no haya humedad, calor ni polillas. Sus estanterías no se concibieron como muebles artísticos, sino funcionales. En la actualidad, un grupo de voluntarios se ocupa de inventariarla.

Legado musical

En el archivo musical de la biblioteca se pueden encontrar partituras de Melchor Tapia y Zegarra, compositor peruano de fines del siglo XVIII e inicios del XIX, y por muchos años organista de la Catedral. Sobresale entre estas la *Misa de Santo Toribio de Mogrovejo*, compuesta en 1796 y que en el año 2006 volvió a escucharse en la Catedral con motivo de los 400 años de la muerte del segundo arzobispo de Lima.





[Blank page with some faint markings and a small tear at the bottom edge.]



cum etiam populum ISAM IV
 Natorum occidit cum captam percipit necam
 et cecidit, catuq; obit crimine pressus Heli
 mors nimium mollem terreat ista patrem.
 Jede steht bey'm Feind, da die Armee nicht steht
 Die und der Sohn sind stürzt Eli von dem Stuch
 nicht und bricht den Hals, ihre Bind-Perzärler gehet
 nicht zu dem Schrecken-Bild hier fleißig in die Schuch.

ANTIQUITATVM
ROMANARVM
CORPVS ABSOLV-
TISSIMVM,

IN 2^o
PRÆTER EA QVÆ IOANNES ROSINVS
delineauerat, Infinita suppleantur, mu-
tantur, adduntur.

EX CRITICIS, ET OMNIBVS
vtriusque lingue auctoribus collectum: Poetis,
Oratoribus, Historicis, Jurisconsultis, qui
laudati, explicati, correcti q̄.

THOMAS DEMPSTER O. Mureti, J. C. Scoti, Auctore
EDITIO NOVA.

22



35

AVLIAN. ABRONCTVM.
Ex Typographia GABRIELIS CARTIER.
M. DC. LII.

328

Universidad San Antonio Abad

Los años pasan, pero el saber queda. A lo largo de la historia, guerras, pestes, incendios y todo tipo de calamidades han arrasado cantidades incalculables de libros. Basta pensar en la gran tragedia que fue el siniestro que acabó con la biblioteca de Alejandría. A pesar de ello, el hombre se las ha ingeniado para reponerse, para resistir los embates y salvaguardar el capital más valioso que posee: el conocimiento, la cultura, “toda la memoria del mundo”, como diría el cineasta Alain Resnais para referirse a la Biblioteca Nacional de Francia.

La biblioteca de la Universidad San Antonio Abad del Cusco es una muestra de lo que hablamos, una auténtica historia de supervivencia. Todo comienza en 1598, cuando se funda como parte del Real Seminario San Antonio Abad, que luego se convertiría en universidad. Ya en el Virreinato, muchos sacerdotes fueron expulsados y sus bienes confiscados, por lo que sus libros llegaron a este lugar, conformándose así la que hoy se conoce como Biblioteca Jesuita.

Ahora, más de 400 años después de su nacimiento, la Biblioteca Jesuita que atesora la Universidad San Antonio Abad subsiste — aunque no de la mejor manera—, preservando manuscritos y libros del siglo XVI en adelante. Se trata de una lucha de aires quiijotescos que no sería posible sin la intervención de un reducido grupo de personas que hacen sus mejores esfuerzos tan solo motivadas por el amor a los libros y la riqueza que contienen.

Uno de esos auténticos defensores de la cultura es Adrián Valer, quien desde hace 40 años se desempeña como jefe administrativo de la biblioteca. Toda una vida dedicada a esta gran colección, pese a las adversidades que representa el trabajo. Valer pasa más de diez horas diarias en la biblioteca e, incluso, acude los fines de semana: “En esos días puedo trabajar con mayor tranquilidad”, confiesa.

Valer explica que su equipo está conformado por 25 personas, aunque alguna vez llegaron a ser más de 40. El número se ha ido reduciendo debido a la falta de presupuesto. De ellos, él es el único que se dedica a la conservación de los libros, pues se trata de un trabajo arduo: “Hay trabajadores que no quieren tocar los libros más antiguos por temor a contaminarse con el polvo”. Con aire de bibliotecario de leyenda, Valer es también el único poseedor de las llaves de la caja fuerte ubicada en uno de los sótanos de la universidad, donde se guardan algunos de los mayores tesoros bibliográficos.

Entre esas reliquias están, por ejemplo, el *Biblorum sacrorum* de 1545, el *Antiquitatum romanarum corpus absolutissimum* de 1620 o el *Index omnium divi Hieronymi lucubrationum*, escrito por San Jerónimo, que data del año 1533. También podemos encontrar manuscritos que se remontan a inicios del siglo XVII o ejemplares de 1826 del *Sol del Cusco*, el primer diario de la Ciudad Imperial, que forma parte de una magnífica hemeroteca. Otros libros de gran valor son los que, con el correr de las décadas, han ido cediendo importantes catedráticos de la universidad, como Luis Velasco Aragón, Hugo Flores Ugarte, Julio Vizcarra y Gabriel Escobar. Asimismo, la biblioteca se ha beneficiado con pequeñas donaciones.



Llama la atención un grupo de obras que fueron censuradas por las autoridades eclesiásticas durante los siglos XVI y XVII. En esa época, el veto o expurgo tenía diversas formas, como tachar con tinta una palabra, algunas líneas o párrafos completos. Por eso, encontramos ediciones alteradas con enormes manchas negras u otras con inscripciones tan curiosas como esta: "Vimos y corregimos estas obras de Señor Sant Hilarlo por comission de los muy ilustres señores inquisidores de estos reinos de el Pirú" (sic). Tampoco faltan los casos en que el censor arrancó páginas enteras.

Por su propia naturaleza, los más de 4.200 libros que se pueden encontrar en esta biblioteca son predominantemente obras de religión escritas en latín; pero también hay títulos de Derecho, Historia, autores de la antigüedad grecolatina, Literatura, Política y Ciencia. Todos estos volúmenes fueron catalogados hace unos años con la ayuda de dos doctores en Bibliotecología italianos: Gastone Breccia y Daniela Fugaro, una pareja que también ha colaborado en la restauración de grandes colecciones en otros países de Latinoamérica.

Debido a su extraordinaria riqueza, muchas personas han culminado incluso tesis doctorales citando libros de esta colección. Pese a ello, existe un proyecto para que todo el acervo sea trasladado al Paraninfo Universitario en la Plaza de Armas del Cusco, con la esperanza de que junto a los 11.000 volúmenes de la biblioteca del Arzobispado y al fondo del Convento de San Francisco se pueda instalar un museo bibliográfico con la calidad y el cuidado debidos. Mientras tanto, la preservación de la Biblioteca Jesuita seguirá siendo una empresa romántica y casi heroica que, esperemos, no tenga los días contados.



En 1692, casi cien años después de su fundación, esta institución, nacida como un seminario, pasaría a convertirse en la Universidad San Antonio Abad. A lo largo de los años, su colección ha ido aumentando gracias a donaciones de importantes personajes, así como de los libros recibidos de antiguas bibliotecas institucionales y privadas de la época colonial. En la actualidad, la biblioteca atiende primordialmente a los estudiantes antonianos y a investigadores, historiadores, bibliotecólogos y, en general, a cualquier interesado en obtener información.

Aporte desinteresado

En 1995, el Instituto Italo-Latinoamericano financió el ordenamiento y catalogación de la Biblioteca Jesuita. Los encargados del trabajo fueron los esposos Gastone Breccia y Daniela Fugaro, quienes la clasificaron por materias, con el mismo sistema de la Biblioteca Apostólica Vaticana.

Acceso e innovación

La Biblioteca Central de la Universidad San Antonio Abad cuenta además con la llamada Tifloteca, una sala dedicada a personas con discapacidad visual, especialmente diseñada con información de interés y asistencia tecnológica.



Artistas y escritores

“La reserva del lenguaje”



Laurent Sinet

Rudyard Kipling | El mejor relato del mundo y otros no menos buenos

Modiano • Calle de las Tiendas Oscuras

Un hombre enamorado KNAUSGARD 198

Aquellos años del boom Kenji Aoyan RBA

BA 0731 Kurland | El caso de los dioses de la estepa

CUANDO KAFKA VIÑO HACIA ML... HANS-GERD KOCH (ED.)

SCOTTITZGERALD El Crack-Up

RODRIGO HASBUN El lugar del cuerpo

SEDA ROJA QIU XIAOLONG

Thomas Wolfe | EL NIÑO PERDIDO

Las lunas de Júpiter

Ravel ECHENOZ RBA

Charles Baxter

PAUL BOWLES

Cuentos inolvidables según Julio Cortázar

Gay Talese | RETRATOS Y ENCUENTROS ALFAGUARA

Doble pareja IRVING 511

Vidas minúsculas MICHON 507

JAMES SALTER QUEMAR LOS DÍAS

Bolano • 2666

Peter Elmore | El náutico de la santa

Patrick Modiano | Barrio perdido

norma | RE-DEUTER EN SUS BOMBOS ALFAGUARA

Los Informantes | Juan Gabriel Vásquez

Wells Taylor

Fernando Ampuero

En los tiempos más remotos, muy anteriores a la escritura, la literatura era oralidad, transmisión boca a boca de anécdotas. Siempre se han contado historias y se seguirán contando, porque la narración es la base del intercambio de las experiencias humanas. Fernando Ampuero puede dar fe de ello. Desde que era muy niño, su abuelo le contaba relatos en la casa de campo donde vivían, en las afueras de Lima. "Yo regresaba del colegio y él empezaba a relatarme historias. Yo quedaba atrapado por lo que me contaba", señala. Hasta que un día la situación cambió: su abuelo le estaba contando una historia de piratas y la dejó a la mitad. Si quería saber cómo continuaba, el pequeño Fernando tenía que ir a la biblioteca y abrir el libro en una página concreta para seguir la historia. Y es quizá en ese momento clave que comenzó su vocación.

"Más adelante yo le contaba las historias, pero adornadas con detalles propios", recuerda. "Mi adicción a la lectura se convirtió en una adicción por la escritura o la invención". El abuelo había logrado su cometido. Uno de los primeros libros que leyó fue *La isla del tesoro*, de Robert Louis Stevenson, que también le narró a su abuelo, deformándolo, aderezándolo. La tolerancia de su abuelo a su imaginación fue muy importante, porque lo seguía motivando a inventar. De esa manera, empezó a crear historias. Así iba midiendo las reacciones de su auditorio, corregía lo narrado, y después lo escribía. Un método que ha seguido religiosamente hasta ahora.

Años más tarde, cuando era muchacho, Ampuero continuó su afición libresca en los cafés literarios del Centro de Lima: el Viena, el Versailles, el Tivoli. Allí se conversaba mucho de Literatura, con la voracidad de quien necesita estar al día. Era otra ciudad, una

época en que los hombres andaban con cuello y corbata. Algo de ese estilo aún conserva el escritor, con su porte elegante y una voz y ademanes que atraen la atención.

Ampuero también heredó algunos textos de su querido abuelo. Cuando este murió, su biblioteca fue en gran medida saqueada, pero él se quedó con textos de Indias, con una edición muy antigua de la *Divina Comedia*, y otra de *El Quijote* con preciosas ilustraciones de Gustave Doré. Todas estas joyas las atesora hasta hoy en su departamento de Miraflores, lugar donde la biblioteca ocupa una pared entera y está rodeada de obras de arte, incluyendo varios cuadros de artistas peruanos como José Tola, Gerardo Chávez, Venancio Shinki y Tilsa Tsuchiya. También tiene una salita menor con una pared de libros y otra zona en su dormitorio, un espacio que ha sido literalmente invadido por los textos.

El hogar de Ampuero, junto al mar, tiene una luz inmejorable, siempre y cuando la neblina limeña no le juegue una mala pasada. La sensación es de estar rodeado de mar por los cuatro costados. Y para los momentos en que la luz natural no es suficiente, tiene varias lamparitas estratégicamente situadas, pues le gusta leer en varios ambientes. En total tiene unos 2.000 volúmenes allí, pero muchas otras cajas repletas de libros en el depósito de su amigo José Tola. En su departamento ya no hay espacio para más.

Aunque se considera, por encima de todo, un cuentista, Ampuero es, qué duda cabe, uno de los escritores más versátiles de su generación. Y sus lecturas son igual de variadas. Lee y relee mucho, y en el camino va descubriendo. "*Crimen y castigo* de Dostoievski,



La metamorfosis de Kafka y *El extranjero* de Camus son libros que hacen que cuando terminas de leerlos, te hayas convertido en otra persona", afirma. También admira los cuentos de Chejov y de Turguéniev, toda la obra de Hemingway ("un hijo de Chejov", dice), *Bajo el volcán* de Malcolm Lowry, y al francés Stendhal, un autor que nunca deja de sorprenderlo. En general, la literatura que prefiere es la más clara, económica y fluida. Menciona a Raymond Carver, que escribe con una estructura despojada de ornato, pero que genera grandes sensaciones. "Si un libro no me engancha hasta la página 40, no prosigo", afirma. "No siento la necesidad de terminar todos los libros que empiezo. Termino los libros que me apasionan y me llevan hasta el desenlace. Algunos tienen una resolución que no me convence, pero lo que me interesa es el viaje, cómo me conducen a ese punto final".

Como periodista que también es, Ampuero es noctámbulo, aunque admite que ahora es más bien un "noctámbulo casero". "De todas formas, no tengo una pantufla en el corazón, y me gusta salir a tomar una copa por las noches". En casa le gusta tener varios sitios para leer. A veces lo hace en un cómodo sofá en la sala, en el cuarto donde también ve televisión o en su habitación, donde lee echado. Una curiosa costumbre es que lee de madrugada, en magnífica soledad y sin interrupciones, entre las dos y las cinco, robándole horas al sueño. Nunca lee menos de tres horas al día.

¿Qué significan los libros para un escritor y lector voraz como él? Son, asegura, un objeto maravilloso, de culto, casi digno de fetichismo. "Es la mejor invención de la civilización, incluso mejor que la rueda, porque recoge la mejor creación del ser humano: la palabra".





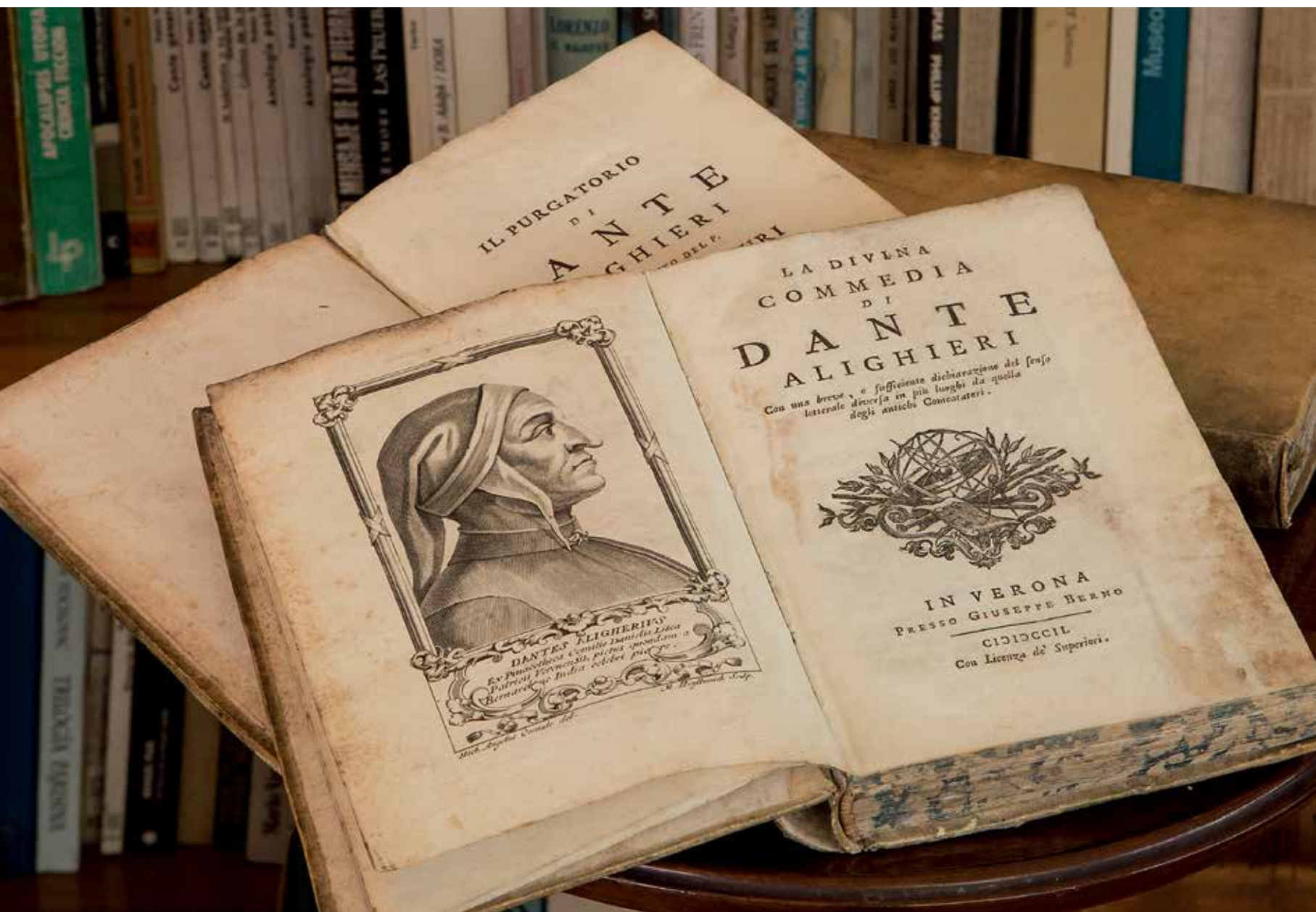
Fernando Ampuero estudió en el Colegio de la Inmaculada y en la Pontificia Universidad Católica del Perú. Como periodista, fue subdirector de la revista *Caretas*, director de *Somos* y editor general de Canal N. Actualmente, es editor de la revista *Cosas Hombre*. Entre sus libros publicados, se encuentran los cuentarios *Parén el mundo que acá me bajo* (1972), *Malos modales* (1994), *Bicho raro* (1996); y las novelas *Caramelo verde* (1992), *Putá linda* (2006), *Hasta que me orinen los perros* (2008) y *Loreto* (2014), entre otros.

Borges, el mortal

Ampuero relata que estaba muy nervioso la primera vez que iba a entrevistar a Borges, pues era uno de los escritores que más admiraba. Llegó a su casa en Buenos Aires y, mientras lo esperaba, le preguntó a su empleada, Fanny, una guaraní que tenía 20 años trabajando con el autor, cuál era su comida favorita. "Cuando ella me dijo que su plato favorito eran los ravioles, me di cuenta de que estaba entrevistando a un ser humano", recuerda con humor.

Tiempos modernos

Sobre la digitalización del libro, Ampuero sostiene que, al pasar del papiro a la imprenta, hubo una discusión similar: los intelectuales decían que sería el fin de la cultura, pero el libro sobrevivió. "El futuro nos va a mantener con un pie en el libro impreso y otro en el digital, y los de papel se van a convertir en objetos de culto".



Alfredo Bryce Echenique





Alfredo Bryce Echenique es un escritor querido. A lo largo de más de 40 años de carrera literaria nos ha cautivado no solo a través de sus páginas, sino con las anécdotas e innumerables historias que suele contar en persona. De hecho, ha sido una de sus características más destacadas: ser un magnífico contador de historias. Y no solo en reuniones y con amigos, También ante grandes auditorios a los que siempre atrapó de inmediato. Esto hace que su literatura sea muy oral. En sus libros, la distancia entre escritor y lector se acorta hasta eliminarse casi por completo mediante las voces de sus personajes.

La biblioteca de Bryce es una colección selecta. Su relación con los libros siempre ha sido algo errática y muy diferente de la típica imagen del escritor en medio de una enorme biblioteca. Su vínculo es utilitario: no ve al libro como un objeto, sino que evalúa cuánto le puede dar en términos de lectura. Por eso nunca ha pretendido ser un gran recolector, sino sobre todo un coleccionista de historias. Pero si bien su biblioteca no es descomunal, sí conserva algunos libros preciados que lo han acompañado a lo largo de mudanzas y viajes, como los volúmenes de la colección *La Pléiade*, de la editorial Gallimard de Francia, libros lindísimos empastados en cuero y con las páginas en papel biblia. En esa colección lee los *Ensayos* de Montaigne, a quien admira. Otra de sus joyas es la edición de las *Memorias* de Casanova.

Empezó a leer en la adolescencia. De niño casi no leía. Siempre rechazó la literatura infantil y tampoco le interesaban los grandes autores adaptados para niños. Dice que entonces ya tenía su propia "literatura en gestión", en donde mezclaba a sus amigos, los metía como personajes, y contaba él mismo sus historias. "Cuando alguien me traía un libro de regalo lo rechazaba porque interrumpía mi concentración". Y aunque de pequeño no fuera muy afecto a la lectura, leyó durante esa época ciertos libros clásicos como los de Salgari, la obra de Julio Verne y *Corazón*, de Edmundo D'Amicis, entre lágrimas. No siente que existan libros que hayan marcado su vida: "Mi vida ha sido marcada por los amigos y los amores", dice Bryce. Más tarde, no llegó a formar una biblioteca como tal por su vida itinerante: en vez de conservar libros, se deshacía de ellos para poder mudarse. Hombre generoso con los amigos, cada vez que se iba de un lugar regalaba una biblioteca entera. Pero siempre había algún libro con el que se quedaba. Bryce no le pone su nombre a ningún volumen, pero sí le gusta subrayarlos, y por eso detesta los libros prestados en los que no puede marcar o hacer comentarios.

Esa vida itinerante comenzó en octubre de 1964, cuando llegó por primera vez a París, un lugar obligado para los latinoamericanos que querían ser grandes escritores o personalidades de las artes y las letras. «París, capital de la cultura latinoamericana», diría alguna vez Octavio Paz. Esta afirmación no era un sinsentido: París estaba llena de latinoamericanos que comenzaban a tener conciencia de su condición latina una vez allá. Allí conocería no solo a muchos peruanos de los que luego escribiría en una de sus novelas más aclamadas, *La vida exagerada de Martín Romaña*, sino también escritores con los que compartiría momentos muy especiales. Uno de ellos, por ejemplo, fue Julio Ramón Ribeyro, quien se convertiría en uno de sus mejores amigos.

De sus primeras lecturas recuerda el clásico de Miguel de Cervantes, *El Quijote*, y también otro libro —que lo llevó a leer *El Quijote*—, *La vida de don Quijote y Sancho*, de Miguel de Unamuno. Este último lo marcó profundamente, y lo recuerda como uno de los más importantes entre esas lecturas fundamentales. Ambos eran de la biblioteca de su abuelo materno. En el primer volumen de sus memorias, *Permiso para vivir*, Bryce hizo una lista de sus diez libros favoritos, que aún mantiene: *Don Quijote de la Mancha*, *Gargantúa y Pantagruel*, *Vida y opiniones del caballero Tristram Shandy*, *La cartuja de Parma*, *En busca del tiempo perdido*, *Viaje al final de la noche*, *Bajo el volcán*, la obra completa de Quevedo, los cuentos completos de Ernest Hemingway y la obra poética completa de César Vallejo.

Un día pasó algo revelador con *La cartuja de Parma*, del escritor francés Stendhal, un libro que Bryce ha releído mucho y al que siempre vuelve: en un hotel de Gran Canarias, en España, se descubrió a sí mismo aplaudiendo el libro, una página específica. “Era como si hubiera acabado de oír la más maravillosa conferencia y estaba aplaudiendo a su autor. Fue un hecho absolutamente mágico”, cuenta. Este es uno de los libros que conserva en su biblioteca personal. Otra novela francesa que recuerda con exaltación es *Viaje al final de la noche*: “Me produce esa sensación porque es un autor de la oralidad propiamente dicha, y su vida fue apasionadamente dura. Céline, con todas sus limitaciones, era un escritor tremendo y oral. ‘Esto comenzó así’, así empieza una de sus novelas. Era un monstruo para mí”.

Bryce siempre lee en el sofá de la casa, nunca en la cama —“me parece inconcebible”—. Solo lee un libro a la vez y los autores a los que más regresa son Hemingway y Fitzgerald. También está al tanto de nuevos autores y publicaciones. Ahora pasa sus días leyendo por primera vez al norteamericano Tom Sharpe. También ha estado mucho tiempo concentrado en los siete volúmenes sobre Grau y la Guerra con Chile de Guillermo Thorndike, que le parece un escritor formidable. Bryce pareciera creer que no es necesario tener una gran biblioteca para ser un gran lector. Lo que importaría, entonces, sería conservar aquellos libros que significan algo para nosotros. Crear un vínculo sentimental con algunos, no con todos. Eso sería lo más íntimo y auténtico.



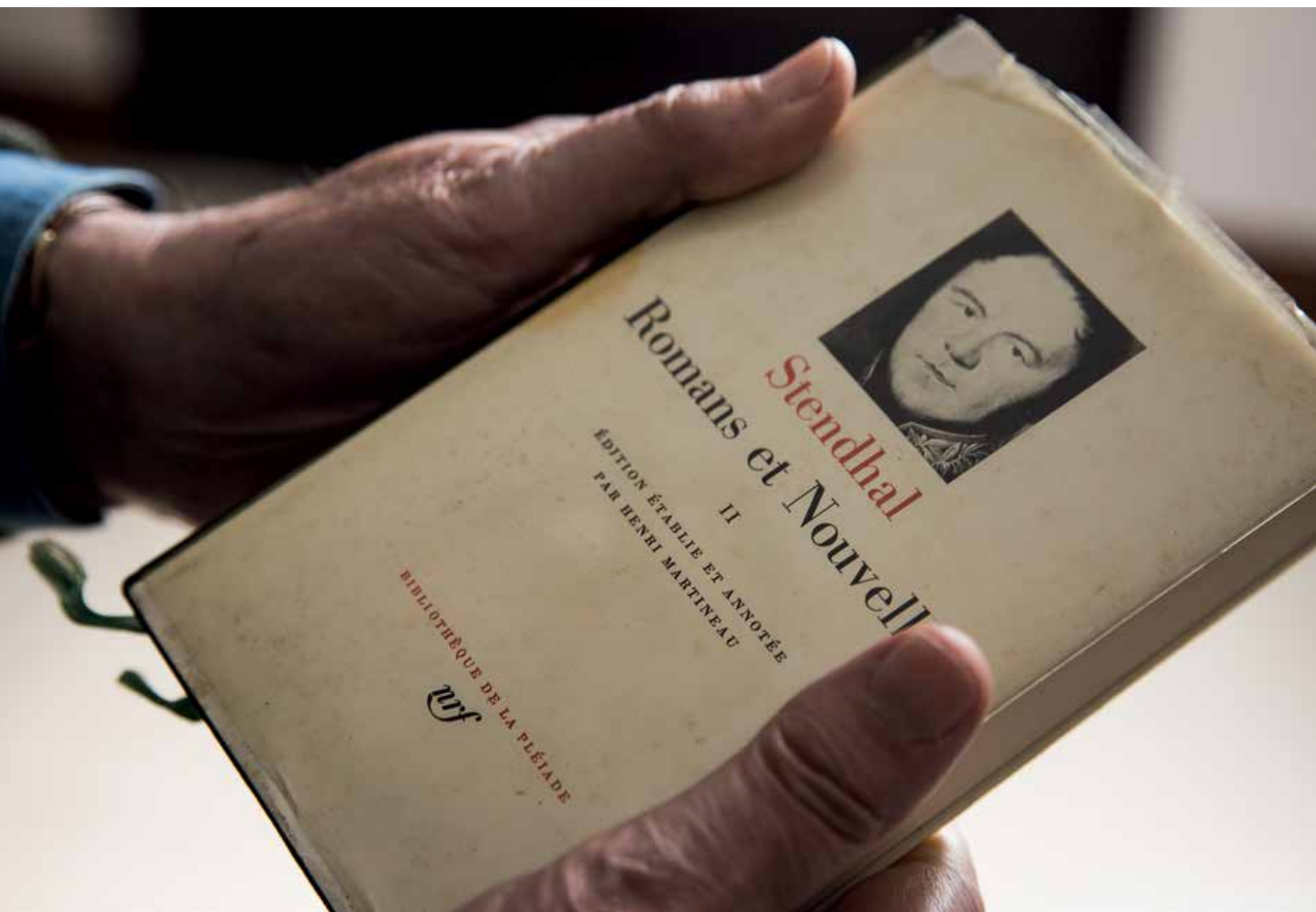
Alfredo Bryce Echenique es un destacado escritor peruano. Ha publicado más de una decena de novelas, cuentos, artículos y algunos textos biográficos. Entre sus libros más conocidos están *Un mundo para Julius*, *La vida exagerada de Martín Romaña* y *Tantas veces Pedro*. Ha ganado los premios Casa de las Américas en 1968, Planeta, Nacional de Narrativa de España, entre otros. Ha sido profesor en las universidades de La Sorbona, Nanterre, Montpellier, y más.

Amistad a la francesa

Cuando Bryce vivía en París solía reunirse mucho con Julio Ramón Ribeyro. Aunque casi no hablaban de las cosas que escribían, Ribeyro le pedía de vez en cuando que le mostrara sus escritos. Una vez, tras leer un manuscrito de cuentos, Ribeyro le propuso como título *Huerto cerrado* en vez de *El camino es así*, su nombre original. Según él, el estilo de los cuentos correspondía más a una atmósfera íntima y opresiva. De ahí el nombre.

Por el camino de Proust

Por su madre es que Bryce lee muy joven *En busca del tiempo perdido*, la obra maestra de Marcel Proust. Elena Echenique, su madre, era una lectora voraz y no solo se sabía párrafos completos que citaba oportunamente, sino que conocía a la perfección la biografía del escritor. Bryce cuenta que en una ocasión visitaron juntos la casa de Proust, con familiares del escritor presentes. Se encontraban sin calefacción y todo el mundo se moría de frío. Aun así, ella no paró de hablar y citar fragmentos de la novela. Proust fue uno de los primeros escritores que Bryce leyó.



CESAR
VALLEJO

COA M CIO
Y A ENI

STIC
(1915)
50 PLAS

LA CIUDAD DE LOS
M. Varro
PRIM

OBRA'S
de Santa
Teresa.

ORTAZAR

esia de Extrameres

MARTIN
ADAN

Alonso Cueto

Leer es casi un acto subversivo: significa aislarse del mundo para insistir en una soledad que solo es compartida con un libro. Es adoptar una postura frente a la realidad y ensimismarse. Es otro modo de vivir. "Para leer también necesitas haber vivido, haber conocido gente, haber amado, haberte frustrado, haber llorado, porque así vas a comprender mejor lo que te están contando. Sin embargo, la Literatura es siempre una actividad solitaria", dice Alonso Cueto. Por eso, estar en una biblioteca es quedarse solo entre fantasmas. Al final, esos libros reflejarán lo que eres, tu forma de ver el mundo. Para este escritor, además, la magia de una biblioteca reside en el olvido. No saber que tienes un libro y, de pronto, encontrarlo en los estantes. El placer de la lectura inesperada es un regalo, dice Cueto. Desconocer algo y descubrirlo es estar vivo.

Alonso Cueto heredó la biblioteca de su padre, Carlos Cueto Fernandini, que fue poeta de joven y que más tarde se convertiría en filósofo. El resto de libros los fue adquiriendo en sus viajes. Hoy la biblioteca está catalogada en orden alfabético, de acuerdo al autor y sin importar el género. Aunque de niño Cueto veía a sus padres leer todo el día, nunca le impusieron la lectura. Fue un descubrimiento que él tuvo que hacer solo, en medio de una serie de enfermedades. Cueto creció entre resfríos, ataques de asma y hepatitis. De niño prácticamente vivía en la cama, y fue allí, debajo de las sábanas, que empezó a leer. "Por eso los libros para mí eran un bálsamo. Yo leía de una manera obsesiva y compulsiva". Leer

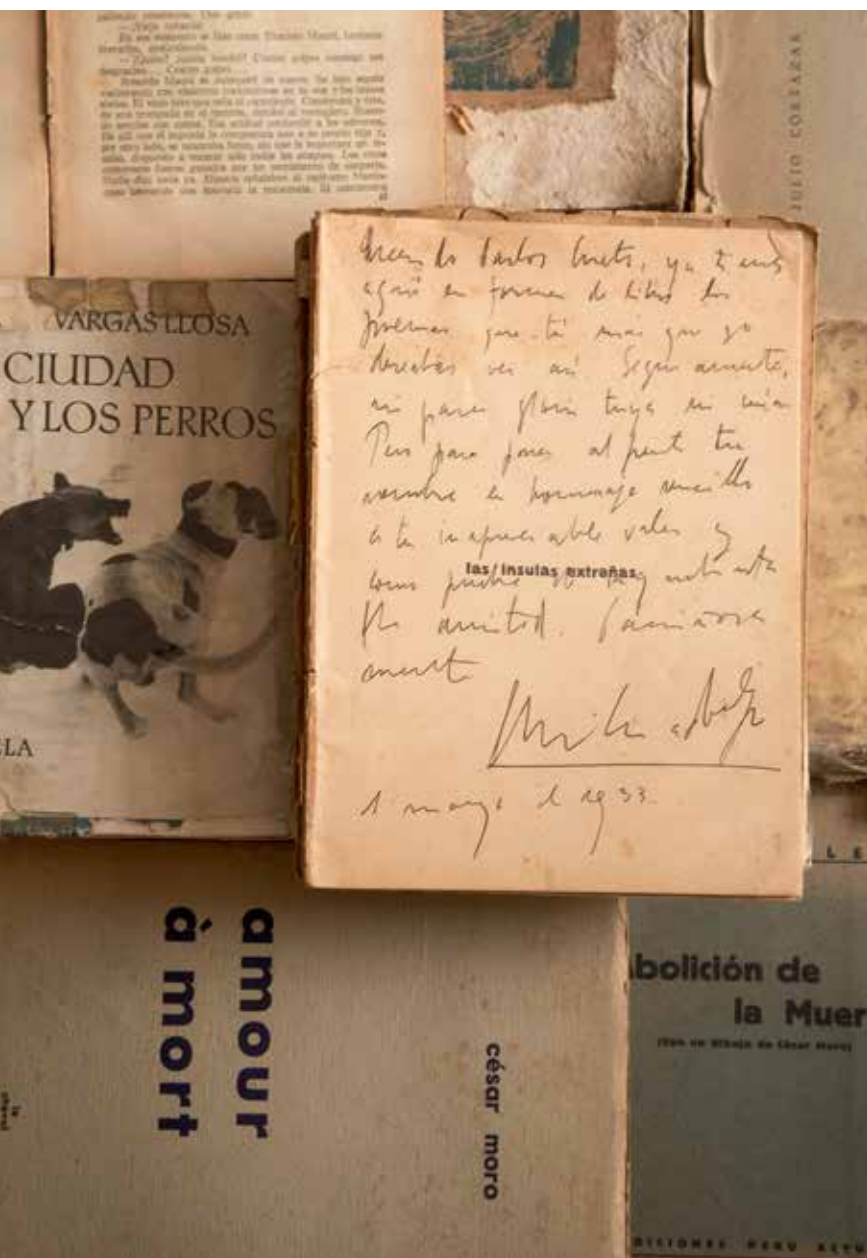
fue su modo de sobrevivir, de resistir a la muerte. Años después, cuando murió su padre, él tenía 14 años y la Literatura fue su único consuelo. Ocurrió, sobre todo, con César Vallejo. "Me di cuenta de que lo que sentía era muy parecido a lo que Vallejo escribía. La gente me decía 'mi más sentido pésame' o 'te acompaño en el sentimiento', pero esas palabras no significaban nada". Fue en ese momento, más que nunca, que los libros empezaron a tener sentido. Otro poeta por el que sintió fascinación fue Westphalen: "Sus versos me parecían escritos en la zona más oscura, más profunda, más verdadera. Por ello es que mi primera tesis la hice sobre él". Era su manera de conversar con el escritor y con él mismo a un nivel más esencial: el nivel de los deseos, de las frustraciones. Fue esta comunicación lo que lo convirtió en escritor.

Cueto cree que nuestros autores favoritos son una radiografía de lo que somos. Él es lector de la obra de Vargas Llosa, de Borges, de Julio Cortázar, de Octavio Paz. Uno de los autores que descubre y redescubre es Juan Rulfo, sobre todo en *El llano en llamas*, que le parece una sucesión de obras maestras. "Las enseño en la universidad, y cuando uno enseña, también aprende. Redescubrir, releer, reconocer todas estas lecturas es vital porque cada una de ellas trae nuevas significaciones". Alonso Cueto cree incluso que leer una receta médica es descifrar sentidos, sonidos y significados. Es un acto de magia. Es convertir algo que está escrito en algo que suena, que significa y tiene importancia.



Como lector, le gusta salir en busca de los espacios recreados por sus autores favoritos. En México, ha buscado los lugares de Rulfo, teniendo en cuenta que los sitios donde localizó sus cuentos no existen de una manera muy precisa, aunque siempre es bueno recorrerlos e imaginar que pudo haber sido cualquiera de ellos. Cuando Cueto llegó a Buenos Aires por primera vez, lo primero que hizo fue ir a la Plaza Constitución para ver las carteleras de fierro que describe el comienzo de "El Aleph". Al llegar encontró que la plaza era bastante mediocre. "Fea, sucia; pero claro, en mi imaginación era la plaza de Borges. La Literatura le había dado una magia que en la realidad no tiene". Otro ejemplo fue cuando tres amigos suyos —los escritores Juan Gabriel Vásquez, Javier Cercas y Héctor Abad Faciolince— llegaron a Lima y le pidieron visitar la avenida Tacna para imaginar el comienzo de *Conversación en La Catedral*.

Para Cueto, el mayor aporte de la Literatura a la humanidad es enriquecer la vida: "Enriquecer las limitaciones de la vida. Desagraviar a los seres humanos de la realidad tan estrecha en la que vivimos. Darnos una perspectiva más variada, más rica. Hacernos viajar por todos lados a través de los personajes, vivir tantas vidas, vivir vidas honestas y también de granujas y delincuentes. Así que creo que la Literatura en especial, a diferencia de las demás artes, ha creado un instrumento que es la palabra, que es extraordinaria porque tiene muchos matices. Tiene significados pero también tiene sonidos agradables. O sea, tiene un nivel conceptual, informativo, pero



también un nivel sensorial. Y para un escritor la palabra nunca es un medio o un instrumento, sino un fin en sí misma. Las palabras son como talismanes de una belleza y calidad estética singular. Hay palabras que al escritor le parecen más adecuadas y hermosas que otras. Palabras como música o susurro o noche, que son todas muy lindas y tienen una gran sonoridad. El poeta peruano Eguren pensaba que la palabra nariz era muy fea y siempre la decía en francés”.

Cueto siempre vuelve a las librerías que lo han impresionado y en donde puede pasarse horas hojeando libros. Entre ellas están *La Central* en Barcelona, las librerías del Fondo de Cultura Económica en México y España, y El Ateneo en Buenos Aires. En París, Shakespeare and Company. Pero al momento de elegir un libro, hay tres cosas que lo animan a hacerlo: una es la recomendación de alguien a quien respeta; la segunda, que el libro lo seduzca en sus primeras páginas; y la tercera es el azar. Casi siempre lee cien páginas antes de renunciar a un libro, pero no lee ninguno por obligación.

Por supuesto, lee en todas partes. Pero ante todo, Cueto lee y escribe en su casa, en la sala del segundo piso. Generalmente se despierta a las seis y media de la mañana y en lo único que piensa es en escribir. «Nadie te lo pide, nadie te ha puesto un plazo. Puedo quedarme el tiempo que quiera haciéndolo», dice. Cuando lee, generalmente es por las tardes o por las noches. Si se despierta de madrugada, aprovecha para leer: el silencio es un cómplice. Sin embargo, Alonso Cueto puede leer de todo, menos sus propios libros: teme encontrar errores.



Alonso Cueto ha publicado más de una docena de libros, entre los que destacan *La hora azul*, *Grandes miradas*, *El tigre blanco* y *La batalla del pasado*. En 2005 recibió el Premio Herralde y en 2007 quedó finalista del Premio Planeta-Casa de América. En 2009 fue elegido miembro de la Academia Peruana de la Lengua. Su obra se ha traducido a diferentes idiomas como el francés, alemán, inglés, portugués, rumano, italiano, serbo-croata, hebreo, coreano y chino mandarín.

La Literatura es fuego

Mario Vargas Llosa dijo una vez que si tuviera que salvar una novela suya de un incendio, sería *Conversación en La Catedral*. Alonso Cueto, en cambio, prefiere morir con todas las suyas, pues no sabría cuál salvar: "A veces uno quisiera salvar las menos buenas porque uno guarda más cariño por los hijos que son más problemáticos. Quizá *La hora azul*".

Ídolo absoluto

Hay un solo autor por el que Cueto haría de todo. Según él, un escritor por el que podría morir y matar, por el que ha roto una amistad, por el que no acepta discusiones. "Yo puedo tener flexibilidad en todos los temas, menos en este, que es Henry James. Para mí, es el gran escritor. Alguien que ha interpretado la vida de las personas de la manera más perfecta. Lo descubrí en Madrid a los 22 años cuando leí *Los papeles de Aspern*, y aún no lo puedo olvidar", asegura.



José Ruiz Rosas



Como tantos bibliófilos, José Ruiz Rosas también imaginaba la biblioteca como una especie de paraíso, pero con un matiz: mientras para algunos es un espacio idílico, una fortaleza para el disfrute privado de lo universal, este poeta “nacionalizado” arequipeño encuentra disfrute compartiendo la suya, abriéndola a su casa y a quienes quieran aprovecharla. Se proyecta, incluso, legándola a la ciudad que lo acogió hace más de seis décadas.

Aunque haya nacido en Huacho y vivido en Lima hasta que ingresara a la universidad, hay algo profundo y hermoso entre Arequipa y el poeta. Una relación visible y entrañable como una pareja de viejos enamorados que los charcatos reconocen: es difícil imaginar la ciudad sin él y viceversa, al punto que son pocos los que saben que recién llegó a vivirla y amarla a los 22 años, cuando tuvo que dejar la capital y sus estudios en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Ruiz Rosas padecía asma y le propusieron trasladarse a Arequipa hasta superar la afección. Lo que nadie podía imaginar entonces era que nunca más abandonaría la ciudad. Fue así que, en 1949, soslayó sus intenciones de cursar Química o Farmacia — lo que le hubiera permitido dirigir más adelante el negocio familiar— y, pese a las incertidumbres económicas que le deparaba, fue ganado por la Literatura. Se inscribió en la facultad de Letras de la Universidad San Agustín, ganó pronto los Juegos Florales y, en 1951, publicó su primer poemario, *Sonetaje*. La (buena) suerte estaba echada.

La obra de “don Pepe”, como lo llaman todos con cariño y respeto, atraviesa la historia de la vida artística, cultural y social de la Ciudad Blanca desde mediados del siglo pasado hasta nuestros días.



A fines de los años cincuenta fundó la legendaria librería Trilce, muy cerca de la Plaza de Armas. Durante la década del sesenta, dicho espacio se convirtió quizá en el principal foco cultural de la ciudad: atraídos por su exquisito catálogo de novedades y la posibilidad de una buena tertulia llegaban tanto estudiantes y aspirantes a escritores como importantes intelectuales y creadores de la talla de Alberto Hidalgo, César Atahualpa Rodríguez, Guillermo Mercado y Vladimiro Quiroga. Incluso, durante un breve paso por la ciudad, el gran Pablo Neruda se acercó a tomar un café y a charlar con el poeta-librero. Trilce siguió gozando de prestigio, como lo demuestra el reconocimiento que recibiera de la Casa de la Cultura en 1966; pero, lamentablemente, cerró sus puertas en 1970. Un ciclo había concluido. La librería se transformaría en otra cosa. Los libros no podían dejar a "don Pepe", ni este lo hubiera permitido. Ese fue el origen de su biblioteca.

"En la sección de libros de viejo de la librería vendí buena parte de los que había comprado desde muy joven. Pero no todos. Además, mi esposa, Teresa, había heredado de su abuelo un gran armario lleno de antiguos y hermosos libros que son, digamos, la base de esta biblioteca. Por eso bauticé el espacio con el nombre de ese señor, Mariano Ambrosio Cateriano, un destacado escritor e historiador de la Arequipa decimonónica". Es de imaginar que esta es la habitación más espaciosa de la casa, donde el poeta "ha pasado diez mil y una noches", pero que ahora visita, sobre todo, con la memoria. Recorridos interminables donde la ensoñación permite la aparición de sus autores preferidos y el susurro de las páginas al pasarlas se convierte en una atmósfera de tantas dimensiones como palabras la habitan.





Los 8.000 volúmenes están dispuestos de manera arbitraria. La principal colección es la de Poesía, que ocupa el estante principal, en la parte central de la biblioteca. A la derecha, los libros de narrativa peruana y universal, Teatro, Arte, así como los diccionarios de todo tipo. A la izquierda, los textos sobre su querida Arequipa, Historia del Perú, Historia Universal y Geografía, acompañados, en menor medida, de los de Ciencia, Teología y Filosofía. De todos estos, guarda especial afecto por aquellos que le han sido dedicados por amigos muy queridos.

Tampoco faltan las joyas bibliográficas, entre las que destacan un manuscrito obispal del siglo XVII, algunas primeras ediciones de libros peruanos del siglo XIX, una edición de Paul Marcoy de la época y “algunas otras rarezas”. Ruiz Rosas se considera un lector “omnívoro, con mala memoria, que lee varios libros en simultáneo”. Su relación con estos es gradual: le gusta observarlos, hojearlos y, si lo atrapan, leerlos. Si el gusto va más allá, releerlos.

Este hombre de mirada intensa y barba de profeta recuerda con añoranza, entre sus amados libros, que fue su madre quien lo indujo en el amor por la Poesía, al leerle siempre un cuaderno con versos que le gustaban y que iba anotando de diversos libros. Hoy, pasa sus tardes rodeado de las voces que tanto conoce y quiere, a las que tanto regresa: San Juan de la Cruz, Fray Luis de León, Francisco de Quevedo, Luis de Góngora; así como Jorge Luis Borges, César Vallejo y Martín Adán.

La biblioteca de José Ruiz Rosas, su legado poético y su persona, esa figura de sabio introvertido y temperamental, son un eje que une Arequipa y Lima a través de la savia de la poesía viva, poderosa y luminosa.

José Ruiz Rosas nació en 1928. Además de poeta y librero, ha sido siempre un importante promotor cultural en Arequipa. En 1984 fue nombrado director de la Biblioteca Pública de Arequipa, cargo que ejerció hasta su jubilación. En 2008 la Academia Peruana de la Lengua lo incorporó como miembro correspondiente. Entre su producción poética destacan los volúmenes *Esa noche vacía* (1967), *Sorda sombra* (1975), *La sola palabra* (1976), *Elogio de la danza* (1980) y *Vecino de la muerte* (1985), que le han merecido diversos reconocimientos nacionales e internacionales.

Actor cultural

Trilce, la librería de Ruiz Rosas, era un semillero de nuevas generaciones de lectores, estudiosos y autores estimulados por su propietario, quien incluso era capaz de obsequiar los libros cuando sabía que terminarían en buenos lectores de pocos recursos. Otra muestra de su compromiso con la promoción de la Literatura fue una colección no venal que editaba el poeta, sencilla, en cartulina, e impresa a mimeógrafo.



Fernando de Szyszło

El escritor mexicano Octavio Paz dijo en una ocasión que Fernando de Szyszlo era, en realidad, un intelectual que se volvió artista. No hay descripción más acertada, porque desde su infancia, en el barrio de Santa Beatriz, De Szyszlo estuvo en contacto con personajes brillantes de su generación: Augusto y Sebastián Salazar Bondy, Javier Sologuren, Emilio Adolfo Westphalen y Julio Ramón Ribeyro. De Szyszlo cultivó siempre la amistad como un verdadero tesoro. Y allí también conoció a la poeta Blanca Varela, quien fuera su primera esposa y fiel compañera durante muchos años.

Se entiende, pues, que la Literatura y muchas otras artes hayan marcado su obra. Tanto como Rembrandt, Rothko o Tamayo influyen su trabajo, lo hacen también Proust, Vallejo, Garcilaso, Auden, Bach y Mozart (a quien escucha mientras pinta). “Sin ellos, la obra de De Szyszlo no existiría o sería muy distinta”, asegura el crítico José Miguel Oviedo. Por eso, De Szyszlo, hombre de mirada cálida y penetrante, es un peruano universal, una leyenda viva del país.

La madre de “Gody”, como llaman a De Szyszlo cariñosamente sus amigos, fue Rosa Valdelomar, hermana del escritor Abraham Valdelomar. Su padre fue el científico y botánico polaco Witold de Szyszlo, un hombre que viajó por todo el mundo y llegó a dominar ni más ni menos que 14 idiomas. En la casa familiar empezó su afición por la lectura, a la que podía dar rienda suelta por medio de las fantásticas colecciones que encontraba en la biblioteca. De chico sufría de asma y no podía salir a jugar con los demás niños; por eso, se recluía en casa para leer. “Como todo el mundo, comencé con Julio Verne y Alejandro Dumas, y de ahí me pasé a cosas más serias, como Dostoievski y Flaubert”, cuenta.

Su afición por el arte y por la lectura fueron creciendo de forma paralela, de allí que la magnífica biblioteca de su casa de San Isidro aumentara con los años de manera natural, sin que él se lo propusiera. La colección no está dedicada solo a temas de Arte, sino a una gran variedad de intereses. Además, los libros conviven con pinturas, huacos y mantos que dotan al lugar de un aura mágica. La biblioteca es un lugar vivo, lleno de fotos y recuerdos, donde pasa largas horas leyendo y disfrutando también de una buena conversación con amigos o con Lila Yábar, su inseparable esposa.

Hoy, De Szyszlo cuenta con más de 15.000 volúmenes que tuvo que mandar a catalogar y digitalizar con una bibliotecaria para ubicar los títulos que necesita con facilidad. Desde luego, son muchas las joyas que posee, como una colección de manuscritos y objetos personales de César Vallejo, que heredó de su esposa Georgette. También se encuentran libros de Jorge Luis Borges y Juan Rulfo firmados por ellos mismos, y otro del chileno Pablo Neruda con una dedicatoria bellísima: “Este ejemplar es de De Szyszlo y será de él hasta que lo rompa o lo siembre”.





La biblioteca también refleja las diferentes épocas de una vida larga y rica que, lógicamente, ha pasado por distintas preferencias literarias. Tiene todos los libros de D.H. Lawrence y la obra completa de Marcel Proust —su mayor influencia literaria y el autor que nunca se cansa de releer— con ediciones en español y en francés. “Pese a mis diferentes etapas, a Proust siempre le he sido fiel”, confiesa. Entre sus intereses también está la poesía quechua —en particular la *Elegía a la muerte de Atahualpa*— y la obra de sus ya mencionados amigos Sologuren y Westphalen, a quienes ha dedicado sendas muestras. Otra de sus debilidades es la poesía del Siglo de Oro español (en particular la de Quevedo) y la poesía metafísica inglesa, de la que destaca el poema “To His Coy Mistress” de Andrew Marvell. Pese a esta pasión, a De Szyszlo no le gusta recitar, pero tiene el don para recordar versos y poemas enteros.

La humildad y la modestia siempre han marcado a este genial artista. “En realidad uno pinta siempre el mismo cuadro, porque cada intento anterior es un fracaso”, asegura. El Nobel Octavio Paz reinterpretó esta idea, pero resaltando su grandeza: “Estimulados por el ejemplo de Picasso, muchos pintores cambian con frecuencia de manera; De Szyszlo no cambia: madura. Avanza hacia dentro de sí mismo”. A Paz y a De Szyszlo los unió una extraordinaria amistad, tal es así que el peruano viajó a México por tres días para acompañarlo en su lecho de muerte.

Desde la serenidad y sapiencia que trae la edad, el artista evoca a Nietzsche para afirmar que el hombre es un animal enfermo. Enfermo de memoria, de conciencia, de recuerdos. Pero que un hombre de una vida tan maravillosa como De Szyszlo lo diga, solo habla de su dimensión como ser humano. Parafraseando a Voltaire, otro gran filósofo, sería justo decir: si De Szyszlo no existiera, habría que inventarlo.

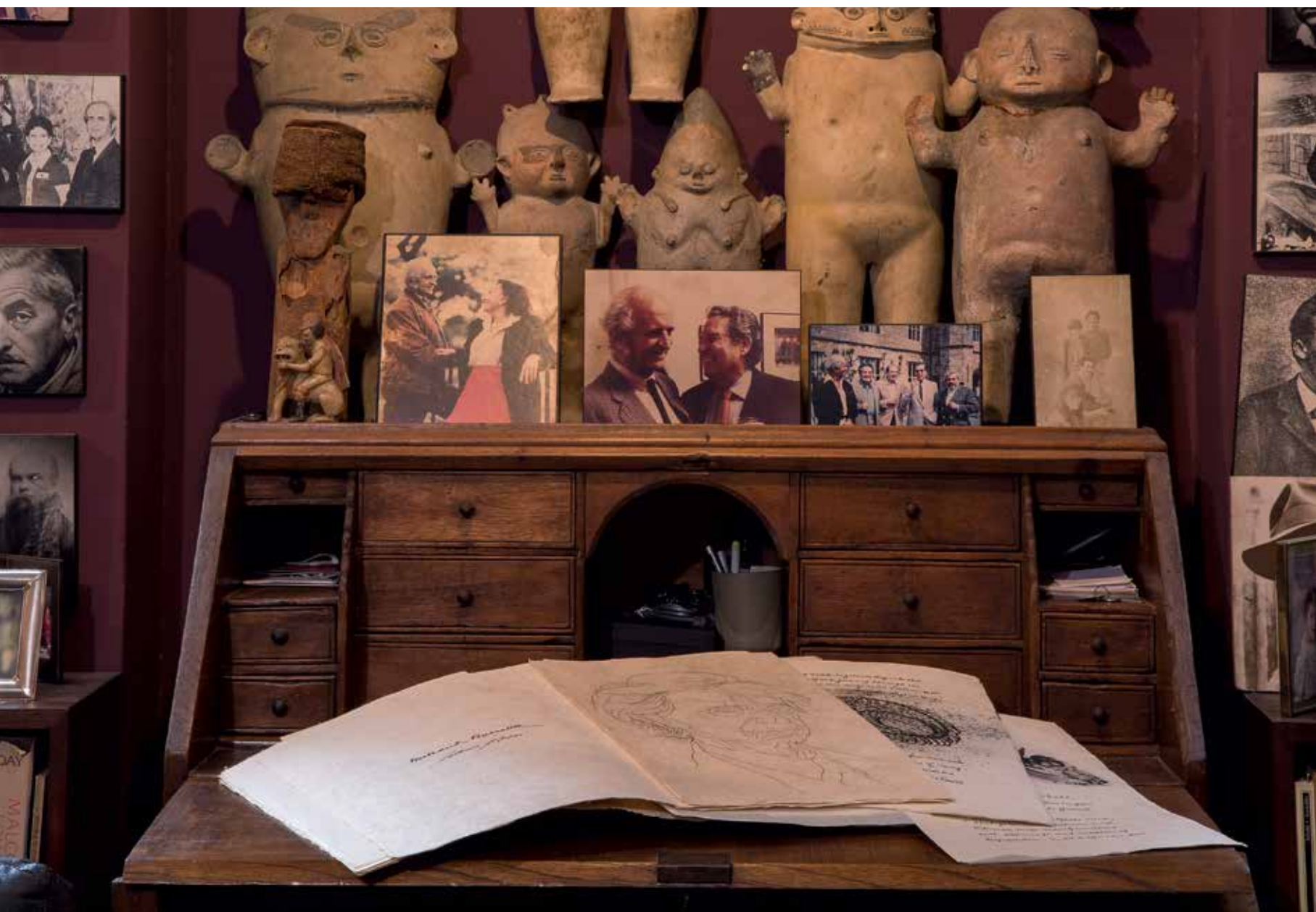
Nacido en Lima en 1925, Fernando de Szyszlo es un artista plástico de gran renombre, conocido principalmente por su trabajo en pintura y escultura. Es uno de los más destacados artistas de vanguardia del país y una figura clave en el desarrollo del arte abstracto en América Latina. A lo largo de su carrera, su obra se ha visto en innumerables exposiciones y ha obtenido diversos premios.

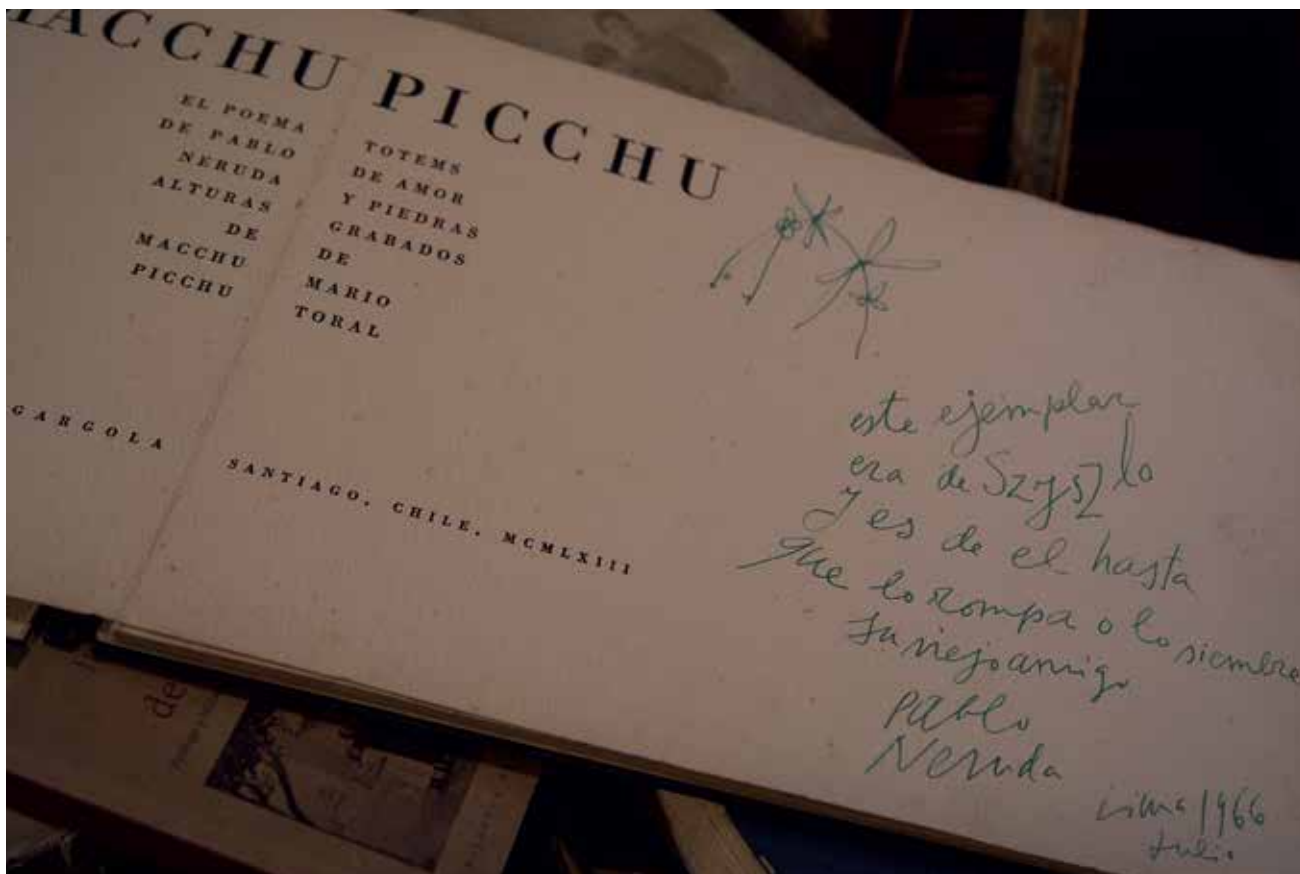
El mechón de Vallejo

De Szyszlo conserva con gran orgullo un mechón de cabello de César Vallejo. El pintor recuerda que Georgette, la viuda del poeta, se lo entregó como agradecimiento por una colección de litografías que él había hecho en homenaje a su esposo. El mechón está enmarcado junto a un hermoso poema del autor, *Invierno en la batalla de Teruel*. “Es el único pedazo del cuerpo de Vallejo que queda en el Perú”, bromea.

Recuerdos personales

En la biblioteca del artista se guardan muchas colecciones epistolares, pero él también conserva sus propias cartas de amor. “Es muy inspirador recordar que uno ha generado grandes pasiones en otras personas. Ahora los jóvenes se escriben mensajes de texto. En el mejor de los casos, e-mails de amor”, señala con incredulidad.





José Tola



No es una coincidencia que una de las más grandes esculturas de José Tola haya sido colocada en el parque El Libro de Miraflores. Ese gesto, que une el Arte con la Literatura, es lo que marca la vida y obra de este creador. "En mi biblioteca, los libros conversan con los cuadros, con las estatuillas, con todos los recuerdos de mi vida".

Tola considera la biblioteca de su casa como un centro donde se desarrolla, pinta, lee, escribe. Un bastión en el que busca, encuentra, se equivoca. Por eso, más que una fuente de inspiración, la considera una fuente de información, un portal que le permite recibir copiosos conocimientos, conocer nuevos pintores y redescubrir a los ya conocidos, entender métodos, plantearse soluciones. Por eso, señala con convicción: "Mi biblioteca es un compendio para poder pintar y seguir trabajando".

Su biblioteca es un agradable caos, con volúmenes empolvados que saltan de un lugar a otro, pero que, a la vez, mantiene la organización más práctica: libros de Arte por un lado, y Literatura por el otro. En el primer grupo, coloca los libros de Fotografía y de Arte peruano y extranjero. En el segundo, se puede encontrar ficción, poesía y ensayo. El resto se acomoda de forma bastante arbitraria. Conforme llegan, los objetos van encontrando naturalmente su lugar. Por eso, Tola se sorprende cuando le preguntan cuántos

títulos hay en sus anaqueles, y responde de inmediato: "No tengo ni idea".

Confiesa que antes leía mucha literatura, pero ahora anda más metido en los ensayos, probablemente por la misma naturaleza de su trabajo. "Los ensayos me dan más ideas. Conforme los lees, vas chocando con libros del pasado y del presente. Por ejemplo, ahora puedo leer *El impacto de lo nuevo* de Robert Hughes, un libro ya algo pasado de tiempo, pero él me dice que busque a Henri Cartier-Bresson o a Nobuyoshi Araki. Así te entra el deseo de conocimiento". El método de Tola es una prueba de que las bibliotecas más orgánicas se forman a partir de una insaciable curiosidad.

Tola también es amante de los detalles. Cuenta que cuando ve un cuadro, usualmente le interesan tan solo dos centímetros cuadrados de la obra: "Yo elijo una pequeña composición y trato de definirla, saber qué está planteando, qué quiere decir". Lo mismo le pasa con los libros: los deconstruye, sintetiza y analiza. Hace pocos meses presentó un hermoso libro al alimón con el escritor y diplomático arequipeño Carlos Herrera. Se llama *Dime, monstruo* y contiene sus propias versiones ilustradas de las criaturas más extrañas y variopintas de la mitología y la literatura popular: desde la Medusa al Yeti, pasando por Polifemo y el Chullachaqui. Como en



toda su obra, los monstruos invaden el imaginario de Tola. No les teme: se siente a gusto con ellos.

A lo que sí teme el artista es al vacío. "Sufro de una especie de agorafobia. No puedo ver grandes espacios vacíos, tengo que llenarlos con algo". Eso explica el porqué de sus estantes abigarrados de libros, prácticamente sin lugar para uno más. Ese afán acumulativo se suma a otra manía: Tola no presta sus libros. "Es todo un problema. Uno presta los mejores libros que tiene y no te los devuelven. Después de un tiempo uno se endurece y ya no presta más. Y si alguien quiere un libro, le saco una fotocopia y se lo doy".

Sus libros difícilmente salen de su casa. Y él es igual. Trabaja entre las seis de la tarde y las cuatro de la madrugada, luego de pasar muchas horas en la biblioteca. Algunos podrían calificarlo de reclusivo, pero, como diría Emily Dickinson, "para viajar lejos, no hay mejor nave que un libro". Tola parece asentir: "Todo el día estoy metido en mi trabajo porque el mundo exterior lo veo muy pobre. Sales a la calle y encuentras una población agresiva, con espectáculos de segunda, un poco chatarra". Por eso y por muchas otras razones, este artista genial y único considera a sus libros como parte de su mundo interior: "Mi biblioteca es como un vientre materno. Cada vez que salgo, tengo que regresar. Me es imperativo".





José Tola nació en Lima, en 1943. Se formó en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, en Madrid, España. De allí egresó con el título de Profesor de Dibujo y Pintura. Regresó al Perú y se convirtió en la figura más resaltante de la joven plástica peruana tras obtener el Primer Premio de Pintura del Salón de Artes Plásticas de San Isidro. A lo largo de su trayectoria ha presentado exposiciones individuales y colectivas en el Perú y en diversos países del mundo.

Buen ejemplo

José es hermano menor del destacado orientalista Fernando Tola. Cuenta que, de muy joven, él le hacía leer a Alejandro Dumas y a varios otros autores, para luego tomarle examen. “Yo sacaba once, pero con once se pasa, como decía mi madre”, recuerda. Su hermano también le hizo copiar textos e ilustraciones de obras de James Joyce, que aún conserva en su biblioteca.

Obras favoritas

A la pregunta sobre qué libros se llevaría a una isla, el artista menciona la Biblia “porque tengo una relación enigmática con Dios, nos hablamos de tú”, *Hojas de hierba* de Walt Whitman, el *Tao Te Ching* de Lao-Tsé y toda la obra de Nietzsche.

Mario Vargas LLosa

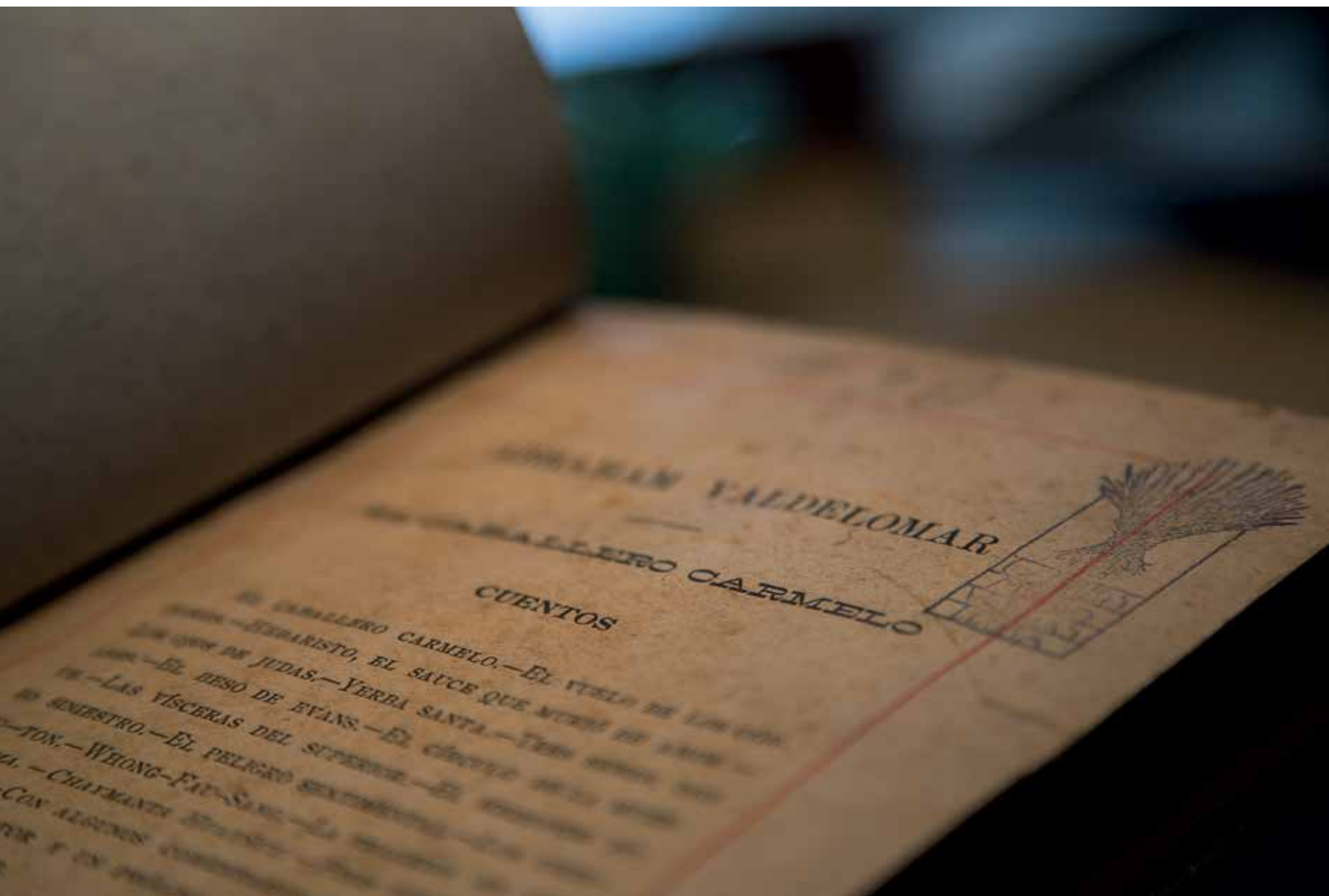




Para hablar de Mario Vargas Llosa, el lector, se puede citar a Mario Vargas Llosa, el Nobel: "Vale la pena vivir, aunque fuera solo porque sin la vida no podríamos leer ni fantasear historias". Esa es la mayor doctrina que ha abrazado el novelista a lo largo de los años y que lo ha convertido en un devoto incondicional de los libros. Un celebrante. Un convencido de sus efectos terapéuticos contra el tedio y la intolerancia. Porque antes que un académico, Vargas Llosa es un militante de la lectura, un hombre de palabra y de palabras, a las cuales se ha entregado con avidez para dar respuestas a sus interrogantes y dilemas como artista y, claro está, simple mortal.

El escritor es enfático en reconocer la huella dejada por los libros a través del tiempo: "La lectura ha sido la experiencia más enriquecedora de mi vida, la que me ha dado más placer y me ha hecho vivir más intensamente". Tampoco es casualidad que esta vocación intelectual haya acabado por dar forma a algunos de los atributos de su impecable obra: imaginación, sensibilidad, cultura y maestría narrativa. Los 15.000 volúmenes que componen su biblioteca principal, situada en su apacible casa de Barranco, en Lima, parecen la puesta en escena de una pasión consumada. De ella se desprenden la belleza de una colección vasta y selecta conformada con esmero por el propio autor, la espectacularidad de un sistema ordenado al milímetro, y la emoción de adentrarse en la bibliografía secreta de uno de los clásicos de la Literatura mundial.

"Esta biblioteca es entrañable porque contiene libros que me han acompañado en buena parte de la vida. Creo que muchos de los títulos más queridos, los que han tenido mayor influencia en mi trabajo y los que han marcado mi trayectoria como lector se encuentran en este espacio. Es, pues, una biblioteca hecha básicamente con amor", señala el novelista, quien también posee dos colecciones más en sus viviendas de Madrid y París, que suman, en total, otros 15.000 ejemplares. Vargas Llosa recoge la máxima "una casa sin libros es como un cuerpo sin alma", de Cicerón, toda



vez que asume la Literatura como una fuerza vital y huracanada, capaz de marcar a fuego la vida de las personas y de la sociedad en su conjunto.

Su historia es ejemplo del encantamiento que pueden producir las palabras en una sencilla hoja de papel. Desde sus primeros años en Arequipa y Cochabamba, sus días de estudiante en un colegio militar, la experiencia remecedora que significó publicar su primera obra *Los jefes* (1959) y la posterior consagración con el Nobel de Literatura en el 2010, en todo ese tiempo Vargas Llosa siempre tuvo claro que quería (y debía) ser escritor. Su voluntad y disciplina para elaborar sus creaciones son ya emblemáticas, y los logros que ha cosechado hasta el momento engrandecen todo gesto de modestia: más de 40 libros publicados y traducidos a más de 30 idiomas, condecoraciones literarias por doquier, doctor honoris causa en múltiples universidades y el reconocimiento unánime de colegas y lectores por igual.

Aun con ese legado, Vargas Llosa es un hombre sereno, extremadamente educado, de modales sutiles y rutinarios. En los estantes de su biblioteca principal, de pasillos largos y formas monumentales, se pueden encontrar evidencias de su gusto por la Historia, la Política, la Filosofía y la Religión. La colección de libros ha ido variando de forma muy libre, pero el grueso está compuesto por literatura, mucha literatura, en el sentido más amplio de la palabra: novelas, poemarios, críticas, ensayos. Muchos de los volúmenes allí recopilados han servido en las exhaustivas investigaciones que el autor realiza al momento de gestar una nueva obra. De allí que no dude en reconocer que "la historia secreta de mis libros se encuentra en esta biblioteca".

El escritor sonrío al confesar que sigue comprando más libros de los que puede leer. Lo suyo es el papel, el contacto directo y romántico con las hojas. Admite que los e-books son cómodos y fáciles de



transportar, pero su admiración por el libro como objeto precioso es un asunto de convicción. Precisamente, uno de los rasgos que mejor simbolizan la intimidad que se crea entre un lector y sus libros son las anotaciones: marcar datos, subrayar pasajes memorables, colocar comentarios en los márgenes de las páginas. Vargas Llosa hace todo esto. Incluso al leer, no para de escribir.

Las anotaciones cesan cuando tiene delante una pieza de antología, como una primera edición de *Madame Bovary*, de Gustave Flaubert, que compró a un anticuario de París con el dinero obtenido por un premio literario. Vargas Llosa también conserva una primera edición de *Los miserables* de Victor Hugo —“las grandes novelas son también novelas grandes en cantidad”, piensa— y varias de William Faulkner, autor a quien considera su maestro por ilustrarlo en “la riqueza y la diversidad de la forma novelística, el punto de vista, el manejo del tiempo”. Todas esas maravillas son regalos costosos que el Nobel se ha hecho en ocasiones especiales, aunque “creo que siempre con buen gusto”, indica ciertamente orondo.

También brilla en sus anaqueles un conjunto de libros dedicados por autores icónicos: García Márquez, Cortázar, Carpentier. A todos ellos los pudo conocer entre los años cincuenta y sesenta en París, ciudad donde comenzó a gestarse el Boom Latinoamericano. Fue una época de esplendor para la Literatura de la región, que intercambió ideas con otra generación de intelectuales franceses. Ese “contacto en Francia” se consolidó gracias a gigantes de la talla de Sartre, Beauvoir, Camus y Merleau-Ponty, quienes ejercieron una influencia notable en la sociedad de la época. Sin embargo, el no-

velista peruano hace una distinción especial con André Malraux y su magna *La condición humana*, obra que ha leído varias veces y de la que, por más que lo haya intentado, no ha podido conseguir una primera edición. “Se ha hecho una injusticia con ese libro, porque ha sido desdeñado por razones políticas. Pero Malraux era extraordinario, además de un excelente orador. Hablaba como escribía, con una retórica muy potente. Recuerdo un discurso suyo pronunciado en el patio del Louvre por la muerte de Le Corbusier, donde mencionaba las obras que dejó en los cinco continentes. Una auténtica letanía poética”.

Vargas Llosa admite que hay libros repetidos en sus bibliotecas y que ha perdido muchos de ellos debido a sus continuos viajes. Cada extravío es un vacío, un dolor. Por eso, tampoco consiente préstamos: “La gente tiene la extraña percepción de que quedarse con un libro no es robar. Yo no presto libros, y menos a intelectuales y escritores: ellos son quienes los aprovechan mejor”.

Existen pocos lugares en el planeta donde el escritor se sienta tan cómodo como en su biblioteca. Parafraseando una de sus principales obras, Vargas Llosa se mueve entre sus libros como pez en el agua, con la indómita curiosidad de un niño y, al mismo tiempo, con la calmada sabiduría de un intelectual. Cuando le piden definir su biblioteca, él la describe como un lugar que trasciende fronteras culturales e idiomáticas, que refleja curiosidad por lo que ocurre en los distintos campos de la cultura, que es un espejo de su personalidad. Y la resume con una frase certera: “Todavía no es un museo, es una biblioteca que está viva”.

Mario Vargas Llosa es uno de los más aclamados novelistas y ensayistas contemporáneos. Nació en Arequipa en 1936. Su obra ha recibido las más importantes condecoraciones literarias a nivel mundial: Rómulo Gallegos 1967, Príncipe de Asturias de las Letras 1986, Cervantes 1994 y el Nobel de Literatura 2010. Entre sus obras más destacadas se cuentan las novelas *La ciudad y los perros*, *La casa verde*, *Conversación en La Catedral*, *La guerra del fin del mundo* y *La fiesta del Chivo*. En 1990 fue candidato a la Presidencia de la República.

Abuelo y escritor

En la actualidad, el Nobel mantiene su conocida disciplina al momento de escribir en la biblioteca de su casa, siempre y cuando el entorno se lo permita. “Intento que no entre gente a distraerme, pero son mis nietas las que nunca respetan esa prohibición. Siempre vienen a ver mi colección de hipopótamos”, cuenta con dulce resignación.

Ensayistas y periodistas

“Las palabras difundidas”



Alfredo Barnechea

Solo un fundamentalista del orden o un devoto de los libros conoce cuántos ejemplares conforman su biblioteca. Alfredo Barnechea, que tiene de ambos, lo sabe. O, por lo menos, lo sabía antes de adquisiciones recientes. Su último conteo arrojó 14.553 títulos; entre ellos, como escribió Borges, "alguno habrá que no leeremos nunca". Un inventario extraordinario que el periodista y ensayista mantiene bajo una organización espartana: libros sobre el Perú, coyuntura latinoamericana, no ficción, Literatura, Historia, pensamiento político, Economía y otras secciones temáticas que, a su vez, se dividen en nuevas subcategorías. Todo ello convierte su magnífica biblioteca en una suerte de árbol genealógico del conocimiento.

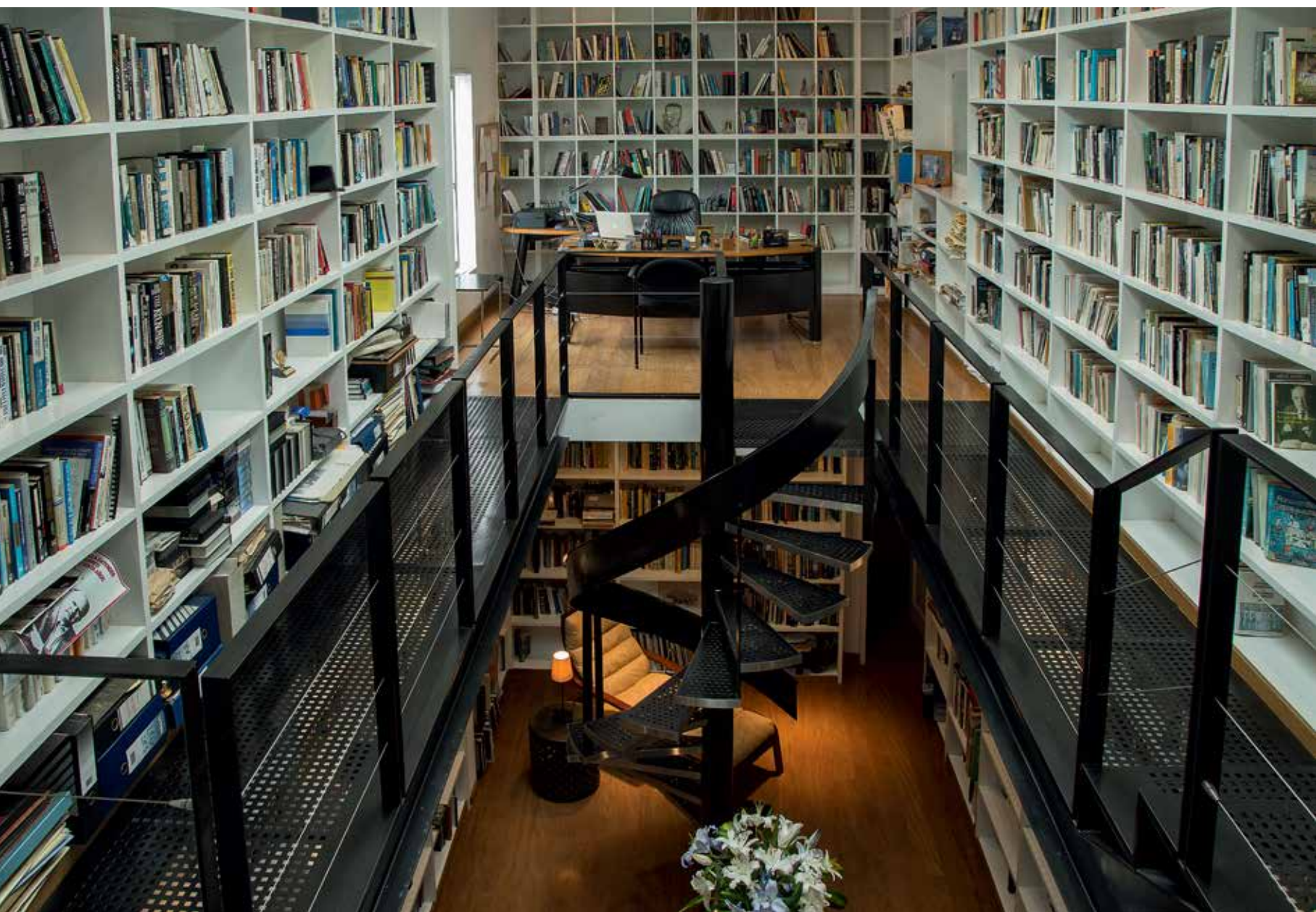
Aunque pasen los años y cambien los métodos, él sigue convencido de que la mejor clasificación hecha en una biblioteca fue la que realizó hace dos siglos y medio Thomas Jefferson, cuando organizó la suya en tres categorías: memoria, razón, imaginación. Sin embargo, Barnechea no se queda atrás. Su disciplina se advierte en el método y la planificación con que concibe las cosas. Basta decir que su casa fue construida priorizando el lugar que ocuparía la biblioteca. Y al asomarse el visitante a ella, solo le queda admirar lo que, de seguro, sería el sueño de todo bibliófilo: dos pisos colmados de libros, con un área libre al centro, con pasillos de acero y estructuras de madera blanca que potencian la luz y la sensación de amplitud. Un espacio que permite perderse en el silencio y, al mismo tiempo, llama a la conversación entre buenos amigos.

Ese mismo aire de placidez y serenidad alcanza los alrededores de su escritorio, que se sitúa en una pequeña mezzanine que tiene como vista una piscina y un acogedor jardín donde pasa largas

horas y encuentra las condiciones naturales para meditar: "Cuando lo miro, recuerdo que hace años leí que el primer jardín lo hizo Abel (y la primera ciudad la hizo Caín)". Porque esa dosis de naturaleza ha ayudado a Barnechea —según él mismo confiesa— a sentir que siempre ha estado en el campo. Un verso de Whitman redondearía la escena: "(...) y holgazaneo a mi antojo, contemplando la brizna de hierba estival".

Barnechea es natural de Ica, tierra de los textiles y las cerámicas de dos grandes civilizaciones precolombinas: Nasca y Paracas. En su juventud fue prácticamente adoptado por el círculo de pensadores e intelectuales más renombrados de la capital. Según el "Joven Barnechea", como era llamado, esas tertulias fueron "la inolvidable educación sentimental de su vida". No sorprende que haya conocido, de manera íntima, a casi todas las grandes figuras peruanas y, en muchos casos, latinoamericanas de los últimos 40 años.

Su amor por la lectura es reflejo de sus inquietudes intelectuales. "Lo más constante que he sido en mi vida es un lector. Desde que comencé a leer, no ha habido un día en el que haya dejado de hacerlo. Yo lo veo como dormir, comer, una acción natural que necesito realizar", asevera. Y esa rutina espontánea está manejada por la búsqueda y la indagación. En su biblioteca conviven géneros dispares: al estirar la mano, uno podría encontrar la célebre biografía de Picasso hecha por Richardson, algún poemario de Seferis, un ensayo de Brodsky o Tocqueville, los maravillosos volúmenes de *Makers of Modern Architecture* o la obra completa de Malraux. Todo es posible. Tal como afirmaba Alberto Manguel en su prodigiosa *La biblioteca de noche*, "la habitación en la que un escritor



se rodea de los materiales que necesita para realizar su trabajo adquiere una cualidad animal, como de guarida o nido, que contiene la forma de su cuerpo (...) aquí puede sentirse cómodo entre sus libros, puede ser un lector tan monógamo o polígamo como desee”.

En este refugio también resaltan algunas primeras ediciones de Vallejo, Valdelomar, Eguren y Westphalen, muchas de ellas heredadas de abuelos o tíos abuelos, como el reconocido poeta Enrique Bustamante y Ballivián, quien colocó en la entrada de su biblioteca la inscripción “Los que soñéis, pasad”. Y, por supuesto, Barnechea sueña. Y mucho. Celebra la vida con el correr de las páginas, de allí que su biblioteca se multiplique, “crezca como un arbusto salvaje”. Ningún estante queda nunca vacío por mucho tiempo. Si bien su colección no llega a ser especializada, es la de un lector curioso, enamorado del rumor del mundo, atento siempre a más obras de las que puede leer.

Pero el culto que profesa hacia los libros no es solo por su contenido, sino por todo aquello que les da vida, sustancia. “Como lector crónico, mantengo una relación física con ellos —confiesa—, los toco, los huelo, los miro. Por eso, casi soy incapaz de leer un ejemplar que esté descuadernado. Mis hijos se ríen de mis cuidados: por más subrayados que estén, mis libros lucen como nuevos”. Y es que la suya no será la Biblioteca Palafoxiana, pero, por su esmero, bien podría compartir la divisa que el obispo Palafox anotó en la entrada del recinto: “El que se halle en un beneficio sin libros, se halla en una soledad sin consuelo, en un monte sin compañía, en un camino sin báculo, en unas tinieblas sin guías”. Palabras agoreras que Barnechea sabe conjurar de la forma más certera: con avidez por la palabra escrita y el deseo intacto por los nuevos saberes.





Alfredo Barnechea García es máster en Administración Pública por la Universidad de Harvard, de Estados Unidos. Ha sido condecorado con la Orden Bernardo O'Higgins por el Gobierno de Chile, y con la Orden de Isabel La Católica por el Rey de España. Ha publicado, entre otros libros, *La república embrujada* (1995), *Peregrinos de la lengua* (1997), *La mayoría de uno* (2000), *El edén imperfecto* (2005) y *Perú, país de metal y de melancolía. Memorias de una educación política* (2010).

Influencia familiar

Su madre tuvo enorme responsabilidad en su devoción por la lectura. "Cuando era chico, en un cumpleaños, ella decidió que no habría juguetes, sino la edición lujosa y clásica de Aguilar de las obras completas de Cervantes en papel biblia", recuerda. Por supuesto, aún conserva el libro en perfectas condiciones.

Primeros tesoros

En su caso, la dedicación y el cariño por los libros se originaron en la infancia. Recuerda que, de niño, su biblioteca personal estaba compuesta por unos tomos verdes del Tesoro de la Juventud, una biografía de Piérola de tapas blancas y amarillas, y un libro de Romano Guardini sobre Papini que, dicho sea de paso, nunca leyó. Además, tiene grabada su primera compra: "Tenía trece años, salí del colegio directo hacia una librería de Ica y fue una emoción conseguir *Genio y figura de Ricardo Palma*, de José Miguel Oviedo. Años más tarde, me llenó de orgullo poder convertirme en amigo de José Miguel".



Terra Nostra
L'ATLAS DE LA TERRE
DE NOTRE TEMPS

ATLAS
DE LA TERRE
DE NOTRE TEMPS

Luis Jaime Cisneros



De todas las bellas palabras del vocabulario, “maestro” es la más empleada por los peruanos cuando desean referirse a Luis Jaime Cisneros. Seguramente, las décadas que consagró a la docencia merecen dicha mención, pero lo que predomina, en amigos y estudiantes, es el ánimo de entrega y reconocimiento hacia una personalidad luminosa que excedió el ejercicio de su profesión. Porque su maestría tenía que ver poco con un método de enseñanza y mucho con su erudición, cercanía e imbatible lucidez. Dicen quienes lo conocieron que podía pasarse horas recitando fragmentos de Góngora, Racine, Cicerón y Borges. Eso era lo que lo estimulaba: memorizar, declamar, leer. Y todo lo hacía dentro de los confines de su biblioteca, lugar donde se sentía más cómodo y donde pasaba la mayor parte del tiempo.

Cisneros fue un hombre con una vocación intelectual indomable. Dejó de lado la carrera de Medicina para centrarse en la Filología y la Lingüística. Fue amigo de destacados intelectuales, como los historiadores Jorge Basadre y Raúl Porras Barrenechea, con quienes a menudo caminaba desde Miraflores hasta el Centro de Lima, extraviados en conversaciones interminables. Si su infancia estuvo marcada por las lecturas de Kipling, Cervantes, Carroll y Dante, su debilidad por la Literatura solo se agigantó con el paso de los años. Alguna vez le detalló a Alonso Cueto (escritor que también comparte su biblioteca en este libro) las obras que se llevaría a una isla: *La política de Dios* de Quevedo, *En busca del tiempo perdido* de Proust, *Retrato del artista adolescente* de Joyce, *El Quijote* de Cervantes y, por encima de todos, Borges.

Pocas cosas disfrutaba más que la experiencia de sentir la textura de los libros y de perderse en sus mundos imaginarios, dentro de la sonoridad y el peso de las palabras. Su biblioteca era una proyección material de su arraigo por la lectura. Cuando vivió junto a su



familia en el extranjero durante los años sesenta, acostumbraba llevar una maleta solo para libros, pues tenía la firme convicción de que había que traer una imagen del país que se visitaba. Y esa imagen estaba en los libros, en la Literatura. Llegó a tener 20.000 volúmenes, entre ellos un gran lote de textos literarios que recibió como herencia de su padre, Luis Fernán Cisneros, un distinguido poeta y diplomático.

Durante muchos años, la biblioteca de Luis Jaime Cisneros se ubicó en una casa de una antigua quinta en Miraflores. Por sus dimensiones, la colección ocupaba seis ambientes del inmueble, pero, más adelante, con las múltiples compras hechas en sus viajes al extranjero, los dominios de la biblioteca se prolongaron hasta los dormitorios y el baño. En 1994 los libros fueron trasladados a una nueva vivienda familiar de dos pisos en la avenida La Paz, muy cerca del mar. En las dos últimas décadas, se han conservado en cuatro ambientes del lugar, donde también se reconocen los objetos personales de Cisneros: diplomas, fotografías, cerámicos, cuadros y hasta una antigua máquina de escribir, que usó hasta al final de sus días. Un símbolo de la resistencia del lingüista frente al acoso de las computadoras.

Su hijo mayor, Luis Jaime Cisneros Hamann, señala que, en la biblioteca, aún se encuentran obras literarias mexicanas de principios del siglo XX, además de mucha literatura brasileña, argentina y gaucha. A ello se suman los libros de Filología y Lingüística Española, una de las recopilaciones más importantes de ambas disciplinas en el país. También era un gran lector de poesía: "Me sirve para descansar, para desconectarme y desintoxicarme", decía. Entre las curiosidades bibliográficas, vale mencionar un libro de Esoterismo del siglo XVIII, su colección de Literatura del Siglo de Oro español —la más completa del Perú—, un centenar de

incunables, ediciones antiguas de clásicos de Lope de Vega, un tomo ilustrado del Perú editado en 1890 y un santuario personal del lingüista: un estante que alberga las publicaciones de sus alumnos. Y es que era tan querido por la relación horizontal que tenía con ellos, que todos acostumbraban regalarle siempre ejemplares de sus obras.

Cisneros Hamann cuenta que su padre tenía múltiples manías vinculadas con el cuidado de la biblioteca, como el uso de químicos para el mantenimiento del cedro de los libreros. "Iba a la farmacia y compraba inyectables para introducir la sustancia dentro de la madera para que no se picara. Y, como había estudiado Medicina, tenía hasta un mandil blanco. Era el sanador de libros. También colocaba granos de pimienta negra detrás de los tomos para ahuyentar a las polillas. Lo anecdótico es que todas esas técnicas las aprendió de un manual del siglo XVIII especializado en la conservación de libros", recuerda. Pero allí no acababan las atenciones, pues también solía empastar los ejemplares con sus iniciales en la parte trasera o firmarlos en las primeras páginas.

Pero, cuando hacía falta, Cisneros podía ser extremadamente riguroso y metódico. Por ejemplo, contaba con una libreta de apuntes donde anotaba los títulos de los libros, el nombre de las personas a quienes les prestaba algún ejemplar, la fecha de entrega y el día de devolución. Respecto a esta fijación por el orden, su hijo tiene grabado un episodio: "La única vez que mi papá me dio un palazo fue el día en que me subí a la estantería y saqué un libro del cuarto anaquel y lo puse en el tercero. Entonces, estallé en llanto. Tendría tres o cuatro años". En aquella ocasión, Cisneros acabaría la reprimenda con una regla de oro: "Los libros no se tocan". Una frase que, según recuerda hoy con humor, su padre dirigiría a todas las personas a lo largo de su vida.



Luego de vivir en Buenos Aires, ciudad donde se formó en Medicina y Filología, Luis Jaime Cisneros Vizquerra regresó al Perú en 1947. Se graduó como Doctor en Letras y dictó cátedra en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y en la Pontificia Universidad Católica del Perú. Fue presidente de la Academia Peruana de la Lengua. Recibió la Orden del Sol del Perú en el grado de Gran Cruz en el 2006. Es autor de *Lenguaje* (1953), *Lengua y estilo* (1959), *Temas lingüísticos* (1972) y *Mis trabajos y los días* (2000), entre otras publicaciones. Falleció en enero de 2011.

Código Cisneros

Como minucioso lector, Cisneros tenía la costumbre de subrayar, hacer anotaciones, enmendaduras y marcar los errores tipográficos en los libros. Después de leer el índice, anotaba todo lo que valía la pena. Cuando tenía B y puntito, quería decir que el contenido era interesante; cuando colocaba B roja era porque merecía doble atención.

Por la Ñ

A fines de los noventa, Cisneros se sumó al debate internacional que hubo en torno a la supresión tentativa de la letra ñ del alfabeto español. Desde las páginas de la revista *Caretas*, inició una campaña a favor de la letra publicando un artículo titulado "Coño, que no jodan". Con ello, el lingüista quería demostrar, con humor, que la ñ no podía ser sustituida de ninguna manera por la n.



Martha Hildebrandt



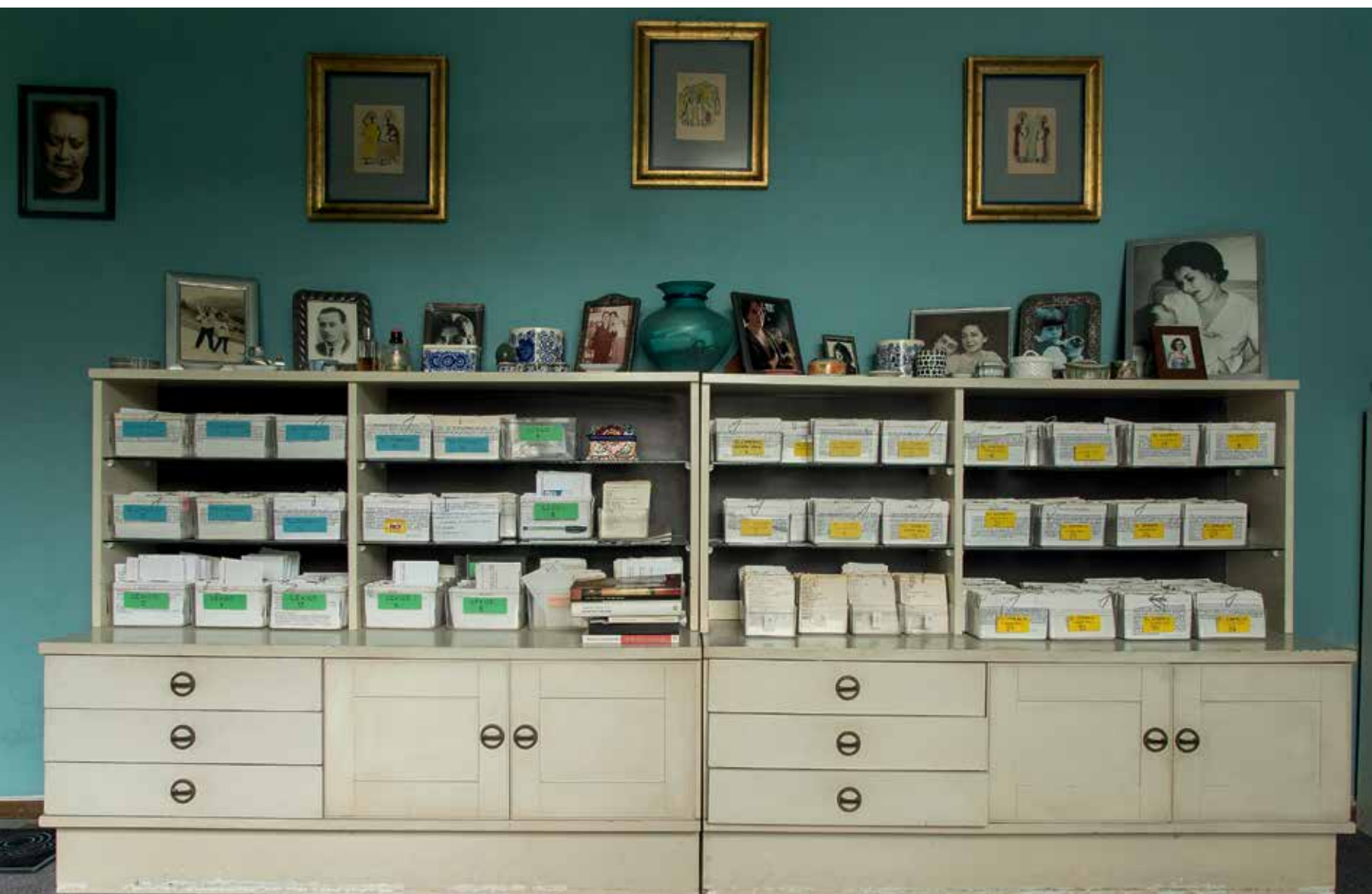
Martha Hildebrandt afirma que nunca ha usado una computadora. "Servirá para transportar y almacenar muchos libros, pero jamás se sentirá como uno", sentencia. La célebre lingüista cree en esa correspondencia mágica que se establece con el ejemplar impreso, la conexión física inmediata al pasar las páginas con los dedos. Sin embargo, antes de celebrar una imagen idealizada de sí misma, aclara: "No soy bibliófila. Soy amante del contenido de los libros, no de su forma". Por ello, las personas que recorran su biblioteca encontrarán gran parte de las obras subrayadas y con múltiples anotaciones. Es su manera de posesionarse del libro, convertirlo en instrumento, servirse de él una y otra vez, cuantas veces sea necesario.

Hace mucho, antes de irse a París por cinco años, resolvió donar a una cárcel de mujeres unos setenta libros de autores españoles, todos con sus marcas, recordatorios y señas. Le dolía separarse de una colección tan personalizada, pero mantuvo su decisión. Ella recuerda que su exesposo, Leonardo Altuve, no se cansaba de reprocharle ese hábito de subrayar ediciones de siglos pasados. "¡Cómo haces eso! Eres una bárbara", le decía. Pero ella ni se inmutaba. Apenas anteponía su lógica de hierro: "Primero son los vivos, luego los muertos".

Hildebrandt es una lectora extraña, repleta de manías y curiosidades. Por ejemplo, asegura que nunca ha pisado una feria de li-

bros, porque se siente "un poco antimultitudes". Así y todo, su impresionante biblioteca la componen unos 5.000 volúmenes, un millar de los cuales son de Literatura peruana de todos los tiempos. Además, la colección tiene un mérito aparte: la conformó enteramente ella sola. Los libros de su padre, ingeniero de profesión, ya no están en la biblioteca. Y tampoco los de su exmarido, pese a que era una persona muy culta, según cuenta ella: "Sobre Lingüística, él no entendía mucho ni quería entender. Pero, eso sí, yo le encargaba libros cuando viajaba a Europa y me los traía inmediatamente. O sea, teníamos campos muy diferentes de cultura, pero ambos amábamos los libros".

A la autora de *El habla culta* tampoco le interesa demasiado acumular miles y miles de ejemplares porque, como toda conocedora, prefiere valorar calidad antes que cantidad. "Tengo muchas cosas que no me sirven para nada, que son regalos o colecciones oficiales", revela con su habitual franqueza. Los libros sobre Lingüística, indispensables para su trabajo, son los que siempre ha buscado con mayor ahínco, pues ni en el Perú ni en Venezuela —país donde residió por varios años— podía conseguirlos. Los viajes le daban la oportunidad de encontrar títulos de interés. O el gran olfato que tiene para dar con auténticas joyas. Recuerda, por ejemplo, las incursiones que realizaba por el Centro de Lima. En una de ellas, encontró un ejemplar empastado del poeta y lexicógrafo del siglo XIX Juan de Arona a un precio insignificante. "Hasta ahora conservo el



libro y le rindo culto". Ese tipo de hallazgos, dice, la hacían dar un grito de alegría.

La doctora Hildebrandt tampoco se ciñe al rigor académico y al estudio sesudo. Ella aprecia la lectura por placer y deja lugar al buen humor. Cuenta que con *Don Quijote de la Mancha* le ocurre algo peculiar: siempre la ha divertido tanto, que le genera ataques de risa: "Lo leía en la cama, con mi marido durmiendo a mi lado; pero yo pegaba tales carcajadas que lo despertaba".

A la fecha, ella continúa escribiendo la que será la continuación de su libro *Mil palabras y frases peruanas*. Se llamará *Otras mil palabras y frases peruanas* y ya va por las novecientas. "Un libro muy útil y fácil de consultar porque tiene artículos muy breves, ideal para el perezoso mental, es decir, para la mayoría de la población", dice Hildebrandt, aunque en el caso de ella la palabra "pereza" no esté en su diccionario personal: su ritmo de trabajo es disciplinado y parejo, siempre al frente de la preciosa mesa de mármol de dos metros de largo que resalta en la biblioteca de su casa, en Miraflores. Aunque la habitación es acogedora en sí misma, los anaqueles parecen extenderse como tentáculos y los libros han ido invadiendo, poco a poco, toda la casa, hasta su dormitorio, donde también trabaja y tiene su fichero de Lingüística. Ella es consciente de eso, pero parece disfrutarlo: "Realmente tengo toda la casa como una biblioteca a medias".

Martha Luz Hildebrandt Pérez-Treviño nació en La Libertad, en 1925. Es lingüista y política. Fue congresista de la República de 1995 a 2011, y la segunda mujer en ocupar la Presidencia del Congreso. Es, además, miembro de la Academia Peruana de la Lengua. Entre sus publicaciones están *La lengua de Bolívar* (1961), *Diccionario del Peruanismo* (1969), *Léxico de Bolívar* (2001), *El habla culta (o lo que debiera serlo)* (2000), *Agenda culta 2007* (2006) y *Mil palabras y frases peruanas* (2011).

Colección envidiable

Entre los volúmenes más valiosos que se pueden encontrar en la biblioteca de Martha Hildebrandt, están el primer diccionario de la Real Academia Española (*Diccionario de autoridades*) del siglo XVIII, la recopilación de memorias del irlandés Daniel Florence O'Leary y la obra completa de Simón Bolívar.

Lectura boca abajo

La lingüista, quien ahora debe apoyarse en una asistente que le lee los libros, confiesa que jamás usaba la biblioteca para leer: "Solo leía en mi cama y de barriga. Bueno, tal vez escribí allí algún documento, pero ni siquiera escribí allí mis libros. Mi lugar de trabajo era mi cama. Más que casera, yo soy camera".



Francisco Miró Quesada



UNIVERSIDAD NACIONAL MAYOR DE SAN MARCOS
BIBLIOTECA FILOSOFICA
DIRIGIDA POR AUGUSTO SALAZAR BORDY
SERIE: ESTUDIOS FILOSOFICOS

5

BIBLIOTECA FILOSOFICA

apuntes
para una
TEORIA DE LA RAZON

FRANCISCO MIRO QUESADA

FACULTAD DE LETRAS
UNIVERSIDAD NACIONAL MAYOR DE SAN MARCOS



Dicen que las mejores enseñanzas se reciben en casa, en el seno del hogar. Y el caso de Francisco Miró Quesada debe de ser uno de los ejemplos más cabales de ello. Porque él, filósofo y matemático de enorme prestigio, confiesa que no sería quien es sin la figura de su padre, el destacado escritor y periodista científico Óscar Miró Quesada de la Guerra, "Racso". "A él le debo todo lo que soy", asegura.

Y esa herencia no solo consistió en conocimientos éticos y científicos, sino en pequeños detalles que discurren naturalmente de un padre a su hijo. Como el placer por la lectura, una costumbre que no se impone, sino se inspira. Miró Quesada recuerda la imponente biblioteca que tenía en casa y cómo empezó a leer a los cinco años, fascinado por libros especiales para su edad. Pero no sería hasta que tuvo unos quince o dieciséis años que comenzó con la afición de adquirir sus propios libros. La mayor parte de ellos los ha comprado en Lima; pero, como cualquier bibliófilo, cada viaje por el mundo representa una oportunidad para descubrir títulos difíciles de conseguir. Por eso también ha comprado libros en países tan diversos como Brasil, Francia y Alemania. Y a lo largo de los años también ha sabido transmitir esa pasión por la lectura y sus espacios sagrados a sus hijos, quienes siguen sus pasos.

Lógicamente, su biblioteca como espacio también ha requerido una preparación especial. Miró Quesada cuenta que la construyó especialmente para que albergue sus más de 8.000 volúmenes —con el tiempo, la colección se ha reducido a casi la mitad—. Se trata de una biblioteca de aspecto tradicional, con estantes de madera, un gran escritorio y una decoración que induce a la calma, la reflexión y permite la perfecta lectura. Grandes ventanas dotan a la habitación de potente luz natural e irradian los pequeños objetos que materializan la memoria de nuestro personaje: un saxofón —instrumento que secretamente aprendió a tocar con gran destreza—, fotos de cada miembro de la gran familia a la que pertenece, un bello retrato de su padre, y muchos otros detalles más.

Miró Quesada es un convencido de que cultivar una biblioteca no es tarea fácil y por ello, asegura, todo lector ordena sus libros según una alta carga subjetiva en la que priman intereses privados para

encontrar el sistema correcto. "El amante de la lectura o el estudioso tendrá siempre la necesidad de crear su biblioteca personal", afirma. Por eso, no extraña que todos sus títulos estén categorizados y ordenados por temas, materias o autores. La organización es la llave para adentrarse en los dominios de sus conocimientos.

Dice no poseer ninguna edición considerada incunable, pero sí se enorgullece de contar con una enorme variedad de géneros: Literatura, Filosofía, Historia, Arte. Además, confiesa guardar un afecto especial por sus libros de Matemáticas, a la que llama un "idioma universal" por la forma en que facilita la comunicación entre las personas, el compartir conocimientos y la aparición de increíbles avances tecnológicos e informáticos sin los cuales jamás podríamos concebir la civilización moderna.

Pero como no todo en el mundo se rige por la precisión y rigurosidad de las matemáticas, Francisco Miró Quesada también es un apasionado de la prosa de ficción. Uno de sus favoritos es Alejandro Dumas, a quien siempre vuelve a releer, por su estilo, fantasía, prolijidad y valores estéticos. "Como dijo el expresidente francés Jacques Chirac, con Dumas todos hemos sido D'Artagnan, Bálamo o el Conde de Montecristo. Todos hemos recorrido calles, participado en batallas. Todos hemos soñado", afirma.

La relación con sus libros es tan fuerte, que él mismo asegura no poder concebir su vida sin ellos. Quizá por esa razón expresa cierto recelo hacia el proceso de digitalización de la lectura. Aunque admite que esta tecnología avanza de forma tan vertiginosa que muy pronto tendremos acceso a cualquier título, en cualquier momento y en cualquier parte del mundo, considera que el proceso sí podría significar la muerte del libro impreso.

Hasta hace un tiempo, leía disciplinadamente por las mañanas y por las tardes. E incluso seguía prendido de su lectura hasta altas horas de la noche cuando se encontraba con algún libro apasionante. Hoy, con 96 años a cuestas, ya no lee en su biblioteca, sino en la comodidad de su dormitorio, pero asegura que el placer se mantiene intacto: "Es que sin libros algunas personas simplemente no podríamos ser felices".

Francisco Miró Quesada Cantuarias es filósofo y matemático san-marquino, además de periodista de larga data. Ha sido también ministro de Educación y fue el primer americano en ocupar la presidencia de la Federación Internacional de Sociedades de Filosofía, elegido en Moscú en 1990. Entre los años 2003 y 2008 se desempeñó como director periodístico del diario *El Comercio*, y hasta hoy mantiene el cargo de director general.

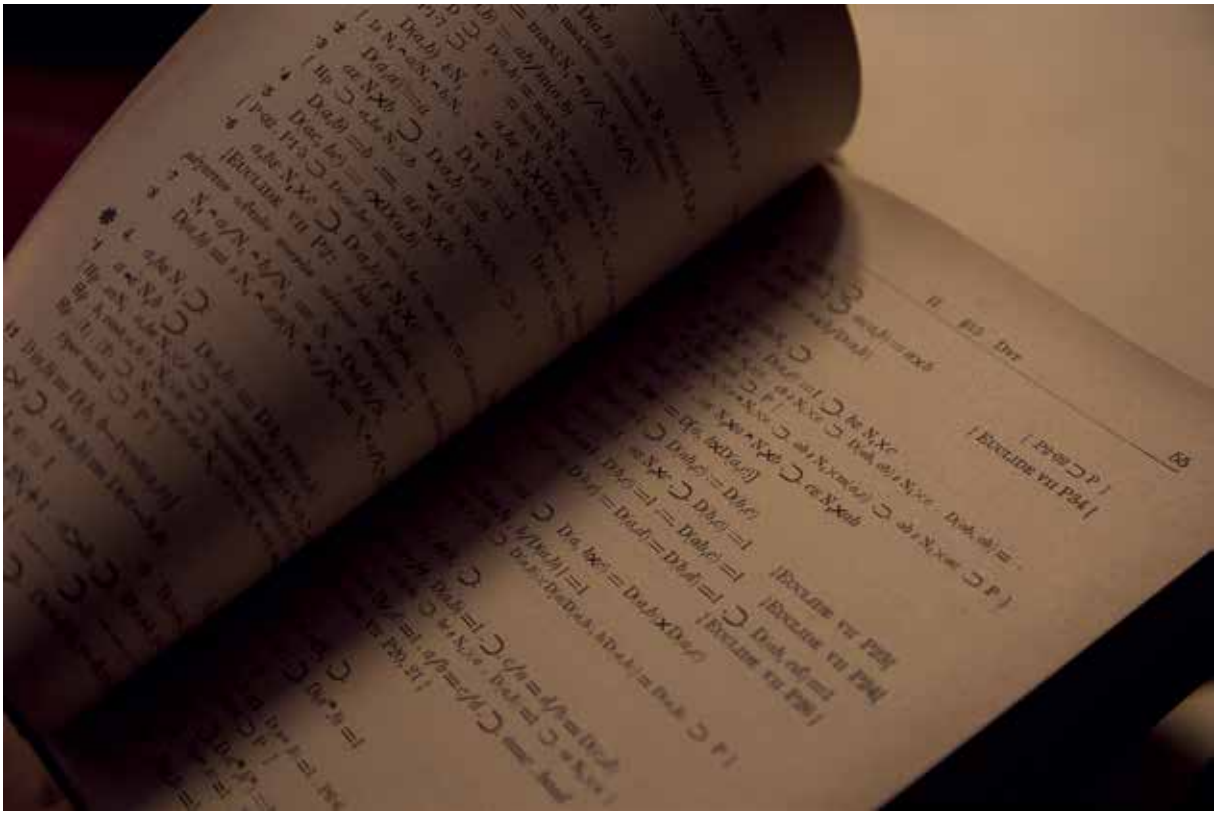
Herencia valiosa

La afición por la lectura viene de su padre, Óscar Miró Quesada de la Guerra, un lector voraz que, a lo largo de su fructífera vida, escribió más de 10.000 artículos y 53 libros, y fue el iniciador del periodismo científico en el Perú.

Leer y compartir

A pesar del cariño que siente por su biblioteca, hace unos años Miró Quesada la redujo de 8.500 libros a unos 4.000. La razón fue que no pudo trasladarla completa al mudarse a su nuevo departamento. La mitad de la que decidió desprenderse la donó a la biblioteca de la Universidad Ricardo Palma.







PRIMER CONGRESO INTERNACIONAL DE PERUANISTAS



Plaque with text, likely a commemorative inscription or award details.



BIJOTERIA HOMEROS DEL PERU
BIBLIOTECA HOMEROS DEL PERU
1954
1954

GRUPO EDITORIAL
1954

LA ESCUELA
JOSÉ JOSÉ VEGA Y SU TIEMPO
EL PERU EN LA HISTORIA

Estuardo Núñez

Cuando Estuardo Núñez, uno de los mayores intelectuales del Perú del siglo XX, mandó a construir su biblioteca, solo exigió un detalle: que esté aislada del resto de la casa. No quería ruidos ni interrupciones. La biblioteca era, de algún modo, una isla en medio del ambiente familiar, una habitación a prueba de intromisiones en donde pasaría gran parte de su vida. Con el tiempo, sin embargo, esa isla de libros se volvió el centro de la casa. Sus hijas Pilar y Rosario recuerdan cómo en algunos cumpleaños llevaban la comida al escritorio de la biblioteca, porque nadie quería moverse de allí. Incluso, era el lugar donde los nietos llevaban a sus amigos de la universidad. Mientras que unos presumen del auto último modelo de su padre, la familia de Núñez alardeaba de su biblioteca.

Estuardo Núñez, el gran crítico literario, aprendió a leer en las páginas del periódico. Durante la Primera Guerra Mundial, su padre le hacía leer en voz alta los reportes de la guerra durante un par de horas al día. Era un modo de ejercitar la dicción de su hijo. Él estaba convencido de que Estuardo era un genio y por eso, desde un inicio, se preocupó por inculcarle sensibilidad hacia la Historia y la Literatura. Desde niño le interesó el Perú, y todo lo que leía entonces tenía que ver con el país. Al salir del colegio, conoció a quien sería uno de sus mejores amigos: José Carlos Mariátegui. Gracias a él, leyó libros que en Lima jamás hubiera podido encontrar, pues Mariátegui acababa de volver de Europa tras un largo exilio y trajo consigo mucha literatura nueva. Ambos intercambiaban libros.

Un día, Núñez y Mariátegui persiguieron en la calle al poeta José María Eguren. Cada tarde, él salía a pasear por el malecón de Barranco con Martín Adán. Esa vez, no obstante, estaba solo y lo siguieron durante algunas cuadras hasta que, tras infundirse valor, decidieron acercarse: "Discúlpenos el atrevimiento, pero hemos leído sus poemas y nos encantaría poder conversar con usted". Desde ese momento, Eguren los invitó a las tertulias que organizaba los domingos en su casa. La primera vez que llegaron, ambos se impresionaron por la biblioteca del poeta. Eguren recibía revistas de todas partes del mundo, libros de otros poetas latinoamericanos, publicaciones que no se podían hallar en Lima. Varias veces Núñez le pidió prestados libros a Eguren, y él se los entregaba sin ningún recelo. Años después, Estuardo Núñez publicaría *La poesía de Eguren* (1933), un libro que indaga en la vida y obra del poeta.

Los libros subrayados

Estuardo Núñez compraba libros sin importarle si estaban en mal estado: le preocupaba el contenido. Se había especializado en estudios peruanistas y, en sus pesquisas como crítico, descubrió a algunos autores de provincia que nadie más conocía, al menos en Lima. Hoy, en su biblioteca se encuentran libros que parecieran no valer gran cosa, pero la mayoría de ellos son primeras ediciones de poemarios vanguardistas de inicios del siglo XX.





La biblioteca se divide en secciones: Literatura Peruana, Alemana y Francesa, Teoría Literaria, Crítica Literaria Peruana, Historia de la Literatura, Literatura Española e Hispanoamericana y Literatura de Viajes. Hay una sección dedicada a sus amigos poetas Martín Adán y Emilio Adolfo Westphalen. Junto a las obras, se pueden leer las críticas que el propio Estuardo Núñez hacía de los libros de sus amigos. La biblioteca tiene además una gran sección dedicada a la poesía, que se divide en generaciones: poetas peruanos de los sesenta, setenta, ochenta, etcétera. Guardaba casi todas las ediciones del movimiento poético Hora Zero. En la habitación también hay un anaquel con sus publicaciones de la época en que fue director de la Biblioteca Nacional del Perú. Muchos de sus libros, además, están dedicados. Una veintena de ellos son de Alfonso Reyes, a quien no conoció personalmente, pero con quien mantuvo una entrañable relación epistolar. Con las cartas iban y venían los libros con sus dedicatorias.

Entre las secciones destaca el apartado peruanista, con temas como Medicina, Pintura, Arte, Geografía, Historia y, por supuesto, la sección de Viajes y Viajeros, que es seguramente la más importante del Perú. Todos los libros tienen artículos adjuntos, pues Núñez leía un texto sobre el libro y lo adjuntaba a este. También anexaba notas con sus propias opiniones. Así le era más fácil encontrar la información que le servía para su trabajo. Todos los libros están subrayados, apuntados y corregidos.

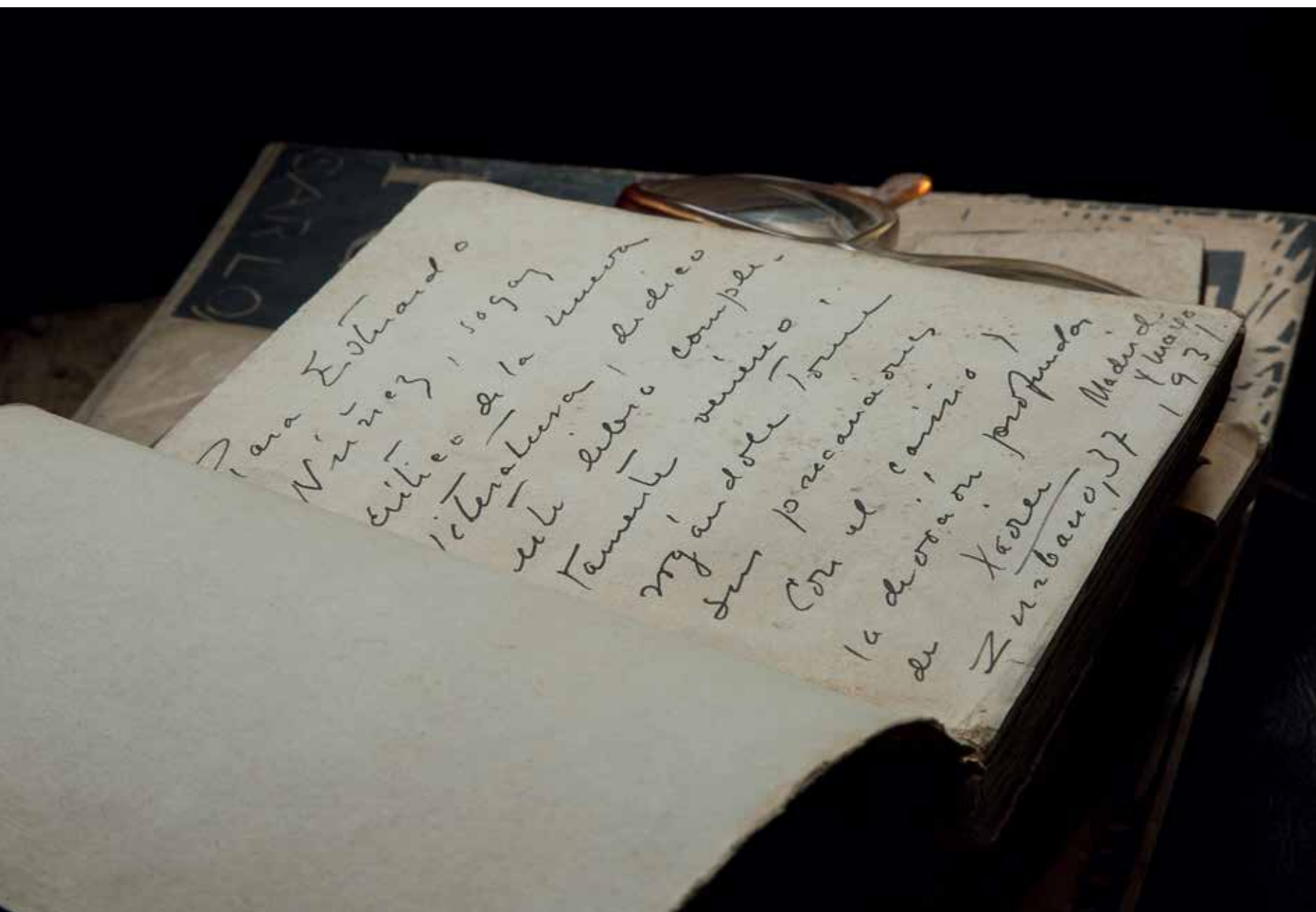
Su nieto Sandro recuerda que traía libros a la casa que Núñez le había pedido de la universidad. Al día siguiente, los devolvía totalmente marcados. Cada marca tenía que ver con una investigación importante o un tema que él hubiera trabajado. "Era impensable traer un libro que él no revisara. Nunca hubo una marca prescindible. Si él había subrayado, uno sabía que iba a encontrar algo sobre lo que valía la pena reflexionar".

El restaurador de libros

Si el trabajo de Estuardo Núñez consistía en leer y criticar libros, su pasatiempo era restaurarlos. A veces encontraba fragmentos de libros del siglo XIX y los arreglaba, como un rompecabezas. Le provocaba placer darle vida nueva al libro viejo.

Núñez era un feroz vigilante de sus libros. Permitía que sus hijos y nietos tomaran prestado alguno, pero, si no lo devolvían, amenazaba con firmeza: "Ya no vas a entrar a la biblioteca porque me estás perdiendo los libros". Después, revisaba todos los cuartos para recoger los libros que se habían quedado perdidos desperdigados por la casa. Y de paso tomaba algunos ajenos que le parecían interesantes.

Don Estuardo dejó este mundo una semana antes de su cumpleaños 105. Durante más de un siglo, los celebró todos. Conforme fue envejeciendo, la biblioteca se fue llenando de libros "parásitos", que ocupaban mucho espacio y que él no había elegido por ejemplo, regalos. Entonces, junto con Sandro, procedían a una "limpia". "Yo hacía las rumas y él se sentaba en un sillón en frente de mí. Era como la quema de libros en *El Quijote*. Yo revisaba los libros y él sentenciaba la suerte de cada uno". Núñez era un policía de libros con buen gusto. Sentía una atracción física hacia ellos. Y la relación que tenía era como la de un orfebre: cuidaba al milímetro la belleza de un libro, como si él mismo lo fabricara. Hoy, en su biblioteca cuelga un cuadro pintado por uno de sus hijos: se trata de una imagen que hace alusión a la metáfora de un poema de Martín Adán —"los espejos de Núñez"— sobre el notorio grosor de los anteojos de su amigo, un hombre con miopía que siempre leyó muy bien. Y es que, de algún modo, así como en el poema de Adán, sus verdaderos espejos eran, en realidad, su inmensa biblioteca.



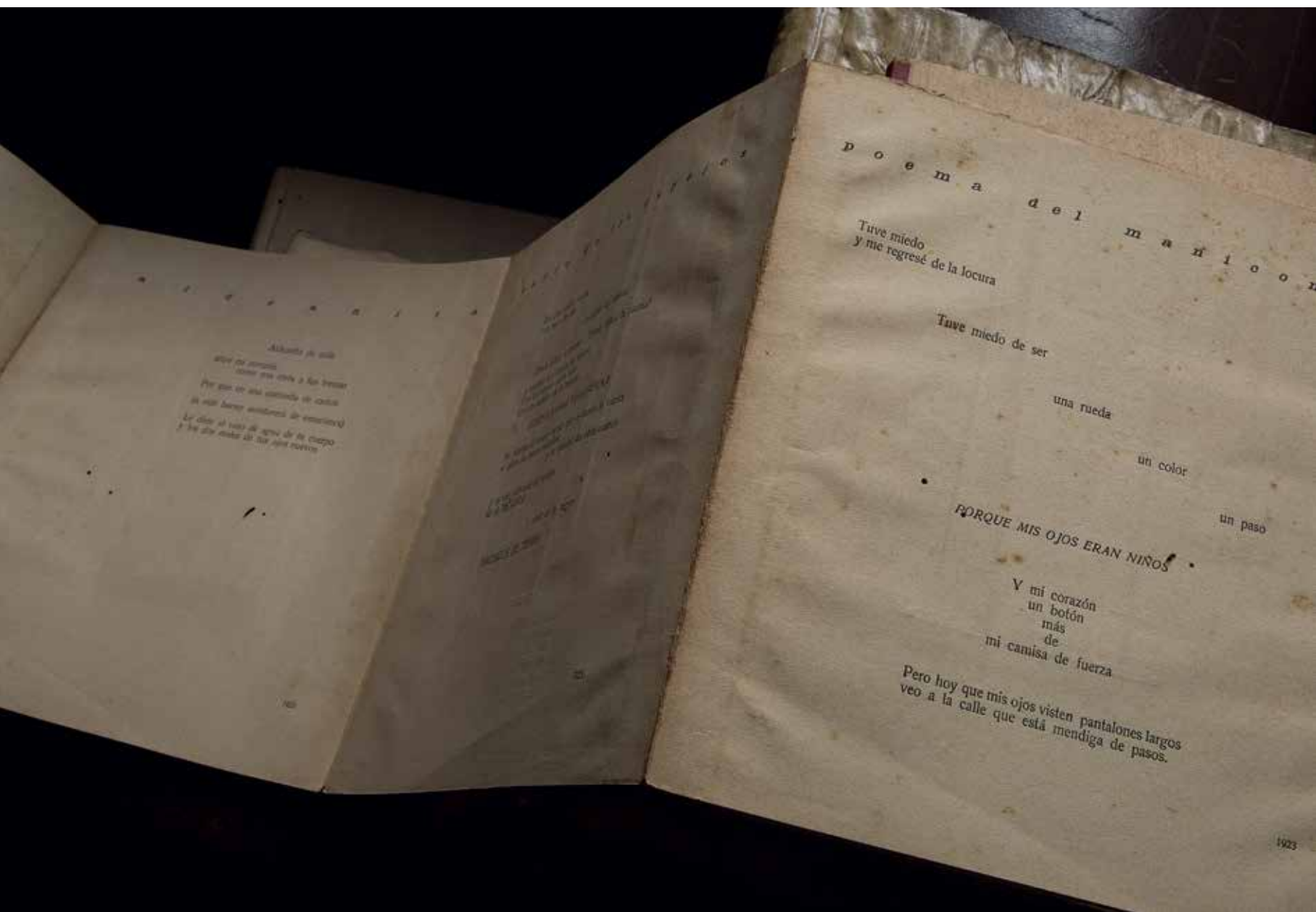
Estuardo Núñez Hague fue crítico literario, historiador y escritor. Estudió Letras en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y, luego, fue docente en esta casa de estudios de los cursos de Teoría Literaria y Literatura Comparada. En 1967 fue nombrado director de la Biblioteca Nacional. Publicó más de una decena de libros, entre los que destacan *Panorama actual de la poesía peruana* y *Literatura peruana en el siglo XX*.

El libro maldito

En 1937, Estuardo Núñez publicó *Panorama actual de la poesía peruana*, un recuento crítico sobre la producción literaria del país. Se dice que César Vallejo tenía ese libro en la cabecera de su cama cuando murió. Tiempo después, Martín Adán también lo tenía en su mesa de noche al momento de fallecer. Durante algunos años, la gente evitaba tener un libro de Núñez en su mesa de noche: decían en broma que podrían morirse.

Compañeros de carpeta

Estuardo Núñez estudió en el Colegio Alemán. Dos de sus compañeros de aula fueron los poetas Martín Adán y Emilio Adolfo Westphalen, a quienes frecuentaba en sus años de adolescencia, una época que lo formó en sus inquietudes literarias gracias, precisamente, a la influencia de sus amigos.



Tomás Unger



Corría 1937 y Tomás Unger, con apenas siete años, arribó al Perú de la mano de sus padres, quienes llegaron para una estadia corta por proyectos laborales, pero que la Segunda Guerra Mundial alargó de forma inevitable. Lo que encontró el pequeño Unger fue una Lima aún poco poblada comparada con Varsovia, con un aspecto ordenado y sumamente apacible. En ese contexto, creció y fue estableciendo un vínculo de pertenencia con lo que observaba, vivía y atesoraba. Su biblioteca es reflejo de esa historia de descubrimiento e integración. Y es que, como si se tratara de una relación fraternal, el hombre y sus libros se desarrollaron y formaron juntos. Es lógico, pues, que el vínculo que los une sea inquebrantable.

El origen de la biblioteca se remonta al conjunto de más de dos mil libros que los padres de Unger trajeron de Europa. Su madre había estipulado donar sus obras en polaco, alemán, francés e italiano a la Biblioteca Nacional de Polonia y, cuando murió, Tomás cumplió su designio: las entregó a la embajada, que las embolsó y envió a ese país. Pero como no podía desprenderse de toda esa valiosa colección, se quedó con algunas reliquias: los libros más antiguos, las obras de Hermann Hesse dedicadas y con fotos inéditas de su familia, y la *Historia Universal* de Cesare Cantù en polaco, edición que encuadernó y le obsequió su abuelo.

Esa biblioteca de infancia es la que activó el interés natural de Unger por la lectura, en especial la lista de autores "condenados" por sus profesores pero que él podía encontrar fácilmente en sus anaqueles: Boccaccio, Voltaire, Anatole France. Todos allí, en su

casa, al alcance de la mano. También le interesaban los diccionarios, atlas y demás libros de consulta. "Los de Historia del Arte, con reproducciones de cuadros famosos que tenían desnudos, nos fascinaban de chicos", advierte con jocosidad.

Tomás Unger no es científico, aunque todo el mundo lo cree así. En realidad, es escritor, periodista y, a lo largo de su carrera, se ha desempeñado con enorme éxito como divulgador científico. ¿De dónde le vino ese interés? Pues también de casa: su madre era doctora en Química; su padre, ingeniero mecánico, especialista en Termodinámica y diseñador de máquinas. Desde entonces, Unger trata de difundir temas científicos de manera sencilla y didáctica pues, asegura, existe mucha gente interesada en la ciencia pero que carece de la información necesaria para entenderla fácilmente. Precisamente por ello creó www.tomasenlinea.com, un blog para todas aquellas personas comunes y corrientes que asistían a sus conferencias porque querían "enterarse de algo".

Desde hace muchos años, Unger pasa largas horas en su biblioteca, que se halla a la entrada de su casa. La mayoría de sus libros se encuentra en esta habitación, pero hay otra sección (principalmente de literatura en inglés, que conserva su esposa) ubicada en el interior de la vivienda. Allí también puede apreciarse su colección de revistas. El estudio, como el hogar mismo, es cálido y posee la típica atmósfera de aquellos lugares que parecen albergar miles de experiencias y anécdotas. Además de los libros —que suman unos 1.500 volúmenes en total—, en la sala se pueden







ACTA
ERUDITORUM

ANNO M DC LXXXII

publicata,
SERENISSIMO FRATRUM PARI,
DN. IOHANNI
GEORGIO IV,
Electoatus Saxonici Haeredi,

&
DN. FRIDERICO
AUGUSTO,
Ducibus Saxoniae &c. &c. &c.

PRINCIPIBUS JUVENTUTIS
dicata.

Cum S. Caesaris Majestatis & Potentissimi Ele.
ctoris Saxoniae Privilegio.

LIPSIÆ,

Prostant apud J. CHRISTIANUM & J. F. GLEDITSCHIIUM
Typo. CHRISTIANUM GUYBERGII
ANNO M DC LXXXII.



HERMANN
HESSE

NARZISS
UND
GOLDMUND

Ellen
Silber
Mayer

L. O.
183

encontrar fotos familiares, su colección de pipas, mariposas y autos en miniatura, además de ilustraciones de vehículos que realiza con evidente pericia.

Entre los títulos que destacan en sus repisas, Unger menciona la revista científica *Acta Eruditorum* de 1682, que incluye la primera publicación de un trabajo de Gottfried Leibniz. También una edición de 17 tomos de *Historia Natural (Naturgeschichte)*, de 1817, y un manuscrito de Hermann Hesse ilustrado por el autor, fechado en Montagnola en 1954.

Con semejantes tesoros, es fácil deducir que Unger no ve con muy buenos ojos el frenético avance del libro electrónico. Y pese a que es un amante de las innovaciones científicas y tecnológicas, defiende a capa y espada el libro tradicional. “El libro de papel no necesita una fuente de energía: se puede leer con una vela, y no lo borra un imán ni requiere de microcircuitos. Yo ya no veré ese cambio, pero espero que el libro, tal como lo conocemos, sobreviva”, dice. Detrás de él están sus libros de consulta, diccionarios y enciclopedias que, debido a la facilidad de acceso del internet, prácticamente ya no utiliza. “Pero allí están y allí se quedan porque acompañan”, afirma.

Tomás Unger nació en 1930. Estudió Ingeniería en Estados Unidos y se graduó en la Universidad Nacional de Ingeniería en 1953. Desde 1956 se ha dedicado a escribir en diversos periódicos sobre temas de automovilismo y ciencia, y la columna “Crónicas hepáticas”. Ha publicado numerosos libros, entre los que destacan *Petróleo hora cero*, cinco tomos de *Ventana a la ciencia* y *El lenguaje de las drogas*.

Reliquias del pasado

De los libros de sus padres que devolvió a Polonia, Unger recuerda varias joyas. Por ejemplo, una edición de *Don Quijote de la Mancha* en alemán, en dos tomos de papel fino y forrados en cuero. También dos títulos de lujo de Boccaccio, uno en italiano y otro en polaco, y un libro que nunca más ha vuelto a ver: un *Diccionario Técnico de Ingeniería* en cinco idiomas.

Gustos y formatos

Unger considera el libro como un objeto con valor, como un disco, que es más que su presencia física. Prefiere los formatos chicos, un poco más grandes que un *pocket book*. Además, le da gran consideración al papel, al punto que pone como alto ejemplo de belleza estética el papel japonés, un material finísimo, una obra de arte aún antes de que sea usado.

Historia y Ciencias Sociales

Pensando el Perú



Max Hernández

Max Hernández no proviene de una familia de intelectuales. Sus padres tenían una cuchillería en la calle Mercaderes, parte de lo que hoy es el Jirón de la Unión en el Centro de Lima. A pesar de ello, siempre estuvo en contacto con la lectura. En casa había varias colecciones de *Billiken*, una revista infantil argentina creada en 1919 y que es considerada la más antigua de su tipo en habla hispana. En esa publicación encontró biografías adaptadas para niños de grandes personajes: Alejandro Magno, Julio César, Hernán Cortés y Francisco Pizarro. El pequeño Max las devoraba una a una, hasta que su madre le dio a leer un libro que marcó su infancia: *Don Quijote de la Mancha* de Cervantes.

Luego de esa experiencia, la búsqueda de libros de Hernández no se detuvo. Detrás de la cuchillería de su familia había una librería. Max no logra recordar el nombre de su dueño, pero sí que se pasaba horas allí, leyendo capítulos enteros de libros. Además, unos vecinos lo introdujeron en los fantásticos mundos de Verne y Salgari. Como lector, ya no había marcha atrás.

En 1954, con solo 17 años, viajó a Europa, y ampliar su visión del mundo también alteró su vida. Se enamoró de París, de su sociedad y de su cultura. Allí, por ejemplo, las librerías permitían que la gente leyera en sus instalaciones, algo que no se estilaba en Lima. Admite que al principio fue comprando libros casi sin darse cuenta, de forma impulsiva. Por eso, tiene una extraña pero interesante colección de libros de cocina. "Cerca del Instituto de Psicoanálisis de Londres había una librería especializada en Gastronomía. Cuando llegaba temprano a clases, me pasaba un rato a hojear los libros. Luego de dos años de frecuentarla, un día el dueño me preguntó en qué restaurante trabajaba", recuerda con humor.

En su travesía en barco de regreso a su entrañable Perú, recuerda haber compartido el viaje con un cura franciscano inmensamente culto. Por él, Hernández afirma haber leído casi toda la obra de Breton, que lo marcó muchísimo. "El cura me hablaba de cosas que lamento no haber leído hasta hoy, como *La ciudad de Dios* de San Agustín", afirma. Ya en Lima, a principios de la década del sesenta, Hernández incursionó en política y comenzó a leer a Marx y la ideología alemana. Ahí también se inició su interés por el psicoanálisis. En esa época, había cerca una librería llamada Cosmobiblión, cuyo dueño era un poeta trotskista. "Esa librería era algo como la de Babel de Borges", refiere Hernández. A quien también le compraba libros era a Juan Mejía Baca, y recuerda haber acudido en alguna ocasión a los conversatorios que organizaba.

A la fecha, su biblioteca consta de aproximadamente 5.000 títulos. El lugar está adornado con querens, cuadros, fotos y otros recuerdos familiares. Desde la ventana se puede admirar el patio, con una gran balconada de madera y un enorme árbol en el centro. En dicho espacio destaca un peculiar lienzo: *Los funerales de Atahualpa*, de Luis Montero. Una persona ayuda a Hernández a mantener la biblioteca cuidada y limpia, pero hasta hoy él prefiere guardar su propio orden. Tiene un mueble dedicado solo a Literatura, otro donde se conservan los tomos de Mitología y un anaquel con libros de Arte. Los autores italianos los tiene apartados, como por ejemplo la obra y biografía de Dante. Y uno de los muebles más nutridos y mejor ubicados es el dedicado a Freud.





Hernández lee en español, francés, inglés e italiano, y tiene libros en todos estos idiomas. Entre los que más lo han marcado, se encuentran *El laberinto de la soledad* de Octavio Paz, *El hombre rebelde* de Camus, y *La interpretación de los sueños* de Freud, al que califica de deslumbrante. También le impresionaron mucho *Hamlet* de Shakespeare —que leyó primero en español y luego en inglés— y *Crimen y castigo*, el gran clásico de Dostoievski.

Otros favoritos del psicoanalista son Émile Zola y Anatole France. *Werther* de Goethe lo impactó de adolescente y le encantan las novelas de Arturo Pérez Reverte, empezando por *Las aventuras del capitán Alatriste*. También tiene una buena colección de literatura peruana, que va de Ricardo Palma a Jeremías Gamboa, y conserva una primera edición de *Conversación en La Catedral* de Mario Vargas Llosa, dedicada por el mismo Nobel.

Hoy, Hernández pasa aproximadamente dos horas y media diarias leyendo, y suele hacerlo temprano y después de almuerzo. Es un hombre muy despierto, en todo el sentido de la palabra. Por eso es un gran bebedor de café y trata de no comer en exceso. Por eso también evita las siestas y aprovecha la tranquilidad de las noches para seguir leyendo.

Pero pese a esta rutina, nunca se ha considerado un bibliófilo. “Como alguna vez me dijeron: si un libro está en una librería y no lo has leído, la responsabilidad es del autor; pero si está en tu biblioteca y no lo has leído, la culpa es tuya. Por eso soy un hombre lleno de culpas”, comenta. Finalmente, al preguntarle cómo definiría su biblioteca, no lo duda: “Ecléctica, desordenada, irritante; así que probablemente guarde algunos trazos de mi propia vida”.



Max Hernández Camarero es Doctor en Medicina por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y diplomado en Psicología Médica por el Real Colegio Médico de Londres. Es miembro del Comité Consultivo del Acuerdo Nacional, del Colegio Médico del Perú y de la Asociación Psicoanalítica Internacional. Ha obtenido el Premio Simón Bolívar de la Asociación Psiquiátrica Americana, el Internacional de Psicoanálisis Mary S. Sigourney y las Palmas Magisteriales en el grado de Amauta.

Admirador de bibliotecas

Aparte de su colección propia, Hernández ha sido una asiduo concurrente de la biblioteca del Congreso de Buenos Aires, la New York Public Library y la del Museo Británico, así como de la biblioteca de la Sociedad Británica de Psicoanálisis. También admira las bibliotecas privadas de personajes como Aurelio Miró Quesada y Baltazar Caravedo.

Gusto poético

Es hermano del fallecido Luis Hernández, destacado poeta y también médico. Y el gusto por los versos parece venir de familia, pues Max es un gran lector de vates como Quevedo, Góngora, Bécquer, los hermanos Machado y Wisława Szymborska. "Solo la poesía salvará al mundo", asegura.



Guillermo Lumbreras





La biblioteca de Luis Guillermo Lumbreras se formó por un impulso práctico: él reunía los libros porque le iban a servir para sus investigaciones. El tema era siempre el mismo: Arqueología. “La esencia de esta biblioteca es utilitaria, egoístamente limitada por mis intereses académicos y profesionales”, admite. Sus libros son instrumentos de trabajo, así como para un carpintero lo son sus herramientas: el vínculo sentimental reside en el beneficio que extrae de ellos. En todo lector hay siempre un instinto egoísta, un interés por arrancar de los libros algo útil, incluso en un sentido emocional. Pero en Lumbreras ese vínculo es más intenso: “Vivo con los libros, son una parte de mí. Es como si estuviera casado con mi biblioteca. La relación es de una dependencia irrenunciable”. A veces, Lumbreras piensa que lo único que busca es ser parte de la biblioteca, convertirse en ella.

¿Cómo empezó su relación con la Arqueología y la Antropología? Pues cuando era muy niño y se entretenía recogiendo locitas, piedras y fragmentos de vidrio de colores. “Ese fue mi primer rescate arqueológico”, asegura. ¿Y cómo empezó la afición por la lectura de este destacado intelectual? Él confiesa que con una predilección por los autores europeos, pues en la escuela le crearon una postura negativa frente a la Literatura peruana. Menciona, por ejemplo, *Juan Cristóbal* del Nobel Romain Rolland, la primera novela que leyó de manera continua y que lo ayudó a formar una posición frente a la vida. Ya en años posteriores descubrió a un autor peruano que lo marcó: José María Arguedas, con las obras *Los ríos profundos* y *Todas las sangres*.

Justamente a Arguedas lo une una anécdota entrañable: cierta vez pasaron cuatro horas caminando entre Viena y el castillo Burg Wartenstein en Austria, pues habían perdido el último tren que los podía trasladar. En esa caminata se contaron sus vidas y congeniaron de manera extraordinaria. En ese mismo viaje pasaron por París y disfrutaron de sus bares y su vida nocturna, pese a que no disponían de mucho dinero. “Hablábamos solo en quechua y una vez, cuando nos preguntaron por nuestra nacionalidad, nos presentamos como súbditos del Tahuantinsuyo. Fue muy divertido”, cuenta entre risas.

Su biblioteca consta de tres pisos. En la sala inicial de la primera planta están los libros que tratan de la arqueología de los países americanos, organizados de norte a sur, desde Canadá y Estados Unidos hasta Argentina y Chile. Su volumen está asociado con el tiempo que estuvo en cada uno de esos países, donde iba atesorándolos. En el segundo piso se ubica su sala de trabajo, donde cuenta con una amplia sección dedicada a los cronistas y otra con libros antiguos sobre Arqueología peruana. Están también los libros que él ha escrito. Y en el tercer nivel se esconden los libros que Lumbreras casi nunca consulta: cajas con documentos, revistas olvidadas y más libros.

Como la biblioteca de Lumbreras se formó para seguir una ruta de estudio e investigación, decidió desde un inicio compartirla con amigos y estudiantes. En 1954, cuando salió del colegio, Lumbreras fundó una especie de club llamado Instituto de Estudios Histórico-Antropológicos Perú, que se inició en el Colegio Antonio Raimondi y en donde su biblioteca se convirtió en un punto de

atracción. Luego de unos años, volvió a formar otro grupo: Instituto Andino de Estudios Arqueológicos, pero ahora eran sus estudiantes y compañeros quienes se volvieron usuarios de la biblioteca.

Lumbreras solía prestar sus libros a algunos compañeros. Muchas veces eran préstamos de largo plazo, y eso determinó que la biblioteca se redujera, porque no siempre le devolvían los libros. Cuando salió del país, durante toda la década del noventa, la biblioteca siguió perdiendo ejemplares: se quedó al servicio de estudiantes y colegas, pero sin ningún registro, y poco a poco fueron desapareciendo varios volúmenes. “Al volver, en el año 2000, hice el intento de inventariar la biblioteca y logré contar alrededor de diez mil libros”. Lumbreras no está seguro de cuántos ni qué libros se llevaron, pero siempre siente nostalgia por ellos. Aunque no tenga idea de cuáles eran.

Pero su biblioteca no solo se limita a la Arqueología. Hay también libros de Arte, de poesía, de narración y, por la inclinación intelectual de su familia, hay textos de Economía, Política y Biología, además de obras de Filosofía y Teoría de la Ciencia. En la casa de Lumbreras, que es una especie de enorme biblioteca con grandes consumidores de lectura, uno siempre se siente como un usuario libre. “Aquí todos leen y todos escriben, nadie critica a los demás porque hay una consigna de respeto por las ideas ajenas, pero todo lo discutimos”, cuenta. Su casa entera parece una biblioteca. Allí

los libros son una epidemia intelectual: se hallan en los estantes, en las mesas, en el suelo cerca de los escritorios o las camas. En todas partes. Donde no hay libros, hay libros.

Hubo una vez en que la biblioteca fue más grande que la casa. Cuando se mudaron, hace casi 40 años, la cantidad de libros no alcanzó en los estantes ni en las cajas. Entonces la sala de estar se convirtió en escritorio, al igual que el comedor, el repostero y todos los cuartos.

De vez en cuando, Lumbreras se descubre contemplando su biblioteca, queriendo leer todo de nuevo. Cuando alguien le pregunta si los libros lo buscan o él busca a los libros, suele decir que simplemente fueron apareciendo, según sus propias necesidades. “Yo no imagino mi casa sin libros, y creo que mis hijos tampoco la imaginan. Nací en medio de ellos en la biblioteca de mi padre. Y es en este mar de libros diferentes que creció mi propia biblioteca que, además, creo que nunca nació, sino que se fue generando por esporas, con muchas pérdidas y muchas ganancias”. Hoy la curiosidad del arqueólogo lo lleva a leer de todo, incluso los diarios y semanarios de Lima. Dice que cada vez que está cansado de leer temas propios de su profesión, abre un libro de Historia o Biología o una novela. “Tengo muchos libros que me dan vueltas en la cabeza”, dice Lumbreras. En su casa también ocurre lo mismo.



Luis Guillermo Lumbreras es uno de los arqueólogos peruanos más reconocidos de Latinoamérica. En su obra se destacan dos aportes: la teoría holo-genista sobre el origen de la cultura en el Perú y la denominada "arqueología social". Ha publicado los libros *La Arqueología como ciencia social* y *De los pueblos, las culturas y las artes del antiguo Perú*, entre muchos otros. Ha recibido el Premio Nacional de Cultura, el Humboldt a la Investigación Científica y Honoris Causa en La Paz. Vive en Lima.

Las joyas del arqueólogo

Para Lumbreras, los libros más preciados de su biblioteca guardan siempre un significado nostálgico, y algunos de ellos ya no los tiene en su poder: "Sigo viendo a los libros como instrumentos de trabajo, y mis valores son vergonzosamente utilitarios. Si todavía existieran, serían los libros de la colección *Billiken* y los de Emilio Salgari de mis primeros años. Otro podría ser el *San Ignacio de Loyola* que compré con mis propinas en 1951, y uno que robé a mi padre en esos años: *Historia de la Compañía de Jesús* en el Perú, del padre Rubén Vargas Ugarte. También, por supuesto, los libros que me obsequiaron mis amigos José María Arguedas, Eleodoro Vargas Vicuña y Oswaldo Reynoso, y varios otros más. Esas son mis joyas".





José Matos Mar



Alguna vez el genial escritor estadounidense Ray Bradbury dijo: “No hace falta quemar libros si el mundo empieza a llenarse de gente que no lee, que no aprende, que no sabe”. José Matos Mar podría firmar esta máxima. En la década de 1950 sufrió el incendio —provocado por la intolerancia— de la biblioteca de 4.000 libros que él formó en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Pero así como el fuego no pudo detenerlo, su lucha también ha continuado en su afán por promover el estudio y lectura, lo que ha llevado a que diferentes científicos sociales lo consideren el mayor peruanista vivo.

La historia de su vida siempre ha sido compleja y está marcada por la superación desde el inicio. Nació en Coracora, pequeño pueblo de la sierra alta de Ayacucho. Cuando era muy niño, la primera persona a quien vio leer fue al prefecto Aurelio Fernández Baca, quien fuera el segundo esposo de su madre y su padre adoptivo. Fernández Baca no era una persona acaudalada y, por lo tanto, tenía pocos libros —no más de 15—, pero siempre se las ingenia- ba para conseguirlos. Él fue el primero en hablarle de las historias de la Biblia o de grandes pensadores como Kant y Schopenhauer. “Contándome sobre ellos despertó en mí la inquietud por saber de dónde venía ese conocimiento. Y yo entendí que estaba en los libros, que leyendo me podría ir muy bien”, asegura.

Un hecho que marcaría la vida del antropólogo sería su llegada a Lima en 1929, cuando tenía apenas ocho años. La familia se instaló en Barranco y lo matriculó en el colegio San Luis, de los hermanos

Maristas. En ese entorno comenzaría su gran vocación de líder: formó un grupo de amigos y, además de las historias de enamora- mientos y demás travesuras propias de su edad, comenzó a recolec- tar libros entre los miembros de su círculo. Cada uno de esos chicos iba sacando títulos de sus casas que luego reunían para llevarlos a la escuela. Esa sería la primera de muchas bibliotecas que formaría Matos Mar.

Cuando ingresó a San Marcos, se interesó por la Arqueología y por el Perú antiguo, primero, y por el Perú vivo, después. Allí tuvo a maestros y amigos que serían motivo de orgullo para cualquie- ra: Julio C. Tello, Jorge Basadre, Raúl Porras Barrenechea, Luis E. Valcárcel. Junto a este último fue fundador de la facultad de An- tropología de la llamada Decana de América. Se incorporó a la cá- tedra y recorrió y estudió comunidades campesinas en Lima, Junín, Áncash, Puno y Ayacucho. Mientras conocía todos esos lugares presencialmente, iba relacionando sus experiencias con todo lo que había leído. Ese recorrido le permitió adquirir un conocimiento profundo sobre el “otro Perú” que tan bien estudiaría y entende- ría con el correr de los años. Al lado del maestro Valcárcel formó una magnífica biblioteca que, años después, fue quemada por las autoridades universitarias, que los acusaron absurda e injustificada- mente de comunistas.

Como catedrático guió la formación de varias generaciones de brillantes profesionales de las Ciencias Sociales como Luis Lumbre- ras, Rosa Fung, Ramiro Matos, Carlos Iván Degregori y Fernando



Fuenzalida. Pero la extrema politización y la falta de recursos de San Marcos restringían sus inquietudes sobre la necesidad de una interpretación integral del Perú.

“Yo me preguntaba ¿ahora qué hago?, ¿dónde me meto?”, confiesa Matos Mar. Y al no encontrar ningún espacio institucional adecuado decidió, con el apoyo de cuatro colegas y algunos discípulos, fundar el Instituto de Estudios Peruanos (IEP), como un centro privado e independiente dedicado a la investigación y a la publicación en Ciencias Sociales. Allí dirigió la edición de 200 libros que constituyen un extraordinario fondo bibliográfico de lectura indispensable para quien quiera conocer el país y que incluye temas como la nueva historia del Perú, las barriadas, la migración, la Reforma Agraria, la educación y la distribución del ingreso; así como autores de la talla de María Rostworowski, Alberto Escobar, Heraldo Bonilla, Richard Webb, Rogger Ravines y Julio Cotler. Este conjunto de obras se inició con su *Idea y diagnóstico del Perú* (1964) y se cerró con *Desborde popular y crisis del Estado* (1984), texto que superó los 100.000 ejemplares en 20 ediciones distintas.

En el IEP, además, convirtió su biblioteca personal —formada por los envíos que le hacían diversos científicos sociales latinoamericanos— en una biblioteca institucional que consta de ejemplares

únicos en Ciencias Sociales. En 1989 marchó a México como catedrático de la UNAM y director del Instituto Indigenista Interamericano, donde constituyó otro valioso fondo sobre las poblaciones indígenas de las tres Américas, instrumento fundamental para los antropólogos de todo el mundo.

La historia de Matos Mar siempre ha estado caracterizada por eso: levantar bibliotecas, estudiarlas, difundirlas y, finalmente, desprenderse de ellas. Es un personaje en constante movimiento, dinámico, incansable. Hoy, que ya no puede movilizarse con la misma facilidad, afirma que puede leer con otros ojos, con más tranquilidad. En su casa de Chorrillos tiene unos 2.000 libros. No tiene incunables ni grandes joyas, salvo sus propios cuadernos de trabajo de campo, de tapa negra y escritos a lápiz, que conserva desde hace varias décadas. “La mía es una biblioteca funcional. Solo tengo conmigo los ejemplares que forzosamente necesito para mis investigaciones”, afirma. Y eso se nota en el riguroso orden que mantiene en sus archivos y apuntes, divididos por temas de estudio.

¿Cuál es la relación de un difusor de la cultura de la talla de Matos Mar con los libros? Él responde categórico: “Es, simplemente, una auténtica vocación, porque sin libros no se puede formar a nadie. Porque sin libros no se puede hacer nada”.



José Matos Mar es un reconocido antropólogo peruano nacido en 1921. Estudió en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y luego en la Universidad de París, bajo la dirección de Paul Rivet. Ha sido fundador y director del Instituto de Estudios Peruanos, catedrático de varias universidades peruanas y consultor de organismos de las Naciones Unidas como Unesco, Unicef, OIT y FAO, entre otros importantes cargos.

Primeras lecturas

Cuando aún era menor y los libros de literatura no abundaban, Matos Mar vio como una bendición el lanzamiento de la colección Leoplán, de la editorial Sopena. Gracias a ella pudo leer cada semana, a un precio asequible, obras clásicas de autores como Víctor Hugo, Emile Zola y Alejandro Dumas. Llegó a acumular unas 180 novelas.

Extensa bibliografía

Los libros escritos y editados por Matos Mar pueden consultarse en repositorios como la Biblioteca del Congreso y de la Universidad de Austin (Estados Unidos), el Centro George Pompidou y la biblioteca de la Unesco (Francia) o el Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Liverpool (Inglaterra). Paradójicamente, su alma máter, la Universidad de San Marcos, no los tiene completos.



José Agustín
de la Puente



Los primeros libros que José Agustín de la Puente vio en la biblioteca de su casa fueron de Historia del Perú. De la Puente tenía 13 años el día que, al llegar del colegio, preguntó a sus padres de qué trataban esos libros antiguos que descansaban en los estantes. “Estaba el *Diccionario* de Mendiburu, la *Historia* de Paz Soldán, toda la bibliografía de la República del Perú”, recuerda ahora, más de 70 años después. Este incidente marcaría toda su vida: desde entonces no se ha separado de los libros de Historia. Tiempo después se convirtió en historiador, genealogista y abogado. Aún mantiene esos títulos en su biblioteca, un lugar que hoy alberga cerca de 15.000 volúmenes.

Lo conocían como “Titín”, probablemente por el carisma que transmitía y el espíritu de caballero de la Lima de antaño. Era uno de esos personajes que le conceden una enorme importancia a la Historia. “Yo salí del colegio en 1939, con una formación histórica bien afrancesada, y en la universidad tuve influencia de varios historiadores peruanos que confirmaron mi vocación”, explica este hombre que nunca deja de trabajar a fondo, que busca siempre la perfección. Como bien decía Aristóteles, la excelencia “es todo aquello que lleva a la interiorización de hábitos, disciplina, actitudes y buenas disposiciones desde la más temprana infancia”.

La biblioteca de José Agustín de la Puente es un milagro bibliográfico: muchos de los libros pertenecían a su abuelo paterno, José

Agustín de la Puente Cortés, quien también fue historiador y murió en 1910; y a su abuelo materno, Manuel Candamo, dos veces Presidente del Perú, en 1895 y 1903. Escondidos en los estantes, hay libros que tienen cerca de doscientos años. Por ejemplo, un volumen de la primera edición de las *Tradiciones peruanas*, de Ricardo Palma, con un texto que el escritor dedicó al abuelo de De la Puente: “Cortar el revesino”. Hay también libros que el mismo Palma autografió. “Él fue muy amigo de mi abuelo De la Puente, pero no tanto de Candamo, porque eran enemigos políticos”, explica el historiador. En la biblioteca también se encuentran libros firmados por el propio Mendiburu.

Hasta el año 1945, todos los libros se localizaban en la galería de madera que se encuentra en el ingreso de la Hacienda Orbea, en el distrito de Pueblo Libre; pero, a partir de ese momento, se mudaron al sótano y se habilitó el gran salón de la biblioteca, un universo de letras al que solo se puede entrar por una diminuta escalera tan antigua como los tomos que custodia. José Agustín de la Puente nació en esta hacienda en 1922 —un año significativo para los libros: se publicó *Trilce* de César Vallejo, *Ulises* de James Joyce y *La tierra baldía* de T. S. Eliot, libros fundacionales de la Literatura moderna— y hoy sigue viviendo en el mismo lugar. “Junto a las casas Moreyra y de Aliaga, la nuestra es de las últimas casas tan antiguas que quedan en Lima. Hoy, además, es la única hacienda en la ciudad en donde viven sus propietarios originales”.



En la biblioteca hay muchos libros biográficos sobre los precursores de la Independencia del Perú y, principalmente, de San Martín. “Yo tuve gran simpatía por San Martín y lo estudié bastante. Incluso hice mi tesis de doctor sobre él. Luego me aficioné mucho a los precursores de la Independencia anteriores a San Martín”, dice el historiador. Hoy gran parte de su biblioteca se centra “en lo que podría llamarse la formación histórica del Perú, es decir, el surgimiento del Perú como nación”. Es el tema que más le apasiona: cómo se transformó la vida cotidiana de los peruanos desde la llegada de Pizarro y cómo la base andina y española conformó nuestro país.

Si bien la protagonista de la biblioteca es la Historia peruana, hay una sección importante de Literatura francesa, española y, sobre todo, Religión: temas de su historia, biografías de santos e intelectuales religiosos. También cuenta con una buena colección de la Guerra Civil española y de Historia española del siglo XX. Otro campo que destaca en esta biblioteca son los diarios antiguos. De la Puente atesora colecciones de las más importantes revistas peruanas y españolas, como el *Anuario de Sevilla*, el boletín de la Real Academia Española, la *Revista de Indias* de 1940, así como ejemplares de *El Comercio* y *La Patria* que datan del siglo XIX. Además, posee un importante archivo de fotografías históricas.

La biblioteca es un organismo vivo que De la Puente utiliza para preparar sus clases de la universidad. Entra en ella de cuatro a

cinco días a la semana. En este recinto, que resume nada menos que toda la historia republicana del Perú, el historiador pasa muchas horas de su vida, escoltado por esos libros que son en sí mismos materia histórica.

De la Puente es un gran conversador. Su elocuencia nos remite a un hombre que se formó no solo en los libros, sino bajo un sentido de amabilidad y respeto aprendido en un país que se perdió en la historia. Casado con Hildegard Brunke, es padre de ocho hijos, uno de los cuales, José, es un destacado historiador y profesor de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Él editó el libro *El Perú desde la intimidad. Epistolario de Manuel Candamo (1873-1904)*, un compendio de las cartas que dejó su bisabuelo, material muy valioso para conocer la historia republicana del Perú. “Mi suegro tenía todo el epistolario de Manuel Candamo cuando estuvo preso en Chile durante la guerra del Pacífico. El libro fue editado con la misma encuadernación”, cuenta De la Puente Brunke. De su abuelo paterno, agricultor y diplomático, también conserva su correspondencia de cuando fue cónsul en Caracas.

José Agustín de la Puente guarda en su biblioteca una memoria histórica que cinco generaciones de su familia han logrado disfrutar: desde sus abuelos del siglo XIX hasta sus nietos del siglo XXI. Toda la historia del Perú —y de una familia— aglutinada en un solo y entrañable lugar.





ELOGIO
DEL EXELENTESSIMO
Agustin de Jauregui, y
llero del orden de Santiago
ral de los Reales Exercitos
nador, y Capitan General
del Perú, Chile
PRONUNCIADO
EN EL RECIBIMIENTO
mo á su Vice-Patron, la
Universidad de S. M.
XXVII. de Agosto
de M. DCC. L.
POR
EL D. D. JOSEPH BAQUERO
rillo; Fiscal Protector Inter
rales del distrito de esta
cia, y Catedratico
ras de Leye

José Agustín de la Puente Candamo es un destacado historiador peruano que ha escrito decenas de libros, como *La causa de la Emancipación del Perú*, *Historia marítima del Perú* y *Obra de gobierno y epistolario de San Martín*. Fue presidente de la Academia Nacional de Historia y miembro de la Academia Peruana de la Lengua. Ha sido condecorado con la Gran Cruz de la Orden del Sol. Vive en la casa hacienda Orbea, una de las más antiguas de Lima.

Las cartas de Candamo

En el epistolario de Manuel Candamo, expresidente del Perú, se cuenta cómo la abuela de José Agustín de la Puente atesoraba todas las cartas de su esposo en una lata de té. Las hojas están fechadas entre julio de 1882 y octubre de 1883. Son 400 cartas en total.

IO
SEÑOR DON
Aldecoa; Caba-
, Teniente Gene-
, Virrey, Gobert-
de los Reynos
&c.
o
TO, QUE CO-
e hizo la Real
Marcos el día
del año
XXXI.
IJANO, Y CAR-
ino de los Natu-
Real Audien-
de Vispe-
s.





Eusebio Quiroz
Paz Soldán



TELEFONICA
O QUIROZ PAZ
OLDAN



No puede haber una imagen que retrate mejor el placer y la necesidad de la lectura que la de un hombre que está perdiendo la vista, pero sigue inmerso entre sus libros. Ese lento sumergirse en las sombras de la ceguera es el caso de Eusebio Quiroz Paz Soldán, sin duda uno de los más importantes escritores arequipeños en actividad. Aunque ya no puede disfrutar con total claridad los amaneceres junto al Misti, Quiroz pasa por lo menos seis horas diarias dentro de su biblioteca, ya sea leyendo, organizando volúmenes, redactando documentos, ensayos y artículos, o escribiendo cartas a sus seres más queridos. Es un letraherido que se rehúsa a dejar de trabajar.

Quiroz nació en Arequipa el 26 de noviembre de 1940. Sus padres fueron Pedro Eusebio Quiroz Pantigoso, un conocido comerciante de la época, y Dymphna Paz Soldán, miembro de una familia de intelectuales. Principalmente, de su madre heredó el interés por la cultura, y fue ella también quien le enseñó a leer incluso antes de que ingresara al colegio. Así comenzó su amor por las Letras, que no ha decaído hasta el día de hoy.

La historia de su biblioteca es paralela a la historia de su vida. Comenzó a formarla en 1957, cuando tenía 16 años y había ingresado recién a la Universidad Nacional de San Agustín. Al principio solo se limitaba a conseguir los libros que le recomendaban sus profesores en la Facultad de Letras. Pero Quiroz comenzó a frecuentar cada vez más seguido las librerías de la Ciudad Blanca, que por ese entonces traían varias novedades de España, México, Argentina y Chile. Una de las librerías de las que era asiduo, Hombre y Mundo, se especializó en ofrecer libros universitarios y empezó a otorgar crédito a sus principales clientes, entre ellos Quiroz, pese a su juventud y modestos ingresos. De esta manera, poco a poco su biblioteca fue creciendo, tomando la forma de una colección universitaria. Porque su objetivo era claro y ambicioso: quería duplicar en número a la biblioteca de la Facultad de Letras de su universidad.

Pocos años después, Quiroz debutó en la docencia universitaria, a muy temprana edad. Este fue otro motivo para que sus adquisiciones bibliográficas siguieran multiplicándose. Los principales temas que conformaban su biblioteca estaban vinculados con la Historia de la Cultura Universal, la Historia del Arte, Historia Económica e Historia del Perú. Y un apartado especial merece su colección de libros sobre Arequipa, que le han dado un gran prestigio como investigador de la historia de la ciudad.

Hoy, su biblioteca suma entre 4.000 y 5.000 volúmenes. Construida especialmente para albergar todos sus libros, se trata de una habitación de 12 metros cuadrados, con piso de vinílico, paredes de ladrillo y estanterías de madera del techo al piso. En un costado ha colocado unas repisas de metal, útiles y móviles. Además, posee una característica especial: debido a que en determinado momento le resultó estrecha, Quiroz tuvo que colocar sus libros no vertical sino horizontalmente. Esta curiosa disposición le da a la biblioteca un aspecto abigarrado, atractivamente caótico.

Desde luego, Quiroz guarda especial aprecio por obras que le fueron dedicadas por sus autores, como *Tres años de lucha por la de-*

JOSE LUIS BUSTAMANTE I RIVERO

TRES AÑOS DE LUCHA
POR LA DEMOCRACIA
EN EL PERU

A mi muy estimado amigo el Dr.
Enrique Guevara Larrobán, como
expresión de mi profundo aprecio
y como su voto cordial de estímulo
porque a lo largo de su carrera
judicial siga haciendo de la justi-
cia el norte de sus acciones profe-
sionales.

J. L. Bustamante
BUENOS AIRES

Lima, junio 10 de 1950.

Me acuerdo de haber...
la gente, pienso...
operales, también...
hacia en la Superficie...
historia. La Avenida...
el estilo neoclásico...
de turismo. Pero...
Voces operarias...
los blancos...
Luz, arena, viento...
de explotación...
Su insubordinación...
Minidicos...
Tantas comisiones...
de todos los...
cuo. Me acuerdo...
una vitalidad...
silla.

mocracia en el Perú de José Luis Bustamante y Rivero y *El paraíso en la otra esquina* de Mario Vargas Llosa. También valora mucho una versión facsimilar de *El suelo de Arequipa convertido en cielo* de Ventura Travada, una edición de 1898 de *La historia de la guerra de América entre Chile, Perú y Bolivia* de Tomás Caivano, y las *Tradiciones peruanas* de Ricardo Palma.

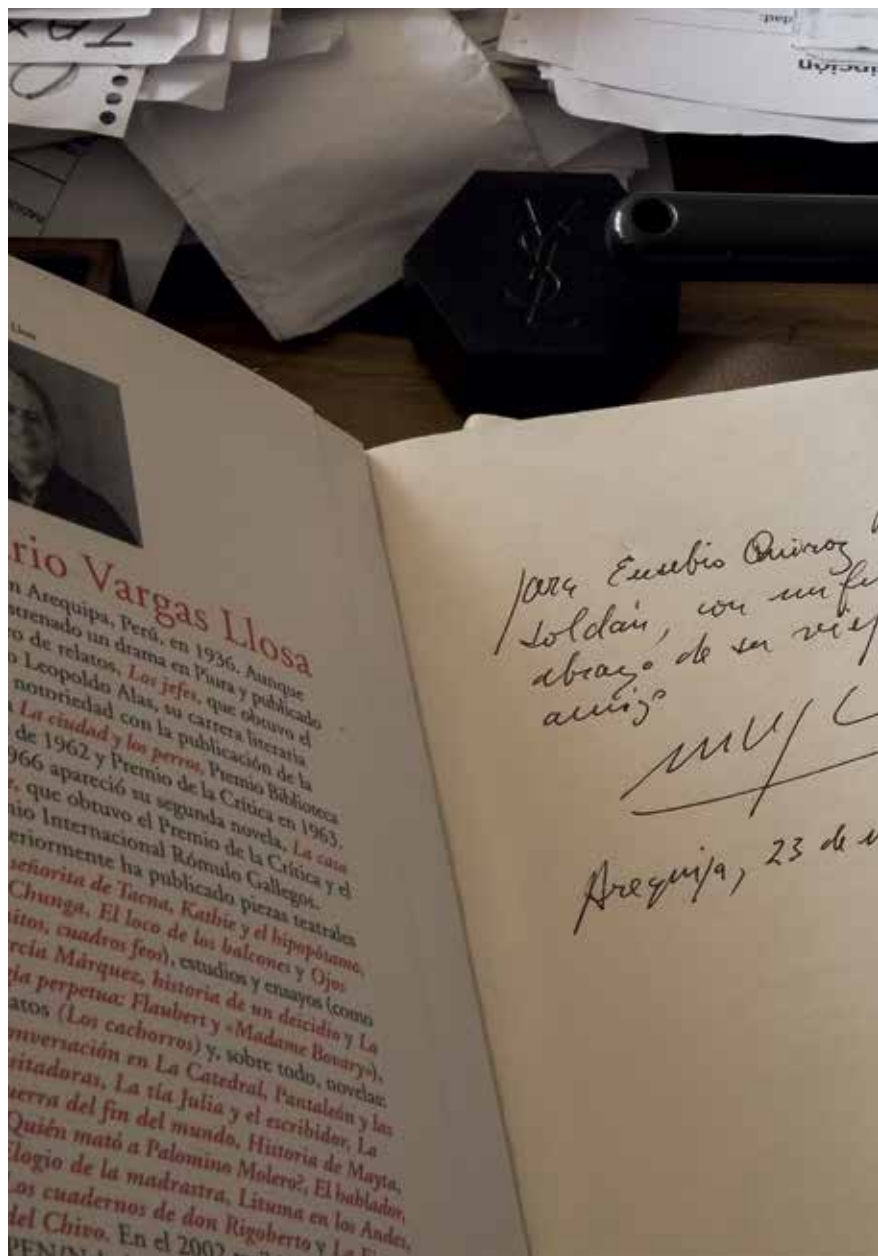
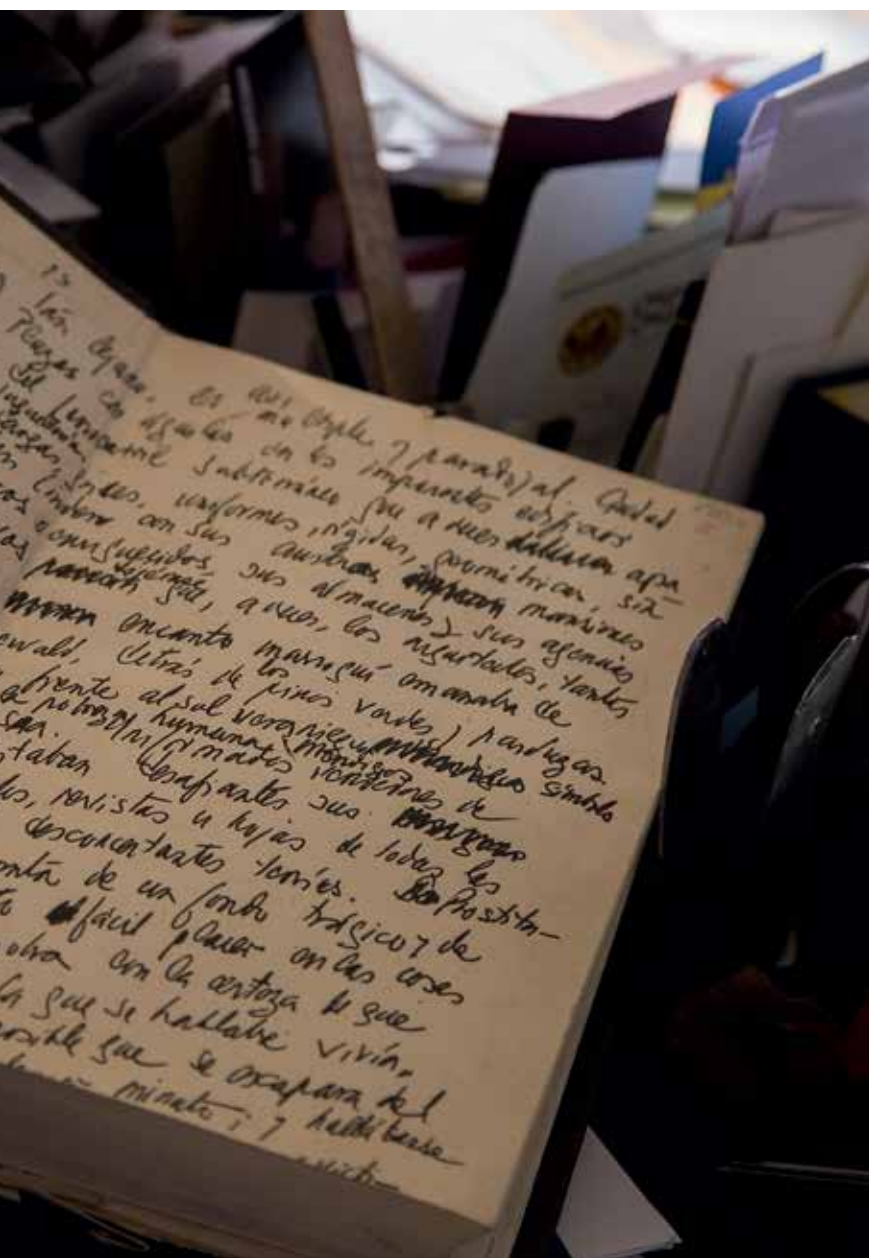
Otro libro que le fue dedicado personalmente es *La vida y la historia* de Jorge Basadre, intelectual que le marcó la vida con su amistad y magisterio. "Conservo un recuerdo emocionado de las páginas de su vida: cuando recuerda Tacna, sus estudios en la Universidad de San Marcos en Lima, su vida en la Biblioteca Nacional. Basadre es un ejemplo y una nostalgia imborrable en mi trabajo como historiador", asegura.

Como es lógico, la fruición lectora de Quiroz era mucho más intensa cuando era joven. Prácticamente vivía en la biblioteca, donde se quedaba hasta muy tarde. En la actualidad, prefiere pasar las tardes y noches leyendo en la comodidad y silenciosa calidez de su habitación. Y es que está claro que, en su caso, la biblioteca no es solo un medio de investigación e información, como él mismo afirma: "El libro facilita el uso de conceptos y el aprendizaje del buen decir en lengua española. Pero, sobre todo, es un excelente acompañante en medio de la soledad. La biblioteca es mi refugio".

Eusebio Quiroz Paz Soldán es Doctor en Historia por la Universidad Nacional de San Agustín de Arequipa, donde actualmente se desempeña como profesor principal y emérito. Ha recibido el Premio Nacional de Historia en 1979 y es miembro de la Academia Nacional Peruana de la Historia Eclesiástica. Es autor de varios libros, entre los que destacan *100 años después: Reflexiones sobre la Guerra del Pacífico (1879-1979)* y *Para enseñar Historia del Perú*.

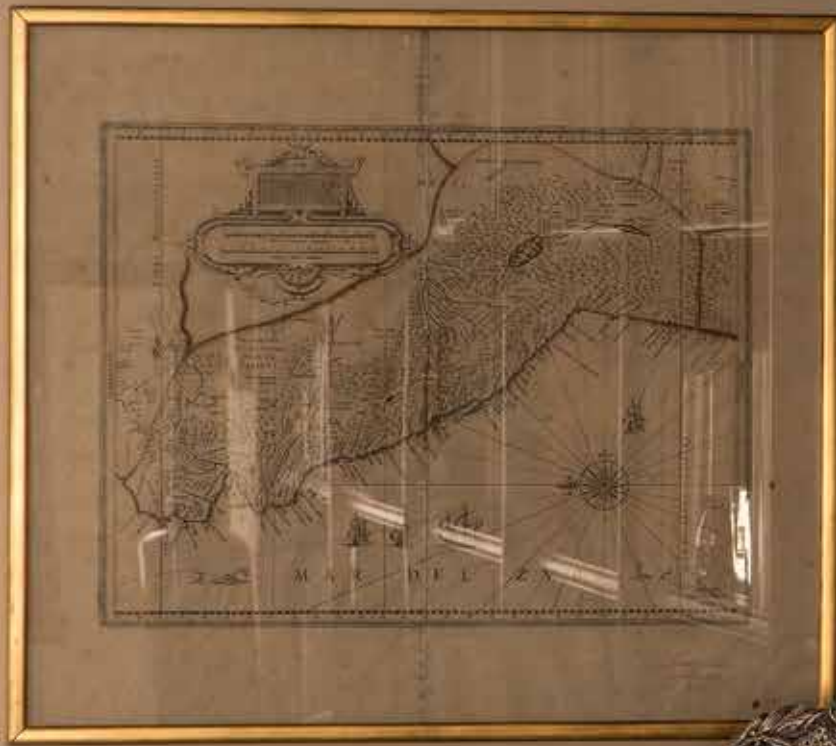
Al maestro con cariño

Quienes han tenido a Eusebio Quiroz como profesor lo recuerdan siempre con una gran estima. Sus clases amenas y, a la vez, llenas de erudición han tocado el alma de varias generaciones de alumnos. Además, es un referente obligatorio de la historia de Arequipa, al poseer una larga lista de publicaciones sobre el tema.



Líderes sociales

Definiciones y certezas



Javier Pérez de Cuéllar

En su casa de estilo afrancesado, que sobrevive entre los enormes edificios que la rodean, Javier Pérez de Cuéllar, exsecretario general de la ONU y el diplomático peruano más importante de su generación, disfruta la mayor parte de su tiempo en su biblioteca. Acompañado de música frente a su escritorio, absorbo en sus pensamientos, lee y escribe. "Para mí, leer y escuchar música son dos expresiones sublimes del espíritu humano. En la Literatura uno puede escoger el género que le guste, al igual que en la música. Esa es la magia".

Los cursos que más le interesaban a don Javier desde el colegio eran Historia y Geografía. Lo que vino después solo siguió su cauce natural: ingresó al servicio diplomático como tercer secretario de la legación en Francia. En 1962, fue promovido a embajador y viajó a diversos países. Fue nombrado representante especial del secretario general de la ONU, en Chipre en 1975, donde ganó enorme experiencia enfrentando los conflictos civiles e internacionales que se producían en dicha nación. En 1978 fue nombrado secretario general adjunto de la ONU y desempeñó labores de investigación y conciliación en diversos lugares. Más tarde, fue elegido secretario general de las Organización de Naciones Unidas para el periodo 1982-1986 y fue reelegido para el periodo 1987-1991. Hasta ahora, es el único latinoamericano en haber ejercido el máximo cargo en esta organización internacional.

Su extensa carrera lo ha llevado a vivir en muchísimos países del planeta. Conoce toda Europa, Asia, parte del mundo árabe y América Latina. Hasta hoy sigue leyendo y consultando atlas y mapas que permanecen en su biblioteca. Sus periplos también lo han llevado a conocer a muchísima gente y a ser uno de los embajadores más considerados a nivel mundial. Él mismo confiesa sentir un gran aprecio por cada persona con la que ha mantenido contacto: "Yo creo que todos somos pequeños mundos. Dentro de nosotros hay tantas influencias, que cada persona es un mundo".

Y aunque en cada lugar donde Pérez de Cuéllar ha vivido había siempre una biblioteca, en la actualidad él valora enormemente haber cambiado su agitada vida por la tranquilidad de su hogar. Por eso, su estudio-biblioteca es especial, un lugar donde ha pasado momentos muy gratos. "Tengo este espacio hace quince años. Pude colocar todos los libros que tengo, que no son muchos. Luego de tanto viajar por el mundo, ha sido muy importante estar de vuelta con mis libros. Beber de la misma fuente", señala.

El espacio que cobija a Pérez de Cuéllar es una habitación rectangular donde pasa la mayor parte de su tiempo. Allí tiene a la mano sus libros de consulta, de diplomacia, sus diccionarios y novelas. Se trata de una habitación sobria y elegante. Madera de caoba reviste los pisos y las paredes (incluidos los anaqueles de la biblioteca) y el ambiente lo otorgan muebles cálidamente tapizados, fotos familiares en marcos de plata y adornos de toda una vida. Un lugar privilegiado lo ocupa la Carta Magna de las Naciones Unidas.





Pese al cariño que siente por sus libros, Pérez de Cuéllar —quizá movido por la sabiduría que otorgan 95 años de vida— afirma que cada vez le gusta más desprenderse de algunos de sus volúmenes en favor de gente que los puede apreciar. Sin embargo, ello no impide que también sienta miedo por el futuro de su colección: “Tengo el temor —ya que mis descendientes no tienen las mismas aficiones que yo— de que cuando fallezca todo esto se disperse y los libros acaben en cualquier lugar”.

El embajador siente la gran satisfacción —y no es para menos— de no haber perdido nunca su tiempo, de no haber cesado nunca de aprender. Él asegura que todo lo leído en su vida constituye un capital intransferible, un conocimiento que quizá puede no producir, pero sí inspirar. Cuando le preguntan por los mayores tesoros que tiene en su biblioteca, menciona los *Poemas humanos* de César Vallejo, que le fuera obsequiado en París por su viuda Georgette Philippart, y la primera traducción al francés de *Don Quijote de la Mancha*, obsequio del presidente François Mitterrand. Además, dice que sus autores favoritos son Cervantes, Balzac y Shakespeare. Y los destacados intelectuales que ha tenido la suerte de conocer en Europa no son pocos. Entre ellos están Octavio Paz, Gabriel García Márquez y Jorge Luis Borges, a quien considera un artista y un hombre interesado en todo aspecto de la cultura humana.

¿Cómo quisiera un hombre de tamaña trayectoria ser recordado en el futuro? “Como un peruano más”, afirma Pérez de Cuéllar. “Que se me recuerde por haber viajado mucho, pero que se resalte siempre mi peruanidad. Porque lo que necesitamos es peruanizar dentro y fuera del Perú”. Una muestra más de la grandeza de este eterno embajador.

Javier Pérez de Cuéllar es abogado y diplomático peruano. Se convirtió en el quinto Secretario General de las Naciones Unidas a lo largo de dos períodos consecutivos, entre enero de 1982 y diciembre de 1991. También ha participado en la política peruana al ser candidato a la Presidencia en 1995 y Presidente del Consejo de Ministros en el año 2000, durante el Gobierno de transición de Valentín Paniagua.

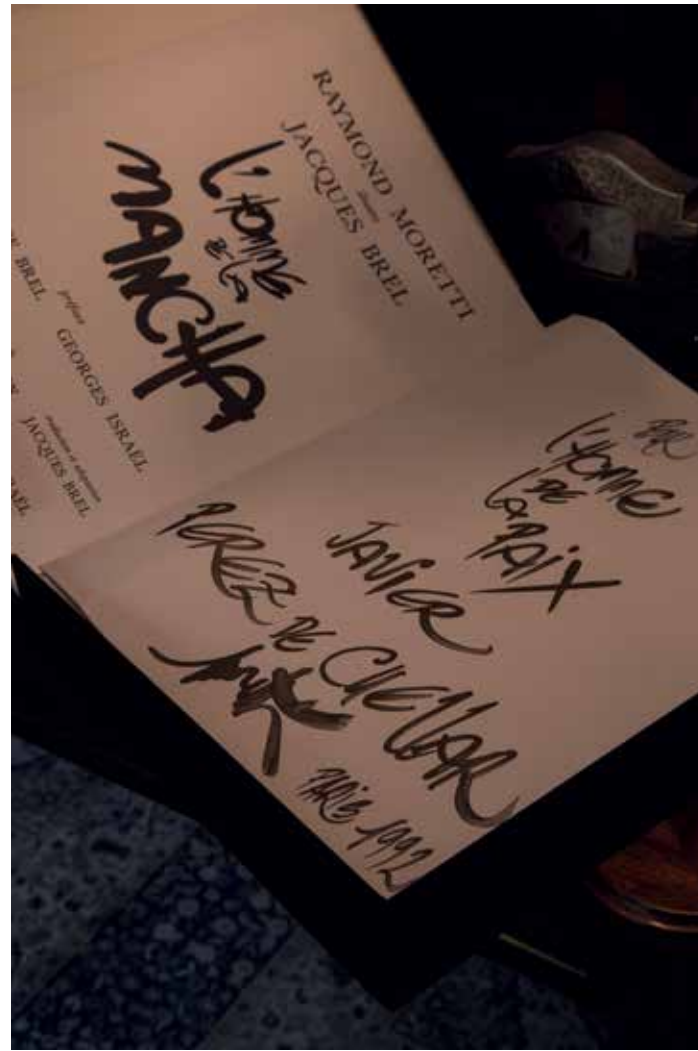
Donaciones valiosas

Con el correr de los años, Pérez de Cuéllar ha regalado una gran cantidad de libros en francés a instituciones como la Alianza Francesa en el Perú. También ha obsequiado varias pinturas, libros peruanos y de Historia de la Diplomacia a la Cancillería.

Lector y melómano

Su biblioteca se complementa con una rica colección de discos. Confiesa que siente especial predilección por el vigor contundente de Beethoven y la proyección del alma exaltada de Chopin. “Para mí no hay soledad donde hay música. Y si a la música le añades la literatura, entonces es una satisfacción completa”, asegura.





Gustavo Gutiérrez

LA LOI DU CHRISTIANISME

TE 1
431

LA LOI DU CHRISTIANISME

TE 1
431
Gustavo D. Caliente Morán
HISTORIA DE MI VIDA



Pocas tareas han sido imposibles para el padre Gustavo Gutiérrez. Sin embargo, cuando se le pregunta por sus libros preferidos, el peso de la duda lo pone en aprietos. La sola posibilidad de no hacer justicia con un título valioso parece agobiarlo: “Toda enumeración dejaría de lado obras significativas; además, la elección depende del campo de especialidad”. Sus palabras rezuman rectitud y sabiduría; no obstante, como se trata, en esencia, de un hombre valiente que, en sus 87 años, no se ha dejado amilanar por los retos, comparte un título que lo ha marcado desde joven: *Pensamientos*, de Pascal.

Precisamente, en dicha obra, el matemático y filósofo francés escribe: “Es preciso, para que una religión sea verdadera, que haya conocido nuestra naturaleza. Debe haber conocido la grandeza y la pequeñez, y la razón de la una y de la otra”. De más de una manera, la cita representa la sensibilidad que revela el padre Gutiérrez hacia la prédica religiosa. Su contacto, desde temprana edad, con la enfermedad (padeció osteomielitis, que lo mantuvo en una silla de ruedas durante su adolescencia) y sus preocupaciones sociales, ya en su etapa universitaria, forjaron una vocación de servicio y de socorro hacia el desvalido. Esa es la genuina motivación de su posterior conversión sacerdotal y de su formación filosófica y teológica en algunas de las mejores escuelas europeas: encontrar un dios cercano y solidario, una fe en sintonía con la realidad del pueblo.

Esta búsqueda vital de Gutiérrez quedó patentada en su obra *Teología de la liberación. Perspectivas* (1971), considerada uno de los trabajos teológicos capitales de la época y que, a pesar de las múltiples críticas recibidas al momento de su publicación, ha trascendido largamente el tiempo. Para este religioso, dominico desde finales

de los noventa, la estructura política y social ha acentuado la pobreza, lo que dificulta la verdadera emancipación del ser humano. Esa lectura y concepción realista de los problemas del mundo, indivisible de las cuestiones de la fe y el compromiso cristiano, ha estado presente en su discurso, que ha influido diversos estudios y tratados en Hispanoamérica.

Producto de esas inquietudes, Gutiérrez fundó en 1974 el Instituto Bartolomé de las Casas, con el cual busca, hasta el día de hoy, contribuir a la mejora del desarrollo humano del país desde un enfoque cristiano. Allí, en los acogedores interiores de esa institución —referente en temas de progreso integral, formación y asistencia a comunidades desamparadas—, se encuentra su biblioteca, conformada por cerca de 30.000 volúmenes y diversas compilaciones de revistas. En ese espacio se cobijan los primeros libros que atesoró siendo un adolescente curioso y aquellos que heredó de su padre. Asimismo, se incluyen numerosos regalos de autores célebres y colecciones enteras donadas por amigos suyos y de su admirable causa. “También en el camino se perdieron ejemplares, algunos por haberlos prestado”, agrega.

A diferencia de otros notables lectores que ven en su biblioteca una especie de fortaleza, para el padre Gutiérrez este es un lugar consagrado tanto al trabajo como al descanso. Pese a los variados anaqueles colmados de tomos y publicaciones, evita exagerar en sus dimensiones, valor y, sobre todo, contenido. “Tenemos libros muy antiguos, pero aun así no creo que califiquen como joyas”, señala. Con esas maneras discretas, afirma que, si bien gran parte de sus lecturas están focalizadas en sus campos de estudio, disfruta de



la literatura, en especial de la poesía, a la que considera “el lenguaje del amor” y, por tanto, “el mejor lenguaje para hablar con Dios”.

A partir de esta sensibilidad, no sorprende demasiado su amistad con grandes nombres de las letras peruanas, como Alejandro Rosendo, Juan Gonzalo Rose y, sobre todo, José María Arguedas. Sobre el escritor indigenista, Gutiérrez recuerda con claridad el momento en que se conocieron: “Era 1968 y yo había leído, hacía poco, en una conferencia en Chimbote, la transcripción del texto inicial de mi libro *Teología de la liberación*. Entonces, él llegó con un ejemplar de *Todas las sangres* y me leyó el hermoso diálogo entre un cura de pueblo y un triste pero lúcido sacristán. Terminada la lectura, me dijo con picardía: “Lo que dijiste en tu charla, yo lo escribí antes”. Le respondí “tienes toda la razón”. Allí comenzó nuestra amistad”.

En la figura del padre Gutiérrez confluyen su férrea voluntad de servir a los sectores menos favorecidos y una espiritualidad formada desde la inteligencia, la participación, la mística y, por supuesto, el conocimiento. “Nada puede reemplazar el olor y el abrir de un libro”, remarca ante la velocidad de la tecnología. Es un optimista que cree en la naturaleza compasiva del hombre y, a la vez, un luchador que no teme señalar y criticar el punto donde se tuercen las cosas en la sociedad. Por su célebre libro fue llamado en los ochenta a presentarse en Roma ante el entonces cardenal Joseph Ratzinger, quien luego, en 2005, se convertiría en Sumo Pontífice. Este tipo de escrutinio ha estado presente en su vida; no obstante, en vez de doblegarse, continúa con su labor, en nombre de la Iglesia y su misión evangelizadora.



PAGINAS

Centro de Estudios y Publicaciones (CEP) Vol. X, n. 22, Abril 1993

S/. 3,000



Opción por los pobres
Fidelidad a Jesucristo

PAGINAS

CENTRO DE ESTUDIOS Y PUBLICACIONES (CEP) VOL. X/22

**Educación:
una utopía necesaria**
De Jomtien a la Comisión Delors

Norria Añahos, Juan Berra, Carlos Castillo M., Juan Dussan, Gloms Helliz, 1993
James O'Leary, Delmer, Roshiko Staverhagen, León Trabernberg

**Paulo Freire
un hito en América Latina**

Gustavo Gutiérrez, Luz Alberto Gómez de Souza,
Manuel Iguíñiz, Rocío Valdeavellano

CENTRO DE ESTUDIOS Y PUBLICACIONES

LA OPCIÓN PREFERENCIAL POR EL POBRE EN APARECIDA
Gustavo Gutiérrez - LA MISIÓN EN LA CONFERENCIA
DE APARECIDA Felipe Zagarra R. - SENTIRE CUM
APARECIDA Ernesto Cavassa. SJ - RETOMANDO EL

PAGINAS

CENTRO DE ESTUDIOS Y PUBLICACIONES

Una carta de amor que enamora. Novedad y actualidad de un
diálogo teológico Guillermo Mugica - Teología de la
liberación, derechos humanos y desarrollo Felipe Zagarra
- Mil años lejos Raúl Pariamachi, SSCC - Raíces del
contexto de la teología de la liberación Javier María
Iguíñiz

Teología

PAGINAS

CENTRO DE ESTUDIOS Y PUBLICACIONES

**Rostros de
en el Pe**

José Cabezas, María An
Carmen Lora, Susael Mar

Iglesia latinoan

Monsieur Locati

PAGINAS

CENTRO DE ESTUDIOS Y PUBLICACIONES

**Desarrollo y libe
en América La
nuevos horizo**

Fórum del Movimiento de Profesio
Gonzalo Arroyo, Paulo Freire, Gusta
Javier Iguíñiz, Cristóbal Kay, Daniel Levine
Benedicta Serrano, Rosemary Thorp, Má
Luiz Eduardo Wanderli

PAGINAS

CENTRO DE ESTUDIOS Y PUBLICACIONES (CEP) VOL. XVIII

**El país que construimos
realidades y tareas**

Rolando Ames, Eduardo Arens,
Augusto Castro, César Germaná,
Javier Iguíñiz, Manuel Iguíñiz,
Denis Salmon, Teresa Tovar,
Ernesto Yepes

PAGINAS

CENTRO DE ESTUDIOS Y PUBLICACIONES (CEP) VOL. XXI

**Modelo económico:
¿y los valores éticos?**

Rosa Alayza
Eduardo Arens
Laurcano del Castiño
Javier Iguíñiz
Kevin O'Higgins
Juan Sierra
Juan Pablo II

118

noviembre 1992

120

Abril 1993

137

Febrero 1996

Gustavo Gutiérrez Merino es sacerdote y uno de los teólogos más importantes de Latinoamérica. Se ha desempeñado como profesor en prestigiosos centros de estudios de Europa y Estados Unidos. Entre sus obras, destacan *Teología de la liberación. Perspectivas* (1971), *La verdad os hará libres. Confrontaciones* (1986) y *La fuerza histórica de los pobres* (1983). Ha recibido el Premio Príncipe de Asturias 2003 y la orden de Caballero de la Legión de Honor (Francia). Además, ha sido nombrado Doctor Honoris Causa por numerosas universidades en el mundo.

El origen del hábito

No fue un versículo de la Biblia o un capítulo de Filosofía lo que encendió el amor del padre Gutiérrez por la lectura. Su vida como lector se inició de la mano de *El Peneca*, un semanario ilustrado juvenil que se hacía en Chile pero que se distribuía en la capital peruana. Recuerda: "Con *El Peneca* aprendí a leer y nunca dejé de revisarlo con el paso de los años. Por eso, para mí, era mucho más que una revista de historietas".





Víctor Raúl
Haya de la Torre

Villa Mercedes fue la última morada de uno de los más grandes políticos peruanos del siglo XX. O tal vez de toda la historia del Perú. La vida de Víctor Raúl Haya de la Torre, tan extensa como intensa, culminó en esta enorme casa del kilómetro ocho de la carretera central, en el distrito de Ate Vitarte. Pasó los últimos diez años de su vida en este lugar, retirado de la ciudad. Lo cierto es que los años en Villa Mercedes fueron sin duda más serenos que los anteriores, tratándose de una biografía marcada por la persecución, el exilio, la clandestinidad y el agotamiento físico. Esta casa fue el epílogo de una vida de ficción. Y la biblioteca que instaló aquí sufrió tanto como su dueño los avatares de los viajes y el destierro. Lo que sobrevivió fue tan solo una parte de todos los libros que Haya de la Torre fue acumulando con los años, pero ya una vez que la biblioteca se situó en la casa, fue reuniendo nuevos volúmenes hasta el final de los días del fundador del APRA.

Es una propiedad bastante grande para las pocas personas que la habitan. Pareciera que hay espacio para todo. De las múltiples salas, llama la atención una en especial, previa a la biblioteca: una habitación pequeña que guarda los libros de Manuel González Prada. Haya de la Torre fue heredero de los libros del intelectual decimonónico, con quien trabó amistad en los años 1917 y 1918. Si bien se vieron pocas veces, crearon una complicidad que luego la esposa de González Prada, Adriana, supo reconocer entregándole al joven Haya los libros del maestro, para muchos apristas su padre ideológico.

La biblioteca es el espacio más amplio de toda la casa. En ella parecen condensarse todos los intereses y la amplia cultura de Haya. Abarca una variedad impresionante de temas y muchos libros están en otros idiomas. Priman los libros de la Historia de Rusia, por ejemplo, un tema que Haya de la Torre siempre siguió de cerca, sobre todo a partir de 1917 y el experimento comunista que Rusia vivió junto con las otras naciones que conformaron la URSS. En esa misma línea encontramos libros de Marx, las obras completas de Lenin y obras sobre Cuba y la Revolución. Si bien Haya se reconocía marxista y lo reivindicó siempre, rechazaba el comunismo y polemizó con él a lo largo de los años de lucha política.

En la biblioteca también se encuentran colecciones de Filosofía, Política, Economía e Historia. Entre sus libros se aprecia uno de los últimos que leyó: *La tentación totalitaria*, de Jean François Revel. Ese ejemplar se lo llevó Alfredo Barnechea, que solía visitarlo como parte del grupo de jóvenes que lo acompañaban y aprendían de él, pero que también le enseñaban y entregaban las últimas publicaciones del momento. Esa actitud en Haya de la Torre —de aprendizaje permanente— se ve reflejada en su biblioteca, que se mantiene tal como él la dejó. “Ni un solo libro ha sido retirado ni agregado desde el día de su muerte”, cuenta el exdiputado aprista Carlos Roca, uno de los que más lo acompañó en los años de Villa Mercedes.



Todo el rectángulo que conforma la biblioteca está cercado por libros, salvo una salida que da a un jardín inmenso en el que se levanta una escultura en homenaje a Tony III, su fiel pastor alemán que estuvo con él hasta el final. La fidelidad es algo que Haya supo cultivar no solo entre sus compañeros del partido. Las demás paredes de la biblioteca están atestadas de libros en perfecto orden y visibilidad, como si en cualquier momento Haya de la Torre fuera a sentarse en su escritorio y coger uno. El escritorio, colindante con la salida al jardín, alberga una máquina de escribir Olympia y una pequeña bandera del Perú. Mirando al lado opuesto, hay algunos muebles más. En otra parte vemos también fotografías de Haya. En algunas aparece solo; en otras, acompañado.

Hay también grandes libros ilustrados, de pintores célebres como Rubens. ¿Qué cosa no le interesaba a Haya de la Torre? Al parecer nada. Cuando uno lee sus entrevistas o ve sus videos comprueba el atractivo que esa cultura vasta e inagotable causaba en sus correligionarios. Porque Haya no solo leía mucho, sino que lo hacía en muchos idiomas: español, inglés, alemán, francés, italiano y hasta ruso. En los estantes hay muchos libros en su lengua original.

También están sus obras y las de sus compañeros, como Luis Alberto Sánchez, quien escribió tantos libros como los años que vivió: casi cien. Llama la atención ver las obras de Haya con sus propias anotaciones y correcciones de puño y letra: tenía un afán perfeccionista de mejorar siempre sus trabajos para las futuras reediciones.

Esta biblioteca goza de un silencio total y de una iluminación natural perfecta que el lector voraz que fue Haya supo aprovechar. Por un segundo, cerrar los ojos e imaginarlo sentado en su escritorio leyendo, discutiendo, escribiendo, o dando una entrevista, hace sentir que podemos volver en el tiempo para compartir con él ese espacio de valor histórico incalculable.

Víctor Raúl Haya de la Torre fue un reconocido político peruano. Fundó el APRA, el partido más antiguo y consistente de la política del Perú. Fue uno de los ideólogos más importantes de Latinoamérica. Publicó los libros *El antiimperialismo* y *el APRA* y *Por la emancipación de América Latina*, entre otros. Murió en Lima el 2 de agosto de 1979.

Leales compañeros

Durante los últimos años, la casa de Villa Mercedes se volvió un punto de encuentro de jóvenes apristas que iban para compartir con el maestro y aprender de él. Pero también se reunían los apristas de las primeras generaciones, como Armando Villanueva del Campo, Luis Alberto Sánchez o Andrés Townsend. Juntos pasaban el día y muchas veces hasta cantaban en grupo con una guitarra.

El cheque de un sol

En una de las habitaciones, se guarda aún el cheque de un sol que Haya de la Torre cobró al Estado por sus servicios en la creación de la Constitución de 1979. Un año antes de fallecer, lo eligieron presidente de la Asamblea Constituyente. Haya de la Torre le entregaría a la nación sus últimos esfuerzos, literalmente los últimos, pues tuvo que firmar la nueva Carta Magna en cama, con las fuerzas que le quedaban, pocos días antes de morir. La suma que cobró fue simbólica: un sol. Haya murió pobre.





Pedro Pablo Kuczynski







Resulta evidente que Pedro Pablo Kuczynski es un hombre de mundo. Posee las nacionalidades peruana y estadounidense; estudió Filosofía, Economía y Política en Inglaterra; su padre era alemán; su madre, franco-suiza. Pese a todo ello, este economista y político que cultiva otras aficiones más románticas —como tocar la flauta travesa— siempre se ha sentido más peruano que la papa y el cebiche. Por eso, por ejemplo, prefiere que lo llamen por sus iniciales, PPK, que por su apellido completo. “Porque Kuczynski en quechua suena algo así como ‘chanchito’”, asegura con buen humor.

Todo el crisol de nacionalidades y la mezcla de horizontes de Kuczynski se perciben también en su impresionante colección de libros. En Lima, tiene una biblioteca en su casa de San Isidro y otra en la de Cieneguilla, que suman 5.000 títulos. Además, posee otros 2.500 en la casa que conserva en Estados Unidos.

La colección comenzó con una gran herencia. Su padre, Maxime Kuczynski, fue un médico alemán de origen polaco que llegó al Perú junto con su familia para trabajar en el tratamiento de enfermedades tropicales en la Amazonía. Los libros que compraba —que iban de la literatura médica a la Sociología, y del francés al alemán, pasando por muchos otros idiomas— los guardaba en su consultorio de la cuadra seis del jirón Camaná, en el Centro de Lima, donde ocupaban una pared entera. La mayoría los adquiría en la Librería Internacional de la Plaza San Martín o por intermedio de su amigo Juan Mejía Baca, librero legendario.

Kuczynski Godard —primo, además, del célebre cineasta francés Jean-Luc Godard— inició su colección personal cuando vivía en Estados Unidos, entre Washington y Miami. Pero recién comenzaría a armar una biblioteca como tal desde que compró junto con su esposa Nancy una hermosa casa en el campo de Wisconsin, originalmente diseñada por el reconocido arquitecto Frank Lloyd Wright. Allí empezó a reunir colecciones históricas, desde una del mexicano Daniel Cosío Villegas hasta la del primer ministro británico y Nobel de Literatura Winston Churchill.

Los libros por los que guarda mayor afecto son los que su padre y él mismo han escrito. Por eso, cada grupo ocupa una repisa especial dentro de su biblioteca. Kuczynski también se confiesa un lector empedernido de los libros de Historia, en particular de aquellos que abordan la Primera y la Segunda Guerra Mundial, episodios que determinaron de manera funesta el devenir de la humanidad. Por tal motivo, también atesora una colección de 30 tomos sobre la guerra entre Perú y Chile, que pertenecieron al antiguo encargado del ferrocarril central en nuestro país, Charles Crofton-Atkins. Su viuda vendió esas reliquias a un agente que luego se las ofreció a Kuczynski. Otro escritor que lo cautiva es Hugh Thomas, historiador británico que ha abordado la Guerra Civil española, la historia de Cuba y la esclavitud en el mundo, entre muchos otros temas. Por esos maravillosos azares de la vida, varios años después, Kuczynski trabó una buena amistad con el autor.

Y aunque, como puede verse, la temática bélica capta su interés, él prefiere la tranquilidad al momento de refugiarse en la compañía de un buen libro. La mayoría de veces ocupa el jardín para leer. En otras ocasiones, la cocina también es un buen lugar. Pero la biblioteca siempre es el centro en torno al cual gira su afición por las letras. El placer de mirar por unos segundos sus repisas y recordar qué libros se encuentran en determinado estante puede llegar a conmovirlo. “La biblioteca es mi casa dentro de la casa”, admite.



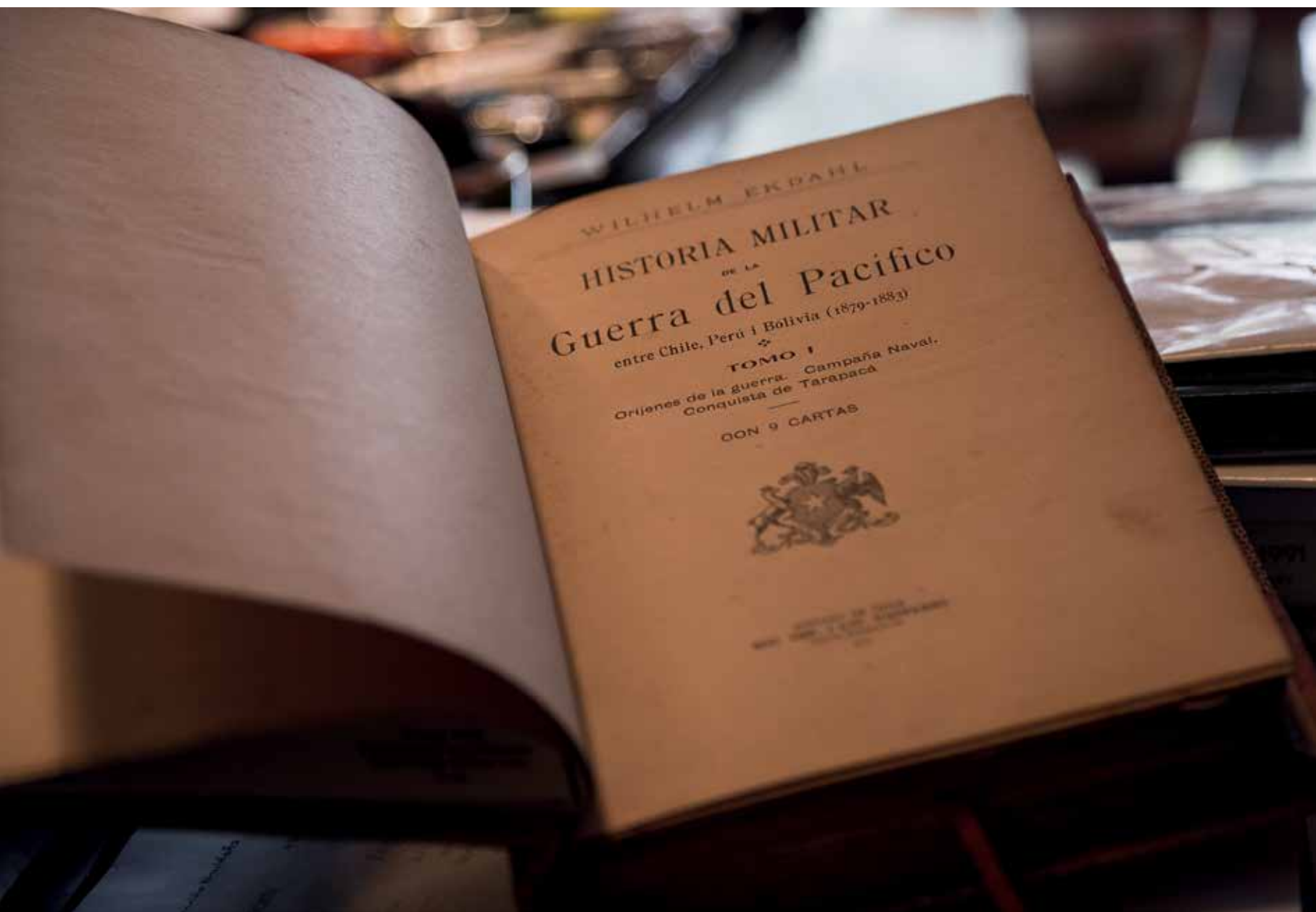
PPK reconoce que la digitalización de la literatura es muy eficiente, y que las tabletas y el Kindle resultan muy cómodos para la lectura, sobre todo cuando se viaja. Sin embargo, reconoce que la experiencia de tener un libro entre las manos es incomparable. Cada vez que vuelve de Europa, trae consigo una bolsa repleta de nuevos títulos para leer. Tal parece que para este reconocido personaje, las tradiciones y los hábitos adquiridos cuentan, sobre todo cuando están relacionadas con la maravillosa oportunidad de perderse dentro de un libro.

Pese a todo, su experiencia bibliófila no está exenta de anécdotas y episodios sorprendentes. Cuenta, por ejemplo, que en 1997 dejó por un tiempo su vivienda en Washington, donde tenía una linda biblioteca, llena de un buen número de libros. Se la alquiló a un diplomático de una embajada escandinava, decisión de la que luego se arrepentiría. "Cuando volví un par de años después a inspeccionar la casa, vi en mi biblioteca otra cosa: un solo libro titulado *Inferno* y unas 200 botellas de vodka finlandés alineadas donde estaban mis libros. ¿Qué habría dicho Borges sobre esta tragedia?".

Pedro Pablo Kuczynski es un economista y político peruano nacido en 1938. Estudió en la Universidad de Oxford, Inglaterra, y realizó una maestría en la Universidad de Princeton, Estados Unidos. Ha sido ministro de Energía y Minas durante el segundo Gobierno de Fernando Belaúnde Terry, así como ministro de Economía y presidente del Consejo de Ministros durante la gestión de Alejandro Toledo. Además, postuló a la Presidencia de la República en las elecciones de 2011.

Comprador compulsivo

La mayoría de sus libros los compra en librerías del extranjero o en Amazon. Uno de sus locales favoritos es la librería boutique Chartwell, en Nueva York, especializada en Winston Churchill. En ocasiones compra hasta dos ediciones de un mismo libro, para tenerlos en sus diversas bibliotecas.





Hay que corregir un error

EL PERU ACTUAL Y EL FUTURO LIBERTAD Y DEMOCRACIA

Hernando de Soto
Revolución de los Informales

ALFREDO AL PUEBLO



Hernando de Soto

La biblioteca de Hernando de Soto podría ser un gran manual para curiosos. En él descansan libros sobre cómo construir una hidroeléctrica, cómo ganar una guerra en un país pobre, cómo se nutre una planta, cómo se miden las cosas y las conexiones, cómo se armó el internet, cómo evolucionó nuestra forma de percibir la fiebre, cómo pensaban los franceses en el siglo XVII, cómo y por qué se reordenó el Derecho alemán en el siglo XIX, una guía de Contabilidad para ignorantes, e incluso libros esotéricos, comenzando por los escritos incompletos de Gurdjieff y Ouspensky que introducen el pensamiento espiritual asiático en Occidente. De Soto es un economista que practica el arte de la curiosidad, un hombre de finanzas a quien le interesa de todo. "Esta biblioteca es mi memoria empapelada", dice.

Hernando de Soto, uno de los economistas más exitosos del Perú, solo se arrepiente de no haber tenido vínculos con autores peruanos. "Como no me educé en el Perú, me faltan amigos de carpeta, me falta esquina en este barrio", admite De Soto, quien fue director del Banco Central de Reserva del Perú en 1979. Este reconocido personaje nació en Arequipa pero estudió en el Colegio Internacional de Ginebra debido al exilio de su familia hasta 1963, por estar en desacuerdo con el golpe de estado de Manuel Odría en 1948. Durante esos años empezó a reunir sus primeros libros, cuando compraba volúmenes para sus estudios universitarios, libros que hasta ahora son el reflejo de su curiosidad. Y hoy esa curiosidad que él llama biblioteca tiene 7.000 libros.

Entre sus tesoros resaltan *Apuntes sobre el Estado de Virginia* de Thomas Jefferson, las obras de H.G. Wells y *Jorge, el hijo del pueblo* de María Nieves Bustamante. Si bien no son grandes joyas, De Soto tiene un especial afecto por *La buena sociedad* de Walter Lippman, *La gran transformación* de Karl Polanyi, *La teoría de las señales* de Charles Sanders Peirce y *Las palabras y las cosas* de Michel Foucault. Además, están las obras completas de Marx, Hayek y Jung, trío que viene a constituir el conocimiento enciclopédico, filosófico y de Historia Política de los últimos tres siglos. Foucault es el gran irreverente, un pensamiento unido a la experiencia subversiva de su lenguaje y de su propia existencia, con los que erigió un edificio conceptual que aun ahora es polémico.

La residencia de De Soto está rodeada por amplios jardines que condensan un colorido de plantas, flores y arbustos exóticos diseñados de tal forma, que pareciera que uno se adentra en una selva, como en un cuadro surrealista. De repente aparecen en medio de esa vegetación Princesa, Ñusta y Capac, sus tres alpacas. Cuando el aroma de las plantas se intensifica, las ideas de Hernando de Soto parecen fluir más y crecer. A través de su ventana, él contempla el jardín y se relaja. Esta escenografía aromática y un vergel edénico son el contexto perfecto para el pensamiento.

Al traspasar el jardín, uno se encuentra con una biblioteca dividida en dos ambientes que se usan como salas (tiene cómodos sillones, y mesas de vidrio y de piedra), y a ellos se suma la oficina de De Soto. Los anaqueles y el techo son de madera, y la iluminación tenue produce un ambiente acogedor que invita al recogimiento intelectual. Las paredes están repletas de diplomas, fotografías y cuadros. Todo ha sido calculado milimétricamente, porque a De Soto le gusta que las cosas encajen, que exista armonía. Sin embargo, en medio de esa aparente pasividad, él y su equipo siempre están en constante





efervescencia: De Soto es el presidente del Instituto Libertad y Democracia (ILD), así como presidente y miembro de diversas organizaciones, como el World Justice Project. El ILD es una institución dedicada a implementar y crear programas de formación de capital para los pobres en África, Asia, América Latina, el Medio Oriente y los países de la ex Unión Soviética, y ha sido considerado por el semanario *The Economist* como uno de los dos centros de investigación más importantes del mundo. Todo esto empezó en su biblioteca, un lugar rodeado de jardines en el exterior de la casa a los que De Soto, mientras ejerce algún trabajo sentado en su escritorio, suele mirar para descansar la mente. Las flores y los libros son su modo de estudiar el mundo.

Si bien afirma que su relación con los libros es estética —“similar a mi ventana: ella me deja ver las plantas que la naturaleza creó en mi jardín y la biblioteca las cosas que la humanidad construyó”—, estos le entregan una forma de diálogo con el conocimiento que no encuentra con nadie. “Soy un parásito. Necesito mis libros. Son mis interlocutores y consultores. No se molestan cuando los llamo después de medianoche. Son constantemente asequibles, muy parecidos a mis amigos jubilados”.

De Soto es un hombre que va con la vanguardia y en el cual impera, sobre el romanticismo de la ensoñación, la practicidad y efectividad que hoy en día la ciencia nos proporciona. “Creo que los conocimientos deben ser divulgados ampliamente. Por ello la digitalización me parece una muy buena cosa, aunque hasta ahora todavía no la uso para leer libros”. De todas formas, la dinámica del pragmatismo de la vida no ha mellado su sensibilidad. Para él, la vida diaria, conocer a la gente, ver paisajes, escuchar una nueva canción, sentir emociones y afectos, y poder leer siempre sus libros siguen siendo su idea del paraíso.

Hernando de Soto es un reconocido economista peruano que preside el Instituto Libertad y Democracia. Ha escrito los libros *El otro sendero*, *El misterio del capital*, *Realizing Property Rights* y *El triunfador*. Fue director del Banco Central de Reserva del Perú. Ha sido asesor político de Alan García y Keiko Fujimori. Ha recibido decenas de reconocimientos, como el Premio Golden Plate 2005, Premio Adam Smith 2002 y el Milton Friedman. En 2004, la revista *Time* lo consideró entre las cien personas más influyentes del planeta, y *Forbes* lo seleccionó entre las 15 personas «que reinventarán el futuro». En 2005, una encuesta entre los más de 20.000 lectores de las revistas *Prospect* y *Foreign Policy* lo ubicó como el latinoamericano más influyente del mundo.

El terror

Durante la época del terrorismo en el Perú, Hernando de Soto fue uno de los objetivos principales de Sendero Luminoso. Sus esfuerzos en la política económica sobre temas como la pobreza lo habían puesto en la mira de este grupo terrorista. Un día las oficinas del ILD fueron bombardeadas; luego su auto fue acribillado y De Soto se vio obligado a que refugiarse. Al final pudo sortear la muerte.

El arte

Hernando de Soto es un curioso que nunca limitó sus experiencias. Alguna vez se ganó la vida pintando cuadros y haciendo dibujos. Por eso hoy en su biblioteca tiene reservado un buen número de libros sobre Arte. Para él una casa puede ser un palacio, pero si no hay libros ni arte en ella, es una casa sin alma.



Fernando de Trazegnies







A veces Fernando de Trazegnies piensa que construyó su casa solo para tener su propia biblioteca. “Algunos me dijeron que lo que estaba edificando no parecía ser una casa, sino más bien una biblioteca con servicios anexos como una cocina o un lugar donde descansar”, recuerda. La biblioteca es la habitación principal. Su estructura fue diseñada para que solo pueda servir como tal. Hoy los libros se desbordan por todas partes, y Trazegnies ha tenido que habilitar un cuarto al lado como depósito. Muchos libros siguen en el suelo esperando un lugar. La biblioteca tiene un espacio de más de 70 metros cuadrados —lo mismo que todo un departamento—, el piso de loseta está cubierto por alfombras y, como techo, hay una bóveda alta con vitrales. Es un lugar especial: parece sacado de un cuento de castillos medievales. En sus paredes ostenta espadas y escudos del Medioevo y, al centro, se impone una verdadera joya: una rueda de lectura. Este atril circular en el que se colocaban los libros de gran formato y que era común en los conventos e iglesias del siglo XVI servía para poder leer varios libros a la vez o para hacer una lectura comparada. Estando en esta biblioteca, De Trazegnies adquiere más que en cualquier otro lugar la elegancia y el garbo de un caballero.

La biografía de esta colección empieza muchos años atrás. “La comencé sin darme cuenta a los diez años, con los libros que me regalaban mis padres”, cuenta. A los doce años hizo su primer catálogo, que hasta ahora conserva enmarcado y colgado en la pared de su escritorio. “Como aparece en este catálogo, los libros eran muy variados, pero con un acento en la historia: la vida de Juana de Arco, de Mahoma y de Carlos V, los viajes de Marco Polo y de Magallanes, los caballeros del Rey Arturo, *La Iliada*, todo esto en versiones para niños”. Conforme De Trazegnies fue creciendo, los libros aumentaron. Recibió algunos tras la muerte de su padre y, finalmente, cuando construyó su biblioteca actual, tenía libros para

llenar menos de una tercera parte de los estantes. Hoy se pueden encontrar cerca de 20.000 volúmenes en esta habitación.

La biblioteca guarda muchos tesoros bibliográficos. Destaca la edición de *El Quijote* de 1608, que fue publicada por el mismo editor de la primera edición, y en la que Cervantes hizo algunos pequeños cambios. Otro libro que De Trazegnies considera muy interesante es un manuscrito en farsi (el idioma de Persia) de la famosa historia oriental de Calila y Dimna, cuya fecha calcula en los siglos XIV o XV. El libro, bellamente empastado, contiene una gran cantidad de notas en latín de algún lector occidental, que parecen ser del siglo XVII. Un tercer libro importante es *De Indiarum Iure*, del jurista Solórzano y Pereira, quien vivió muchos años en el Perú. El libro fue publicado en latín en el siglo XVII en Lyon, Francia. También destaca otro sobre aguas termales publicado en Venecia en 1571, donde se habla de aguas en el Perú que contienen oro y plata. Y, por último, la primera edición de la *Gramática quechua* de González Holguín.

Pero más allá de estas joyas, siempre hay libros especialmente queridos por el dueño de la biblioteca, y De Trazegnies no es la excepción. Su afición de por la lectura se originó cuando era niño, pues su padre quería que fuese un gran lector, y le regalaba todas las semanas libros con biografías de personajes ilustres u otros temas de Historia. Cuando estaba enfermo en cama, le daba dos libros en vez de uno. “Si debo escoger algunos libros, tengo que reconocer que Jorge Luis Borges y Hermann Hesse fueron lecturas de juventud decisivas en la formación de mi personalidad y en mi afición a la lectura de obras literarias”. Para De Trazegnies, un libro es para el bibliófilo como una persona amada: es un objeto sensual que da un placer independiente de su lectura. Es una obra de arte en sí mismo. “Tomar una bella edición en las manos, sentir su peso, recorrer con suavidad sus páginas, es casi tan maravilloso como acariciar a



una mujer o ensimismarse en la contemplación de un atardecer en el mar". Particularmente, sobre los libros antiguos opina que el olor a viejo de sus páginas ásperas, sus rústicas tapas de pergamino o los empastes, los grabados, las letras mayúsculas, los sofisticados frontispicios, colas y florones, crean una atmósfera evocativa.

De su padre, el belga Ferdinand de Trazegnies, casado con la peruana María Rosa Granda, heredó una gran afición a los temas medievales. Su padre estaba muy vinculado con la historia y era un entusiasta del mundo caballeresco. Cuenta que cuando era chico, puso un cuadro en su cuarto con *El decálogo del caballero*, que decía cosas como "ser siempre valiente, no dar un paso atrás" o "defender siempre al pobre y al desvalido". Esa afición no fue en vano: Fernando de Trazegnies ostenta hoy los títulos de Marqués de Torre Bermeja y Conde de las Lagunas.

De Trazegnies es el autor de diversas publicaciones sobre Derecho, su especialidad. Sin embargo, también le interesa la Historia, y ha escrito ensayos sobre la inmigración china en el Perú. Asimismo ha publicado los cuentos *La joven griega*, *Moscas*, *Morir por sus ideas* y *Recordando con ira*. De Trazegnies también afirma que le gusta leer de todo: Literatura, Filosofía, Derecho y Ciencia. De todo siempre y cuando sea bueno. Un proverbio indio dice que "un libro abierto es un cerebro que habla; cerrado, un amigo que espera; olvidado, un alma que perdona; destruido, un corazón que llora", y Fernando de Trazegnies es un gran espía de cerebros ajenos. Se mete en un libro como un cirujano ingresa en el cuerpo humano. Además, le gusta leer con la luminosidad del sol sobre los verdes árboles y el aroma de las flores de su jardín, allí donde, como diría Moliere, "la luz es más intensa y las sombras son más profundas". Después de la travesía, dice De Trazegnies, emerge de la experiencia como un hombre mejor.





Fernando de Trazegnies es uno de los más importantes intelectuales de su generación. Es miembro de la Academia Peruana de Derecho, la Academia Peruana de la Lengua, la Academia Nacional de Historia y del Instituto Peruano de Investigaciones Genealógicas. Ha merecido la Gran Cruz de la Orden del Sol en el Perú y otros reconocimientos en diversos países. Fue Ministro de Relaciones Exteriores del Perú entre los años 1998 y 2000.

La firma de Umberto Eco

Una vez De Trazegnies conoció a Umberto Eco. Tenía una conferencia en Italia y sabía que Eco estaría ahí, y De Trazegnies llevó su libro *El nombre de la rosa* para que el escritor se lo firmara. Cuando lo encontró, Eco estaba rodeado de alumnos. “Me acerqué, le dije quién era y le pedí su dedicatoria. Me dijo en voz baja que no dijera nada y que lo esperara. Unos minutos después se despidió de los alumnos y me llevo a un rincón. Ahí me explicó: ‘No me gusta hacer estas cosas en público. Me siento incómodo’. Y como lo felicité muy efusivamente por su libro, me dijo con gran sentido del humor: ‘Es simplemente un producto de la andropausia’”.

Fatigar el teléfono de Borges

Cuando la Pontificia Universidad Católica del Perú decidió hacerle un homenaje a Jorge Luis Borges, le correspondió encargarse de invitar al escritor al Perú y de recibirlo y atenderlo. Intentó llamarlo múltiples veces por teléfono, pero no le contestaba. Entonces le escribió una carta haciéndole ver la importancia del contacto, y le dijo que había estado ‘fatigando’ el teléfono sin éxito. Esta vez Borges le contestó haciéndole notar que los teléfonos no se fatigan, que eso solamente pasa con los seres vivos. “Le contesté que esa expresión era una licencia expresiva y que precisamente la había tomado de Jorge Luis Borges. A partir de ese momento, todas las dificultades terminaron”, recuerda entre risas.





Javier Valle Riestra

Si hay algo que caracteriza con gran precisión a Javier Valle Riestra, y que lo hace único y perfectamente reconocible, es su forma de hablar: la amplitud de su vocabulario, el vertiginoso ritmo con el que articula palabras, la profunda elaboración de sus ideas. Es un personaje desbordante y él lo sabe. Se nota desde su nombre: Javier Maximiliano Alfredo Hipólito Valle Riestra González Olaechea. Y, como suele ocurrir, la abundancia de un hombre sabio se refleja también en su biblioteca.

La vocación libresca le viene desde niño. “Los libros no me buscaron, yo los busqué”, asegura. Él recuerda cómo saqueaba la biblioteca de su abuelo materno, Max González Olaechea, quien fuera cinco veces decano de la facultad de Medicina de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. No es difícil imaginarse a un jovencísimo Valle Riestra interesándose prematuramente por los libros. Cuando apenas era un adolescente, comenzó a leer a Víctor Andrés Belaúnde, José Carlos Mariátegui y Víctor Raúl Haya de la Torre, quien se convertiría en su mentor. Todos estos, libros que muy pocos se atrevían a leer en aquellos turbulentos años de la República.

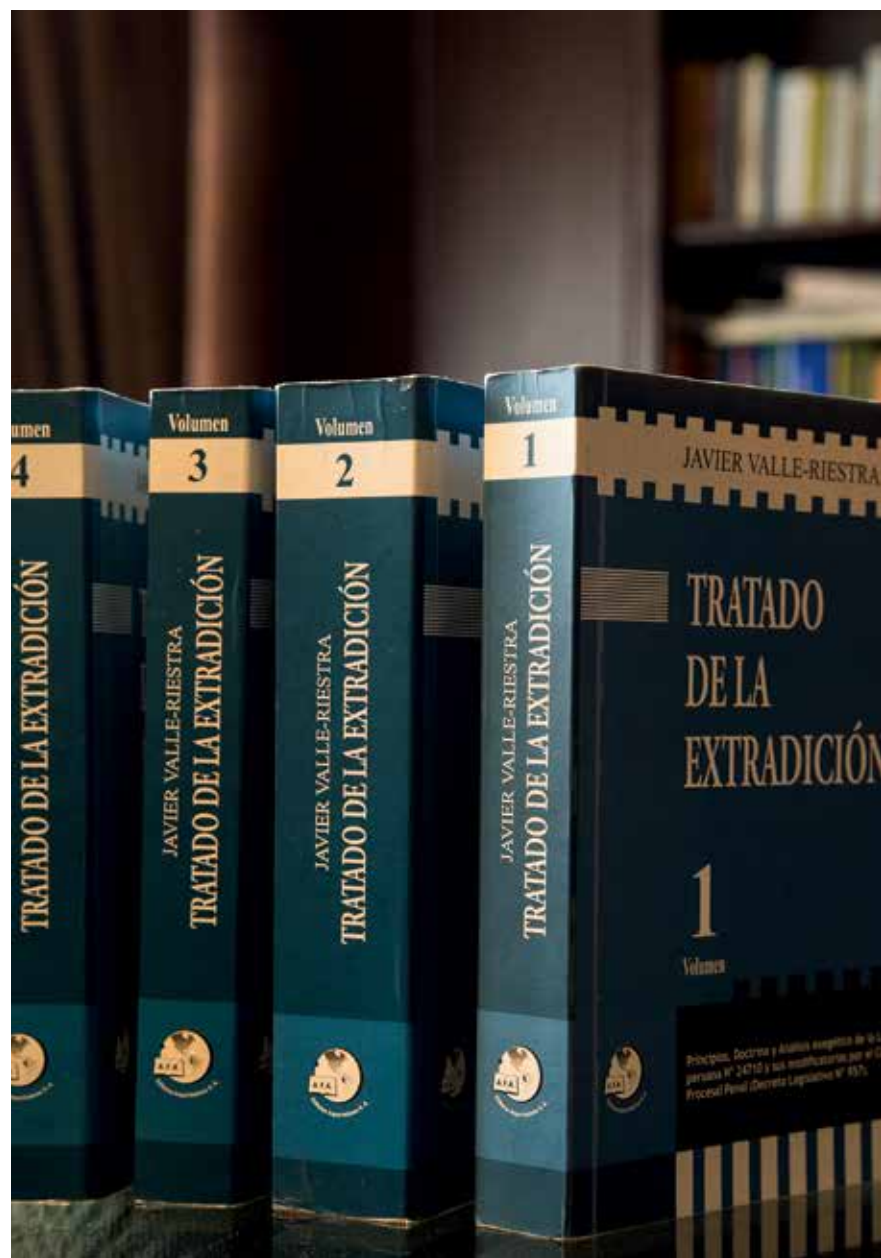
“La biblioteca es la más democrática de las instituciones”, dijo alguna vez la Nobel de Literatura Doris Lessing. Es lógico entonces que Valle Riestra, quien ha sido un férreo defensor de la democracia a lo largo de toda su trayectoria, sea un apasionado bibliófilo. Su biblioteca central se halla en su oficina: más de 10.000 volúmenes adquiridos en casi 60 años de ejercicio de la abogacía. Todos están perfectamente apilados en estantes empotrados en las paredes, aunque confiesa que no están catalogados y que pronto empezará a ficharlos. Guarda especial afecto por sus libros sobre Derechos Humanos, y cuenta también que posee un gran número de títulos sobre teorías de la extradición, “un vocablo que empezó a usarse a comienzos del siglo XIX”, agrega con impresionante bagaje histórico.

Precisamente, adquirió gran parte de su colección durante los siete años en que estuvo exiliado en España, en los días del régimen de Juan Velasco Alvarado en el Perú. En esa época, el Gobierno peruano pidió a Madrid la extradición de Valle Riestra, pero esta fue rechazada. Por eso, la historia de su biblioteca también es la historia de un desplazamiento, de un lector que se mueve por el mundo junto a sus libros.

Aparte de la gigantesca biblioteca que conserva en su estudio, este hombre de leyes posee otra en su casa, más pequeña, de unos mil títulos, pero que guarda como un auténtico tesoro. Cuenta con una persona que cada cierto tiempo acude a limpiar los libros y clasificarlos. Y, desde luego, su relación con ellos es íntima: lee en promedio tres horas al día y ha llegado a entrar en desesperación







cuando alguien ha robado algún ejemplar. "Por dicha razón, esta biblioteca no la comparto con nadie", sentencia.

Valle Riestra es supersticioso: nunca pasa debajo de las escaleras y le tiene miedo a ciertos números. Además, tiene algunas manías, como vestir únicamente camisas azules. En cambio, con las lecturas es más tradicional. Suele comprar tanto en librerías establecidas como a libreros de viejo. Pero lo suyo siempre será el papel, pues admite llevarse muy mal con la tecnología y considera la digitalización de los libros como un proceso antinatural. "Soy un hombre del siglo XIX", dice.

Por supuesto, Valle Riestra no solo lee, sino también escribe. Además de haber publicado varios títulos sobre Derecho, es conocido su trabajo en la redacción del libro de libros de una Nación: la Constitución Política, en su versión de 1979.

Pese a toda esa inagotable trayectoria, Valle Riestra se califica a sí mismo como una persona solitaria, "misántropa y socialmente antipática", que considera como única amiga verdadera a su mujer. Y es ella, Rosario Denegri, quien heredará su fabulosa biblioteca. Porque Valle Riestra no tiene hijos y porque su esposa es la única persona que podría entender una relación tan intensa y privada con los libros. "Sin ellos sería un ser disminuido y mediocre", afirma, siempre categórico, con la última frase en la boca: "Sin libros no existo".

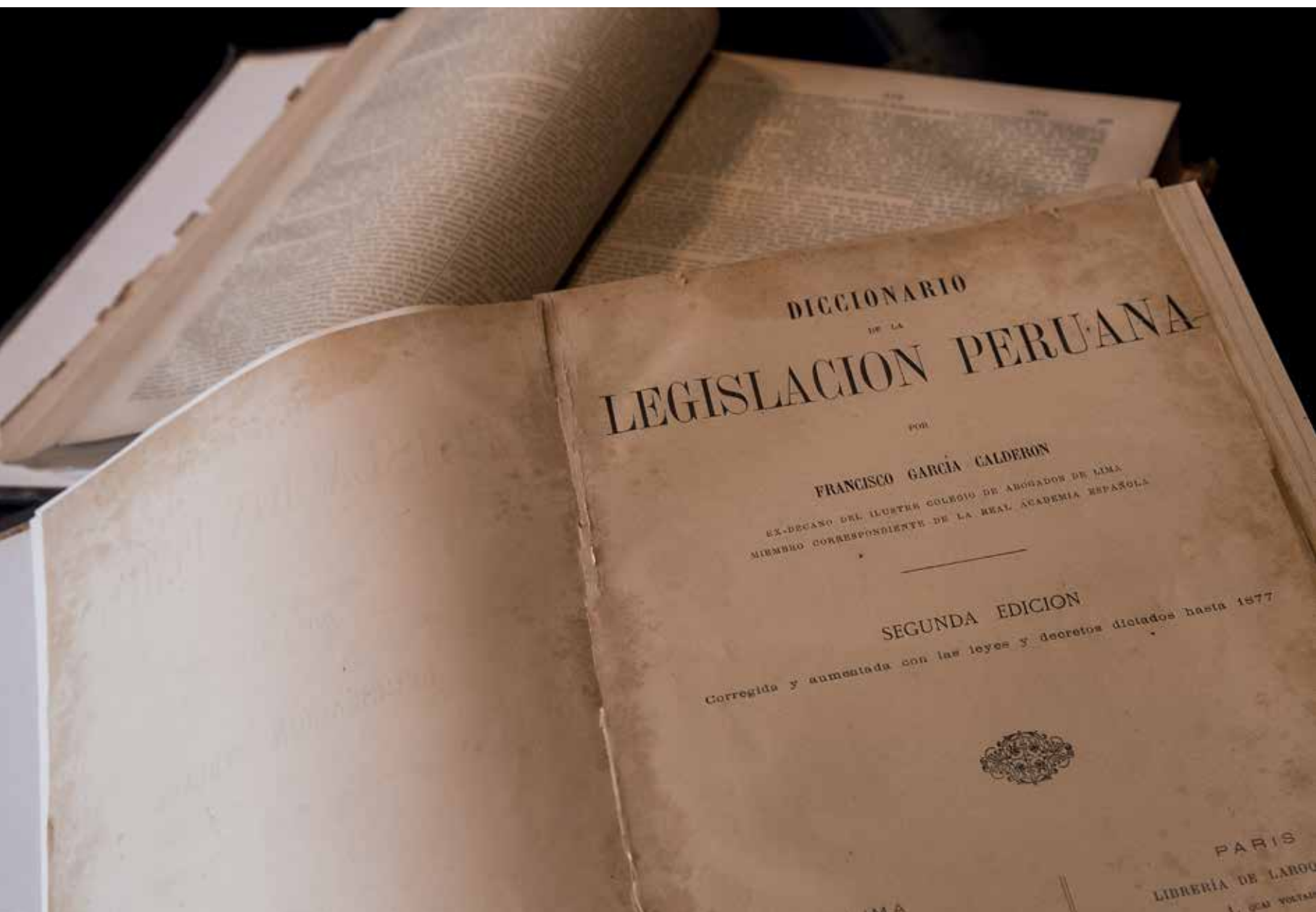
Javier Valle Riestra es un abogado, constitucionalista y político. Estudió en la Pontificia Universidad Católica del Perú y realizó un doctorado en la Universidad Complutense de Madrid. Es uno de los miembros más antiguos y reconocidos del Partido Aprista Peruano, y a lo largo de su carrera se ha desempeñado en diversos cargos públicos, como presidente del Consejo de Ministros, senador y diputado de la República.

Por siempre joven

Javier Valle Riestra busca mantenerse siempre en buen estado. A sus más de 80 años sigue siendo un activo ciclista. Pero su juventud es también intelectual, de allí su admiración por Manuel González Prada, en particular por sus obras *Páginas libres* (sic) y *Horas de lucha*, y por su famosa consigna: "¡Los viejos a la tumba, los jóvenes a la obra!".

Un lector apasionado

El jurista y político es un amante de la belleza femenina y un galante de antaño. Por ese motivo, recomienda siempre la lectura de obras con gran carga pasional, desde las novelas de Balzac hasta el erotismo indio del *Kamasutra*.



Testigos y protagonistas

“Lecturas de
nuestro tiempo”



Pedro Benvenuto Murrieta

Quienes lo recuerdan, no creen que Pedro Benvenuto haya sido un bibliófilo; sin embargo, guardaba algunas joyas que cualquier aficionado a los libros quisiera tener: la primera edición de *Trilce*, de César Vallejo, y un ejemplar de *Lima Fundada*, del siglo XVIII, además de varios ejemplares valiosos del siglo XVII. Sus amigos lo recuerdan como *El Quijote*, no solo por su apariencia física, sino sobre todo porque era un apasionado de la novela de Cervantes. Aún conserva su colección en diversos idiomas: ediciones en inglés, alemán, sueco, francés, italiano, japonés, chino y hasta georgiano. Todos los días limpiaba su biblioteca libro por libro, página por página, en un ritual que incluía kerosene para proteger los volúmenes de las polillas. “No se contentaba con pasar un plumero, sino que sacaba los libros para limpiarlos página por página. Era muy minucioso con ese tipo de detalles”, dice Carlos Gatti Murriel, su gran amigo y profesor del Departamento de Humanidades de la Universidad del Pacífico. Dicen que Pedro Benvenuto no era un bibliófilo, pero amaba los libros como si lo fuera.

Hoy su biblioteca se encuentra en la Universidad del Pacífico, donde él fue rector. El salón intenta reflejar la biblioteca original de Benvenuto con fotos, estampas y su escritorio. El grueso de la colección está dedicado a Lima y al Perú, porque Benvenuto era amante del país en todas sus vertientes, hispánica e indígena: se especializó en peruanismos, e incluso su primer libro —publicado cuando tenía dieciséis años— propone una lista de modismos peruanos que él fue descubriendo poco a poco. La biblioteca cuenta con más de

4.500 obras desde el siglo XVII hasta al XX, de gran valor histórico e importancia para la investigación. Posee una colección de documentos y autógrafos del poeta Martín Adán, ediciones príncipe de diversos escritores peruanos, revistas nacionales de fines del siglo XIX, así como colecciones de catecismos, devocionarios, estampas, fotografías y volantes políticos que circularon entre 1921 y 1978. También se aprecian objetos de arte. Benvenuto desarrolló un especial afecto por los objetos de la cultura tradicional peruana, y por eso uno puede encontrarse en la biblioteca con artesanía antigua: una gran cantidad de huacos, objetos en madera maguey, artesanía monjil o escapularios. Entre ellos hay uno de Santa Rosa y un Corazón de Jesús. Destaca también un escapulario que contiene una reliquia de San Martín de Porres.

Benvenuto vivió en una casa antigua en el Centro de Lima, que prácticamente convirtió en una biblioteca. A cada ambiente le dio un nombre. Estaba la Sala de Trámite, en donde se registraba todo libro que llegaba. Lo mismo ocurría cada vez que salía un ejemplar: Benvenuto anotaba a quién se lo había prestado. También se encontraba la Sala Arbulú, en homenaje a Ricardo Arbulú, compañero suyo y director de la Biblioteca Nacional. Y por último estaba la Sala Riva Agüero, en homenaje a quien consideraba su maestro: el intelectual José de la Riva Agüero y Osma. En este salón, Benvenuto solía reunirse con sus amigos. Carlos Gatti Murriel cuenta que el registro que se encontraba en la Sala de Trámite era muestra de la educación de una persona que leía mucho y ordenaba sus





libros con cuidado, y un fiel reflejo de su personalidad. Coleccionaba cuanto folleto político o panfletito repartían en la calle. Una biblioteca personal siempre exterioriza la intimidad más profunda de un hombre.

Benvenuto no era un lector egoísta. Cuando un libro lo emocionaba, no tenía reparos en prestarlo o incluso regalarlo. Carlos Gatti recuerda que, como Benvenuto no tenía ejemplares de sus propios libros, llegaba al extremo de comprarlos para ofrecerlos como obsequio. Según sus amigos, Benvenuto daba igual importancia a todo el que llegaba a su casa. "Fue de ese reducido grupo de personajes que destacó por su amor a los libros, a la vida académica y por brindar desinteresadamente ayuda a cualquier persona a la que lo necesitara", dice Gatti. Sus amigos lo recuerdan como una persona que le gustaba socorrer a los demás. Por eso recibía con gran amabilidad a todos los que iban a su casa. Y su biblioteca no fue la excepción. Con los años, este ambiente se convirtió en una especie de peña. Todos los días se reunían por lo menos cinco personas para conversar sobre temas políticos, intelectuales o de sus propias vidas. "Eso sí —dice Gatti— a las diez de la noche Pedro daba señales de que tenía que descansar y todos nos retirábamos".

Siempre se caracterizó por su constancia y minuciosidad. Cuando enseñaba en la universidad, Benvenuto corregía examen por examen de un modo tan detallado, que marcaba los errores con colores distintos (según la falta que se cometiera). No había prueba en la cual no escribiese párrafos con todo tipo de recomendaciones. Ello evidenciaba una total dedicación a sus alumnos, quienes a su vez le correspondían con mucho respeto: no lo llamaban profesor o doctor, sino "don Pedro".

Jorge Wiese Rebagliati, también amigo y profesor del Departamento de Humanidades de la Universidad del Pacífico, dice que, aunque en esta universidad la vocación tiende más hacia las Finanzas y la Economía, Benvenuto valoraba las Humanidades por encima de todo. Ese fue su gran legado. Wiese recuerda además su alegría: "Era un hombre con una chispa limeña que captaba la ironía y las situaciones ridículas de inmediato. Era agilísimo de mente". Pedro Benvenuto falleció a los sesenta y cinco años. A su funeral asistió una multitud, entre alumnos, profesores y demás personas que pertenecían a distintos sectores sociales. Hoy esas mismas personas se siguen reuniendo en la biblioteca que Benvenuto heredó a esos discípulos que nunca conoció.



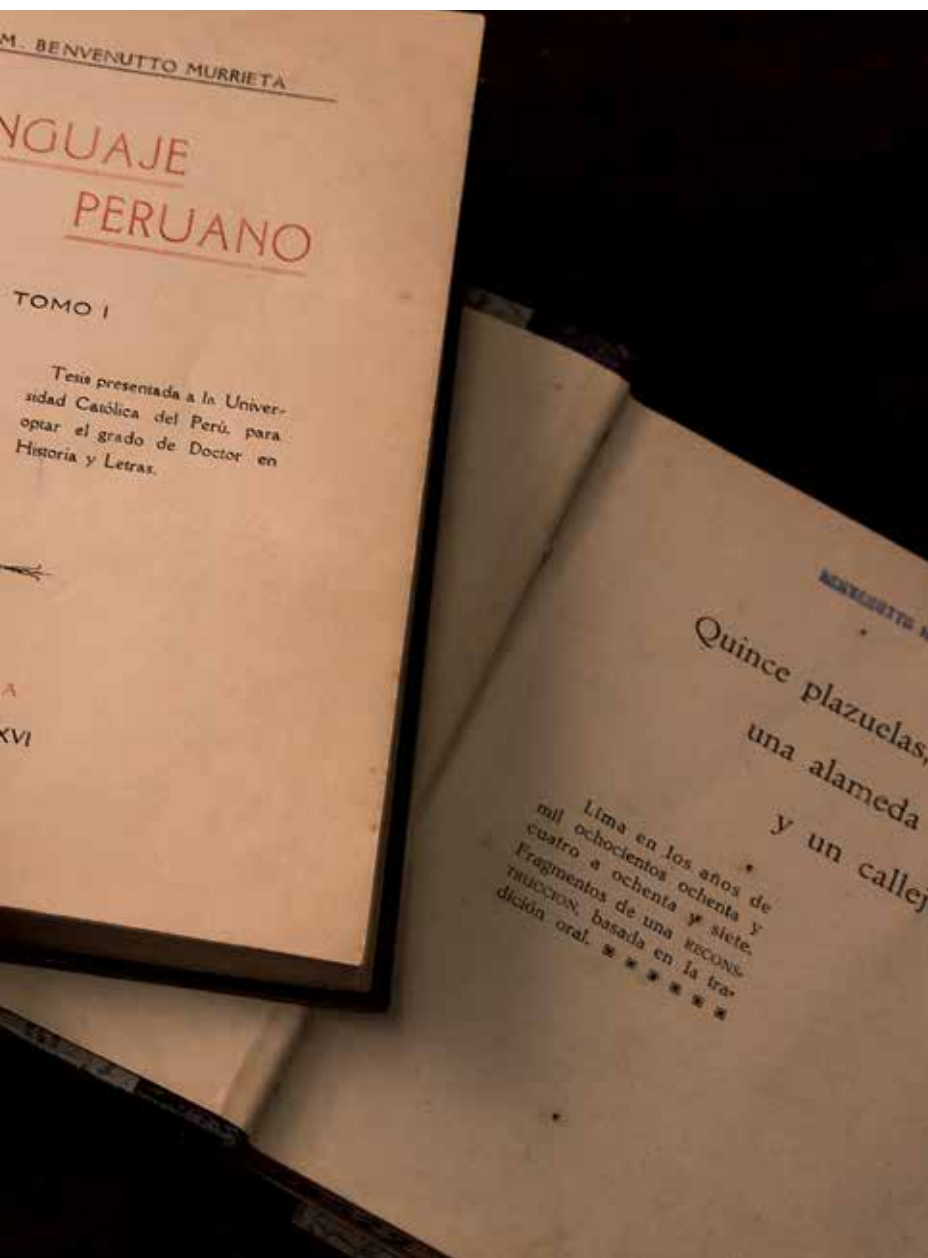
Pedro Benvenuto fue un docente universitario e intelectual peruano. Ocupó el cargo de rector en la Universidad del Pacífico y también fue nombrado Rector Emérito en 1978. Publicó los libros *El lenguaje peruano* y *Quince plazuelas, una alameda y un callejón*. Fue un especialista en peruanismos.

El banquete

Con tan solo 16 años, publicó *Quince plazuelas, una alameda y un callejón*. La publicación de este libro hizo que José de la Riva Agüero, quien ya era una persona mayor y respetable, organizara un banquete en homenaje al joven autor. En dicha reunión se presentaron todos los platos que se habían mencionado en la obra; sin embargo, no se pudo preparar lo que se conocía como el sanguito de ñaju.

Peruanismos

Benvenuto extraía gran parte de sus modismos de cartas que intercambiaba con personas de diferentes provincias, quienes le contaban cuáles eran las expresiones que se usaban más a menudo. Eso sucedió con la palabra "acholado", que significa "el que se intimida". Benvenuto dejó un fichero básico para un diccionario de peruanismos, el cual preparó durante 40 años pero no pudo publicar.



Federico Camino Macedo



Imposible imaginar la vida de Federico Camino sin libros a su alrededor. Desde niño, su felicidad ha estado condicionada a las horas de extravío dentro de una biblioteca. Su padre tenía una en su estudio, mientras su madre, la escritora María Rosa Macedo, atesoraba otra en casa. Precisamente, si toda tradición es una suma de influencias, la suya por la lectura posee un gen nítidamente familiar. "Al ingresar a la universidad, mi madre me abrió cuentas en las cuatro librerías más importantes que había en Lima: Studium, Internacional, Mejía Baca y Garcilaso. Entonces, al salir de mis clases en la plaza Francia, iba directo a sacar libros. Eso, de hecho, fomentó mi bibliomanía", recuerda.

Hoy, este excepcional alumno de Jankélévitch, Derrida y Heidegger, y profesor de Filosofía de la Pontificia Universidad Católica del Perú por más de cuatro décadas, hace honor a una de sus más profundas filias: su hogar es, sin más, una biblioteca, una vivienda miraflores tapizada de libros donde gran parte de lo acogedor y entrañable proviene de esa monumental colección de títulos y ejemplares diversos, muchos de ellos heredados de sus padres. Por eso, no extraña su radiante presencia en el lugar. Es allí donde pertenece. Y él parece confirmarlo leyendo largas horas al día, preparando sus clases o revisando sus textos en esos ambientes nunca mejor dispuestos para la actividad intelectual.

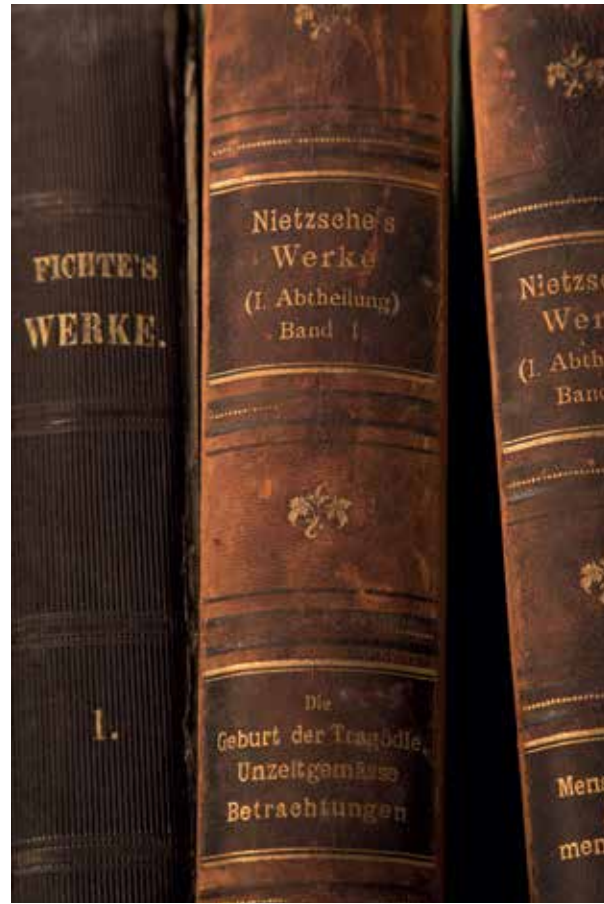
Los libros en el segundo piso de la casa están consagrados a la Filosofía. Posee, por ejemplo, un estante dedicado a Aristóteles. Dentro de su especialidad, su autor de cabecera es Martin Heidegger,

filósofo que lo ha motivado y al que vuelve una y otra vez para nutrir sus cursos. Otra debilidad es Chéjov: cuenta con una primera edición y publicaciones inéditas en español del clásico ruso.

"Fico" puede ser considerado un coleccionista, pero es, sobre todo, un lector. Uno de los buenos. Aquellos que no temen ir por donde las páginas más azarosas lo lleven. Por eso no es tan remoto su sueño de ser recordado como "el hombre que amó a los libros y a las mujeres", acaso no en ese orden. Su temeridad se revela en el tránsito veloz de sus lecturas: pasa con facilidad de un tomo de historia grecolatina al tono confidente de un poemario. No duda en admitir que "le interesa muchísimo la poesía. No solo Vallejo, Adán y Cisneros, sino también los románticos ingleses, que son fabulosos". Con ese entusiasmo, nombra, rendido, a Borges y habla maravillas del escritor ilustrado español Juan Pablo Forner.

Esta devoción por la Literatura ha definido algunas de sus amistades, entre las que se incluyen nombres capitales de las letras peruanas, como Mario Vargas Llosa, Alfredo Bryce Echenique y Julio Ramón Ribeyro. De este último, Camino pone en práctica con los suyos una de sus grandes prosas apátridas: "Cada amigo es dueño de una gaveta escondida de nuestro ser, de la cual solo él tiene la llave...". Además, en su biblioteca, la mayoría de libros de Bryce inician con una dedicatoria tan emotiva como personal del autor. Más allá, una joya resalta sin rodeos: el segundo ejemplar de la primera edición de *La ciudad y los perros*, de Mario Vargas Llosa.





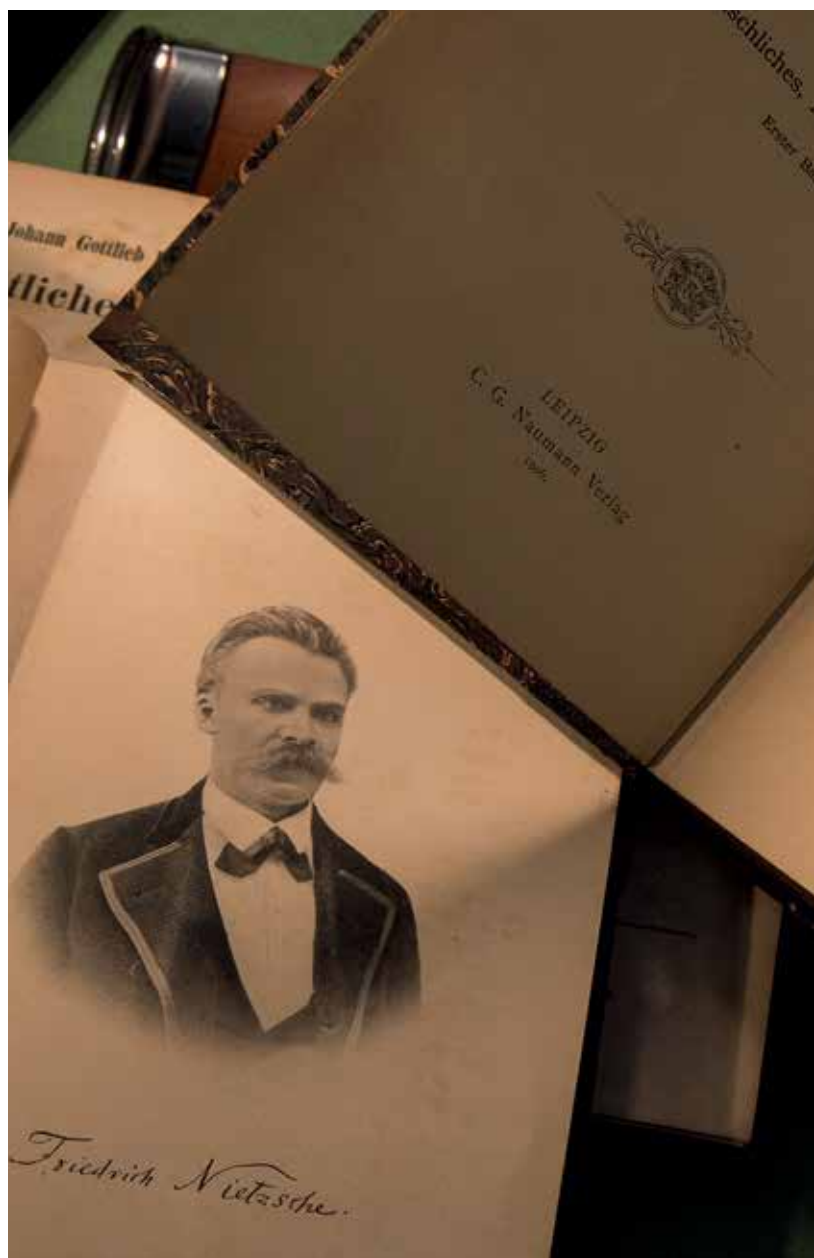
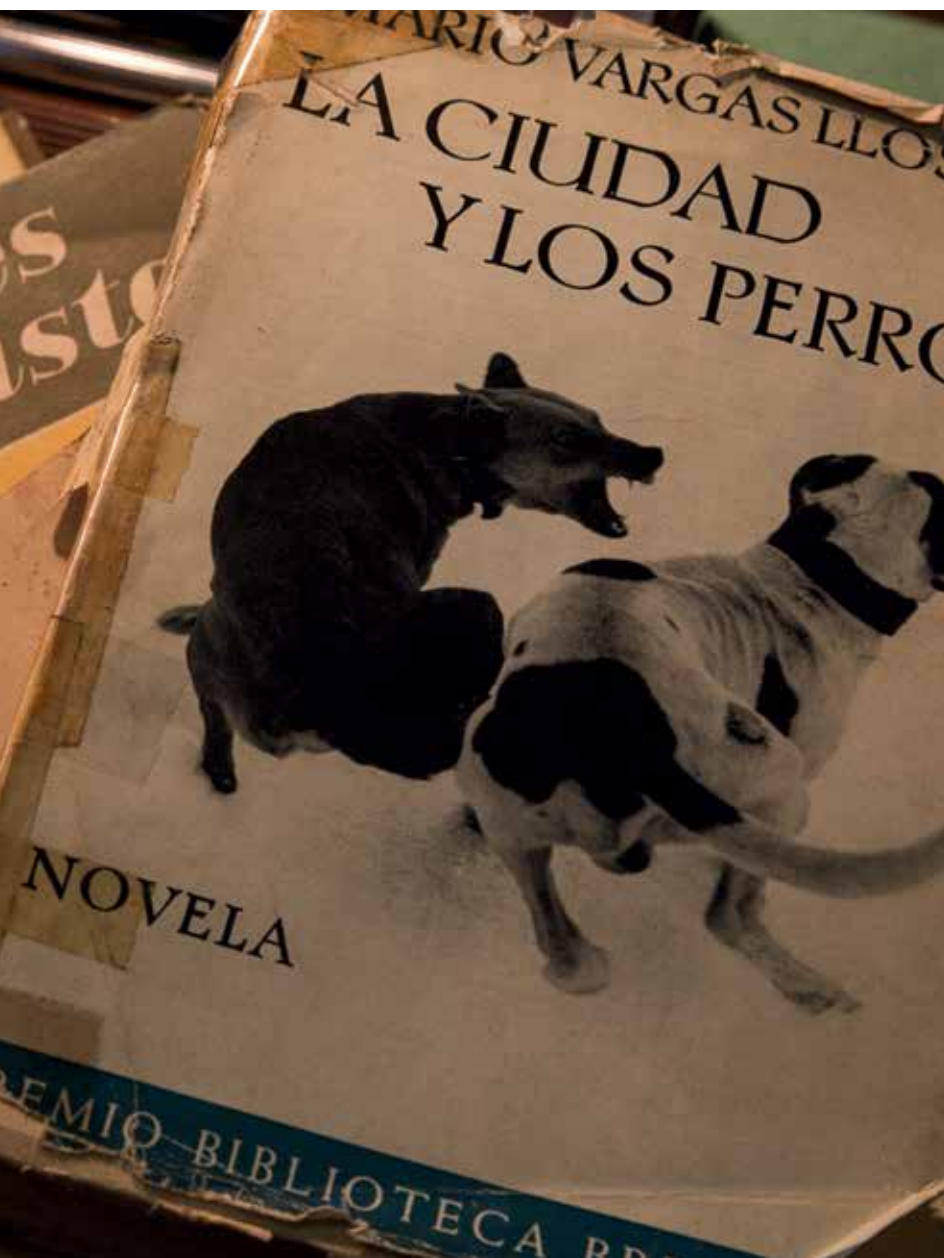
Cuenta Camino que la amistad con el Nobel peruano se afianzó cuando se fue a vivir a París y su madre, preocupada por su futuro, decidió actuar de inmediato: le pidió a su hijo que buscara a Vargas Llosa, ya instalado en la capital francesa, y le entregara un mensaje en el que, entre otras cosas, le pedía al escritor para que "cuidara a Federico en la ciudad del pecado". Era 1961, y la química entre ambos fue espontánea.

Dos años más tarde, en una Navidad junto a su esposa Cecilia, Camino recuerda que recibió la visita en su departamento de Vargas Llosa y de Julia Urquidí, con quien estaba casado entonces. Emocionado, el novelista traía bajo el brazo una copia de *La ciudad y los perros*, y los miró con detenimiento antes de anunciarles: "Es el segundo ejemplar que he recibido y quería dárselo a ustedes". Para finalizar la escena, lo firmó con una dedicatoria muy cariñosa. Camino no tuvo que esperar mucho para que el presente se convirtiera en una genuina pieza de colección. Por presión del Gobierno peruano, en las librerías de España se requisaron todas las copias de esa primera edición. En Lima, la novela fue considerada "abominable",

y desencadenó una serie de vetos e, incluso, quemas del libro. Por tamaño odisea, el regalo ocupa un lugar preferencial en la biblioteca del filósofo. "Mario tiene el primer ejemplar jamás publicado y yo conservo el segundo", señala, como quien comparte un secreto.

El libro como estímulo, inspiración para los sentidos. Esa es la mejor definición que tiene "Fico" para describir la experiencia de la lectura. El olor —gracias al cual es capaz de definir el origen francés, inglés o alemán del ejemplar—, la textura, el sonido de las páginas, todas son muestras de un territorio de sensaciones donde el misterio y el encantamiento de la vida confluyen sin frenos. Novalis decía que "la Filosofía no era sino nostalgia, un deseo apremiante de encontrarse en casa". Y en ese espacio sagrado, Camino se encuentra cobijado, rodeado de sus fieles compañeros.

Si para Nietzsche filosofar era vivir en la intemperie y en la más absoluta soledad, en su caso, Camino mira el mundo desde otra perspectiva. Desde otra ventana. Una que tiene la forma de una biblioteca y se siente y respira como un hogar.



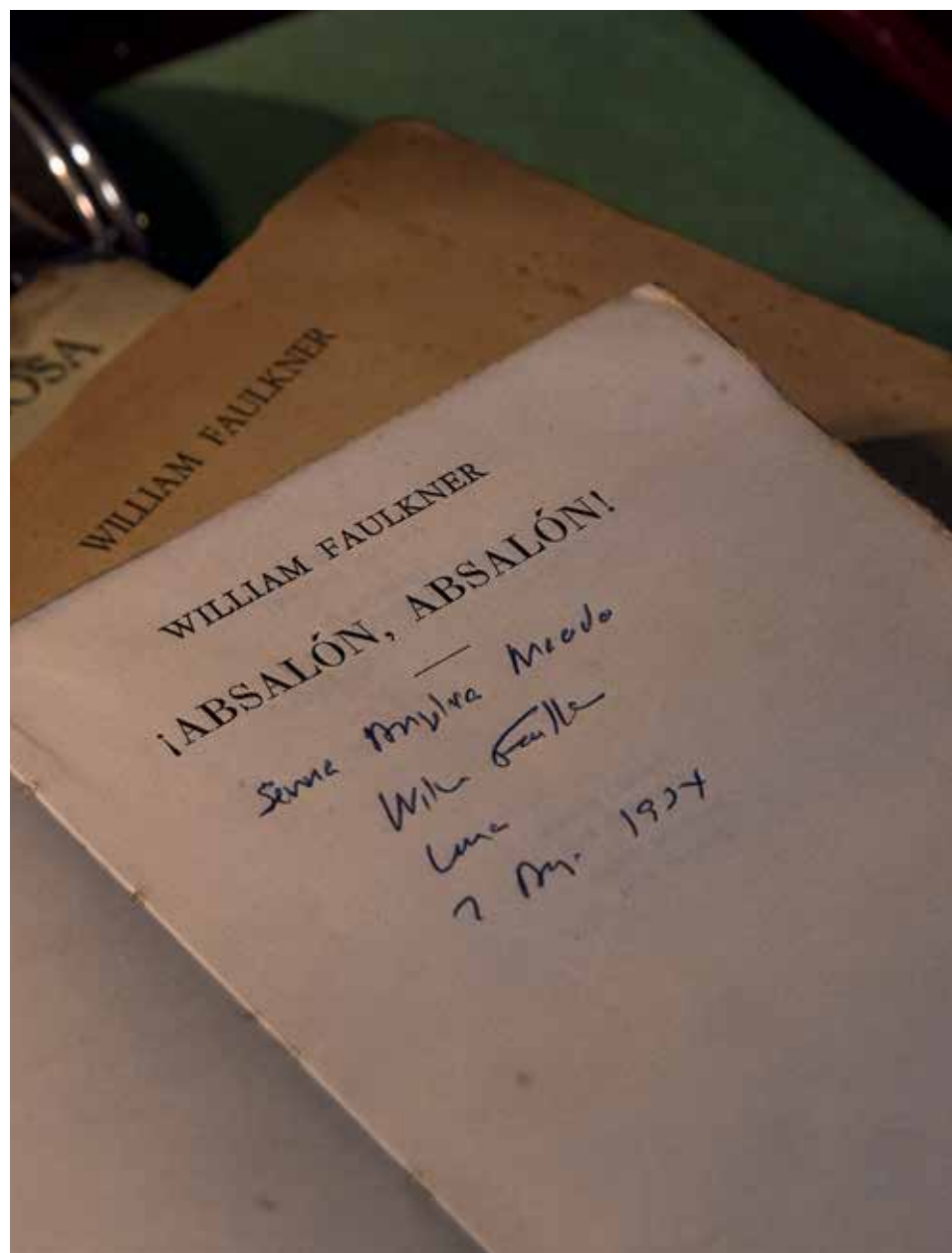
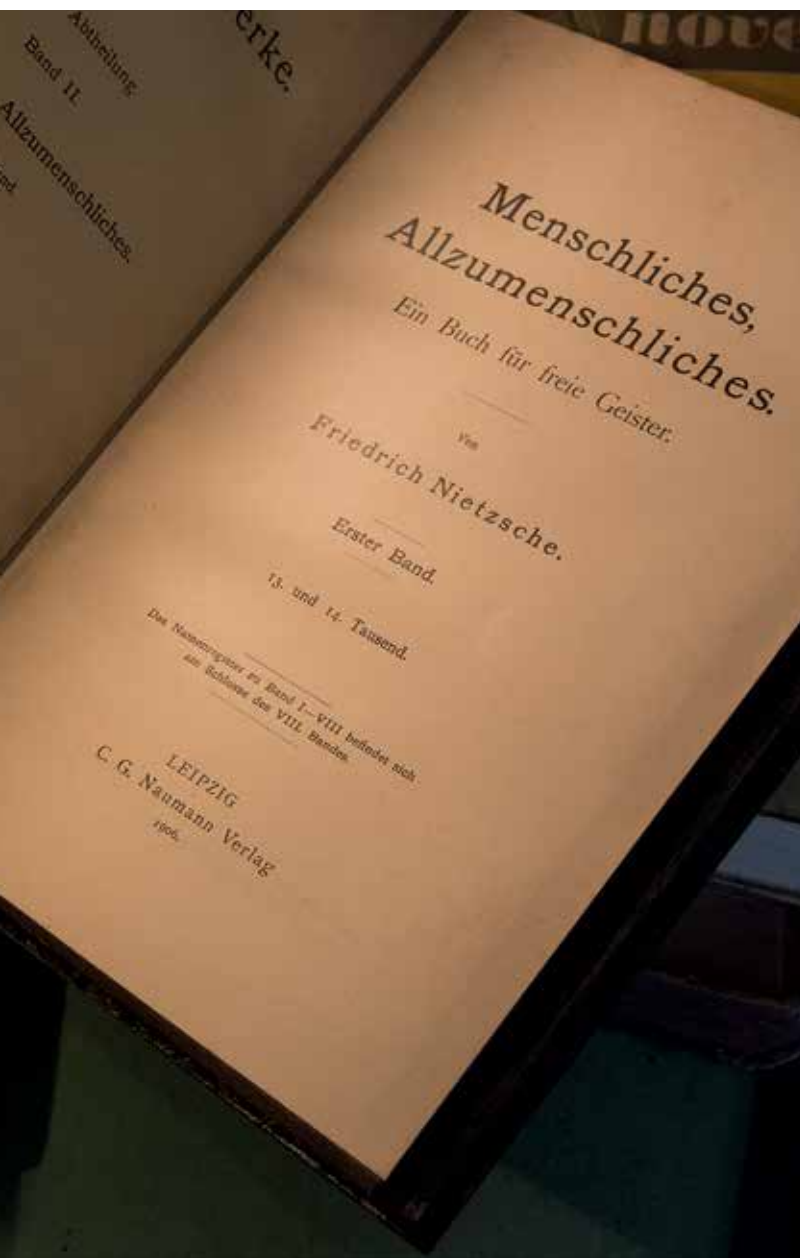
Filósofo por La Sorbona de París, Federico Camino Macedo estudió en Lima y en las ciudades alemanas de Bonn y Munich. Ha dedicado su vida a la enseñanza y a una importante producción académica. Ha sido miembro del Comité Editorial de la revista *Areté*, y del Círculo Latinoamericano de Fenomenología. Ha traducido *El habla* de Heidegger (1989) y publicado diversos trabajos sobre Filosofía antigua, moderna y contemporánea.

Primer tesoro

El uruguayo Constancio C. Vigil fue uno de sus autores predilectos en la infancia. Gracias a sus padres, un pequeño Camino Macedo pudo conocerlo en Argentina. El encuentro fue inolvidable y concluyó con el escritor dedicándole uno de sus libros.

Tragedia griega

Bibliófilo y apasionado por su especialidad, Camino considera el incendio de la Biblioteca de Alejandría como uno de los desastres de la humanidad. "Se perdió para siempre buena parte de los escritos de los grandes filósofos griegos. El único autor de la Antigüedad cuyas obras tenemos completas es Platón. Del resto solo conservamos una fracción, lo que es una verdadera tragedia", señala.





Frederick Cooper

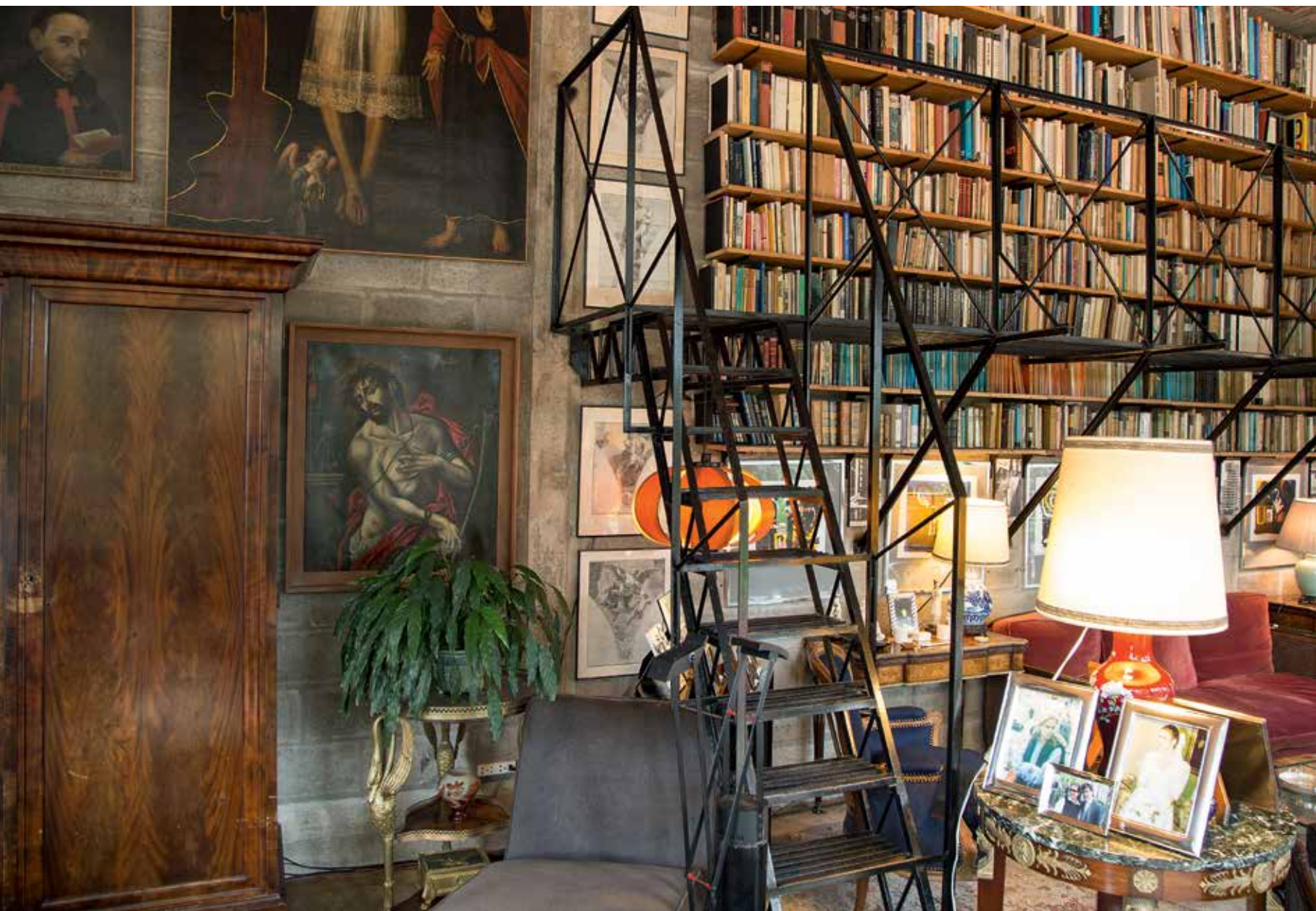
Al arquitecto Frederick Cooper le gusta perderse en las bibliotecas. Para él, vagar a solas entre los estantes es una experiencia. Hay un vínculo entre nosotros y los libros que observamos, que acariciamos, que elegimos, que nadie más conoce y que solo se produce en la intimidad de la soledad. "Deambular por una librería, hurgar entre sus libros, leer algunos fragmentos y, finalmente, decidirte por un ejemplar porque tienes la intuición de que te puede seducir, es algo incomparable", afirma el arquitecto. Cooper es un hombre con tres pasiones: la arquitectura, la música y la lectura. Las tres son indisolubles y todas han forjado su carácter, como hoy lo refleja su biblioteca.

Hace más de cuarenta años, este prestigioso arquitecto y decano de la facultad de Arquitectura de la Universidad Católica del Perú mandó construir la casa que hoy alberga su biblioteca. Esta ocupa un nivel elevado y alargado de la parte frontal de la sala, con vista a un frondoso jardín a través de grandes ventanales que llenan el espacio de luz. La biblioteca, con acabados de madera y con un sistema de escaleras y balaustradas de fierro, se integra completamente a la sala.

Cuando construyó la casa, la explosión urbana de Lima ya había comenzado. Cooper estudiaba en la Universidad Nacional de Ingeniería, que quedaba muy cerca de una zona en la que se había

desarrollado un sistema constructivo de bloques de vidrio con las viguetas intermedias. Entonces decidió emplear el mismo sistema, pero diseñando con mayor precisión la armadura de la casa. Se inspiró además en el Brutalismo, que consiste en dejar los materiales expuestos. También le pareció que podía alternar con la albañilería de la casa. Al mudarse, Cooper diseñó la estructura de la biblioteca a modo de espacio de conversación, como en la sala de la casa. Ahí colocó los libros que menos consultaba, porque los de mayor uso están en la universidad o en el estudio del segundo piso. Cooper ha reunido principalmente libros de Arquitectura contemporánea e histórica, libros de consulta que, por su tamaño, interés formal o calidad del libro, quiso preservar. También están los libros de teatro de su esposa, María Amelia, las obras que ella hizo y toda la literatura.

La afición de Cooper por la lectura empezó en el colegio, aunque sus padres no fueran personas especialmente interesadas en ella. De chico no tenía un temperamento deportista ni era aficionado a las fiestas, pero sí era bastante conversador. Ahí se hizo amigo de personas con intereses literarios parecidos a los suyos, como Federico Camino, Jorge Capriata o José Montoya. Más tarde, ya en la universidad, del campo de la Arquitectura se derivó un interés por la Historia y por los ensayos, así como por la crítica arquitectónica peruana y universal.

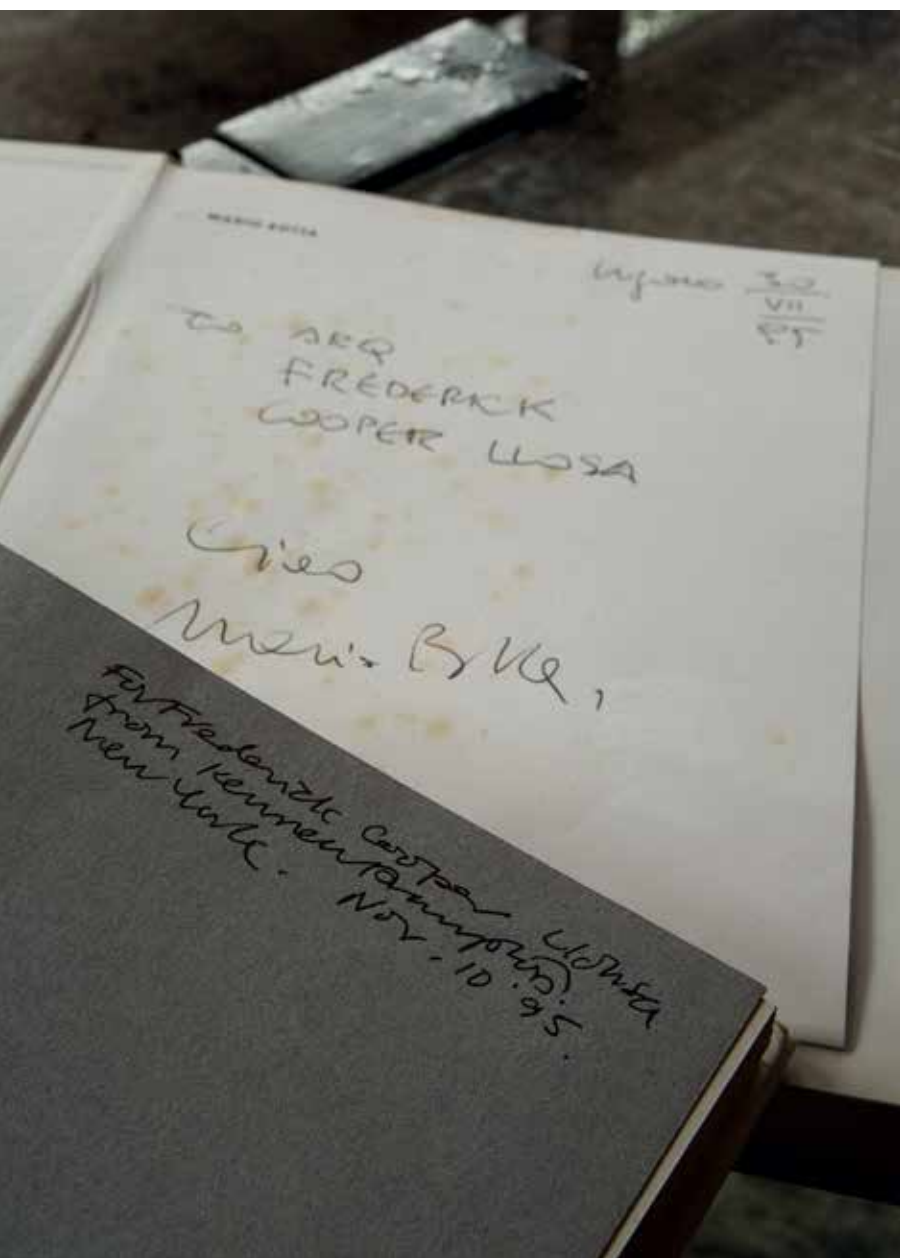




El paso del tiempo y las nuevas tecnologías han hecho que cambie nuestra relación con el libro. Un día Cooper explicaba a sus alumnos sobre el decaimiento de la importancia de la lectura en el mundo universitario. "Yo les decía esto: 'Ustedes probablemente piensen que soy una especie de troglodita o de carcamán, pero yo creo que la relación entre la función literaria y la intimidad de uno mismo pasa por la sensualidad con la que uno se relaciona con los libros. No me interesa tener dos mil títulos guardados en un USB. Prefiero ver mis dos mil títulos y, de pronto, al estar caminando y ver un libro, acordarme del momento en que lo leí o recordar un capítulo", cuenta. Cooper es un romántico que encuentra una especie de erotismo en el acto de tomar un libro entre las manos y hojearlo.

Una de las cosas que más perturba a Cooper sobre la aceleración que ha impuesto el orden digital es la forma en que ha triturado el tiempo. Antes, uno disponía de cierta holgura para poder emplear su ocio creativamente o en forma gratificante. Ahora estamos asediados por internet, por el e-mail, por el celular, por la idea de que hay que estar constantemente "haciendo cosas". Según Cooper, "uno necesita tiempo para no hacer nada. No hacer nada para mí quiere decir hacer lo que tú quieres, pero nada necesariamente productivo. Y la mayor víctima de eso es la lectura".

Frederick Cooper piensa heredar su biblioteca a la PUCP. Por eso le ha pedido ayuda con la catalogación. "Yo he sido fundador de la Escuela de Arquitectura de la Universidad Católica. Mi biblioteca, en términos de arquitectura, es bastante completa y me gustaría que mis libros pasaran a la universidad". De esta manera busca permitir que otros experimenten como él la sensualidad de tener un libro entre las manos.



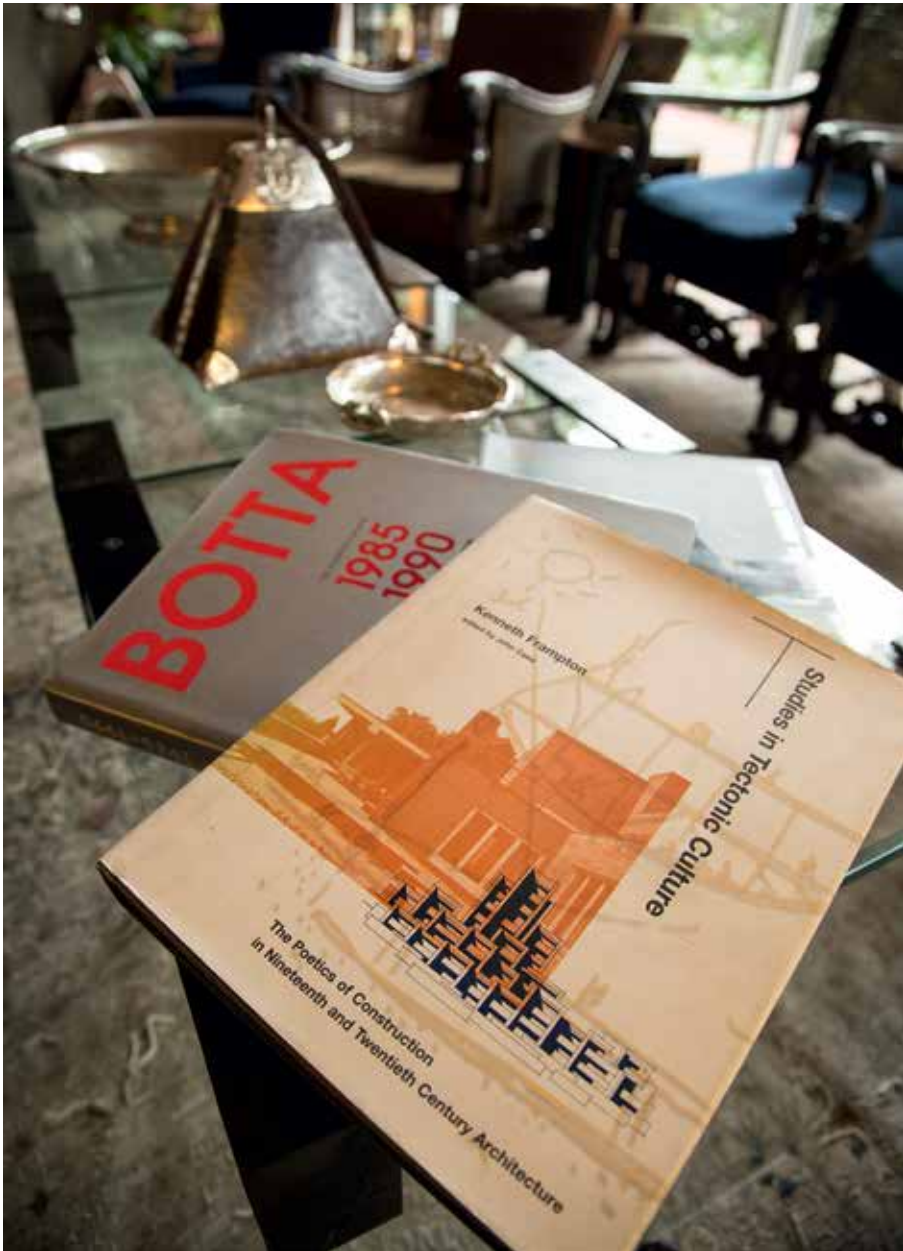
Frederick Cooper es un destacado arquitecto peruano. Es decano de la facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Pontificia Universidad Católica del Perú, en donde enseña Historia de la Arquitectura de la Antigüedad y Arquitectura Comparada. Ha sido director del Instituto de Arte Contemporáneo y director fundador del Instituto Nacional de Cultura. Ha sido promotor y crítico de la Arquitectura en medios como *El Comercio* y *La República* en el Perú, y *El País* en España, así como en numerosas publicaciones especializadas en Arquitectura y Urbanismo.

Amistades de peso

En la universidad, cultivó amistad con escritores de la talla de Javier Heraud, Sebastián Salazar Bondy y José Miguel Oviedo. Con ellos despertó una curiosidad por la lectura ya no solamente de temas arquitectónicos, sino también de Filosofía, de Literatura o de Poesía.

Arquitectura de autor

La biblioteca de Cooper fue erigida en el sentido de la economía razonable, algo que él aplica en todos sus proyectos. Por eso la diseñó con unas platinas de fierro, que son las más delgadas. En ese espacio le gusta leer con un trago cuando las cosas están tranquilas; de lo contrario, se refugia en su estudio del segundo piso, también abarrotado de libros.



Augusto Ferrero Costa



Al estar en la biblioteca de Augusto Ferrero Costa uno siente que todos los personajes de la historia están conversando con nosotros. Por lo general en una biblioteca se encuentran libros de Napoleón, Trotsky, Fidel Castro, Mandela o títulos sobre los presidentes del Perú o los novelistas del siglo XIX. En la biblioteca de Augusto Ferrero Costa, en cambio, nos encontramos con todos ellos, pero en letra viva, con documentos que alguna vez les pertenecieron o que firmaron, usaron o tocaron. Parece no haber límites en ese espacio donde distintas disciplinas, épocas y protagonistas de la historia comparten los archivos del doctor Ferrero Costa.

Cuando lo escuchamos hablar de sus personajes predilectos, nos apasionamos con él y nos deslumbramos por el nivel de erudición que llega a tener de algunos de ellos, producto de la admiración y el cariño. Hay uno, entre todos, al que ha dedicado más tiempo y esfuerzo: Napoleón Bonaparte; posee archivos, documentos y cartas no solo de Napoleón, sino de su entorno más cercano. Toda la familia Bonaparte ha sido investigada al detalle. Al lado de los documentos, el doctor Ferrero Costa posee retratos y cuadros de la época que los ilustran. Si bien este gran acervo documental tiene treinta y cinco años, el Archivo Bonaparte le ha costado cinco años de arduo trabajo, reuniendo documento por documento en casas de subasta de París, Londres y Nueva York. "Napoleón es el personaje más importante de la historia", sentencia Ferrero Costa.

La historia de su Archivo Bonaparte empezó un día común y corriente en París: "Mientras caminaba por la rue Bonaparte, encontré en una librería un documento de Napoleón. Para mí era imposible que yo pudiera ser propietario de un texto de este tipo. Me lo compré de inmediato. Fue mi primer documento. Y luego empecé a comprar más hasta que un día me dije: 'Si los personajes de la historia de Napoleón fueron treinta (y yo ya tenía unos veinte documentos), debería completar la colección'. Y eso fue lo que hice". Todos los grandes personajes de la época tienen un lugar en el Archivo Bonaparte. En el camino le han ocurrido cosas pintorescas, como cuando compró un documento de Joseph Ignace Guillotin.

El documento era real, pero no se trataba del creador de la guillotina, sino de otro Guillotin. Las firmas eran además muy parecidas y la época era la misma. Todo confabuló para el malentendido. Otros personajes de la Revolución Francesa que están presentes en sus documentos son Antonio Canova, Jean Baptiste Bernadotte, el prusiano Blücher, el duque de Wellington, Hudson Lowe ("que le hizo la vida imposible a Napoleón") y Lord Cochrane. La lista es interminable. Pero todos están aquí. Resultado de su infatigable búsqueda es el libro *Napoleón y el Perú*. En él, presenta toda esta documentación y además cuenta historias poco conocidas de la historia de Napoleón.

El Archivo Bonaparte es solo una parte de la gran biblioteca del doctor Ferrero Costa. También cuenta con una cantidad sorprendente de documentos que pertenecieron a personajes de la historia de América y del Perú. Por ejemplo, posee archivos de 32 de los 40 virreyes que gobernaron nuestro país. Su plan es hacer un libro como el de Napoleón, pero con documentos de los virreyes. Para eso debe completar los ocho que le faltan. Aunque al estar en su biblioteca da la impresión de que allí no faltase nada. Cuando uno entra a este ambiente, tiene la sensación de ingresar a otra época, de ser un privilegiado testigo de la historia. A través de los cuadros de temática virreinal, los muebles y estantes de madera, el decorado con estilo antiguo, y las fotografías y documentos en las paredes, la biblioteca nos transporta en un viaje del que no volvemos siendo los mismos. Este recodo de erudición nos hace sentir cierta intimidad con aquellos hombres que forjaron el destino de nuestra historia.

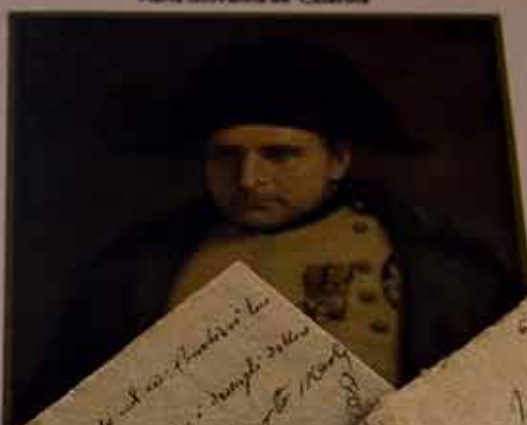
Los libros y archivos están acompañados por una colección de querros que reúne desde hace años, así como autógrafos en madera que no tiene nadie. Algunos de los muebles, además, eran de su padre. Cuando se mudó a esta residencia en El Haras, en La Molina, se los trajo y los colocó en su biblioteca, como un homenaje. Es además en este espacio donde suele leer. Las anécdotas sobre las cosas que posee son innumerables. Ferrero Costa destaca una:



NAPOLEONE E IL PERÙ

FRAMMENTI DELLA STORIA DI FRANCIA NEI DOCUMENTI
DEL PROFESSORE AUGUSTO FERRERO COSTA,
EX- AMBASCIATORE DEL PERÙ IN ITALIA

Maria Elisa Tittoni
Giulia Gregoire
Maria Giovanna de' Catenas



Handwritten notes on a small piece of paper, possibly a receipt or a list of items.

Handwritten text in French, mentioning names like 'Doutour & Morel' and 'Paris'.

Handwritten text in French, appearing to be a letter or a report, with some names and dates.

Handwritten text in French, including the name 'N. F. Sauterem' and 'Stobler'.

Handwritten text in French, dated '22 Decembre 1810', with a signature 'De votre obéissant' and 'Le très affectueux'.

Large handwritten document in French, containing detailed text and a signature 'C. S. G. de'.



“Cuando fui decano de la facultad de Derecho de la Universidad de Lima, Pérez de Cuéllar me regaló una fotografía con Mandela, en la que firma: ‘Para mi dilecto amigo Augusto Ferrero Costa, con invariable afecto’. Entonces yo dije ‘Ah no, yo necesito la firma de Mandela también’. Así que lo llamé por teléfono, le mandé la foto y me la devolvió firmada”, cuenta entre risas.

Ferrero Costa es un apasionado lector de Historia, de libros de Derecho y de biografías, pero no tanto de novelas. Tiene dos admiraciones bien marcadas al respecto: la obra completa de su amigo Vargas Llosa, al que además le obsequió en 1990 una carta firmada por Víctor Hugo (Ferrero Costa conserva la carta de agradecimiento que le escribió el Premio Nobel peruano); y la obra de Gabriel García Márquez, en especial dos novelas: *Cien años de soledad* y *El amor en los tiempos del cólera*.

Él es el único encargado del orden de su biblioteca. Alguna vez Mario Vargas Llosa le preguntó cómo hacía para lograrlo, y Ferrero Costa le respondió: “Tengo todo en la cabeza”. Lo cierto es que ante tanta cantidad de archivos, muchos están “por orden del azar”, lo que le da a la colección una sensación de gran Aleph histórico. De pronto pasamos de husmear en los documentos de Hitler o Mussolini a impresionarnos con los archivos de Paulo VI, Harry Truman, Víctor Hugo, Fernando Belaúnde, Toscanini o Miguel de Unamuno. Como decía José Martí: “Toda la gloria del mundo cabe en un grano de maíz”.

En algún momento, Augusto Ferrero Costa reposa un segundo y ve todo a su alrededor. Después de quedarse callado, dice con cariño y confianza: “Me acabo de dar cuenta de que no puedo vivir en este desorden”.

Augusto Ferrero Costa es un abogado peruano con más de 40 años de trayectoria y uno de los miembros principales del Estudio Ferrero Costa Abogados, fundado por su padre en 1937. Ha sido vicerrector de la Universidad de Lima y es profesor emérito de la misma universidad. Fue embajador peruano en Italia y presidente de Prolírica, asociación cultural sin fines de lucro. Forma parte de la Academia Peruana de Derecho.

La primera reliquia

El padre de Augusto Ferrero Costa le regaló su primer documento: uno de José Santos Chocano. Es la carta que el poeta había llevado a la oficina de *El Comercio* el día que mató a Edwin Elmore, periodista del diario. Ambos habían tenido algunos altercados epistolares antes del asesinato, pero ese día se encontraron en la puerta del periódico y, tras un rápido forcejeo, Chocano sacó un revólver y le disparó. La carta en contra de Elmore que Chocano pensaba entregar a *El Comercio* para su publicación es la que hoy, casi un siglo después, Augusto Ferrero Costa tiene en sus manos.

Buen oído

La afición de Ferrero Costa por la historia solo se compara con su afición por la música. Conserva en archivos todos y cada uno de los programas de las óperas a las que ha asistido desde hace cuarenta y cinco años. Guarda como tesoros los autógrafos de músicos como Casals, Toscanini, Callas, Domingo, Pavarotti y el mismísimo Richard Wagner, entre otros. Melómano empedernido, devoto, entusiasta como un niño, su relación con los clásicos de la ópera es la de un viejo amigo que los ha conocido a todos y nos habla de ellos con ese cariño añejo que dan los años y la persistencia.





SAGRADA FAMILIA

Gian Flavio
Gerbolini Isola

Después de un arduo día de trabajo en la industria textil, Gian Flavio Gerbolini solo piensa en tumbarse en el sillón de su biblioteca para leer. Ese mueble es, como él mismo lo llama, “el reposo del guerrero”. A veces trabajar se vuelve un mero trámite en pos del libro que había dejado a medias el día anterior. Porque Gerbolini piensa mucho en sus libros. Este ingeniero de minas, que incurrió en la industria textil y que proviene de una familia italiana, es también un intelectual que puede hablar de varios temas, desde la historia de Babilonia y Constantinopla hasta asuntos económicos. Y que, además, los lleva a la práctica. Por eso intervino en la fundación de la institución Senati. También ha escrito dos libros: *Teoría económica, empresa y desarrollo* y *Globalización, teorías económicas y producción*. Gerbolini no suele cansarse y, cuando lo hace, su mejor descanso son los libros. Incluso cuando no está trabajando, Gerbolini trabaja.

Su biblioteca ocupa todo un salón de la casa. Con el tiempo, esta creció tanto que, en la década del ochenta, diseñó y construyó un nuevo hogar para él y sus libros: los casi 8.000 volúmenes ya no alcanzaban. El diseño de su nueva residencia se destaca porque ofrece un silencio apropiado para la lectura y una particular iluminación. Gerbolini tuvo que contratar a una persona especializada en sonido y luces para que la biblioteca tuviera todas las condiciones adecuadas. Lo otro fue el sillón: cuentan sus amigos que ese mueble es una especie de leyenda por lo agradable que es. Leer siempre es más placentero cuando estamos cómodos.

La biblioteca está completamente codificada. Gerbolini tuvo que pedir ayuda a unos bibliotecarios de la Biblioteca Nacional para poder hacerlo. Se clasificó en forma decimal: libros de consulta, Filosofía, Religión, Economía, Arte, Historia Universal, Historia del Perú, Medicina, etc. Sin embargo, no se ha mantenido el orden establecido. “La biblioteca la inició su padre y él la continuó”, cuenta Rosa Llanos de Brissolese, quien trabaja con Gerbolini desde hace 28 años. Algunas editoriales solían contactarse con él y sabían cuáles eran los temas que le interesaban; entonces, lo llamaban con algunos títulos y autores y él los solicitaba de inmediato. Siempre estaba comprando libros tanto en Lima como afuera. En todos sus viajes, lo primero que hacía al bajar del avión era visitar las librerías del lugar, y volvía cargado de libros. Todos esos ejemplares pasaban después por un registro y una catalogación.

Gracias a sus dotes políglotas —habla y escribe a la perfección en italiano, inglés, francés y alemán—, sus lecturas no se reducen solo al español, sino que tiene diferentes ediciones escritas en su idioma original. Por eso los libros son para él un verdadero tesoro. Llanos de Brissolese recuerda que Gerbolini tenía un cuaderno en el que registraba absolutamente todos los libros que entraban o salían de







la biblioteca. Antes no era un gran prestamista de libros: cada vez que alguien le pedía uno, él le decía que al día siguiente se lo entregaría; entonces, lo que hacía era sacar una copia o comprar uno nuevo. Es un gran celoso de su colección. Sin embargo, su pasión por la lectura la compartía también con su esposa María Eugenia Miranda Sattui. Algunas veces leían juntos en el amplio salón de la biblioteca y otras, por separado. María Eugenia era una ávida lectora de novelas, teatro y poesía.

Con respecto a su entorno social, Gerbolini se rodeó de personas que con el tiempo se convirtieron en sujetos influyentes dentro de la cultura peruana. Por ejemplo, solía frecuentar a los fundadores de *Quehacer*, una publicación que se caracterizó por tener ideas en contra del poder hegemónico del momento. También fue muy amigo del periodista, escritor y analista político Pedro Planas. Su esposa compartió cursos en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos con el Nobel Mario Vargas Llosa. Ella es, además, sobrina del destacado filósofo peruano Mariano Iberico. Gracias a estos personajes pudo mantener una relación amical con importantes escritores como Julio Cortázar o Alfredo Bryce Echenique.

El ingeniero Gerbolini nunca ha dejado de perseguir la cultura. Lo suyo es un genuino interés por el conocimiento pero, al mismo tiempo, un afán por contribuir a la sociedad. No es un intelectual contemplativo, sino que siempre se ha inclinado por la acción. Ha preferido estar del lado de quienes ejecutan, aunque también le gustan la reflexión y el pensamiento. Su biblioteca es, sin duda, ese lugar en el que puede transitar por ambos caminos.

Gian Flavio Gerbolini Isola es un ingeniero peruano. Ha trabajado durante años en la industria textil. Fundó la institución educativa Senati. Ha escrito los libros *Teoría económica, empresa y desarrollo* y *Globalización, teorías económicas y producción*.

El restaurador del museo

Gerbolini llegó a presidir la Asociación Amigos del Museo de Arte Italiano. Cuando ocurrió el atentado a la embajada de Estados Unidos, el estallido afectó varias piezas que se encontraban en el museo, como por ejemplo una imitación de *La primavera* de Botticelli. Frente a esto, el embajador de Italia en Lima solicitó a Gian Flavio Gerbolini que conformara una asociación para reconstruir lo que se había perdido. Gerbolini entonces trasladó a Italia varios vitrales que se habían dañado y redecoró los ambientes del museo. El lugar quedó mejor que antes.

La memoria

Según muchas personas, la memoria de Gerbolini Isola es, sin ironías, memorable. Todas ellas destacan su capacidad para memorizar una serie de datos en poco tiempo. Se cree que esta facultad responde a su exigente ejercicio de lectura de toda una vida, libros muchas veces técnicos que, en su mayoría, se relacionan con algún tema que está trabajando.



Teresa Gruenberg



Teresa Gruenberg dice que ha leído el treinta por ciento de su biblioteca, pero que el placer radica precisamente en eso: tener demasiados libros para conocer. Una biblioteca es siempre un lugar por descubrir, un espacio en el que nos sumergimos para explorar sus rincones más desconocidos, una habitación en donde nunca dejan de ocurrir revelaciones. La biblioteca de Gruenberg posee 5.000 volúmenes, la mayoría de Literatura, y es su lugar favorito en el mundo. Por eso, quizá como una manera de extender el placer que siente al estar en medio de libros, hace unos años Gruenberg decidió abrir una librería: La Casa Verde, una tienda que se especializaba en bellas ediciones y cuyo eslogan era, justamente, “el placer de leer”. Por desgracia, este emblema literario de San Isidro acaba de cerrar sus puertas. Teresa Gruenberg ha devuelto los libros de consignación, aunque aquellos que son de su propiedad —que suman 3.500 ejemplares— los ha donado al Museo de Arte Contemporáneo de Barranco (MAC) para formar una biblioteca que lleve el mismo nombre: La Casa Verde.

Gruenberg empezó a leer desde muy joven. La televisión en el Perú apareció cuando ella era muy pequeña, y no le interesaba demasiado. En parte, la responsable de este gusto por los libros es su madre: “Ha cumplido 99 años y ya leyó toda mi biblioteca. ¡Yo no le llego ni al zapato! Ella sí que es una voraz lectora: lee cinco horas al día”. Fue su madre quien la introdujo a la obra de quien ahora es una de sus escritoras favoritas: Simone de Beauvoir. Había algo de revelador en esta autora que la sedujo de inmediato, y mientras Gruenberg descubría un mundo a través de sus libros, iba también conociendo el poder de la cultura: “Cuando yo era una adolescente, los libros me salvaron de la desesperación: eso me convenció de



que la cultura es el más alto de los valores”, dice Simone de Beauvoir en *La mujer rota*. El libro es la forma más sofisticada de cultura. Por eso, en la casa de Gruenberg, la biblioteca ocupa el dormitorio principal, una sala tapizada de libros ordenados por orden alfabético, en medio de la cual hay una inmensa alfombra persa de cuatro por cinco metros de largo.

Cuando sus hijos se fueron a estudiar a Europa, “Tere” decidió que por fin podría cumplir su sueño de tener una librería propia, y su esposo la apoyó en el proyecto. “Le comenté a la escritora Rocío Rodrigo si a su madre, Ana María Prado, le gustaría trabajar conmigo y me dijo que sí”. Encontraron una casa en El Olivar de San Isidro, de estilo art déco, en forma de buque y, por supuesto, verde. Para bautizarla como La Casa Verde, llamó a su amigo Mario Vargas Llosa —de quien es, además, lectora y gran admiradora— y le preguntó si podía utilizar el título de su famosa novela. Él accedió encantado. Fue el inicio de una librería que estuvo abierta casi 20 años.

Durante todo ese tiempo, Teresa Gruenberg iba a la tienda siete horas al día. “Me compraba todo lo que llegaba”, dice entre risas. “Me encanta la sensación de agarrar el libro. Cuando llegaban las cajas a la tienda, yo les decía que no podían abrirlas hasta que yo llegara, porque es un placer delicioso”, afirma con cierto brillo en los ojos. Su relación con los libros es totalmente pasional y física: “Adoro la textura y el olor”. El libro también es un objeto estético para contemplar. Como decía la escritora Harriet Beecher Stowe, “los libros no se han hecho para servir de adorno; sin embargo, nada hay que embellezca tanto como ellos el interior de una casa”.





Es natural, entonces, que Gruenberg no sea amiga de la digitalización del libro. “Ni siquiera sé prender una computadora. Menos mal que en mi biblioteca puedo leer por muchísimos años más. Pero eso de la digitalización no va conmigo. No me interesa. Me parece una pérdida de tiempo”. En su predilección por el libro impreso, Teresa se preocupa mucho por encontrar una buena traducción. “Busco entender cada palabra que leo. Me gustan las palabras, por ello una buena traducción es invaluable. Las palabras te acarician”. Los libros de arte, en cambio, no le importa en qué idioma estén escritos. En ellos se fija en la edición, el diseño, la textura y la fotografía.

Entre las escritoras latinoamericanas prefiere a Laura Esquivel y Gabriela Mistral. Y en cuanto a autoras de otras latitudes, afirma que quedó fascinada con Edith Wharton. “Ya he leído toda su obra y me encantó *La edad de la inocencia*. Otras escritoras a las que suelo volver son Toni Morrison y Virginia Woolf”. Por supuesto, también siente predilección por los libros de Mario Vargas Llosa y Gabriel García Márquez. “Me identifiqué más con *El amor en los tiempos del cólera* que con *Cien años de soledad*”. También están los libros de Proust y James Joyce. Reconoce que no es tan buena lectora de poesía: disfruta más que se la reciten. Para ella, la poesía es palabra viva, cuyo significado se aprehende en la sonoridad y en la experiencia auditiva de las metáforas.

Teresa Gruenberg aprecia más la lectura cuando está cómoda: echada y relajada, en compañía de la evocación que hace de grandes mujeres como Virginia Woolf, Simone de Beauvoir, George Sand. Así pasa la mayoría de las tardes, con un libro entre las manos y en su lugar favorito del mundo: su propia biblioteca.

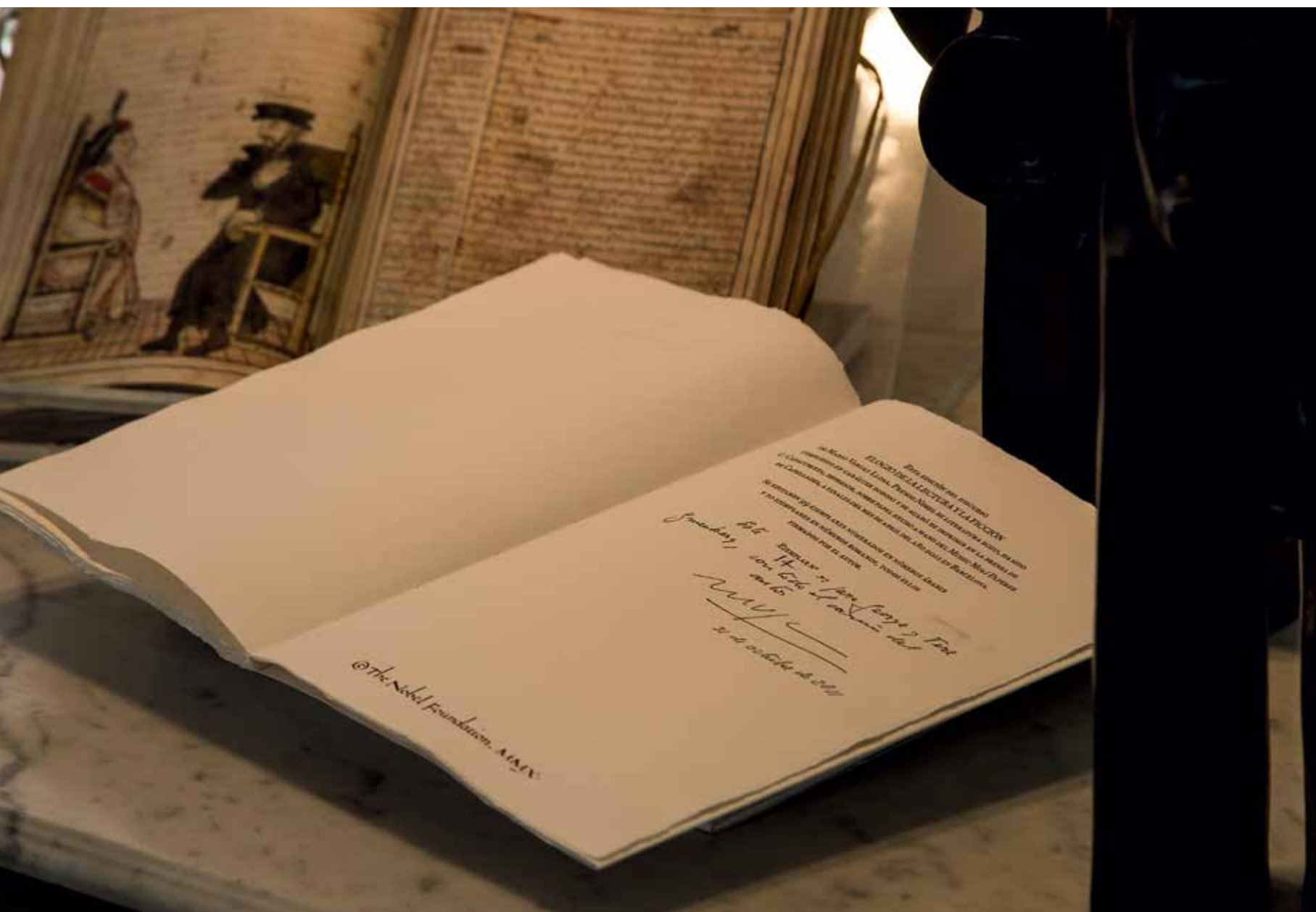
Teresa Gruenberg estudió secretariado pero, debido a su temprana afición por la Literatura, llevó cursos libres en la Universidad de Lima. Desde hace 42 años está casada con el suizo George Gruenberg, quien la apoyó en la inauguración de La Casa Verde en 1996 y en su posterior traslado a la calle Miguel Dasso en el 2004. Tiene cinco nietos y tres hijos: el fotógrafo Philippe, la historiadora de arte Claudine y la bailarina Jöelle.

La librería favorita

Lo primero que hace Teresa Gruenberg al llegar a Madrid es ir a una librería: La Central de Callao, que se especializa en literatura de todos los idiomas, original y traducida. Hay libros en idiomas inimaginables, desde el mandarín al eslovaco. La librería ocupa un señorial edificio del siglo XIX en pleno centro de Madrid.

Aprendizaje constante

Desde hace más de treinta y cinco años, Teresa Gruenberg toma clases de Literatura en su propia casa con el crítico Ricardo González Vigil. A estas sesiones también acuden otras 20 señoras más. Las clases se llevan a cabo todos los miércoles, religiosamente. “Aunque yo no esté, todas vienen igual”, asegura.





AUGUSTE ESCOFFIER
MA CUISINE

220.1

JOSE SARRAU
NUESTRA
COCINA

473

MADRID

MARQUESA
DE PARABERE
ENCICLOPEDIA
CULINARIA
LA COCINA
COMPLETA

481

ESPASA-CAUPE

LA
COCINA
MANOLA
INDIDO
nmero Mayor
Cachillo

31

Marisa Guiulfo





Un día, cuando tenía 19 años, Marisa Guiulfo decidió dejarlo todo en Lima para irse a vivir sola a Estados Unidos. Allí estudió Gastronomía. Fue el inicio de una vida ligada a una intelectualidad del gusto. Cuando volvió al Perú, casi seis años después, empezó a preparar la comida de fiestas infantiles y cenas privadas. Hoy es la empresaria de banquetes más famosa y cotizada de nuestro país, y la encargada de preparar las comidas presidenciales en Palacio de Gobierno. Desde siempre coleccionó libros y, paso a paso, formó una de las bibliotecas más completas en Gastronomía del Perú. En ella hay más de 500 volúmenes sobre la comida de muchos países del mundo. De Francia a Tailandia, de Armenia a Vietnam.

“Muchas veces he ido a restaurantes para comprar libros”, dice Guiulfo. “He venido cargando volúmenes desde la época en que era más difícil mandarlos. Por eso mi biblioteca es un espacio especial para mí”. Es también un reflejo de sus viajes y experiencias en varias partes del mundo buscando libros icónicos sobre comida, especias, tradiciones, costumbres. “Estar en mi biblioteca es como volver a viajar a esos sitios, e invitar a quienes la visitan a acompañarme en esa experiencia”. Como todas las bibliotecas, la suya

también fue creciendo con los años, conforme se fueron despertando otros lados de su curiosidad.

Los primeros libros empezaron a colocarse en una repisa de su primera casa. Luego la biblioteca pasó a ser un espacio anterior a su dormitorio en su segundo domicilio, y ahora es uno de los salones principales de su tercera casa. “Debo reconocer que es la parte más linda en mi nuevo hogar, no solo porque es espectacular como biblioteca, sino porque procuramos que sea un espacio acogedor para la familia”. Era importante para Guiulfo que la biblioteca, que refleja tanto de ella, sea un lugar en el que incluso sus nietos pudieran divertirse, como si se tratara de un núcleo de reunión para todas las edades. Por eso, al estar dentro de ella, se percibe un ambiente ligero que invita a quedarse. Es aquí adonde llegan amigos y familiares no solo para ver libros, sino, sobre todo, para conversar.

Para llegar, se debe atravesar un perfumado jardín, que permite el disfrute de una rama de árbol que verdea frente al azul del cielo. La biblioteca es un espacio rectangular con un frontis de mamparas de madera y vidrio. Tiene un techo altísimo, y tres de las paredes están



fornadas con repisas que van desde el piso hasta el techo, que le da gran luminosidad al lugar y lo vuelve un sitio más alegre, confortable y acogedor. Tiene además un altillo y una escalera de caracol. Está hecha de madera blanca, lo que le da frescura y un toque femenino. Las repisas están cubiertas de libros clasificados por tipos de comida, países y estilos. "Si debo hacer una comida tailandesa, quiero tener todo reunido para darle una revisión completa a lo que tengo. Me gusta tener los libros a la mano. Sé lo que hay en cada uno de ellos", dice. Marisa Guiulfo reconoce que los de recetas no los lee completos, sino que de cada uno extrae lo que más le interesa. Hay libros que son más gráficos y uno los hojea por el placer de verlos. A veces, admite Guiulfo, por tanto mirar sus libros termina copiando presentaciones al momento de montar un plato.

Destacan en su biblioteca dos gigantescas lámparas holandesas de bronce. Guiulfo ha combinado en sus estantes libros, cuadros, recuerdos de su vida, adornos, huacos y artesanía de transición. La biblioteca es un espacio que puede usar para todo y siempre se adapta a lo que ella demanda. "En las tardes de verano es una delicia, y conversar de noche es maravilloso, con la iluminación del

jardín, el aire fresco y el canto de los grillos". Guiulfo se sienta aquí a consultar y revisar recetas recopiladas en sus libros, pero cuando lee una novela o cualquier otro libro, casi siempre se encierra en su cuarto. "Leo de todo un poco. Me gustan mucho los libros basados o ambientados en otras culturas, pues siempre son una invitación a imaginar y conocer otras partes del mundo".

Marisa tiene algunas recetas coloniales, sobre todo de postres conventuales, como cocadas, manás, alfajores, manjarblanco, ponderaciones. "Yo rescaté las ponderaciones —afirma—. Se habían perdido en Lima. Yo mezcló mucho la tradición de postres peruanos con postres americanos como el cheesecake, que es uno de mis favoritos". Además de sus ponderaciones, son legendarios sus limones rellenos de manjarblanco con azúcar glass, resultado de sus libros de recetas de conventos.

Para Marisa Guiulfo, su biblioteca especializada en Gastronomía es quizá como un gran libretto al que acude para hacer participar la tradición de la cocina peruana con las innovaciones de la cocina actual. Una comunión de sabores, aromas y texturas para el paladar.





Marisa Guiulfo es una empresaria y cocinera peruana. Ha sido considerada como la pionera del *catering* en el Perú. Es dueña del café restaurante La Bonbonniere, pero su primer establecimiento fue Los Faisanes en el Hotel María Angola en Miraflores. Ha cocinado para el presidente español Mariano Rajoy y los presidentes peruanos de turno. Ha publicado sus memorias en el libro *Celebra la vida*.

El premio

El libro de Marisa Guiulfo *Celebra la vida* ha recibido el premio Gourmand en Pekín. En estas memorias ella abre la puerta de su historia, sus fiestas, sus tradiciones y sus recetas. "Si hay algo que me gusta, es que se guarden las tradiciones en las recetas", dice Guiulfo. El libro hace un recorrido fotográfico por todo lo que tuvo que vivir Guiulfo para tener éxito como cocinera.

Olfato y buen gusto

Entre todos los libros de Guiulfo se encuentran algunas joyas: la *Cocina Completa* de la Marquesa de Parabere, editado en España en la década del cuarenta; la *Cocina Española* del célebre Cándido, el Segoviano; *Ma Cuisine* de Auguste Escoffier, así como recetarios antiguos, recetas coloniales y recortes de periódico con recetas de más de medio siglo de antigüedad.



Juan Miranda







Toda biblioteca es una epidemia intelectual. La del abogado Juan Miranda debería ocupar un salón de su departamento, pero los libros han invadido los pasillos y otros cuartos. De algún modo, la biblioteca se ha desbordado y ahora habita toda la casa. Pese a la conquista del espacio, los libros no han creado un caos sino todo lo contrario: los ejemplares están catalogados y Miranda cuenta con un bibliotecario que acude cada sábado para registrar los nuevos volúmenes e incorporarlos al archivo. La biblioteca es un monstruo atractivo que él ha sabido domar.

En los estantes, Juan Miranda mantiene un espacio dedicado solo a temas peruanistas: las colecciones completas de Riva Agüero, Luis Alberto Sánchez, Raúl Porras Barrenechea y Jorge Basadre, entre otros. Conserva la colección completa de libros publicados por el Banco de Crédito, las ediciones anuales del *Libro de Oro* y la colección de Miguel Mujica Gallo. También tiene valiosos libros de cronistas de Indias y la colección completa del *Mercurio Peruano* hasta la muerte de Víctor Andrés Belaúnde. La biblioteca consta de algo más de 2.000 volúmenes, aunque en su apogeo llegó a tener alrededor de 6.000. En el ambiente principal se encuentran los temas peruanos y la enciclopedia Espasa, que se mantiene al día con todos sus apéndices, que el representante de la editorial le envía periódicamente.

A sus más de 90 años, Miranda sigue siendo un gran comprador de libros. “Durante muchos años mi pasatiempo de los sábados ha sido ir a las librerías. Podía pasar tardes enteras en ellas”, dice. En la actualidad, después de ver libros, se sienta todos los sábados a las cinco de la tarde en su sillón de la gran biblioteca a leer. Entre los libros a los que le gusta volver están *La montaña mágica* y *El amor en los tiempos del cólera*. De Mario Vargas Llosa le gustó especialmente *La fiesta del Chivo*, pero confiesa que prefiere sus ensayos. “Una de las cosas que he leído más apasionadamente son los libros sobre la república española”. Pero dice que si tuviera que escoger un autor, sería José de la Riva Agüero. Le gusta particularmente su epistolario.

Como gran conversador, el abogado Miranda ha disfrutado de charlas con intelectuales de todas las generaciones, desde Alfredo Barnechea a Raúl Porras Barrenechea. “Con Porras Barrenechea íbamos al cine y después al Gambrino, donde nos juntábamos y nos encontrábamos con el “Cojo” Alayza y Ricardo Bravo. Nos sentábamos todos juntos en una mesa: nosotros éramos los menores y ellos los mayores. Ellos moderaban la conversación, pero a veces nos daban la oportunidad de intervenir”. Miranda trató con el grupo de intelectuales por su parentesco con José de la Riva Agüero. En 1944, Riva Agüero le preguntó a Pedro Benvenuto, secretario general de la universidad, quiénes eran los alumnos que habían

ingresado que tenían buenos apellidos. Benvenuto le nombró a Carrillo de Albornoz, Carlos Álvarez Calderón y a él, Juan Miranda. Todos tenían parentesco con Riva Agüero. Entonces los invitaba a tomar té en el Bolívar cada 15 días, reuniones a las que acudían, entre otros, Porras y José Gálvez.

Miranda cuenta una anécdota de esas tertulias literarias: “Un día, Porras quiso hablar mal de García Calderón, con quien se había peleado, y Riva Agüero le dijo: ‘A Ventura —que era su condiscípulo— no me lo toque’, y añadió: ‘Francisco y Ventura son agnósticos, pero son mis amigos’. En el entierro de Riva Agüero, los más bellos discursos fueron el de Porras y el de Gálvez”.

Recuerda que Riva Agüero trajo de sus años pasados en España la costumbre del tuteo, pues en el Perú lo usual era tratarse de usted. Eso es algo que se encuentra en su correspondencia. “En Lima solo se trataban de tú los condiscípulos de colegio, los compañeros y los parientes muy cercanos. Incluso a los abuelos se les trataba de usted. Era la Lima chiquita, coqueta y bohemia, donde los intelectuales se juntaban de noche para conversar”. Juan Miranda ha pasado muchos años de su vida leyendo la obra de Riva Agüero, pero sobre todo aprendiendo de él directamente. Su influencia es evidente para quien visita y espía en su biblioteca.

En cuanto al futuro de sus libros, Miranda dice que le gustaría donarlos al Club Nacional. Mientras tanto, sigue durmiendo con dos volúmenes en su mesa de noche: un libro de lectura ligera y otro más complejo. Una costumbre que quizá tenga que ver con la importancia de poseer sus libros, de poder echar mano de ellos en cualquier momento, de tenerlos cerca.

Juan Miranda es un abogado peruano graduado en la Pontificia Universidad Católica del Perú en 1953. Es consejero de Miranda & Amado —uno de los más importantes estudios de abogados del país— desde su fundación en el año 1999. Se ha desempeñado como consejero externo, representante legal y miembro del directorio de diversas compañías multinacionales y nacionales. Fue asesor del Ministro de Economía y Finanzas, así como del Presidente del Directorio del Banco Central de Reserva del Perú.

Las cien familias

Juan Miranda dirigió y anotó el libro *Apuntes sobre cien familias establecidas en el Perú*, escrito por Luis Lasarte Ferreyros, que es una genealogía de las primeras familias peruanas. Lasarte era un gran estudioso de la genealogía. Un día, Miranda le preguntó por qué no hacía algo con lo que les contaba todos los días, ya que en su casa tenía estudios completos de medio centenar de familias limeñas. El doctor Miranda se encargó de financiarlo.

Asiduo de librerías

Antes, Miranda acudía mucho a Studium y a la Librería Internacional, en el Centro de Lima. Casi todos los años iba a Madrid, de donde traía muchos libros. Otro destino favorito para comprar libros era Buenos Aires. Hoy por hoy, se puede ver a este caballero de imponente figura todos los sábados por El Virrey de Miraflores.







Juan Monroy Gálvez

Entrar a la librería Communitas es correr el riesgo de no salir en varias horas. Sus numerosos ambientes dan la impresión de estar más en una biblioteca que en una librería. O incluso en un centro cultural: junto a los libros hay también una acogedora cafetería, buena música y un cómodo auditorio, construido especialmente para sus instalaciones. Juan Monroy, su propietario, ha querido transmitir la experiencia íntima de las bibliotecas en la librería. Al pasearse entre los estantes llenos de libros, es inevitable preguntarse cómo será la propia biblioteca del dueño de Communitas.

Habría que empezar por su tamaño: la biblioteca es tan grande, que tiene un ascensor para comunicar todos los ambientes. Está hecha de pino y consta de cuatro pisos, en donde se alberga una colección de 15.000 volúmenes que dan la impresión de incluir cualquier libro que imaginemos, aunque solo lo ocupen sus libros de Derecho. En otro espacio, arriba del cuarto piso, están sus ejemplares de Humanidades: Sociología, Literatura, Historia, Filosofía (“una cuota mínima, pero la necesaria”). Luego, en su propio dormitorio, tiene alrededor de 1.600 libros que lo acompañan mientras duerme. Este espacio nació de las conversaciones entre Monroy y su esposa, cuando en su antiguo domicilio los libros empezaron a desbordarse. “Llegó un momento en el cual sabíamos que nuestra siguiente casa debía tener el espacio necesario para seguir creciendo, porque, si bien uno ya empieza a elegir lo que compra, sin darse cuenta siempre termina abarrotándose de libros”, dice Monroy.

Él es el menor de 13 hijos de un humilde matrimonio asentado en Pisco. Sus padres, provincianos, se conocieron en Moquegua, donde nacería toda su descendencia. La alta mortalidad infantil de la época condenó a cinco de ellos a morir a los pocos días de nacidos, sumados a un sexto que falleció a los 15 años, en 1953. El haber sido “el último suspiro” de sus padres tal vez tenga que ver con su formación: el primer recuerdo que tiene de su papá es leyendo el diario todos los días. Quizá por eso Juan Monroy empezó a leer desde muy pequeño. De hecho, su primer trabajo fue leerle a un estudiante de Derecho que tenía de inquilino en su casa: le leía libros de autores como José María Arguedas. En ese entonces tenía tan solo cuatro años, y gracias a la lectura recibió sus primeros ingresos. A los 18 años se graduaría y sería profesor de Filosofía y Ciencias Sociales. El camino de las letras ya estaba marcado.

Hoy comparte la biblioteca con sus tres hijos. Uno de ellos, además, trabaja con Monroy en la librería, pues tiene la habilidad y el tacto para encontrar libros que tendrán éxito. No solo sus hijos acceden a la biblioteca, sino también algunos de sus alumnos más destacados. “Cuando hay estudiantes que optan por una tesis ligada a lo que nosotros hacemos (el Derecho Procesal), vienen y pasan horas aquí. Es así: esto es para ellos, para que estudien, para que investiguen. Acá hay una solidaridad en la formación: mientras sean más, será mejor”, dice con cierto orgullo.



Una de las mayores joyas de su biblioteca es la *Novísima recopilación*, un libro que reúne un conjunto de leyes que regularon la actividad civil y comercial desde 1804. Durante años Monroy buscó la *Novísima* junto con la *Ordenanza de Bilbao* sin éxito. “Un día, un vendedor de libros de viejo estaba sentado encima de algo que a mí me pareció un adobe. Después de mirar los libros, volteé y me di cuenta de que no era un adobe y le dije: ‘¿En qué estás sentado?’. ‘Es un libro viejo que no le va a gustar’, respondió. ‘Igual démelo para mirar’. Era la *Novísima recopilación* y me lo vendió a tres soles. No sé cuántos ejemplares haya, pero yo lo tengo. Y a ese precio”, dice casi victorioso. Así como ese libro, ha encontrado diversos volúmenes invaluable a precios mínimos. Otras joyas de su biblioteca son el *Digesto*, la *Curia filípica* y el *Diccionario de García Calderón*, publicado en el siglo XIX.

Según el escritor Alberto Manguel, “cada libro en la biblioteca ideal hace eco en otro”. Es lo que ocurre en la biblioteca de Monroy: siempre un diálogo entre autores, épocas y temas. No una babel sino una resonancia perenne del conocimiento y de las interrogantes humanas. Y si bien una biblioteca puede medirse por su número de ejemplares, en realidad podemos hacerlo mejor a través de los intereses de su propietario, de sus necesidades, como ocurre en el caso de Monroy, un apasionado de las leyes. Esto nos hace recordar aspectos que nos permiten imaginar lo que la lectura puede significar para cada ser humano, “porque aun cuando está hecha de paredes y estantes y libros, la biblioteca ideal está en la mente. La biblioteca ideal es la biblioteca recordada”, dice Manguel. Uno,

entonces, lleva la biblioteca por dentro, e incluso cuando viaja la carga consigo.

Por eso, cada vez que Juan Monroy se baja de un avión en algún país, dedica horas a inspeccionar librerías de viejo para hallar rarezas bibliográficas. Le gusta comprar libros en portugués e italiano, su segunda lengua por la profesión que ejerce. Estos libros son parte de una relación que va más allá de la lectura: tener uno es tocarlo, olerlo, leerlo, estudiarlo. Luego pasará a un estante, siempre listo para ser consultado cuando sea necesario. Pero Monroy advierte enfático: “Eso sí, jamás anoto con lapicero. Es un crimen. Es casi como tirarlo al fuego. Al marcar un libro de forma indeleble, uno le quita la posibilidad de imaginar un escenario distinto a la siguiente persona que lo lee”. Tras la lectura, sintetiza el libro, borra lo anotado y coloca el libro en su sitio. Hasta una nueva oportunidad.

El acto de leer significa para Monroy un espacio y un momento fuera de la realidad. Cuando está en la biblioteca —varias horas al día— es como si se desconectara del mundo para ingresar al libro que tiene entre manos. Por eso siempre lee en un sillón cómodo y en absoluto silencio. En ese momento no interviene nada más. Entre las novelas que más recuerda está *Leonora*, de la escritora mexicana Elena Poniatowska. Otra mexicana a la que admira es Chavela Vargas, de quien busca persistentemente su autobiografía. Entre los europeos, admira el *Cartas a un alemán* de Camus y la obra de Dostoievski. Si Juan Monroy pudiera reducir su biblioteca a una sola expresión, sería esta: “Es mi estación definitiva”.





Juan Monroy Gálvez es un abogado peruano graduado en la Pontificia Universidad Católica del Perú. Fue profesor de Derecho Procesal Civil en varias universidades. Ha publicado los libros *La formación del Proceso Civil Peruano* y *La función del juez en el Derecho contemporáneo*, entre otros. Es miembro fundador del Instituto Peruano de Derecho Procesal. Fundó el Estudio Monroy y es dueño de la librería Communitas.

El columnista

Uno de los primeros recuerdos que tiene Juan Monroy de su padre es verlo leyendo *El Comercio* todos los días, ante el lavatorio con sal que le colocaba su madre cuando llegaba del trabajo. A su padre le encantaba leer, aunque no tenía muchos libros. Años después, Juan Monroy sería columnista regular de *El Comercio*. "Tal vez uno de los momentos más tristes es recordar a mi papá leyendo el diario y saber que, para cuando escribí mi primer artículo, él ya no estaba conmigo".

El libro vital

Entre los libros de Derecho, hay varios que han dejado huella en Juan Monroy. Pero quizá el más importante fue *Proceso, ideología y sociedad*, del italiano Mauro Cappelletti. "Ese libro fue vital. Es asumir un compromiso no solamente desde la academia, sino partir de la academia para producir cambios en tu sociedad".

Manuel Moreyra Loreda







Manuel Moreyra Loredó leía de todo: desde libros sobre desarrollo tecnológico hasta historia de la música peruana, pasando por libros de Física, Astronomía y culturas antiguas. En él, la pasión por la lectura era genética. Su padre, Manuel Moreyra y Paz Soldán, fue un ingeniero que trabajó en bancos y a quien le gustaba escribir. Su gran biblioteca la heredó su hijo mayor, el propio Manuel Moreyra Loredó. Pero luego de que este falleciera, los libros se repartieron en tres lugares: su antigua oficina, la casa de su esposa Ana María Ocampo y la casa de su hijo Mateo Moreyra. Es precisamente él, Mateo, quien guardó la mayoría de libros sobre Historia y quien cuenta que su padre leía sin subrayar, mientras que su abuelo, que inició la biblioteca, era un obsesionado del subrayado.

Manuel Moreyra fue un abogado graduado en la Pontificia Universidad Católica del Perú y un destacado peruanista. Dominó temas de Economía, Matemáticas, Física y, sobre todo, Historia. Al margen de su labor jurídica fue miembro del Comité Ejecutivo Nacional del Partido Demócrata Cristiano y presidente del Banco Central de Reserva. Por su afición a la lectura, heredó la biblioteca de su padre y se encargó de enriquecerla. Su hijo Mateo recuerda que su pasatiempo favorito era la lectura: “No hacía otra cosa que leer”. La biblioteca llegó a tener un aproximado de 10.000 volúmenes. Su viuda, Ana María, conserva sobre todo los de Literatura, Arte, Historia y Filosofía. Esta parte de la biblioteca ocupa el comedor de su casa, una muy acogedora pieza completamente tapizada de libros que arroja la gran mesa de comedor. Eligió este lugar porque los libros otorgan calidez y siempre quiso tenerlos a la mano, y no en una sala fría ni en un sitio tan formal.

En casa de su hijo Mateo —que también ha heredado de sus padres la afición por la lectura— se conservan los libros de Historia del Perú repartidos en dos ambientes principales: el gran salón y el dormitorio. Los libros de Economía y Ciencias Sociales se ubican en lo que fue la oficina de su padre. Una de las grandes aficiones de Manuel Moreyra eran los libros de viajeros y las crónicas de viaje, así como *Crónicas de Indias*, y libros de Física y Religión, aficiones bastante variadas para un abogado. Ante todo —explica Mateo— es una biblioteca peruanista, con temas peruanos de todo tipo. También hay libros antiguos. Destaca un volumen titulado *Restablecimiento de las fábricas y comercio español*, de don Bernardo de Ulloa, del año 1740. También son de gran valor las diversas memorias de los virreyes y los libros de la familia. “Mi padre leía mucho a Mateo Paz Soldán”, cuenta Mateo Moreyra. “Por eso me llamaron a mí Mateo. Era un sabio de fines del siglo XVIII que escribió sobre Física, Geografía y otros temas”.

La gran biblioteca de Manuel Moreyra se ubicaba en la casa familiar de la calle Alberto del Campo, en San Isidro. Ahí estaba la colección, en un gran sótano de unos 25 metros de largo por 10 de ancho. Después de su muerte, su esposa Ana María se mudó a la calle Alfredo Salazar, donde construyó una biblioteca especialmente para albergar la colección. Cuando ella se mudó al departamento que hoy ocupa trasladó la biblioteca, pero era demasiado grande para un solo espacio. Es en ese momento que la biblioteca se dividió en tres partes. Llamaron a la familia Sanseviero, importantes valuadores de bibliotecas en Lima, para separar los libros valiosos, como primeras ediciones o libros difíciles de encontrar.

Pese a estar físicamente repartida en tres espacios, la biblioteca está temáticamente dividida en dos: por un lado, los libros internacionales, que tienen etiqueta azul; y, por otro, los libros del Perú, con etiqueta roja. Los libros escritos por don Manuel Moreyra y Paz Soldán se conservan en la oficina.

Manuel Moreyra Loredo fue muy amigo de Eduardo Sanseviero, y lo que le faltaba, lo conseguía en la librería. "Mi papá lo único que hacía era leer y comprar libros. No tenía otra actividad. Iba todos los días a la librería El Virrey a ver las novedades", recuerda Mateo. Y cuando salía de viaje, lo primero que hacía era visitar las librerías de viejo y las bibliotecas. Un modo de turismo no tan popular es buscar los libros de otra ciudad. Y llevártelos.

Esta biblioteca atomizada, una de las colecciones peruanistas más importantes del país, se conserva para disfrute de sus hijos y de las generaciones que vendrán.



Manuel Moreyra Loredo fue abogado, economista y un estudioso de la Historia del Perú. Durante el Gobierno del General Velasco, fue presidente del Banco Central de Reserva. En 1990 fue elegido senador de la República. Además solía desempeñarse como asesor de diversas instituciones y empresas sobre temas de economía. Formó parte del Comité Ejecutivo Nacional del Partido Demócrata Cristiano. Murió en el año 2000.

Casa Moreyra

La historia de los Moreyra y los Paz Soldán es inherente a la del distrito de San Isidro. Allí aún se mantiene una de las haciendas más antiguas de Lima, la Casa Moreyra, que fue propiedad de Francisco Moreyra —abuelo de Manuel Moreyra Loredo—. Luego de proclamar la Independencia del Perú, José de San Martín vino a esta casa para celebrar la victoria con un gran banquete. Más adelante, por algunas dificultades, Francisco Moreyra perdió la propiedad, que pasó a ser de la familia Paz Soldán. Pero uno de sus descendientes, terminó casándose con una Paz Soldán, a fines del siglo XIX, y así volvieron los Moreyra a poseer la casa.

Tesoros de la biblioteca

En los estantes descansa una serie de libros y crónicas de viajeros, exploraciones y descubrimientos del Perú y Sudamérica, volúmenes de autores como Humboldt, Ulloa, Middendorf, Gibbon, Wiener y Marcoy. También una colección importante de libros sobre Historia Colonial peruana. Un elemento por destacar de la biblioteca es que uno encuentra frecuentemente anotaciones en los libros, o recortes de artículos, críticas y comentarios sobre ellos y dedicatorias de los autores a Manuel Moreyra Loredo o a su padre.





Bonaventura
Episcopus
Lycensis

Handwritten text on a worn leather book cover.

Handwritten text on a worn leather book cover.

Handwritten text on a worn leather book cover.

ROYAUME DE CASTILLE
TOM II

ROYAUME DE CASTILLE
TOM II

ROYAUME DE CASTILLE
TOM II



Ramón Mujica

Ramón Mujica dice que los libros lo botaron de su casa. Hace casi una década, empezó a asfixiarse en su departamento de San Isidro porque ya no tenía espacio. Cada vez que quería un libro, se demoraba mucho en ubicarlo porque cada estante contaba con varios niveles de ejemplares. Entonces buscó un lugar especial que alojase los volúmenes más importantes, y encontró un estudio en Chorriillos, muy cerca de la playa en donde los grandes ventanales permiten que la luz se filtre y matice el ambiente con reflejos y sombras. Frente a la inmensidad del océano Pacífico, cuyo horizonte se pierde en la característica bruma limeña, se encuentra un comodísimo sofá. "Sentarse a leer o escribir contemplando el mar es algo fantástico", dice Mujica. Hoy su biblioteca está repartida entre su departamento y el estudio, y posee en total cerca de 20.000 libros. "Una biblioteca debe contenerlo todo. Tiene que ser una especie de Aleph donde cada libro te remita a otros, y que estos a su vez te remitan a nuevos libros, así hasta el infinito. La biblioteca ideal es eso: un lugar donde encuentras el conocimiento de todas las cosas", explica.

Ramón Mujica tiene el aspecto de un sabio de otros tiempos, con su mirada inteligente, pelo ligeramente despeinado, lentes redondos y un aire romántico y distraído. Su afición por la lectura se originó cuando tenía 15 años y cayó en sus manos *Filosofía cristiana y oriental del arte*, un texto del filósofo de origen indio Ananda Coomaraswamy. "Es un libro que encontré de casualidad y me causó un profundo impacto. El autor hace una reflexión sobre la diferencia entre el arte tradicional y el arte moderno. Nos hace notar que todo gran arte antiguo es anónimo y, en cambio, el arte moderno se caracteriza porque los pintores firman sus obras". Al joven Ramón Mujica le conmovió especialmente el libro porque se dio cuenta de que existían visiones del mundo que podían incluir a todas las civilizaciones. "Lo que Coomaraswamy hace es crear la idea de que existe la posibilidad de un lenguaje universal que está más allá de las diferencias culturales e, incluso, de la muerte".

Parte de lo que hoy es su biblioteca, sobre todo los libros más antiguos, es herencia de su padre, Manuel Mujica Gallo, quien murió cuando Ramón tenía quince años. Él heredó los libros relacionados con los intereses de su padre: los cronistas de Indias y el periodo de la Independencia. También coleccionaba periódicos antiguos limeños del siglo XIX. Tenía colecciones de caricaturas de 1855, y muchas ilustraciones antiguas. Así, su colección se conforma de lo que heredó y lo que él fue añadiendo con los años. Pero de su padre no solo heredó libros, sino también la costumbre de subrayarlos y colocar notas al texto en las primeras páginas de todo libro. Es algo arriesgado: "Si se me pierde el libro, pierdo mis notas", dice con humor.

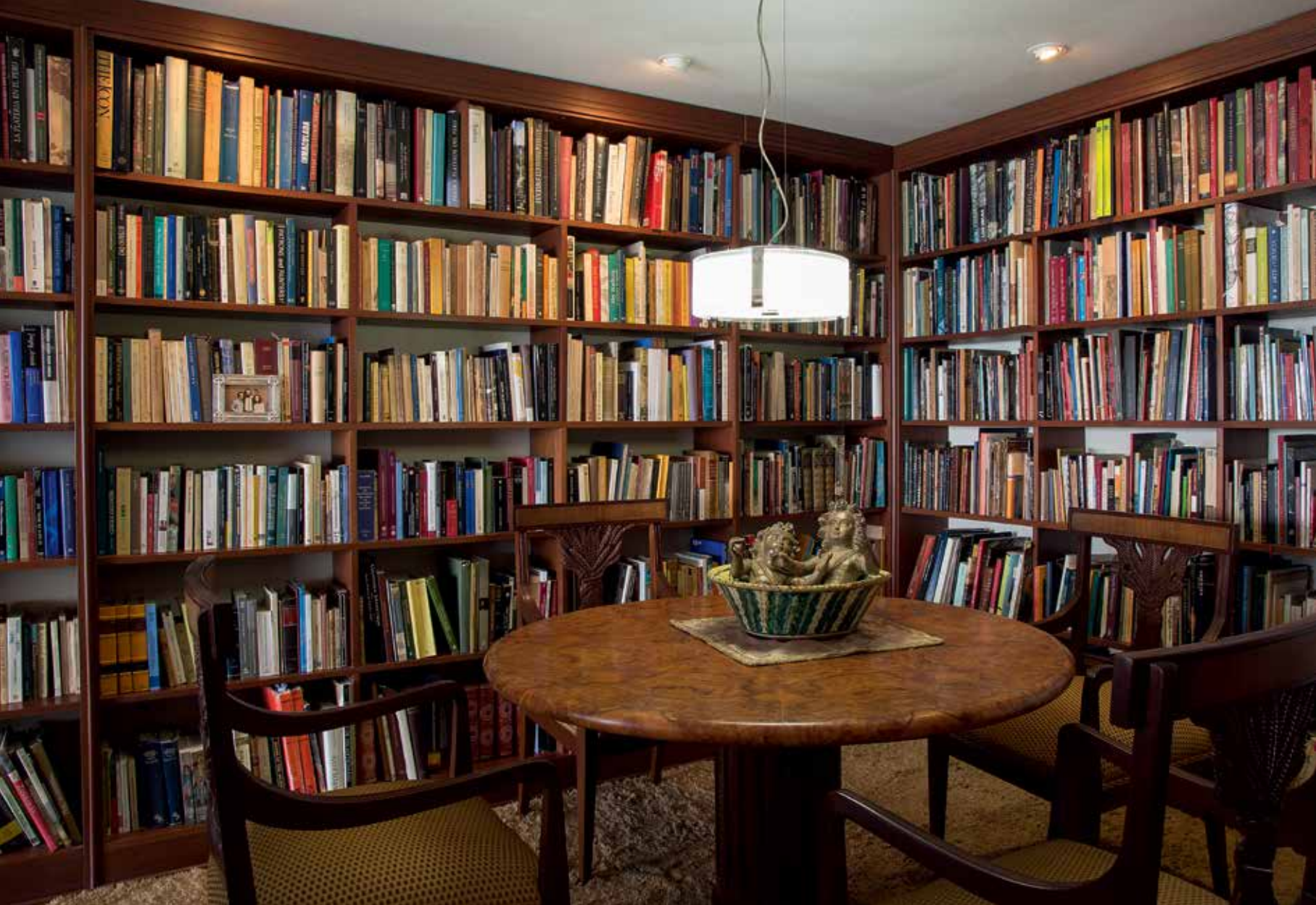
Ramón Mujica es académico y, por tanto, la suya es una biblioteca de estudio. Comenzó a comprar y acumular libros en su etapa universitaria en Estados Unidos. Estudió Antropología en el New

College de Sarasota, donde permaneció más de seis años. Ahí descubrió el Interlibrary Loan: los libros que no se encontraban en esa universidad podían pedirse a otras universidades en Estados Unidos y recibirlos a los pocos días. "Entonces tuve acceso a toda la bibliografía del mundo, lo cual es un sueño". La colección de su biblioteca fue creciendo con sus intereses. De la Antropología pasó a especializarse en Religiones Comparadas y después en Arte, lo cual derivó en su pasión por el Arte Religioso. En una época, incluso, se interesó en Literatura Hispanoárabe del siglo XII, que fue el tema de su tesis: un estudio comparado de la poesía de Ibn Hassan de Córdoba y de Ibn Arabi de Murcia.

Para Ramón Mujica el libro es un objeto sensual, "como una mujer", por eso no siente el mismo apego hacia las frías tabletas. Aunque le parecen un avance extraordinario por la posibilidad de tener bibliotecas completas metidas en el bolsillo, confiesa que no trabaja con ellas. "Yo todavía pienso en términos barrocos, todavía me parece más interesante utilizar las ruedas que existen en la Biblioteca Palafoxiana de Puebla, México, donde colocas varios libros, uno encima del otro, para poder hacer lecturas comparadas. Lo que yo aprendí como historiador es que no existe una sola verdad ni una sola manera de ver las cosas". Los libros son esa forma de ver el mundo a través de una visión múltiple. En ese sentido, leer es conocer, pero también reconocer. Mujica sostiene que "un hombre culto lee para recordar lo que ya sabe, como decía Platón".

En cuanto a la distribución de su biblioteca, tiene una zona dedicada a Historia del Arte en diferentes teorías. Hay apartados dedicados a la cultura andina, a la Edad Media, al Renacimiento italiano, al Barroco. La biblioteca tiene un sector sobre Teología y Religión, ya que "para estudiar el arte virreinal hay que saber mucho de Religión y de Teología porque, esencialmente, las pinturas eran sermones para los ojos". En este punto, se levanta con energía para enseñar uno de sus más preciados tesoros: una pintura que consiste en una representación medieval del infierno, donde los indígenas están representados como demonios. Los castigos que aparecen en el infierno son la representación de la propia transgresión. ¿En qué consiste el castigo para el glotón? Comer para toda la eternidad. ¿Cuál es el castigo para el lujurioso? Tener relaciones sexuales con un sapo. ¿Y para el perezoso? Dormir en una cama de acero con púas. A Mujica le gusta contemplar este cuadro del infierno. Paradójicamente, lo mira desde su paraíso.

Entre las joyas de su biblioteca se encuentra un catálogo de las órdenes ecuestres y militares, representadas en imágenes creadas por un jesuita llamado Filippo Volani, publicado en Roma en 1711. Uno de sus libros favoritos es un manuscrito de finales del siglo XVI, escrito por Juan Pérez de Menacho, de la Sociedad de Jesús del Colegio Limeño: es el curso de Angelología que se daba en San Marcos, una época en la que, para graduarse en Arte, uno debía conocer las jerarquías en el cielo, en qué se diferenciaba un



querubín de un serafín, un ángel de un arcángel. También cuenta con diccionarios excepcionales de los siglos XVI y XVII, con vocabularios aymaras y quechuas, que permiten entender cómo los catequizadores y misioneros tuvieron que colonizar el lenguaje para luego colonizar la imaginación de los aborígenes. En otro apartado conserva toda una parte dedicada a viajeros, como *The Present State of Peru*, de Skinner, publicado en Londres en 1805. "El autor describe a las llamas como 'ovejas peruanas', y habla de un guerrero indígena que pertenece a una tribu bárbara. El viajero inglés lo representa desnudo, pero ¿qué significa desnudo? Con calzones largos y bobos y camiseta de manga larga, porque eso era estar desnudo para un inglés del siglo XIX".

Para Ramón Mujica, su biblioteca es, ante todo, un refugio, su escondite, el lugar donde se encuentra consigo mismo. Inspira a la reflexión, a la meditación y a la contemplación. "Yo leo porque yo escribo libros". La lectura, a lo largo de los años, le ha permitido elevar sus niveles de referencia. "Aprender a pensar como otros, no solo a pensar en lo que a mí me interesa, me ha enseñado a seguir el pensamiento de mentes superiores".



Destacado antropólogo, historiador y académico peruano, Ramón Mujica es el actual director de la Biblioteca Nacional del Perú, miembro de la Academia Nacional de Historia y miembro honorario del Instituto de Investigaciones Museológicas y Artísticas de la Universidad Ricardo Palma. Es un conocido investigador de nuestro pasado virreinal, sobre el cual ha publicado una serie de libros, como *Ángeles apócrifos en la América Virreinal* y *Rosa Limensis: mística, política e iconografía en torno a la Patrona de América*.

Una joya escondida

La biblioteca de Ramón Mujica contiene muchas joyas bibliográficas. Pero quizá una de las más importantes es una biografía de Santa Rosa de Lima del siglo XVII, con un grabado original de 1668, que le regaló Pierre Duviols en su viaje a Lima.

Cien catálogos de arte virreinal

Ramón Mujica ha dedicado muchos años a investigar el arte virreinal del Perú. En su biblioteca, además de guardar una gran sección de emblemática barroca y tratados de política imperial, conserva casi todos los catálogos sobre exhibiciones del tema que se han realizado en los últimos cien años. Mujica es un perseguidor de todo lo que se vincula con el arte del Virreinato.



Manuel Pablo Olachea







Manuel Pablo Olaechea du Bois hubiera podido ser un hombre del Renacimiento, por los diversos conocimientos que poseía y su interés en varias ramas del pensamiento humano. Su biblioteca es reflejo de esa personalidad y de sus diversas aficiones: Derecho, Enología, Equitación, Filosofía, Teología y Literatura. La colección ocupa una de las salas principales —el llamado escritorio—, a la entrada de la casa. En la parte baja de los anaqueles, protegidos por una vitrina, se encuentran los libros más valiosos, entre los que destacan los tratados de Equitación de Antoine de Pluvinel, del siglo XVI, y de François Robichon de La Guérinière, de principios del siglo XVIII, auténticas obras de arte con magníficos grabados.

La equitación fue sin duda una de las grandes pasiones de este prestigioso abogado, timonel de la tercera generación del Estudio Olaechea, el más antiguo del Perú, que empezara actividades con su abuelo, Manuel Pablo Olaechea Guerrero, en 1878, y continuara con su padre, Manuel Augusto Olaechea y Olaechea. Manuel Pablo Olaechea du Bois montó caballo hasta los 84 años. Los tratados de equitación de los maestros franceses son sus libros más queridos.

La casa familiar invita a evocar épocas de antaño donde el tiempo de la vida, aunque aparentemente más tranquilo, también era más

profundo. La biblioteca se divide en dos ambientes: el primero, en la entrada de la bella residencia; y el segundo, en el piso superior. A la derecha del hall se ubica el escritorio, una sala ecléctica y acogedora donde la familia se reúne a menudo, sobre todo en invierno, cuando la caoba, la alfombra roja y los tapices le otorgan un ambiente cálido, al estilo de un clásico “drawing room” inglés. La elegancia que transmite el ambiente, cuyos muebles y adornos confieren una atmósfera renacentista, se ensambla con un sentido de erudición y de placer por el conocimiento que contagia a cualquier visitante de esta biblioteca. Ana María Álvarez Calderón, esposa de Manuel Pablo Olaechea, recuerda a su marido leyendo durante casi todo su tiempo libre. Ambos se casaron una tarde de abril de 1952, pocos años después de que ella se coronara Miss América Internacional. A la boda, que fue un gran acontecimiento social, acudieron cientos de invitados, entre ellos políticos, empresarios y personalidades del ámbito cultural.

Siempre fue un gran promotor de la lectura en sus hijos y nietos. Entre ellos, tuvo especial relación con su nieto Fernando Berckemeyer Olaechea, con quien en otra época acostumbraba conversar de literatura y recitar poemas completos de Góngora o de Quevedo. Berckemeyer Olaechea cuenta que, de chico, su primer acercamiento al abuelo fue a través de la cultura. Para Manuel



Pablo Olaechea, los libros y lo que había leído eran una parte crucial de su vida. Al ser Fernando su primer nieto, se interesó por su educación cultural: le hablaba de Historia, de personajes literarios, de las grandes gestas de la humanidad. Educó a Fernando con la colección de Emilio Salgari, que atesoraba y conserva en la biblioteca: *El corsario negro*, *Sandokán*, *el Capitán Tormenta* y todo Julio Verne. Conforme Fernando Berckemeyer fue creciendo, su abuelo le empezó a hablar de Economía y le daba a leer todos los clásicos de la Escuela Austriaca, por quienes sentía gran predilección.

Pero para Olaechea el libro supremo fue siempre *El Quijote*. En un artículo escrito hace algunos años, cuando ya su abuelo no estaba bien de salud, Fernando Berckemeyer recordaba: "Como yo lo seguía por donde fuese, mi abuelo trató de adoctrinarme conscientemente en la historia del anciano hidalgo de un pueblecito manchego, pero recién ahora estoy leyendo el libro entero. Muchas cosas maravillosas me han sucedido desde que he ido avanzando, boquiabierto, por los primeros capítulos. Por ejemplo, descubrir que no los recorría solo, sino que en esas páginas he encontrado a mi abuelo".

Uno de los hijos de Manuel Pablo Olaechea, José Antonio Olaechea Álvarez Calderón, recuerda un libro del cual su padre se ena-

moró, seguramente uno de los primeros que lo marcó: *La casa de la Troya*, escrito por el reconocido periodista y cineasta español Alejandro Pérez Lugín en 1915. El mismo ejemplar permanece hasta hoy en la biblioteca. En la planta alta de la casa hay un gran salón-biblioteca que complementa el acervo de Olaechea du Bois, donde conserva, sobre todo, libros de Literatura, Historia del Perú y publicaciones periódicas de diversa índole. Una curiosidad es el ejemplar del diario *El Comercio* del 11 de octubre de 1879, con un relato de la crónica del Combate de Angamos, narrada desde el lugar de los hechos.

Uno de los lugares favoritos de Olaechea du Bois para dar rienda suelta a su bibliofilia fue París. Su educación de jurista de la escuela francesa hacía que prefiriese esa ciudad para comprar textos de su especialidad. También viajaba con frecuencia a ciudades como Londres o Nueva York, y luego mandaba a Lima, por barco, en un par de baúles los libros adquiridos: "La emoción de ir a comprar el libro, encontrarlo, leerlo, que te agrade y disfrutarlo después, es inigualable", refiere Ana María, la más cercana testigo de la pasión y amor por los libros de Manuel Pablo Olaechea, con quien más compartió este placer por la lectura, además de ser su fiel compañera a través de los años de dedicado trabajo en el Derecho.



Estudio Olaechea

Manuel Pablo Olaechea heredó de su padre el estudio de abogados (Estudio Olaechea) que hoy ostenta ya 136 años de existencia. En 1940 se ordenó a la mueblería Grossman confeccionar una biblioteca tallada, reproducción del Partenón griego, donde el padre guardaba sus libros favoritos. Él mismo empezó a surtir los estantes de libros de cultura general y otros más modernos que se publicaban en Francia.

Se puede decir que este ilustre Estudio ha dado dos códigos civiles al Perú. El segundo era dirigista, hecho sobre la Constitución de 1979, que todavía nos rige con varias modificaciones. Y el primero es el que salió del Estudio, muy técnico: el Código Civil de 1936, en el que participó Manuel Augusto Olaechea, padre de Olaechea du Bois. Era un código especializado para abogados, no para legos. El segundo era más socialista e influido por la Reforma.

El principal mérito de la biblioteca consiste en ser la más completa del país en materia de Derecho Civil. Contiene todas las colecciones



de los comentaristas del Código Napoleón, desde el primero hasta el último. Al día de hoy, la biblioteca se actualiza permanentemente. Solo en Derecho Comercial y Corporativo tiene 6.000 volúmenes, que abarcan Derecho Mercantil y Civil. Además, puede presumir de tener una monografía sobre cada campo del derecho; existe incluso un trabajo sobre “el derecho del muerto a su tumba”.

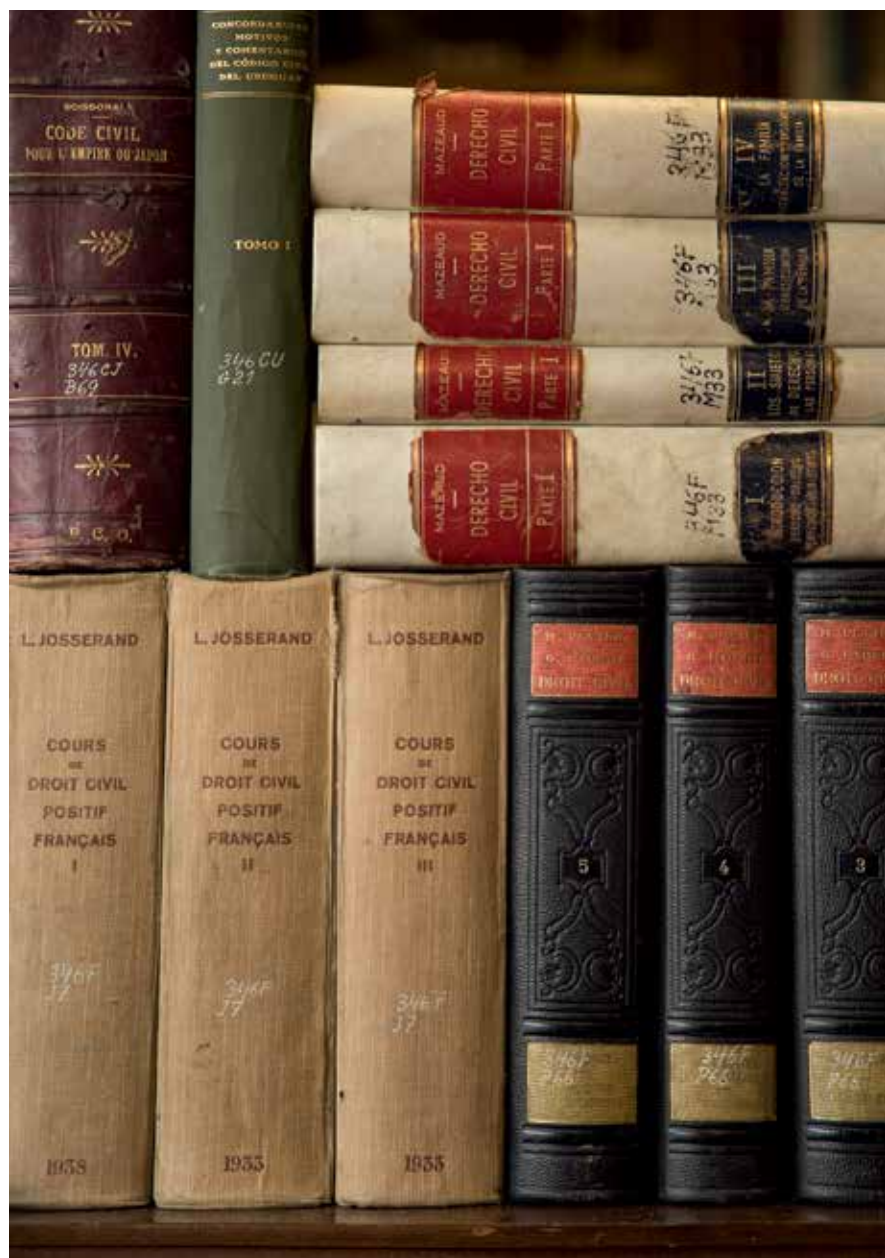
José Antonio Olaechea Álvarez Calderón, cabeza del actual estudio, resalta que en el Estudio Olaechea opinan que para el abogado el libro es insustituible. Nada impide que un abogado moderno investigue en internet pero, al final del día, es necesario tener la fuente original en la mano.

La antigua y completísima biblioteca jurídica del estudio es reflejo de la pasión de una familia que ha vivido en torno al quehacer intelectual. La biblioteca obedece a una necesidad profesional: servir como herramienta para desarrollar la profesión y ayudar a los clientes a que se respeten sus derechos.

Reconocido abogado peruano, Manuel Pablo Olaechea formó a juristas como Felipe Osterling, Max Arias-Schreiber y Fernando de Trazegnies, entre otros. Fundó el Banco de Lima y el Club Ecuestre Huachipa. Al morir su padre, asumió la dirección del Estudio Olaechea, y cambió el modo en que se concebía el Derecho en nuestro país, en donde los estudios eran agrupaciones de profesionales independientes. Olaechea creó el primer estudio asociado de abogados en el Perú. Falleció en Lima el año 2014.

Las joyas del Estudio Olaechea

Destacan los libros de Massol, Planiol y otros grandes tratadistas franceses, así como colecciones novedosas sobre Derecho. La biblioteca también posee una colección de normas legales que se inicia con las *Leyes de Indias*, la *Recopilación*, la *Novísima Recopilación*, las *Leyes de Toro*, todas las leyes coloniales y de la primera a la actual Constitución.





Carlos Roe Gómez

Carlos Roe Gómez, fundador de Laboratorio Roe, no prestaba los libros de su biblioteca ni a sus propios hijos. No era tacañería, sino un excesivo amor y cuidado por sus ejemplares. Su hija Lucía Roe cuenta que, cuando alguien le pedía un libro, él respondía: “Yo te doy la plata para que lo compres, pero no me lo toques”. A veces ella lo contradecía y se llevaba uno de la biblioteca, pero él siempre se daba cuenta y le increpaba. “Hubo biografías por las que nos peleamos por mucho tiempo”, cuenta Lucía Roe. Otras veces, cuando algún familiar llegaba para pedirle un libro, el doctor Roe decía que lo había perdido. La biblioteca era su vida, el lugar al que llegaba para descansar la mente y, al mismo tiempo, huir del mundo.

A Carlos Roe Gómez sus amigos le decían “Toto”, y era una persona muy alegre y divertida, con una sensibilidad que a veces le hacía parecer cándido. Fue un hombre de muchísimo trabajo, pero su verdadera pasión, lo que realmente lo hacía sentirse vivo, era la lectura, según recuerda Lucía Roe. Su biblioteca, que se ubica en el segundo piso de la casa, es producto de esta afición que Roe cultivó desde la infancia. Sobre todo por los libros de Geografía, atlas y libros del Perú en general. “Yo me imagino que esa colección debió haber empezado con su preciada enciclopedia”. Se trata de una bella enciclopedia ilustrada que Carlos Roe heredó de su padre. Tenía una especial fascinación por los libros de Geografía, porque sentía que viajaba a través de ellos.

Una vez, antes de irse de expedición a Australia, compró todos los libros que pudo y luego los utilizó en su recorrido. En la biblioteca hay títulos de aventuras, Historia, Literatura Latinoamericana y una sección dedicada a la Poesía, que, junto con la Geografía, fueron sus temas preferidos. Carlos Roe compraba libros básicamente en sus viajes a Buenos Aires y Madrid, pero también en Lima, sobre todo en El Virrey, adonde iba todos los jueves. Cada vez que salía a comprar, volvía a su casa con una pila de libros bajo el brazo. Su familia le decía: “No los vas a leer todos, ¿por qué compras tantos?”, y él respondía: “Los leeré todos, cuando me jubile”. Los viernes se dedicaba en exclusiva a la lectura, mañana, tarde y noche, y solo se movía de su sillón a la hora de la comida. En su laboratorio leía sobre Medicina. Ahí guardaba una gran colección de libros médicos.

La biblioteca era su mundo: llegaba de trabajar tarde por la noche y subía de frente a su escritorio. Sus hijos lo recuerdan siempre sentado en su sillón, con una palabra agradable para todos, siem-

pre con la mente positiva. En su mesa de noche solía tener más de seis libros y junto a ellos, un plumón resaltador. “La biblioteca era su lugar en el mundo, su santuario”, recuerda Lucía. “Era el sitio donde se sentía más cómodo; donde no solo leía, sino que recibía a sus amigos”. A pedido de Carlos Roe, la biblioteca fue diseñada con dos pisos por su sobrino Jaime Lecca, que era arquitecto, y que también diseñó la casa. Hoy hay muchísimos libros no solo en los anaqueles, sino también guardados en los armarios.

Si bien la biblioteca no está clasificada, el doctor Roe sabía perfectamente donde estaba ubicado cada libro. Todos tenían un sello con su nombre y la fecha. Una curiosidad: en la biblioteca solo hay libros en español. Destaca una joya literaria: un libro que José Carlos Mariátegui le dedicó.

Para el doctor Roe, uno de los placeres de la biblioteca significaba saber que tenía con él los libros. Era especialmente aficionado a los de aventuras. Hizo un sinnúmero de expediciones, y tenía volúmenes de todos los lugares a los que viajaba o a los que soñaba viajar. Gran aventurero, hizo el mítico París-Dakar; viajó en bus, en auto, en moto y en bicicleta. Le encantaba la ruta. Con sus hijos, viajó por todo el Perú, y les hacía aprenderse los nombres de los ríos y de todos los accidentes geográficos. Con la familia se subía a aviones y avionetas para llegar a los lugares más recónditos de la sierra y la selva del Perú.

Le encantaba la poesía, y uno de sus libros favoritos —que recitaba de memoria— era *Doloras y humoradas*, de Ramón de Campoamor. También declamaba poemas de García Lorca. Le gustaban todos los poetas españoles de las generaciones del 98 y del 27, quizá influido por su padre, que era español. Finalmente era un apasionado del cine y de la música criolla.

El doctor Carlos Roe falleció a los 79 años, y dejó un enorme vacío en quienes tuvieron la suerte de conocerlo. A Lucía, su hija, le decía: “Yo no me voy a morir nunca, no te preocupes. Yo voy a llegar hasta los 120 años, porque soy longevo”. No tenía miedo a la muerte; adoraba la vida.

Al preguntarle a Lucía con qué personaje del mundo literario se sentiría más identificado su padre, contesta que con Julio Verne. Quizá porque fue una suerte de Phileas Fogg en su afán por descubrir el mundo.

Carlos Roe Gómez fue un médico que introdujo muchos tipos de análisis bioquímicos en el Perú. Estudió en el Instituto Nacional de Salud y fundó el prestigioso Laboratorio Roe, fue pionero en implementar el servicio a domicilio en todo Lima.

Visitas médicas

Carlos Roe Gómez introdujo casi todos los métodos de evaluación bioquímica para el diagnóstico de las más raras enfermedades. Su costumbre diaria era levantarse al alba y tomar su auto para iniciar un extensísimo recorrido de visitas médicas que podían llevarlo desde Palacio de Gobierno a una humilde morada en Comas. Tenía una habilidad manual extraordinaria, admirada por todos. Y como contó su amigo Uriel García en una semblanza: “Se daba tiempo para chismear con sus pacientes o contarles los más oportunos chistes”.

El maestro

Cuando era estudiante del Instituto Nacional de Salud, lo reclutó el director e impulsor de ese prestigioso instituto, el profesor Telémaco Battistini, quien fue su maestro y su mentor. Más tarde se convertiría también en su suegro. Por él conoció a René Battistini, su esposa, con quien vivió hasta el final de sus días.



Apéndice



Clear
Spiral Notebook
Cover

Derecho procesal penal
Volumen 11

KORU
g/m²
500 hojas
PAPER

REK
ALINO 75 g
TRA WHITE PAPER

PEL LASER

BONI
ALC
TAMPA

Penal Castro Castro

La Literatura y el encierro han estado ligados desde tiempos inmemoriales. Después de todo, ¿cómo no cobijarse en la lectura como posible fuga imaginaria, como vía de escape para mirar otros mundos, otras personas, otras realidades, mientras se está en prisión? En esa historia universal de la infamia han sido muchos los escritores que han pasado largas temporadas tras las rejas: don Miguel de Cervantes, que aprovechó su condena para idear *Don Quijote de La Mancha*; Oscar Wilde, aprisionado por "indecencia grave"; Louis-Ferdinand Céline, muy famoso por sus *Cartas de la cárcel*; el también francés Jean Genet, recluso innumerables veces; e incluso nuestro César Vallejo, quien purgó más de cien días de injusta prisión en un calabozo de Trujillo. "Oh las cuatro paredes de la celda./ Ah las cuatro paredes albicantes/ que sin remedio dan al mismo número", escribió con evidente desesperación.

Justamente por esa idea de la Literatura como medio de redención, el penal Miguel Castro Castro de Lima posee una importante biblioteca. Este recinto, ubicado en el asentamiento humano Santa Rosa, en San Juan de Lurigancho, fue creado en 1986. Al principio, por ser un centro de máxima seguridad, se aplicaba el llamado régimen cerrado especial, que solo permitía a los internos salir de sus celdas media hora al día. Ante esa rígida situación, el sacerdote belga Hubert Lanssiers y el entonces condenado Yehude Simon,

quien luego fuera Primer Ministro y congresista de la República, tomaron la iniciativa de abrir una biblioteca en el año 1994. Con la ayuda de la Cruz Roja Internacional y de la Comisión Episcopal de Acción Social, se pudo lograr el objetivo. Desde entonces, son muchos los internos que han logrado "pasar la página" gracias al poder de la lectura.

La biblioteca del Castro Castro posee una estructura interesante: en realidad, podríamos hablar de una red de bibliotecas, que tiene como eje la llamada Biblioteca Capellana, ubicada en la rotonda central del penal y que contiene unos 3.500 libros. Alrededor de esa rotonda se encuentran los distintos pabellones del recinto penitenciario, y cada uno cuenta con su propia biblioteca. Aunque algunas son más pequeñas que otras, existe un acuerdo para intercambiar libros entre sí, gracias al trabajo de ciertos reclusos que se desempeñan como delegados culturales. Todo un ejemplo de organización.

En la Biblioteca Capellana, la principal del Penal, el encargado es Alberto Gálvez Olaechea, sentenciado por terrorismo en 1987. Él es el bibliotecario desde el año 2008 y pasa casi todo el día en este lugar. Se encarga de catalogar, fichar y limpiar, además de atender a los visitantes y tratar de fomentar la lectura. Cuenta que la organización de la biblioteca se da en estos rubros: Literatura peruana y



mundial (el grueso de la colección), textos en inglés y otros idiomas, y libros especializados (desde Historia hasta Derecho, pasando por Filosofía y Religión).

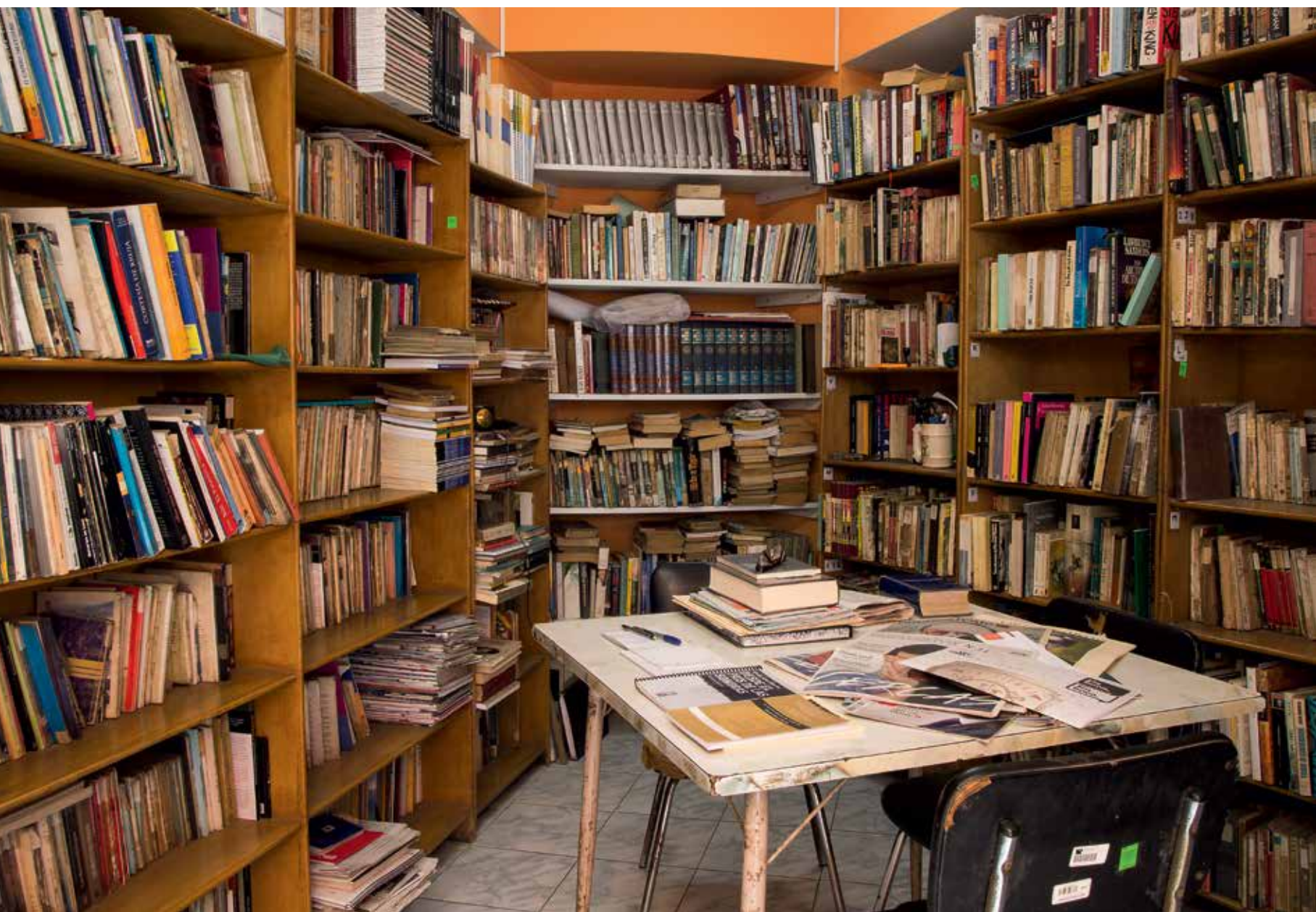
En sus inicios, Castro Castro era un penal que albergaba a condenados por terrorismo y narcotráfico, normalmente personas con alto grado de instrucción y muy interesadas por la lectura. Pero con el correr de los años, el hacinamiento en otras cárceles ha ocasionado que también ingresen presos por delitos comunes, muchos de ellos con escaso nivel de estudio y hasta analfabetos. Lógicamente, su relación con los libros es más distante. “Por eso, el problema mayor en este momento no es tener más libros, sino tener más lectores”, explican las autoridades del centro penitenciario. Para este fin se realiza una serie de talleres e, incluso, se arman ferias de libros.

Pese a todo, aun hoy se pueden encontrar lectores asiduos en la biblioteca, y de todas las edades. “Hay un señor, por ejemplo, al que le gustan los libros de autores ingleses o franceses, pero no lee a peruanos ni latinoamericanos porque ‘les falta fuerza’, dice. Es cuestión de gustos”, explica Gálvez Olaechea. Él, por su parte, aunque sociólogo de profesión, ha encontrado en la Literatura la mejor manera de cumplir su sentencia. Entre sus obras favoritas menciona *El primer hombre* de Camus, *La gesta del marrano* de

Marcos Aguinis, y *Anna Karenina* y *La guerra y la paz* de Tolstoi. “La novela ha sido la mejor forma de hacer que el tiempo transcurra más rápido”, asegura.

Además de su trabajo en la biblioteca —que lo ha llevado a enfrentarse a una inundación que casi arrasa con los libros—, Gálvez Olaechea también escribe. Lo hace, en realidad, en su celda, aunque la materia prima de su ficción sean las historias que le cuentan otros internos del penal. “El encierro no todos lo viven igual, cada quien tiene formas distintas de enfrentarlo. Pero es verdad que la Literatura surge, sobre todo, de vidas complicadas. Las vidas felices son más predecibles”, asegura.

Hoy, tras casi 28 años bajo el mismo techo, a Gálvez Olaechea le quedan pocos meses para obtener su libertad. Él lo cuenta con una expresión de alivio y esperanza. Una vez fuera, piensa dedicarse a la Literatura y, con suerte, poder ejercer su profesión de sociólogo. Pero ya tiene decidido quién le tomará la posta al mando de la biblioteca, para asegurar la preservación y el cuidado de la colección. “Porque a veces ha ocurrido que los presos dejan el Penal y se van con el libro”, señala con humor. Y es que, quizá, es la compañía de esas páginas lo que mejor representa el sueño de la tan esperada libertad.





El penal Miguel Castro Castro fue creado en 1987 como un centro de reclusión de máxima seguridad. Con el paso del tiempo, comenzó a recibir a internos que purgaban condena por delitos comunes, quienes hoy conforman el 80% de la población del presidio. Su biblioteca central es La Capellana, pero cuenta también con colecciones anexas como las bibliotecas César Vallejo y José María Arguedas.

Aprendizaje y resocialización

Aunque la cerámica es la actividad más solicitada en el Penal, los talleres de francés e italiano son también muy frecuentados. Existe un convenio con la Alianza Francesa para evaluar bianualmente a los alumnos y capacitar a los internos que dictan clases a sus compañeros. Un ejemplo digno de mencionar es el de dos exreclusos que, al dejar la prisión, se han convertido en profesores del mencionado centro de estudios.

Plumas en actividad

El interno y bibliotecario Alberto Gálvez Olaechea ganó el año pasado el tercer concurso literario Arte y Esperanza con su cuento "El santo oficio del tribunal". El jurado estuvo compuesto, entre otros, por los escritores Daniel Alarcón y Santiago Roncagliolo, quienes también han dictado talleres en el Penal.



Ingrid Yrivarren


Paraísos del Saber

50 bibliotecas emblemáticas del Perú

Digitalizado y Distribuido por:



Telefonica



“No creo que una biblioteca sirva únicamente para facilitar el trabajo de investigadores, escritores y lectores sino también para propiciar la ensoñación y la fantasía. Aquí, el tiempo no transcurre como transcurre fuera de sus paredes: el tiempo es una corriente circular, donde coexisten el pasado, el presente y el futuro. Gracias a los libros y documentos que una biblioteca alberga podemos viajar a civilizaciones remotas y a lugares imposibles que solo podrían existir en la imaginación. Pero, sobre todo, podemos descubrir la gran diversidad humana y romper nuestros propios prejuicios frente a todo lo que no se parece a lo que somos o predicamos.

(...) Celebro la publicación del libro que ahora mismo usted sostiene entre sus manos. A través de un recorrido por las bibliotecas peruanas más nutridas, este libro rinde un merecido homenaje a esos lugares públicos o privados, pero siempre íntimos que, como el Aleph de Jorge Luis Borges, representan al universo”.

Mario Vargas Llosa

Con el apoyo de:



PERÚ

Ministerio de Cultura

